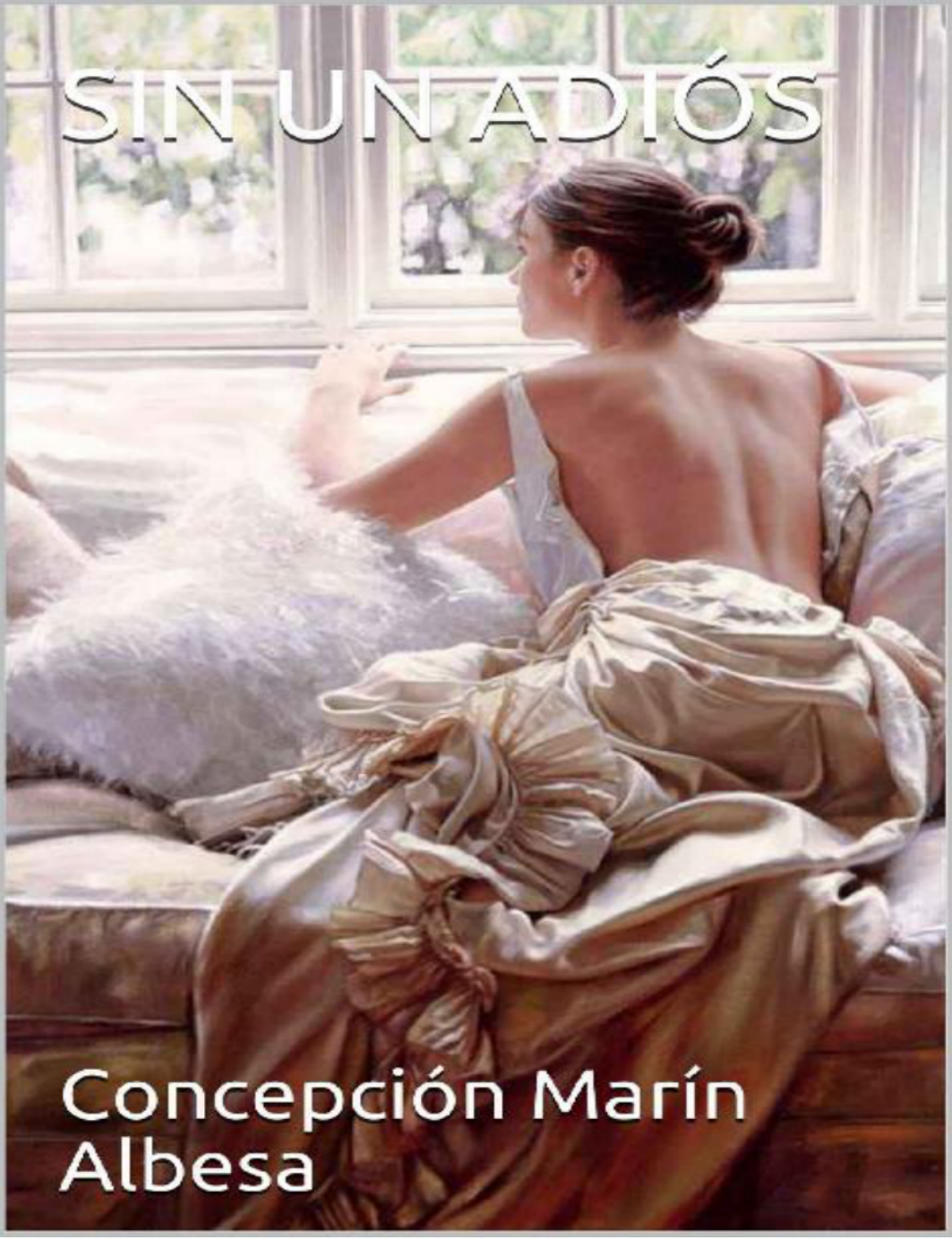
SIN UN ADIÓS



Concepción Marín Albesa

SIN UN ADIÓS

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

1

Malva se miró al espejo, una vez más.

—¿De verdad estoy bien? Temo que me equivoqué al elegir el vestido. No se...

La muchacha de estatura menuda y rostro pecoso sacudió la cabeza.

—¿Pero qué dices? Estás preciosa. La novia más bonita del planeta. Si pareces un hada. ¿No es así, señor Martí?

—Amapola dice la verdad. Hija. Estás perfecta. Deja de preocuparte y salgamos de una vez. Llevamos quince minutos de retraso.

—Una novia siempre debe hacerse esperar. Es la tradición. Pero ya has sobrepasado lo prudente. A ver si a este paso Nil se cansa y se larga —rió Amapola.

La faz de Malva se demudó.

—¡Por Dios! Es una broma, cielo. Tu futuro marido está loquito por ti. Ya ves como se ha esforzado por casarse cuanto antes y darte la boda más original que puede imaginarse. ¡Está todo precioso!

Sí. Era una boda atípica. El altar en medio del bosque rodeado por antorchas, en el cielo millones de estrellas y todos sus seres queridos compartiendo su felicidad. Ninguna mujer podría desear nada mejor.

—¿Estás lista, mí amor?

Malva aseveró con una amplia sonrisa.

—Vayamos a cumplir mí sueño, papá.

Entrelazó el brazo con el de su padre y salieron de la habitación. Los músicos comenzaron a tocar una melodía celta, muy indicada para el escenario que Nil había dispuesto.

Nerviosa y emocionada bajó la escalinata que también estaba iluminada con teas. Su futuro marido la aguardaba al final del sendero bajo el altar adorando por cientos de margaritas. El lugar se había convertido en un bosque encantado.

Conteniendo las lágrimas inició el camino que la conduciría hasta el príncipe que la llenaría de felicidad; bajo los ojos llenos de admiración de los asistentes. Malva estaba muy hermosa con el vestido ligero de tul bordado con estrellas y la corona de flores silvestres. Era como una ninfa surgida de la frondosidad misteriosa. La novia perfecta.

Eso pensó su prometido. Malva era la mujer más maravillosa que había conocido. Cualquiera mataría por estar en su lugar. Cualquiera y sin embargo, el nudo en el estómago le estaba provocando que ese momento tan deseado se estuviese convirtiendo en el peor de su vida.

Sentía miedo. Un miedo irracional, pero al mismo tiempo lógico, se dijo. Porque se estaba comprometiendo para el resto de sus días y era muy joven. Tan solo tenía veintitrés años. Demasiado para adquirir tan gran responsabilidad. A partir de ahora se terminaron las salidas con los amigos, las escapadas a los sitios de moda y las decisiones personales. Tras la boda debería compartir cada paso. Ya no sería libre. ¿Qué ocurriría si la convivencia terminase por hastiarlo? ¿O si llegaba el hijo que aún no querían? ¿Lograría el amor que sentía por Malva superar las dificultades? No estaba convencido. No debería lanzarse a una vida para la cuál no estaba preparado. Pero ya era demasiado tarde para rectificar.

Malva, desde la distancia, lo observó. ¡Era tan atractivo! Facciones delicadas, rubio cómo el oro, ojos del color del mar y su cuerpo era fino y elegante. Un cliché en los sueños de todas las jovencitas y que ella había convertido en realidad. Dentro de unos minutos, ese hombre tan fabuloso se convertiría en su marido. Y Nil, por su expresión, se sentía tan impaciente cómo ella para formalizar el compromiso. Le dedicó una amplia sonrisa y esperó que él reaccionara del mismo modo. En cambio, el semblante de su amado se tornó lívido. Con aire preocupado se pasó la mano por el cabello y sacudió la cabeza en señal de negación, y dando media vuelta, echó a correr.

—Pero… ¿Qué pasa? —musitó el señor Martí.

Malva encaminó la mirada hacia el lugar dónde Nil se marchó.

—¿Se habrá prendido fuego en algún árbol? Lo más probable, con tanta tea… Ya le comenté que era peligroso y que lo más adecuado sería poner farolas, pero cómo siempre, no me hizo caso. ¡Ay, papá! Con lo perfecto que está todo. Espero que se solucione pronto —se lamentó.

Por el cese de la música y la agitación que se levantó entre los invitados, su padre entendió que no había ardido nada. Las caras eran las mismas que se veían en las películas cuando el novio se daba a la fuga. Y no era ficción. El automóvil que pasó veloz iba conducido por el novio.

Malva parpadeó con desconcierto.

—¿Adónde va Nil? ¿Qué ha pasado?

Su padre, intuyendo lo ocurrido, intentó no alterarse o su hija sufriría un ataque de histeria.

—No se, hija.

Amapola corrió hacia ellos.

—Malva, cariño. Mantén la calma. Esto ocurre muy a menudo. Bueno… Muy a menudo no, pero ocurre. Un momento de pánico y después regresan. Nil volverá en unos minutos. Ya lo verás.

—¿Qué…? ¿De qué… hablas? —farfulló Malva.

—Hija. Vayamos adentro. Vamos —le pidió su padre.

—¿Por qué? Nil regresará en unos segundos y seguiremos con la ceremonia.

—Por favor, acompáñame.

—No. Ha ido a comprobar… algo… Lo sé. Nos casaremos en unos minutos.

—Cielo. Nil se ha marchado. Te ha abandonado.

Malva, con ojos extraviados, miró a su alrededor. ¿Qué decían? ¿Por qué todos la miraban con esa expresión de pena? Se habían vuelto locos. Nil la quería. La amaba con locura. Quería casarse con ella, no escapar. Algo importante debió alterarlo, pero en cuanto lo solucionase, regresaría.

—Dame el teléfono —le pidió a su amiga.

—Malva…

—¡Qué me lo des! —se crispó ella. Marcó con dedos trémulos el número y aguardó frenética que Nil contestara. No lo hizo.

—Por favor, entremos —le rogó de nuevo su padre.

—Estará ocupado. Por eso… no lo coge.

—Nil se ha arrepentido.

—No es verdad. No… ¡Él me ama! ¡Me ama!

—Malva. Mi amor. Lamentablemente, no habrá boda. Vamos a la habitación. Por favor.

Ella, lívida, al comprender la realidad, se dejó caer de rodillas y gritó con todas sus fuerzas. Los invitados la miraron y sus corazones se encogieron de lástima. Aquello era lo peor que podía sucederle a una mujer enamorada. No podían ni imaginar la vergüenza y sufrimiento que debía estar soportando.

Amapola alzó la mano e indicó a un joven que se acercara.

—Alex. Ayúdanos, por favor —le pidió.

Junto al señor Martí levantó a Malva y la llevaron hacia el la habitación. Ella, tras la conmoción, rompió a llorar.

—No llores, preciosa. No llores —le pidió su amiga.

Malva aún lo hizo con más desgarro y su respiración se tornó dificultosa. Su padre, preocupado, llamó a recepción y pidió unos calmantes. La obligó a tomar un comprimido y minutos después el sueño la venció.

—¡Maldito cabrón! ¿Cómo ha podido Nil hacerle esto? ¡Se ha vuelto loco! Juro que cuando lo pille lo moleré a puñetazos —mascó Alex, entre dientes.

—Por favor, muchacho. La situación es muy desagradable, pero procuremos mantener la calma; más que nada por mi hija. No hay que alterarla más. Tiene el corazón roto y tardará en recuperarse. Eso si lo consigue —lo reprendió el señor Martí.

Amapola lo miró con ojos encendidos.

—Alex tiene derecho a estar indignado. Nil es un miserable. Un

cobarde por no tener el valor de detener esto mucho antes. La ha avergonzado delante de todos sus familiares y amigos. Pero lo peor será la humillación de la prensa. Ya veo los titulares. “El afamado pintor Nil Borrás, deja plantada a su musa y prometida en el altar, ante cientos de invitados. ¿Por qué? No se preocupen. Lo averiguaremos para nuestra fiel audiencia”.

El señor Martí, afligido, asintió.

—Esa será la pregunta y la responderán ellos mismos elucubrando mil y una teorías vergonzosas. Y no sé cómo podremos evitar que mí hija lea los periódicos y revistas. Mañana estará la noticia en primera plana y abrirá los informativos. ¡Maldita sea!

—Habrá que protegerla de algún modo o temo lo peor. Malva ama mucho a ese mal nacido. Si de este golpe tardará en reponerse, no quiero ni imaginar cuánto profundizará en la herida el escarnio popular. Y no podemos esconderla del mundo para siempre —opinó Alex.

—Todo el país cotilleará sobre el asunto.

Amapola, pensativa, se mordió el labio.

—Puede que llevarla lejos de aquí unos días ayude. Tengo la solución. Malva y yo aprovecharemos el viaje concertado para la luna de miel —consideró Amapola.

—¿Cómo? No. No es para nada lo mejor. Le recordará que tenía que estar con su marido. Imposible —rechazó el señor Martí.

—Mañana a primera hora iré a la agencia y cambiaré el destino. Ninguno que invadan las parejitas. Un lugar bien soleado y con mucha diversión. Le juro que haré lo imposible para que comprenda que no casarse ha sido lo mejor.

Alex dejó escapar una risa sarcástica.

—¿Lo mejor? El sueño de Malva desde que conoció a Nil fue convertirse en su esposa.

—Y ahora se ha visto que no era el hombre indicado, pues no ha tenido el valor de comprometerse con mí hija. Me ha demostrado que nunca la amó como se debe. Malva añoraba la presencia de su madre, pero es una suerte que mi esposa no haya sido testigo de esta crueldad. Su delicada salud la habría enfermado aún más. Ahora, si me disculpáis, debo ir a hablar con los invitados.

Los amigos de Malva lo vieron alejarse con tristeza.

2

Malva permaneció en cama durante una semana alejándose del resto del mundo; lo cuál facilitó que no se enterara de los comentarios en las televisiones y revistas de lo sucedido. Pero no fue capaz de apartar la imagen de Nil conduciendo como un loco para alejarse de ella. Y no comprendía la razón. Siempre fueron felices. Nunca hubo una pelea, ni tan siquiera un desacuerdo. Ni en la planificación de su futura casa, ni la boda, ni en las normas que tendrían a partir de ahora; que como todo el mundo sabía eran los momentos más cruciales para comprobar la salud de una pareja. Ellos disfrutaron con los preparativos. Y ahora… Ahora toda aquella felicidad se había esfumado. Era como si uno hubiese escalado la montaña más alta para deleitarse con el paisaje y al descender descubrir su casa arrasada por una tormenta devastadora. Se sentía sola, perdida y desamparada. Su futuro lo cimentó junto a Nil y él derribo las bases, e ignoraba la razón. Porque el hombre que amaba aún no se puso en contacto con ella para darle una explicación. Pero lo haría. Y le daría una razón que, a pesar del bochorno público que soportó, llegaría a comprender y lo perdonaría.

Amapola, una vez que el escándalo dejó paso a otro mucho más suculento, decidió que era hora de reaccionar.

—Sé que estás sufriendo. Que algo así es difícil superarlo. A pesar de ello, tienes que recomponerte. Mira. El tiempo todo lo cura.

—A veces lo enquista —refutó Malva.

—Pero tú podrás extirpar el mal.

—No podré —sollozó Malva.

Amapola, con brusquedad, apartó la sábana.

—Ese infame no tan solo te ha abandonado, también te ha destrozado. Y encima, le estás entregando una nueva derrota. No puedo creer que la chica fuerte y determinada que ha hecho frente a todas las dificultades esté ocultándose con tanta cobardía. Tienes que levantar con orgullo la cabeza y demostrar a todos que ese sinvergüenza no era digno de ser tu marido, y que te alegras de que te lo demostrara antes de cometer el mayor error de tu vida. Así que, sécate las lágrimas y… ¡Arriba!

—No.

—Señorita Baró, no haga que mí furia explote o lo lamentará. He dicho que salgas de esta cama y te recompongas como la mujer

valiente que siempre has sido. ¡*Go*! —insistió Amapola tirando de su amiga.

Malva no intentó resistirse. Cómo una autómata se dejó llevar hasta el baño, que Amapola la desnudara y la obligase a tomar una ducha. Después la sentó ante el espejo y tomándola de la barbilla, dijo:

—Mírate. Estás hecha una piltrafa. No soporto verte tan mal. Por favor, intenta apartar la pena para que puedas razonar. Solo así comprenderás que ese tipo no merece ni un segundo de tu sufrimiento. ¡Chica! Te dejo abandonada como a un perro en la gasolinera,

Malva volvió a llorar.

—¿Es qué piensas que él estará padeciendo? ¡No, querida! Estará saltando de alegría al verse libre de un compromiso que, visto lo visto, nunca quiso cumplir. Y tú arrastrándote por los suelos. ¡Tonta!

—Soy una tonta, ¿verdad?

Amapola asintió mientras le cepillaba el cabello.

—Lo eres, cielo, lo eres. Pero ahora que lo has admitido, todo irá mucho mejor. Sobre todo, porque pienso llevarte a disfrutar de unas vacaciones maravillosas. Lejos de aquí podrás relajarte e incluso disfrutar.

Malva la miró aturdida.

—Mira. La familia de ese cabrón pagó un buen viaje. Y nosotras no estamos para desperdiciar estas oportunidades. Lo aprovecharemos y será a lo grande. Nos hospedaremos en el mejor hotel. Cono dos reinas.

—Estás loca. No… No pienso ir. No puedo ir allí.

—Por supuesto que no. No soy tan torpe, *dear*. He cambiado el destino. Te llevo a un lugar donde nos divertiremos mucho.

—No.

—Preciosa. Ya he pedido permiso en el trabajo y han contratado a una sustituta. Me harías quedar muy mal si me retracto tras rogarles unos días de vacaciones. No puedo volverme atrás. Así que, no te queda otra que acompañarme. Nos vamos a Santorini. ¿Qué te parece? Dicen que es una isla donde la locura es la principal diversión, además de preciosa. Ya sabes a qué me refiero. Por lo que, ahora mismo nos pondremos a hacer el equipaje. ¿De acuerdo?

Malva no quiso discutir. Le daba igual el lugar dónde soportar el inmenso dolor. No existía paliativo que pudiera aliviarla ni un segundo. No tan solo el corazón se le había despedazado. Su juicio estaba envuelto por una niebla que no le permitía ver con claridad; así que al día siguiente partieron.

Pero el viaje apenas la hizo reaccionar. Era incapaz de apreciar la belleza de sus playas, de los miles de jóvenes que gozaban de la vida. Seguía pensando en Nil y en lo desgraciada que era. Iba de un lado a otro como una autómata, sin que su corazón apreciara ninguna

belleza.

—Te he traído al lugar más divertido y después de seis días sigues con esa cara agria —se lamentó Amapola.

Malva miró hacia la pista de baile. Todos parecían muy felices. No cómo ella que continuaba sintiendo las palpitaciones de dolor en el pecho. No tan solo por la traición de Nil; si no porque él no se dignó, aún, a darle una explicación. Desde que desapareció el día de la boda nadie sabía de su paradero. Se marchó sin un adiós.

—¡Ay, no! ¿Por qué demonios sigues pensando en ese traidor? ¿Es qué no ves que no merece ni una lágrima tuya? Lo que deberías hacer es olvidarlo de una puñetera vez.

—No puedo. Aún lo amo —dijo Malva en apenas un susurro.

Amapola la miró sublevada.

—¡Ja! ¿Qué lo amas? ¡Niña, por Dios! Te dejó plantada en el altar. ¡En el altar ante cientos de invitados! Eso es lo peor que puede hacer un hombre. No le importó despreciarte delante de todos, ni que se comentara de ti. Eso demuestra que no te amaba cómo te mereces. Y no solo eso. Aún no se ha dignado en aclararte la razón de su infame comportamiento. Además, quedó ante todos como un maldito cobarde. Por lo que, comienza a pensar con claridad y date cuenta de que ese tipo es indigno de una mujer como tú, y de que eres muy afortunada al descubrirlo a tiempo.

—¿Crees qué es fácil dejar de amar a alguien después de tantos años?

—¡Por supuesto que lo creo! Y más cuando se ve con claridad que no le importó hacerte daño. Te aseguro que mí novio me hace esto y lo aborrezco en el mismo instante. Dejo de quererlo y de pensar en él; y aún más, me desahogo con el primer hombre atractivo que se me cruce. Mira. Como aquél.

Malva desvió la mirada.

—¿No te parece guapo? Fíjate. Parece un indio salvaje. Ese cabello de chocolate. ¡*My god*! Me pregunto sí lo será también en la cama. Creo que sí. ¿Qué opinarías de qué quisiera comprobarlo?

Su amiga alzó los hombros con desidia.

—Eres un mujer libre y tú corazón no está infectado por el amor.

Amapola resopló.

—Tú sí qué estás envenenada. Pero juro que encontraré el antídoto para curarte. No me daré por vencida hasta que te vea de nuevo feliz.

—Lo que tú digas. Estoy cansada. Iré a acostarme —murmuró Malva.

—¡Si apenas son las doce! ¡Aburrida!

—Tú quédate. Diviértete por mí.

Amapola, enojada, apretó los dientes.

—Eso deberías hacer tú. Pero no. La señorita solo puede pensar en

ese bastardo que la avergonzó.

—Por favor…

—¿Por favor, qué? Es la verdad y te niegas a reconocerla. Sufres por un cabrón y te regodeas en ello. ¡Eres mema! Muy mema. Chica. Tienes veintidós años. Eres guapa, inteligente y ahora, económicamente solvente. Puedes conquistar al hombre que te apetezca. Y mírate. Llorando por los rincones como una protagonista del peor de los dramas. Esto es la vida real, guapa. Hay que echarle ovarios. El bosque mediterráneo arde para renacer con más fuerza. La vida continúa y hay enfrentarse a ella con coraje.

Malva, nerviosa, se frotó las manos.

—En este momento no puedo pensar en el amor.

—¿Quién está hablando de romanticismo? Hablo de comprobar que ese ruin no estaba en lo cierto al despreciarte y que eres seductora y muy apetecible. Porque estoy convencida que te ha inculcado en esa cabecita que no eres digna de nadie. ¡Venga! Ve a mover el esqueleto, lígate a uno de esos guapetones, y dale una alegría al cuerpo. Estoy segura que un buen polvo te vivificará.

Malva bufó.

—Amapola, a veces eres muy vulgar. ¿Crees que tengo ánimos para…? ¡Uf! No quiero escuchar más sandeces. Voy a dormir. Buenas noches.

Fue a la habitación. Lo único que quería era dormir y olvidar por unas horas lo acontecido. Pasó la llave por la cerradura y ésta se negó a abrirse. Bajó a recepción muy molesta. ¿Cómo podía Amapola pensar qué en su situación podía desear meterse en la cama con alguien que no fuese Nil? En la piel aún quedaban las huellas de sus caricias. Y su memoria guardaba el aroma del hombre que más quiso y que, a pesar del daño que le causó, le era imposible borrar el sentimiento de amor.

—No funciona —refunfuñó.

La recepcionista la reparó. Malva, tras dar las gracias, dio media vuelta y se topó con el tipo más alto que había visto en su vida. Las llaves de las dos habitaciones cayeron.

—Lo siento —se disculpó, agachándose para recogerlas, al mismo tiempo que el hombre. Sus cabezas se golpearon.

—Perdón —dijo él, dándole la tarjeta.

Malva se levantó. Le agradeció con un leve gesto, se marchó a toda prisa y regresó a la habitación.

—¡Mierda! ¿Y dice que la ha reparado? Odio estas llaves. ¿Por qué demonios no utilizarán las de toda la vida? —masculló al comprobar que de nuevo no abría.

—Yo me pregunto lo mismo.

Miró al propietario de la voz profunda con acento italiano. Era el

mismo con el que tropezó.

—Al parecer, somos vecinos —dijo él dedicándole una sonrisa.

—Ya —musitó Malva, intentando de nuevo pasar la llave con gesto nervioso por el lector en repetidas ocasiones.

Él hizo lo mismo.

—Es un fastidio pero deberemos regresar... —Calló al ver el número impreso.— ¡Ah! Temo que hemos intercambiado las llaves*, signorina*. Por eso no nos funcionan. Tenga.

Malva le dio la suya. Probaron y las puertas se abrieron.

—Arreglado. Ya podemos disfrutar de la cama, señorita… ¿No nos conocemos? —dijo él, mirándola con fijeza.

Ella carraspeó nerviosa.

—No.

—¿Seguro? Pues usted me es familiar y no soy hombre que olvide un rostro; y menos uno tan fascinante como el suyo. ¿Seguro que nos hemos visto antes? —insistió el hombre sin apartar esos ojos negros como el hollín de su rostro, dibujando de nuevo esa sonrisa que sabía era muy seductora.

Pero Malva se encontraba en un momento en el cuál ningún hombre podía caerle bien y menos un ligón arrogante. Molesta por la actitud descarada, también clavó sus ojos añiles en los de él.

—Yo también tengo mucha memoria, señor. Le aseguro que nunca me he relacionado con un italiano. Que tenga buenas noches —dijo.

—*Buona notte, bellísima signorina.*

Malva dejó escapar un gruñido, entró en la habitación y cerró sin poder evitar dar un portazo.

3

Por primera vez en muchos días Malva apreció el paisaje que tenía ante ella y sonrió. Reconoció que Amapola hizo una gran elección. Santorini era una isla preciosa.

—Es un rincón encantador. Nunca vi aguas tan turquesas y nítidas.

Amapola se tumbó a su lado y echó un vistazo a su alrededor. A parte de ellas, únicamente había una docena de bañistas.

—Te dije que te traería al paraíso. Y por fin te das cuenta de qué no mentí. Es una pena que haya sido un día antes de irnos. Pero da igual el lugar dónde nos encontremos. Conseguiré que recuperes la alegría de vivir. Ya me conoces. Soy testaruda. No me daré por vencida hasta que te vea disfrutar como antes. Seguiremos la diversión en casa.

Malva miró como las olas se mecían con tristeza, sin poder evitar el recuerdo de la primera vez que vio a Nil. Fue en Menorca, en una playa tan paradisíaca como ésta y experimentó el flechazo más potente de su vida. A él le sucedió lo mismo y desde ese instante siempre estuvieron juntos hasta el día de la boda.

—No se si podré recuperarme de este golpe. Nil me ha herido muy hondo.

—Tú lo has dicho. Estás herida, pero aún no de muerte. Lo que significa que sanarás. Y juro por Dios que conseguiré traerte de nuevo al mercado. Verás que allí afuera hay productos deliciosos y con más calidad que el capullo de Nil. En realidad, ese estafador carece de ella. Y además, es idiota. ¡Mira que dejar tirada a la mujer más maravillosa con la que podría soñar! ¡Pero mírate! Eres una preciosidad. Ojos azules, rubia natural y piel de porcelana. Y no digamos de tus facciones. Linda como una muñeca. Ese imbécil, con el tiempo, se dará cuenta de lo que ha perdido. Y tú serás aún mucho más feliz lejos de ese necio. Ya lo verás.

Malva suspiró.

—Pues yo he perdido la desgana. Estoy muerta de hambre. Me apetece catar las auténticas delicias griegas. Llévame a una taberna que no sea turística. Quiero algo real.

Su amiga abrió los ojos como platos. Llevaba días sin apenas probar bocado.

—¡Por fin has reaccionado a una necesidad de lo más humana! Mi plan está dando resultado. ¡Sí, señor!

—No te emociones. Es natural que el cuerpo proteste después de

tanta abstinencia alimenticia. En cambio, mí corazón continua sumergido en un pozo profundo y oscuro.

Amapola alzó las cejas y sonrió.

—Pues lo iluminaremos y echaremos una cuerda para que puedas volver a la superficie. ¡*Come on*! ¡A comer!

Durante el resto del día, Malva, por primera vez, disfrutó de las bellezas de la isla, de su increíble comida y de sus gentes amables. Por unas horas su mente dejó de pensar en Nil. Sin embargo, al llegar la noche y presenciar la alegría que había a su alrededor, el recuerdo volvió a lastimarla. Le fue imposible no evocar las noches que entrelazados bailaban al ritmo de sus melodías preferidas.

—¡Ay! Otra vez no. ¿Pero cuándo entenderás qué ese desgraciado no volverá? Tienes que arrancártelo de la cabeza —se lamentó Amapola.

—Amiga. Tienes que comprender. Durante años quise a Nil con toda el alma. No se puede borrar de un plumazo ese sentimiento.

—Querida. Hay métodos infalibles. La mancha de una mora con otra se quita. Mira. Ese hombre sería el adecuado. ¡Es impresionante! ¡Por Dios! Es el tipo más guapo que he visto en la vida. ¡Es un dios del Olimpo!

Malva miró al hombre. Era su vecino, el italiano.

—En absoluto —dijo.

—¿Cómo qué no? Cariño. Tu ex te ha quitado muchas cosas, pero no me creeré que ahora no puedas apreciar a un monumento cuando pasa delante de ti. ¡Míralo, mujer! Es perfecto. Altísimo, cuerpo estilizado, pero al mismo tiempo fuerte. Y encima, guapísimo.

Amapola no mentía. En realidad era muy atractivo. De tez morena, ojos negros, labios turgentes y un rostro masculino, pero armonioso. Pero lo que más llamaba la atención era su porte elegante y muy, muy sensual. Pero ella estaba inmunizada a sus encantos. Nunca se interesó por hombres como él, tan masculinos. Prefería una belleza más delicada, cómo la que poseía Nil.

—No me gustan las barbas. Además, es un arrogante. Anoche intentó ligar conmigo; como buen italiano.

—¿De veras? ¡Eso es estupendo!

—No te emociones, cielo.

—¿Cómo qué no? Mira, *darling*. El rajado, nombre con el que llamaré a partir de ahora a ese idiota, a parte de humillarte, te ha impregnado la idea de que como mujer no vales nada. Y no es cierto. Eres muy valiosa. Y muchos lo saben. Ese napolitano te está dando la oportunidad para volver a sentirte viva. ¡Aprovéchate, mujer! No siempre tiene una experimentar el placer con un adonis.

—No he dicho que fuese de Nápoles. En realidad, no tengo la menor idea de dónde es, ni tampoco me importa su origen y mucho

menos meterme en su cama. Tiene pinta de que es de esos que se creen que la mujer es tan solo el objeto de su deseo y que lo único que debe hacer es complacerle los antojos —puntualizó Malva.

Amapola dejó escapar un largo suspiro de admiración.

—Lo cierto es que me recuerda a esos protagonistas de una película de la mafia. Es todo un macho alfa. Desprende sensualidad por todos los poros de la piel. Niña. Eres tonta. Pero tonta de remate. ¿Por qué le rechazaste? ¿Di?

—Sería un gran error intentar quitarme de la cabeza a Nil con otro. Lo único que lograría es complicar más mis sentimientos, pues aún me daría más cuenta de que Nil es el único que puede ocupar mí corazón.

—Pues ábrele la puerta y échalo, al igual que él hizo contigo; y deja entrar a ese siciliano. ¡Jesús! ¿Pero no ves cómo te mira? Sus ojos se te están comiendo. Yo de ti no dudaría ni un segundo. Y te equivocas. Mi experiencia me dice que se le ve muy predispuesto a ofrecer placeres exquisitos. Me huelo que es de esos tipos que no se siente satisfecho hasta que no vuelve loca a su pareja. Y no me importaría que me secuestrase.

—Pues intenta obtenerlos tú. El placer que deseo es meterme en la cama y dormir, es el único método para olvidarme de todo durante horas.

—Pues el calabrés tiene otras intenciones para ti. Se encamina hacia nosotras dispuesto a conquistarte. ¡Oh, pues no! Va hacia el hotel. Una pena.

Malva se levantó.

—Me voy.

—Eso. Ve tras él y asáltalo.

—Últimamente dices muchas tonterías. ¿Desde cuándo me has visto relacionarme con un desconocido?

—No has tenido oportunidad, cariño. Desde los quince a los veinte siempre has estado sola hasta que conociste al rajado. Es hora de que conozcas otras experiencias; para comparar, más que nada. Puede que lo que él te ofrecía no fuera la mejor. Más bien, apostaría el cuello que era un inepto.

Malva arrugó la nariz.

—Ese tipo es muy mayor.

Su amiga lo miró embobada.

—¿Mayor? ¡Cielo santo! Calculo de debe rondar los treinta. Una edad ideal. Joven, pero experto. ¡Y tremendamente seductor! ¿Qué más puede desear una mujer?

—No me complacería en absoluto. El sexo sin amor no es satisfactorio; al menos para mí. Estas cosas a ti, como te has criado en Londres, las encuentras de lo más natural. Yo soy más conservadora.

—¡Pero si nunca lo has practicado! No puedes opinar con tanta

contundencia, preciosa. Hazme caso. El sexo por puro sexo es una gran ventaja. No existe el miedo a defraudar; por lo que te sientes más osada y puedes satisfacer fantasías, y si no funciona, adiós y muy buenas.

Malva no podía rebatirla. Nunca estuvo con otro que no fuese Nil.

—Aunque me apeteciera, sabes que soy escrupulosa. Compartir fluidos con un extraño es lo último que haría. Pero lo que más me retrae es que soy incapaz de revelar mí intimidad a un extraño.

—Di más bien que eres cobarde —le espetó Amapola.

—Soy una mujer dolida. Planifiqué la vida que me haría feliz y de repente, se desvaneció.

—Por culpa del ilusionista del rajado.

Malva la miró dolorida.

—¿Cómo puedes bromear con algo que me está despedazando por dentro?

—No bromeo, querida. He dicho la verdad. Él ha sido el causante de romper tus sueños. Por lo tanto, tienes que olvidar este drama de telenovela y mandarlo de una puñetera vez a tomar viento fresco —replicó Amapola con tono acerado.

—Veo que no puedes entenderme. En realidad, estoy convencida que eres incapaz de ver lo mal que me siento.

—Me estás ofendiendo, querida. Soy tú mejor amiga. Claro que lo sé.

—Pues no lo parece.

Amapola la miró un tanto enojada.

—El dolor te hace decir cosas que no sientes. Mira. Si te doy estos consejos es precisamente porque me preocupas. Lo único que deseo es tú bien.

—¿Y lo es intentar lanzarme a los brazos de un tipo que he visto apenas dos minutos crees que me beneficiará? Es la recomendación más desatinada que me han dado en la vida —le recriminó Malva.

—Tú ex ha roto tu autoestima y tienes que recomponerla. Y las lágrimas no son la solución adecuada. Es necesario que otro hombre te haga ver que eres apetecible. ¿No quieres acostarte con ese sardo? Pues deja que te corteje, que te haga sentir de nuevo preciosa. Cena con él, baila, ríe y permítele que te bese con esa boca turgente y preciosa. Después, verás cómo la vida te parece menos adversa. Tienes que grabarte a fuego que Nil es una roca erosionada y nunca recuperará su antigua naturaleza.

—Pero con la tierra de esa erosión se puede crear vida.

—¿Me estás insinuando que si él te pidiese perdón regresarías a su lado? ¡No me lo puedo creer! —se exasperó Amapola.

—No he dicho tal cosa. Pero, tal vez, si su explicación es coherente…

—¿En serio? ¿Y qué aclaración sería la justa para olvidar su afrenta? ¿Di? Mira. Será mejor que dejemos este tema y continuemos disfrutando de la noche o puede que terminemos peleadas. ¿Te parece bien?

Malva sacudió la cabeza con aire cansado. ¿Seguir cómo si nada? ¿Cómo podría? La daga de Nil se clavó en su corazón y al arrancarla la dejó desangrándose. Y estaba muriendo de pena. Su voluntad agonizaba y no encontraba la cura para evitar que se vaciase y se tornase de piedra.

—¿Sabes…? Da igual. Me voy a dormir. Buenas noches.

—Sigues evadiendo los buenos consejos que te doy. Eso ve a dormir como la cobarde que eres —le reprochó Amapola.

—Y tú, cómo mí mejor amiga, deberías ser más comprensiva y tener paciencia. Lo que me ha ocurrido es desgarrador. Necesito tiempo. ¿Entiendes?

—Malva, por favor. No te enfades conmigo.

Ella no la escuchó. Se levantó y se marchó.

4

Al llegar al hall echó a correr para alcanzar el ascensor. Paró la puerta y entró. El italiano estaba en el interior.

Él, con descaro, la miró de arriba hacia abajo. Esa muchacha no podía saber cuanto le gustaba. En realidad, desde que la vio, no dejó de pensar en ella; en imaginar cuántas experiencias sexuales disfrutaría con esa belleza tan delicada.

—Si me cuenta lo que le molesta, juro que buscaré el remedio para arreglarle la noche —dijo él al ver el enojo en su rostro.

¿Qué, qué la molestaba? ¡Él, por supuesto! No podía soportar ese aire soberbio, pensó Malva y de mala gana, le espetó:.

—Usted sería la última persona a quién recurriría. No me resulta agradable.

Él elevó las cejas con aire divertido.

—¿De veras?

—¿Por qué le cuesta de creer? ¡Ah, claro! Puede que sea la primera mujer que no cae rendida a sus increíbles encantos. ¿Verdad?

Él mantuvo la mirada de admiración en el rostro de ella. Era una muchacha preciosa. Piel de porcelana, cabello dorado que le llegaba a la cintura, ojos del color de un cielo despejado y un rostro perfecto de líneas delicadas. Y su cuerpo, aunque demasiado delgado para su gusto, poseía curvas sugerentes.

—¿Así qué opina que tengo encanto?

Ella le dedicó una media risita.

—Para mí en absoluto. Pero a la gran mayoría puede fascinarlas.

—Siento decepcionarla, *signorina*. No soy un arma letal. Pero sepa que a todas las que deseé, al final, terminé seduciéndolas.

Malva sacudió la cabeza negándole la posibilidad de que pudiese intentarlo con ella. Al día siguiente regresaba a casa. Y aunque tuviera todo el tiempo del mundo, nunca se acostaría con alguien que era un perfecto desconocido.

—¿Podemos ponernos en marcha de una vez?

—Imagino que sube a la habitación —dijo él pulsando el botón.

Las puertas se cerraron y el elevador se puso en marcha, pero a los pocos segundos se paró.

—¿Qué ha hecho? ¡Apártese! —dijo Malva comprobando que el indicador estuviese iluminado.

—¿De verdad piensa que utilizo estas tretas para cautivar a una

mujer? No me subestime tanto. Si quisiera…

De repente se quedaron a oscuras.

—¡¿Qué pasa?! —jadeó Malva.

La lámpara de emergencia se encendió llenado la oscuridad de sombras.

—Se ha ido la luz. Y juro que no he tenido absolutamente nada que ver —dijo él levantando las palmas de las manos en señal de inocencia.

Ella sintió como el corazón se le desbocaba. Odiaba los espacios reducidos.

—Por lo menos, podemos ver nuestras siluetas —comentó él, apoyando la espalda en el espejo. Cruzó los brazos sobre el pecho y miró divertido al ver cómo Malva iba de un lado a otro como una fiera enjaulada. Era deliciosa. Un bombón muy apetecible y se juró que lo disfrutaría en su cama.

—¿Por qué tengo tan mala suerte? ¿Por qué? ¿Dios, qué te he hecho yo? —musitó Malva.

Él elevó la comisura de la boca en una media sonrisa.

—Cálmese. Es solo un apagón. No pasará nada. Bueno… Me refiero a un accidente. En cuanto a lo otro… Nunca se sabe, mi bella señorita.

Malva se detuvo.

—¿Pero cómo se puede ser tan petulante?

—Nunca presumo. Siempre me baso en los hechos.

—Pues anote que en esta ocasión sus conjeturas y argucias no dieron resultado.

—No debe anticiparse a los acontecimientos. La noche aún no ha terminado. Mí delicada *fiore*.

—No soy nada suyo, señor.

La tenue luz hizo que los ojos de él refulgieran diabólicamente.

—Por el momento —aseguró.

Malva se frotó las manos.

—¡Uf! ¿Sabe? Me está usted poniendo muy, pero que muy nerviosa.

—¿De veras? —se burló él levantando ligeramente la comisura del labio derecho.

La luz general tembló, pero volvió a apagarse.

—¡Mierda!

—Una *signorina* como usted no debería usar un lenguaje tan vulgar.

Ella se revolvió y le lanzó una mirada llena de ira.

—¿Y a usted qué diablos le importa? Hago y digo lo que me da la gana. ¿Le queda claro, maldito cretino?

—Del todo. Aún así, diré que me gusta su parte canalla. ¿No se dice así en su idioma? Creo que lo hablo con fluidez, pero hay palabras y expresiones que aún desconozco. Ya que estamos prisioneros y qué se niega a considerar la posibilidad de tener un romance conmigo,

podríamos aprovechar el tiempo para practicar el castellano. Podríamos comenzar con los insultos. ¿Le parece bien?

—¡Al fin! Al fin comprende que no tengo le menor gana de confraternizar con usted. Ni tampoco me apetece que conversemos. Y si quiere insultos, aprenda que para mí usted es un majadero. ¡Y déjeme en paz!

—Como desee. Pero le advierto que se está perdiendo algo muy *succulento* —dijo él mostrándole su anatomía.

Ella resopló acalorada.

—No tengo el menor deseo de conocerlo, porque usted no me gusta. ¿Me oye bien? Y nunca me gustará. Así que no se esfuerce y cállese de una vez. Lo único que deseo es salir de aquí cuánto antes.

Él suspiró desencantado. Malva se situó al otro extremo de él y sacó el móvil.

—Ya lo he intentado yo. No hay cobertura, *signorina*. Estamos solos ante el peligro.

—¡Claro! Y eso le satisface. ¿Verdad?

—Estaría más complacido con lo que me pueda ofrecer usted —susurró él guiñándole un ojo.

Malva gruñó.

—¿Acaso no escucha lo qué le dicen? ¿O es qué es estúpido? Lo que yo digo, es un mentecato. Un idiota presuntuoso.

—Diría mejor que pertinaz. Soy un hombre que no desiste hasta qué consigue lo que desea. Y yo la deseo a usted, *ragazza*. La encuentro *deliziosa.* ¿No le gustaría saber con lo primero que me deleitaría?

Ella no pudo evitar sonrojarse al ver cómo descendía la mirada y se relamía los labios.

—Es usted un depravado —musitó.

Él rió profundo.

—Conozco a las mujeres y usted no es una mojigata. Desprende sensualidad por cada poro de la piel. Observo que es *voluttuosa*. Y yo quiero gozar de esas cualidades y me complacerá esta misma noche.

—¡Está loco! —exclamó ella.

El chistó con la lengua.

—Observador, *cara*. Veo la tensión contenida, el brillo en sus ojos, la terquedad en rechazarme. Señales de qué necesita desfogarse, pero le da miedo. Y le aseguro que no debe tenerlo de mí.

Sin duda, pensó Malva, era lerdo. Todas esas muestras eran el resultado de su enfado con Nil. Tensa por días de angustia, ira en sus pupilas y rechazo a codiciar a otros hombres porque su ex prometido aún dominaba sus emociones.

—Usted no sabe nada de mí —le espetó.

—Cierto. Somos dos desconocidos. No obstante, puede confiar.

Borraré el pasado y escribiré en su piel un futuro nuevo. Uno con el que disfrutará *molto*.

Sí. Necesitaba olvidar el dolor, volver a pensar en qué haría a partir de ahora. Pero si ese tipo creía que él era la herramienta para ello, estaba más chiflado de lo qué especuló.

—Pero... ¡¿De qué demonios está hablando?! ¿De qué futuro? Usted y yo no tenemos ninguno, y menos agradable. ¿Es qué no lo entiende? —exclamó.

Él levantó los hombros en señal de conformidad.

—Está bien. No habrá futuro más allá de esta noche.

—¡Ay, Dios! ¡Dame paciencia o soy capaz de estrangularlo! —resopló ella.

—No me obligue a imaginar escenas demasiado provocativas, *mi bella fiore*.

Malva volvió a enrojecer hasta las orejas al comprender a qué práctica sexual se refería. Estaba ante un pervertido y debería sentir miedo. A pesar de ello estaba convencida que era todo un caballero. No intentaría abalanzarse sobre ella si no se lo permitía. Así qué, no ocurriría nada.

—¿Acaso no... Tiene otro... tema de conversación? —tartamudeó.

—Por supuesto. Podría hablar del tiempo, de la situación política de Grecia o de los últimos descubrimientos científicos. Sin embargo, no los encuentro adecuados.

Ella cruzó los brazos bajo el pecho con gesto enojado.

—¿Por qué me cree incapaz de estar a la altura?

—En absoluto. Deduzco que es inteligente y culta. Pero en este momento me atrae más comentar aspectos sobre nosotros, más bien sobre nuestra intimidad. Conocer nuestras apetencias, lo que nos desagrada o lo que nos hace perder la cabeza... Ya sabe a lo qué me refiero. La información es vital para que una relación sexual que comienza sea mucho más satisfactoria. Pero si aún no goza de mucha seguridad, puedo comenzar yo a contarle mis caprichos. Y le prometo que si alguno le desagrada, aceptaré su negativa. Siempre intento complacer a mi amante.

Malva, incrédula, sacudió la cabeza.

—¡Esto es inaudito! Jamás llegué a pensar que podría encontrarme en una situación tan esperpéntica. Esto no puede estar pasando. No. Pero sí. ¿Por qué no? Ya te ha pasado lo más tremebundo. ¿Qué de extraño habría en estar encerrada con un maniaco sexual en un ascensor?

Él simuló ofensa.

—Soy un seductor, no un pervertido, *signorina*.

—¿Seductor, dice? ¿Dónde están las flores, la invitación a una cena, a un paseo bajo la luz de la luna? ¿Eh? Ha ido directo a proponerme

que me meta en su cama. ¡Usted no es más que un tipo buscando un buen polvo!

—¿Y qué de malo hay en ello? No seríamos más que un hombre y una mujer que consuman su apetito. Y no me gusta perder el tiempo en florituras cuando los deseos son tan indiscutibles.

—Le aseguro que si no se calla, yo sí consumaré un crimen y no precisamente pasional. Usted es...— Calló cuando el ascensor tembló. Presa por el pánico comenzó a jadear.

—Tranquila —le pidió él.

Malva no se apaciguó. Al contrario, la respiración se tornó angustiosa.

—No vamos a caer... Moriremos aplastados. ¡Será una muerte horrible!

Él la asió de los brazos, la llevó hasta su pecho y la abrazó.

—No pasará nada. Este hotel goza de todas las máximas seguridades. Cierre los ojos y relájese. Respire hondo e imagine que está muy lejos, ante un lago rodeado por frondosos árboles. El sonido de sus hojas la envuelven cómo la más bella de las melodías y en el cielo brilla la luna llena y las estrellas. Un lugar sereno y mágico.

Había elegido la visión más punzante para Malva y ésta estalló en un llanto desgarrador. Él le frotó la espalda intentando sosegarla. No lo logró. Ella estaba sumida en el pánico y en el dolor. La tomó del mentón y con suavidad, la obligó a levantar la cabeza.

—Cálmese, por favor.

Ella continuó hipando. Él inspiró hondo.

—Si no lo hace, deberé tomar medidas más contundentes, *cara*.

Pero el terror de Malva no cedió.

—Tú lo has querido —dijo. Y bajando el rostro se apoderó de esos labios que tanto deseaba.

Malva, confundida por la situación, se dejó arrastrar por esa boca desvergonzada. Él gimió complacido y su ataque se tornó más audaz. La besó profundo e impaciente por recibir su respuesta sensual. Y ella respondió. Aceptó los besos de ese hombre petulante sin emitir una protesta, dejando que él la pegara a su cuerpo, que sus manos se aferraran a sus perfectas nalgas.

—*Dolce*. *Molto dolce* —jadeó él.

En cambio él, pensó Malva, sabía a tabaco y a coñac. Un sabor que la estaba embriagando hasta el punto de hacerle perder la cabeza, y él también la había perdido; pues al rozar su ingle comprobó su dureza.

De repente la luz regresó y el ascensor se puso en marcha. Malva tomó conciencia de lo qué estaba sucediendo y se revolvió para liberarse.

Él, a regañadientes, la soltó.

—¿Qué? ¿Qué está haciendo? —jadeó Malva, ruborizada por la

vergüenza.

Él volvió a apoyar la espalda en la pared, cruzó los brazos y sonrió.

—Serenarla con el método más eficaz que conozco. Ý lo he conseguido. Y no solo eso. Me ha confirmado que a pesar de sus desprecios le atraigo y mucho. Me ha besado con ardor. Para ser justo, diría que con mucho *bruciando*.

Malva resopló.

—¡En absoluto! Usted se ha aprovechado de mi indefensión ante el pánico.

—¿Y siempre reacciona así de sensual en estas situaciones? —se burló él.

—¿Qué sensualidad? Usted... ¡Usted imagina cosas que no suceden! —exclamó ella.

—Claro. Claro.

El ascensor se detuvo. Malva se apresuró a salir y corrió hacia la habitación. Pasó la llave y la puerta se abrió de inmediato.

—No podrá escapar siempre de mí. Tarde o temprano, terminará en mi cama —aseguró él.

Ella ladeó el rostro y lo miró iracunda.

—¡Jamás!

Entró en la habitación y cerró con un sonoro portazo.

Él entró en la suya delineando una sonrisa satisfecha. Ahora sí estaba convencido de que esa muchacha sería suya.

5

Malva no podía creer lo qué había pasado. ¿Cómo fue capaz de besar a un desconocido y de esa manera tan voluptuosa? ¿Tal vez Amapola estaba en lo cierto y el sexo podía ser fabuloso sin necesidad de amor o cariño? No. Por supuesto que no. Fue producto del miedo. Nada más que eso. Era absurdo darle otra explicación; porque no la había. Ella amaba a Nil, a pesar de todo y se refugió en los recuerdos de un pasado cuando fue muy feliz, cuando él la besaba con esa serenidad que da el amor, recreándose con delicadeza o apasionadamente mientras hacían el amor; pero jamás con esa avidez viciosa.

Sin percatarse, su boca dibujo una dulce sonrisa. Cada minuto que pasaba estaba más convencida que Nil la amaba y se dijo que recapacitaría, le pediría perdón por esa locura momentánea y se casarían. Porque, a pesar de su felonía, lo perdonaría. No podía renunciar a él. El amor que sentía estaba por encima de las vejaciones o errores cometidos. Olvidarían esa etapa oscura y sin sentido, y vivirían dichosos el resto de sus días.

—Sí. Eso sucederá —musitó, desnudándose. Entró en el baño, abrió el grifo y dejó que el agua limpiase la huella del bochornoso beso. Pero su mente y su cuerpo se negaban a borrarlo.

—¡Maldita sea! Chica. Deja de pensar en ello. No le des la importancia que no tiene. Ha sido un error a causa del pánico. Eso es todo.

El sonido del teléfono la hizo reaccionar. Cerró el grifo, se envolvió con la toalla y corrió a buscar el móvil. Miró el número. Desconocido y no estaba para aguantar a telefonistas empeñadas en que contratara nuevos servicios. Así que colgó. Pero de nuevo insistieron. Optó por responder y deshacerse de esos pelmas, o no se darían por vencidos.

—¿Si?

El corazón se le paralizó al escuchar la voz de Nil. ¡Por fin la llamaba! Por fin la congoja estaba a punto de terminar y regresaría a la vida que siempre soñó. La voz del hombre que se estaba disculpando y que le daría una explicación, aunque fuese a través de una línea telefónica se lo confirmaría.

—¿Por qué has tardado tanto en llamar? ¡Me has hecho sufrir mucho! ¿Qué te pasó? Seguro que hubo una razón imperiosa, ¿cierto? Seguro que sí. Dímelo, por favor. Explícate o me volveré loca.

Cuando él comenzó a hablar no oyó la aclaración que esperaba. ¿De qué hablaba? ¿Qué demonios decía? ¿De verdad estaba justificando su cobardía?

Impactada, no quiso escuchar más. Y sin darle ni una réplica, dejó caer el móvil.

—Esto no puede… estar pasando. No puede ser…—hipó sintiendo como el aire escapaba de los pulmones. Sin duda, había entendido mal. No. Se había dormido y era una pesadilla. Despertaría y esa llamada no habría sucedido. Nil no habría dicho esas cosas tan terribles. Nil llamaría de verdad y sus palabras serían esperanzadoras.

El timbre sonó otra vez provocando que saltara. Dudó en responder. ¿Y si confirmaba que no fue una ensoñación? No podría soportarlo. Pero era una mujer valiente. Dejó entrar la llamada. De nuevo era Nil. Y de nuevo escuchó las palabras más dolorosas que una mujer enamorada podía soportar.

Destrozada, estampó el teléfono contra la pared y se dejó caer sollozando con desgarro. Se sentía como un naufrago sin salvavidas a punto de hundirse en un profundo abismo. El futuro anhelado se había disgregado en miles de cristales que se le clavaron en el corazón ya malherido. Nunca volvería a ser feliz. Nunca.

Perdió la noción de cuánto tiempo lloró. Pero sí supo cuándo algo en su interior se rompió, justo cuando el reloj daba las doce campanadas. Fue como si el sueño de Cenicienta terminase al perder el zapato. De repente, el dolor se convirtió en rabia. ¿Cómo que jamás sería feliz? ¡Maldito cabrón! ¡Por supuesto que lo sería!

Furiosa se limpió las lágrimas. Ya no quería sufrir más por ese desgraciado. Ahora lo único que quería era abofetearlo, decirle lo gallina que era. Pero como buen cobarde se había escondido. Aún así, se juró que Nil, un día u otro escucharía sus reproches cara a cara. Se vistió y salió de la habitación para reunirse con Amapola. Debía contarle lo sucedido.

Desistió de coger el ascensor y bajó por la escalera. No era probable que volviese a encontrarse con el italiano, pero por si acaso.

Sintiendo como el pecho le palpitaba sin control llegó al jardín. Buscó a su amiga, pero no estaba en la mesa ni tampoco en la pista de baile.

—La señorita se fue acompañada de un joven —le informó el camarero.

No le importaba que Amapola ligase, nunca juzgaba el comportamientote los demás a no ser que la perjudicase, pero lo había hecho en el momento menos indicado. Necesitaba escupir la rabia que la carcomía. Necesitaba a un amigo.

Con pasos apresurados se alejó, caminó sin rumbo, hasta llegar a la playa y se detuvo ante las olas.

—¡Te odio! ¡Maldito! ¡Maldito cobarde! ¡Te aborrezco! ¡Eres un cabrón! ¡Ojala seas un desgraciado! ¡Te odio! —gritó pateando la arena.

Tras varios minutos desfogándose, respirando agitada, se refugió bajo la carpa propiedad del hotel y se dejó caer en la tumbona. Perder la calma la había ayudado a liberar tensión. No obstante, la inquina continuaba aferrada en las entrañas. Deseaba abofetear a Nil, gritarle, mostrarle su desprecio. Quería hacerle pagar su traición. Porque la estafó. Le hizo creer que era lo más importante en su vida y resultó ser una más. Una mujer por la qué no merecía la pena jurarle amor eterno ante un altar y prefirió humillarla ante sus amigos.

El chapoteo en el agua la alertó. Alzó la mirada y parpadeó perpleja al ver al hombre iluminado por la luna que se encaminaba hacia ella.

—No puede ser —musitó, al reconocer a su vecino.

—Sabía que terminaría acudiendo a mí.

—¿Insinúa que le estoy siguiendo? ¡Iluso! Le repito que no quiero nada de usted…—Calló al comprobar que no llevaba bañador—. ¡Por el amor de Dios! Pero… cómo se le ocurre… ir así. ¡Está desnudo!

Él elevó la comisura de los labios en una mueca irónica.

—¿Por qué cree que he venido a darme un chapuzón a esta hora de la noche? Para no tener curiosos como usted que se recreen en mi increíble anatomía.

Malva no pudo evitar que la mirada se dirigiese hacia su entrepierna. No exageraba. Estaba muy bien dotado. No quería ni imaginar cómo sería cuando estuviese estimulado.

—Quítese de la cabeza que... estoy aquí por usted. Es una casualidad —balbució ruborizada.

—Pues pensaré que es el Destino el que se empeña en reunirnos.

Malva carraspeó e intentó recobrar la frialdad.

—Así es. Aunque, lo hace para que comprenda de una puñetera vez que usted me desagrada.

—¿Por qué? —quiso saber él.

—¿Ha de existir un motivo coherente?

—Por supuesto.

—Una mirada contempla estremecida una obra de arte y otra siente rechazo. ¿La razón? Como decimos es España, cuestión de piel. Y ese rechazo visceral me ocurre con usted.

Él volvió a sonreír divertido al ver cómo ella no podía controlar a sus ojos.

—Pues, la suya, en este momento, más bien diría que está fascinada.

Malva se removió abochornada.

—Más bien... escandalizada. ¡Está desnudo manteniendo una conversación! Convendrá que no es lo más natural del mundo.

—No lo es. Pero hasta ahora a usted no le ha importado. ¿Cierto?

—¡Cúbrase con la toalla, por el amor de Dios!

—¿Para qué? Tarde o temprano me la quitará. Y como ya le dije, no soy hombre que pierda el tiempo en comportamientos absurdos.

—Y yo le he recalcado en varias ocasiones que usted y yo nunca tendremos relación alguna —replicó ella.

—Ya nos hemos besado y no precisamente como amigos.

—Fue usted quien se tomó la libertad de asaltarme —replicó Malva.

—Una mujer que no desea al hombre, no responde con tanta pasión. ¿No le parece? —le recordó él.

Malva no puedo evitar sofocarse ni que su corazón latiese agitado al aceptar que estaba en lo cierto; aún así no quiso darle la razón.

—Una mujer aterrorizada no es dueña de sus actos.

—Y también una despechada actúa sin meditar.

Ella, azorada, tragó saliva. ¿Lo decía porque la escuchó gritar?

—¿Qué estupidez es esa? ¿De qué despecho habla?

—No soy un niño. Conozco el alma femenina. La suya está herida. ¿Qué insensato ha sido capaz de lastimarla? Le aseguro que yo sería incapaz de hacerla sufrir. Usted lo único que merece es ser adorada. Olvide a ese mentecato.

Malva intentó contener las lágrimas.

—Y yo reconozco a un idiota. ¿Cuántas veces le he de decir que no me conoce? Absténgase de opinar sobre mí.

—Veo en sus ojos la tristeza. Y me enfurece. Ese hombre no merece su fidelidad ni respeto. Deje el pasado atrás y disfrute de la vida. Sea feliz.

Hablaba con la verdad. Nil demostró que no era digno de ella, que no la amó de la manera que le hizo creer. Fue una gallina que la abandonó sin el menor remordimiento.

—Aunque eso fuese cierto, ¿por qué debería resarcirme con usted?

Él la miró con intensidad.

—Insiste en negar lo evidente y es que le gusto. Y mucho.

—¡Cuánta inmodestia!

—Si la beso de nuevo cambiará de opinión.

—No tendrá opción.

—¿Seguro?

Por supuesto que no cedería a la tentación de esa serpiente. Ella amaba a Nil. Pero… ¿Qué estaba diciendo? No. No lo quería. Ya no. Lo odiaba y no merecía que continuase penando por un hombre que la humilló, que le hizo creer que no era más que una piltrafa. Era una mujer joven, guapa e inteligente. Una mujer que despertaba el deseo de un hombre tan atractivo y misterioso cómo el que estaba ante ella. Porque tenía que admitir de una vez que el italiano era un tipo muy, muy cautivador y que besaba de maravilla. Debería disfrutar de los

placeres que le ofrecía la vida. ¿Por qué no hacerlo? Porque como decía Amapola, era asustadiza y dijo:

—Del todo.

Él suspiró.

—Una lástima. Podríamos pasarlo muy bien. Aunque, no pierdo la esperanza. **Fottere* con usted.

Malva lo miró directamente a los ojos.

—No me incluya entre sus amantes. Nunca me acostaré con usted —dijo. Se levantó y dio media vuelta.

*Tener relaciones sexuales

6

No pudo irse. Él le aferró el brazo, la volteó y la atrapó entre sus brazos.

—Deja de mentirte, de comportarte con miedo y acepta que te gusto. Y no trates de negarlo. Tus ojos, tu piel, tu respiración, lo están confesando. Deseas que vuelva a besarte, que te acaricie, que me deleite con tu esencia y que me hunda en ti. Te mueres por disfrutar de todo lo que pueda ofrecerte. Y puedo darte mucho, *cara*. Placeres exquisitos y tan atrevidos que nunca los habrás imaginado. Juro que te haré gritar como nunca lo has hecho cuando te lleve al placer más absoluto, una y otra vez; hasta agotarte y comprendas que nunca has experimentado nada tan satisfactorio —dijo ronco.

La respiración de Malva se alteró. Nil nunca le habló de esa manera tan descarada. En realidad, alguien que amaba jamás expresaría sus intenciones con tanta impudicia. Ni mucho menos, instar a qué su pareja realizara prácticas sexuales obscenas.

—Suélteme —le pidió, revolviéndose.

—¿A quién guardas tanta fidelidad? ¿A un tipo que te ha relegado?

Ella quedó paralizada.

—No me mires así.

—¿Por qué no comprende de una vez que usted no sabe nada de nada?

—*Vero*. Desconozco tu vida. Pero que una muchacha tan hermosa esté aquí sola con una amiga y sumida en la desolación, es la explicación más lógica. Por lo que no comprendo qué sufras por un hombre que no ha sabido apreciar lo maravillosa que eres. No lo merece. Verás, *piccola*. Cuando gira la ruleta ya no se puede cambiar la apuesta. Hay que volver a jugar y elegir otro número.

—¿Y usted es ese número? —inquirió ella con sarcasmo.

Él le acarició la mejilla con el dedo.

—*Ovviamente*. Yo te haré volver a reír y a disfrutar de los placeres que puede ofrecerte la vida; mejor dicho, yo seré ese placer para ti.

Esa simple caricia le provocó a Malva que su vientre se convulsionase.

—No. No quiero… ninguna re… relación con usted —balbució Malva.

—¿Ni tampoco vengarte de ese miserable?

No podía acostarse con ese italiano por venganza. Ella no era esa

clase de mujer. El remordimiento la acompañaría el resto de la vida. Lo mismo que el recuerdo de la humillación sufrida. Todos pensaban que ignoraba lo que los medios llegaron a especular del motivo por el que Nil la abandonó en un momento tan crucial, pero lo buscó en Internet. Dijeron cosas monstruosas sobre ella y también sobre Nil. Inventaron historias vergonzantes. Y eso no hubiese ocurrido si su prometido ahora fuese su esposo. No era digno de su fidelidad, ni de su respeto. Se merecía descubrir que la mujer que rechazó fue capaz de entregarse a otro hombre. Eso, a pesar de haberla abandonado, le dolería. Y mucho. Los hombres eran así de ególatras. Les gustaba pensar que eran únicos en el corazón y en la piel de una mujer. Pues ella le demostraría que no era así acostándose con ese hombre tan espectacular. Y en un impulso alzó las manos, las posó en la nuca de él y lo atrajo hacia su boca.

—Voy a hacerlo porque me da la gana. Porque como dice, tengo que disfrutar y usted me ha prometido mucho placer. Por nada más. ¿Le queda claro? —dijo para no darle la razón.

—Del todo, *amore*. Y prometo dártelo. Te llevaré al paraíso —susurró él.

Malva lo besó con ansia y él, sorprendido por su reacción, permaneció unos segundos inactivo, hasta que respondió con la misma intensidad. Esa muchacha se había convertido en la obsesión más urgente y ahora su deseo sería saciado.

Cuando sus bocas se separaron, la miró con ojos brillantes de lujuria. La tomó de las manos y la instó a sentarse en la tumbona. Se arrodilló ante ella y deslizó la boca por el pulso latente de su cuello, al tiempo que apartaba los tirantes del vestido. Los senos libres de sujetador quedaron expuestos.

Por un segundo, Malva tuvo el impulso de recuperar la cordura. ¿Que demonios estaba haciendo? Pero al ver en el rostro de su amante ese deseo animal por poseerla, la dejó escapar. Permitió que esa boca y sus manos inquietas los venerase.

—*Adorabili* —musitó él, lamiendo el pezón inhiesto.

Malva se sorprendió del inmenso placer que ese desconocido le estaba provocando y con un ronroneo de satisfacción, olvidando el pudor, hundió las manos en el cabello ensortijado de él.

Él, incitado por su reacción sensual, sin dejar de estimular sus pechos, introdujo la mano bajo el vestido y la deslizó por el muslo, hasta introducirse en sus braquitas.

Malva susurró una protesta. Él acarició sus labios trémulos.

—Déjame. No te arrepentirás, mi *adorabile bambola*.

Malva no estaba segura. Aún así, no quiso pensar en el mañana. Ahora lo único que quería era sentirse deseada por un hombre tan fascinante como él. Olvidar el pasado y sobre todo, el dolor.

—¿Lo prometes? —dijo en apenas un susurro.

Los dedos de él comenzaron a acariciar su punto de placer y ella suspiró hondo.

—**Sei molto bagnata* —gruñó al notar cuán incitada estaba.

—No te detengas —protestó Malva.

—Veo que estoy cumpliendo la promesa —rió él, hundiendo un dedo en su interior.

Malva, estremecida, asintió mordiéndose el labio.

Él también gimió al sentir su humedad. Alzó la cabeza y la miró con ojos brillantes.

—*Sei una ragazza molto sensuale* —susurró.

Malva dejó escapar un gemido de puro goce. No recordaba haberse sentido tan inflamada, ni tan desinhibida practicando sexo. Claro que, nunca antes lo practicó con un desconocido. Y no debería seguir haciéndolo. Tendría que detener a ese hombre de inmediato. Pero sus habilidades le estaban brindando una experiencia enloquecedora y ganaron la batalla. Además, se dijo, mañana regresaría a casa y no volverían a verse. Era una gran ventaja para alguien tan retraído en estas cuestiones. Tal cómo dijo Amapola, podía comportarse con descaro sin sentir vergüenza y proceder como se le antojase; incluso pedirle sus fantasías más excéntricas. Únicamente estarían juntos esa noche y después no volverían a verse. Cerró los ojos, apoyó la cabeza en el respaldo y dejó de pensar, concentrándose en las sensaciones deliciosas, rogándole que continuase.

Él, exaltado, aceleró el ritmo de sus caricias. Ella movió las caderas incitándolo a llevarla a la cima y la complació. Convulsionándose entre gemidos entrecortados, Malva se liberó de la tensión.

**Estás muy mojada*

—Eres una *ragazza molto calda* —dijo él, ronco. La besó con hambruna y se separó. Ella emitió una leve protesta. Él se carcajeó con sensualidad, la desprendió de las braguitas y colocó sus piernas sobre los apoyabrazos de la silla.

Malva comprendió sus intenciones.

—No —protestó, sofocada. Nunca estuvo así de expuesta con su prometido y se sentía vulnerable.

—Lo único que quiero es hacerte gozar una vez más, *amore*. Confía. ¿*D'accordo*?

Ella quiso escapar. Él no se lo permitió, aferró sus muñecas y hundió la cabeza entre sus muslos, y la devoró sin piedad.

Malva comenzó a jadear estremecida y él, aún la exploró con más audacia.

—Sí —gimió presa del delirio, hundiendo las manos en su cabello, alentándolo a brindarle más placer. Ese hombre era un mago. Su boca

insaciable la estaba llevando a una delicia muy distinta a la conocida. Pero no le importó perderse en ella. Nunca antes sintió en sus entrañas ese torrente de fuego tan voraz que amenazaba con abrasarla, ni que ese nuevo orgasmo aún fuese más exquisito que el anterior.

Él alzó la mirada y relamiéndose, musitó:

—*Davvero squisita*.

Ella se ruborizó hasta la raíz del cabello. Él sonrió al comprobar que aún quedaban mujeres con un toque de inocencia. Bajó la mirada hacia su entrepierna. Estaba muy estimulado. Duro como nunca. Ella abrió los ojos asombrada. No tan solo era un hombre imponente por su atractivo, también lo era por su anatomía sexual.

—No llevo preservativos y no creo que aguante hasta la habitación. Pero seré cuidadoso. Sé controlarme —jadeó.

Era el momento de ser sensata y con esa excusa, terminar con esa locura. Pero ya no deseaba ser prudente. Lo que codiciaba era más exquisiteces que ese hombre podía regalarle y con voz cargada de sensualidad, dijo:

—Estoy protegida.

Él gruñó complacido y se introdujo entre sus piernas.

—*Molto più piacere ti aspetta, amore* —musitó ronco. Y de un solo golpe la penetró.

Ella suspiró de puro placer al sentir su miembro duro y caliente llenándola por completo, meciéndose con cadencia, sin prisas; regalándole sensaciones indescriptibles.

—¿*Ti piace, amore*?

Ella asintió lamiéndose el labio. ¿Cómo era posible que hubiese obtenido dos orgasmos con apenas unos minutos de diferencia y de nuevo sintiese el hormigueo del próximo? Ese hombre era enloquecedor, un experto en quebrantar la voluntad de una mujer. Y no le importaba en absoluto dejarse dominar por los instintos más primarios. Esa noche era excepcional. Esa noche los convencionalismos y miedos no tenían cabida. Solamente deseaba sentirse libre y atractiva. Y él le estaba demostrando que era la mujer más apetecible del mundo en esos instantes. Instigada por esa realidad, olvidó la timidez y clavó los ojos acuosos en la negrura de los de él.

—Quiero más. Dame más —dijo en apenas un murmullo.

Él la obedeció y ella se movió a su mismo ritmo, sin vergüenza, dejando atrás a la muchacha retraída y puritana, buscando el estallido que la atrapó elevándola a un éxtasis inesperado obligándola a jadear sin control.

—*Sei molto appassionata. Molto* —gruñó él. E, impaciente, aceleró el ritmo de sus embestidas y cuando estaba a punto de perder el control, se apartó, alcanzando el orgasmo. Nunca confió al no estar protegido

en los juramentos de una mujer. No quería consecuencias en absoluto deseadas que solamente le aportarían problemas.

Malva, respirando estremecida, solamente pudo asentir

—*Sei maravigliosa* —musitó mirándola arrebolado. Y la besó con languidez, mientras sus respiraciones regresaban poco a poco a la normalidad. Y una vez calmados, él le recompuso la ropa, recogió las braguitas, se las entregó y se puso el bañador.

En ese instante, Malva se dio cuenta de la situación y la vergüenza la invadió. No poseía soltura para comportarse como una mujer de mundo. En realidad, no era más que una joven cándida bajo la mirada de un hombre experto. ¿Qué se decía en estas ocasiones? ¿Terminaban la noche en la habitación? ¿O por el contrario él ya habría quedado saciado y se despedían con educación?

Él entendió su tribulación y le acarició la mejilla con ternura.

—Eres una chica interesante. Me encanta tú candidez. Pero sé qué algún día se desvanecerá. Y quiero ser yo quién la borrará convirtiéndote en una verdadera mujer. En la mejor amante a la que un hombre puede aspirar. Quiero mostrarte los placeres más exquisitos. ¿*Tu voi*?

Ella, sintiendo como la piel aún le ardía, cómo única respuesta, barriendo de un plumazo su timidez, lo besó con glotonería.

Él dejó escapar un gemido.

—Pues vayamos a la habitación. Estaremos más cómodos. Vamos, *cara. Voglio fare l'amore con te fino all'alba.*

Esa promesa erizó la piel a Malva. Y se dijo, caminando cogidos de la mano, que la niña apocada había dado paso a una mujer lasciva e insaciable, mientras a lo lejos sonaba Sexual Healing de Marvin Gaye.

7

Enzo abrió los ojos y miró hacia su costado. Su hermosa jovencita ya se había levantado. Abandonó el lecho y fue al baño. Vacío. Sonrió. Ella escapó mientras dormía. Pero no le serviría de nada esconderse. La noche llena de lujuria aún no había saciado su obsesión. Quería más de esa *ragazza* tan inocente, a pesar de no ser virgen, y la tendría. Moría por mostrarle muchos más placeres que, estaba convencido, desconocía. Pero lo que más ambicionaba era volver a observarla cuando su ardor estallaba a causa del goce que sentía cuando la excitaba.

Silbando entró en la ducha. No recordaba haberse sentido tan bien en mucho tiempo y mucho menos tan ilusionado con un objetivo. ¿Y cuál era su objetivo? Conseguir que su joven desconocida se convirtiese en su amante. Y por supuesto, aceptaría. Ninguna mujer se resistió a sus apetencias. Ella no lo hizo durante las horas que la mantuvo despierta gozando a causa de sus habilidades sexuales, aceptando cada una de sus proposiciones; lo cuál reafirmaba su creencia de qué esa noche no sería la última que se recreasen juntos. Ella conocería cada uno de sus antojos.

Las imágenes futuras lo pusieron duro; lo cuál era extraordinario. Nunca antes, tras horas de sexo, le ocurrió. Esa chica estaba rompiendo muchos esquemas. El físico nada exuberante nunca lo atrajo; en cambio ella, con sus curvas suaves, lo cautivó. Ni jamás con otra experimentó una satisfacción tan distinta tras alcanzar el orgasmo. Una sensación que deseaba disfrutar una y otra vez.

—¡Mierda! —masculló intentando recuperar la frialdad.

No lo consiguió. Pero no quiso aliviarse. Esta vez no. Sería ella quién de nuevo lo elevase al éxtasis.

Dejó que el agua fría cayese con fuerza y una vez más relajado, se secó con rapidez y se plantó ante al armario. No se entretuvo en escoger la ropa. Cogió un pantalón y camisa de lino color crema y tras vestirse salió a buscar a la muchacha más excitante del mundo.

Se plantó ante la puerta de su habitación y la golpeó suavemente. Impaciente aguardó unos segundos. Estaba ansioso por meterla en la cama y disfrutar de su maravilloso cuerpo. Al no recibir respuesta, volvió a insistir. Nada. Dedujo que bajó al comedor y hacia allí se encaminó. No estaba. Tampoco en el jardín, ni en la piscina. Cabía la posibilidad que estuviese dándose un baño en la playa o visitando

algún lugar pintoresco de la isla como cualquier turista. Optó por terminar con las elucubraciones y preguntar en recepción.

—¿Está la señorita…? —Calló. *¡*Mannaggia*! No le había preguntado el nombre.

—¿Señor? ¿En qué puedo ayudarlo? —inquirió el empleado.

—Querría saber si la señorita de la habitación trescientos tres está en el hotel o ha salido. ¡Ah! Y también su nombre.

El recepcionista lo consultó.

—Teresa Neale.

—¿Es una broma? —inquirió Enzo. Ese era el seudónimo con el que se inscribió en un hotel Agatha Christie cuando decidió desaparecer unos días.

—No, señor. Es lo que pone en el registro.

—¿Y en cuánto a la primera pregunta?

—Se ha ido.

—¿Y cuándo regresa?

*¡Rayos!

Enzo parpadeó confuso.

—Me refiero a qué ha dejado el hotel.

—Si… Si… Comprendo. ¿Sabe adónde ha ido?

—Al aeropuerto.

La respuesta dejó impactado a Enzo. ¿Se marchaba de la isla? No podía hacerlo. No sin antes saber quién era ni convencerla de que se quedara con él.

—¿Destino?

El empleado sonrió.

—No puedo darle esta información, señor. Por otro lado, lo desconozco.

—Por supuesto. La discreción ante todo —dijo Enzo mostrándole unos billetes.

El chico suspiró. En otra ocasión se llevaría una buena suma. Pero en ésta le era imposible quebrantar el secreto, pues desconocía quién se ocultaba tras ese nombre.

—Lo siento, señor. Juro que no sé quién es, ni al lugar al que viaja.

Enzo asevero.

—¿Puedes llamar al director?

—Le advierto que obtendrá el mismo resultado.

—Tú llámalo. Dile que soy el señor Leone. Ya.

El recepcionista, tras su tono autoritario, obedeció y en apenas unos minutos el director se plantó ante él.

—¿Y bien, Enzo? ¿Cuál es la urgencia? ¿Se han olvidado de suministrarte tu jabón preferido? ¿O tal vez no hemos encontrado la langosta perfecta? ¿O puede que la almohada no sea la adecuada? En

serio, amigo. Cuando reservas, la taquicardia se apodera de todos nosotros. Eres uno de los clientes más difíciles. En alguna ocasión he estado tentado de decirte que estábamos al completo —dijo en tono de chanza.

Enzo hizo revolotear la mano.

—Convendrás conmigo que una mala utilización de un jabón de baja categoría o una materia prima que no sea de primera calidad en el menú resta puntos. Pero no te he llamado para comentarte nimiedades.

El director alzó las cejas.

—¿Ahora las consideras nimiedades? ¡Vaya! Me sorprendes. ¿Qué ha pasado?

—Aristo. Se trata de algo mucho más importante —remugó Enzo.

El semblante del director pasó del relax a la preocupación.

—Necesito encontrar a un cliente. A la mujer que se esconde bajo el seudónimo de Teresa Neale —le pidió Enzo.

Él director frunció los labios.

—Imposible.

—Aristo. Es muy importante.

—Y mí trabajo también. Hay informaciones que me son imposibles de revelar. Lo sabes bien.

Enzo asintió. Un cliente VIP cuya verdadera identidad debía protegerse a toda costa.

—Me conoces. Soy la discreción personificada. No saldrá perjudicado nadie. Venga. Hazme este favor, amigo.

—En esta ocasión, lamento no poder ayudarte. Mira. Ya no se trata tan solo de un asunto profesional; también entra en juego la promesa que le hice a un buen amigo. No puedo romperla.

—¿Ni una pequeña pista? Vamos. Te recuerdo que te he hecho muchos favores.

Aristo negó con la cabeza.

—¿Me estás chantajeando? No puedo creerlo.

—¡*Per l'amor di Dio*! ¿Cómo se te ocurre? Mira. Esto es muy importante. Más de lo qué supones. Necesito dar con ella.

—No insistas. Me es imposible.

—Vale. Entiendo. Pero la encontraré. La encontraré —aseguró Enzo.

—¿Puedo saber que deseas de ella?

—Yo también, cuando la ocasión lo requiere, soy discreto.

—Entiendo. Espero que tengas suerte en tú búsqueda.

—Sabes qué nunca he confiado en ella.

—Pues, en esta ocasión la necesitarás. Te lo aseguro. Ahora, si me disculpas, el hotel requiere que le preste atención. ¡Ah! Y cómo compensación a mi falta de ayuda, hoy la comida corre de mí cuenta.

Enzo delineó una media sonrisa.

—¿Crees qué será un consuelo?

—No. Pero contribuiré a qué tú inmensa fortuna se incremente —bromeó Aristo.

8

Amapola miró con fijeza a su amiga.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Te conozco y hoy estás diferente. Cuenta.

Malva levantó las cejas.

—¿Yo? Eso tú que fui a buscarte y habías desaparecido. Me dijo un pajarito qué lo hiciste con un muchacho de muy buen ver.

Amapola puso los ojos en blanco.

—Y de muy buen hacer, amiga. ¡Fue una noche espectacular! En confianza, es el chico más potente que he conocido. ¿Te puedes creer que me provocó tres orgasmos? Y por supuesto, no te describiré cómo. Solo diré que su experiencia fue un gran descubrimiento. Estoy molida. Tengo agujetas en cada hueso. En cuanto lleguemos deberé reposar, al menos un par de días para reponerme. Porque, querida, mi aventura griega hará un curso de arquitectura en Barcelona. Así que, podré disfrutar de ese maravilloso chico cuanto me apetezca. ¿No es fantástico?

Malva permaneció callada. ¿Cómo podía decirle que ella duplicó esa cifra? En realidad, si le contase todo lo que hizo, no podría ni imaginarlo. Incluso ella que experimentó cada caricia, cada beso, cada unión sexual, podía creerlo. Se comportó como una mujer libre de perjuicios entregándose con la misma pasión que su amante. De un amante extraordinario. Nunca Nil le provocó sensaciones tan brutales. Ni mucho menos, deleitarla con prácticas hasta ahora desconocidas. Sin embargo, no logró que su corazón latiese del mismo modo que con el hombre que amó durante años. Ese desconocido solamente le ofreció sexo. Nada más. No. Se estaba engañando. Le enseñó que podía comportarse con libertad y no tener miedo a lo desconocido. En solo una noche le mostró que era capaz de no negarse a lo que deseaba y que no renunciaría a sus apetencias, fuesen las que fuesen. Aunque, de las suyas nunca más; pues ignoraba su identidad. Y esa verdad, inexplicablemente, la consternó.

—¡Ay, cielo! ¿No me digas que te he escandalizado? No lo creeré. No de una mujer que ha mantenido una relación de dos años con un hombre… —Calló al ver que había metido la pata. Y se disculpó: Lo siento. No quería recordarte… Yo… Perdón.

Malva delineó una media sonrisa cargada de tristeza.

—No es por eso. Anoche ocurrió algo del todo inesperado.

Su amiga inclinó la cabeza y musitó:

—¿No me digas que te ligaste al veronés?

—¿Y por qué insistes en adjudicarle identidades que desconoces? Sabemos que es italiano y punto. Y no. No me enrollé con él —mintió Malva.

—¿Entonces?

—Nil me llamó.

Amapola respingó sorprendida.

—¿En serio? ¿Qué te dijo ese desgraciado? Supongo que no habrás sucumbido a su explicación. Porque no hay excusa posible para lo que hizo. ¡Ninguna! Aunque, siento curiosidad por conocerla. Venga. Desembucha.

Malva inspiró hondo.

—¡Por Dios! No me tengas en vilo.

—Se sintió amenazado —dijo Malva.

—No entiendo. ¿Por quién? ¿Y por qué? —inquirió Amapola con extrañeza.

—Por mí.

Su amiga parpadeó perpleja.

—¿Bromeas?

—Dijo que… Que no se veía capaz de satisfacerme...

—Pero… ¡Qué estupidez es esa! Cuando alguien está años junto a otra persona sabe si la hace feliz y si descubre que no, jamás le propone matrimonio. ¡A otro con ese cuento! No me lo creo.

—Si me dejas terminar, lo entenderás.

Amapola dio un sorbo al vaso y la invitó a seguir con un gesto de la mano.

—No se sentía preparado. Que era muy joven para comprometerse el resto de su vida. Y por ello, me haría desgraciada.

—¿Y humillándote ante todos te haría feliz? ¡Será cabrón!

—Yo lo comprendo.

—¡¿Qué?! ¡Tú eres tonta, niña! ¿Cómo qué lo disculpas? ¡Deberías estrangularlo! —gritó Amapola.

—Cálmate, por favor. Mira. Entiendo que intentara evitar que todo fuese peor después. Engaños, peleas e incluso un posible divorcio. Sin embargo, no te equivoques. Sigo dolida y muy enfadada. En realidad furiosa. Lo odio.

—Lógico. Te abochornó ante el mundo.

—No solo por eso. Lo más doloroso ha sido descubrir que nunca me ha amado lo suficiente cómo para desear pasar el resto de sus días junto a mí. En cambio yo lo amé con locura.

—¿Lo amé? —puntualizó su amiga.

Malva tomó aire.

—Estoy comenzando a borrar una parte de mí sentimiento. Aunque, hacerlo desaparecer llevará un tiempo. Deberéis tener paciencia y perdonar mis posibles salidas de tono, querida amiga.

Amapola posó la mano sobre la suya y le dedicó una dulce sonrisa.

—Tú familia, tus amigos y yo sí te queremos. Y mucho. Así que, no debes preocuparte. Cuidaremos de ti y te consentiremos que por un tiempo esté malhumorada y triste. Aunque, no te relajes. Tenemos paciencia, pero no tanta para que soportemos más estupidez de la necesaria. Y tú, por supuesto, pondrás de tú parte. ¿Entendido?

—Lo intentaré.

—Nada de lo intentaré. Ese desgraciado, tras lo que me has dicho, no merece ni un segundo de tus pensamientos y mucho menos que te sientas abatida. A partir de ahora, debes pensar en el futuro. En un futuro lleno de diversión y aventura. Tienes que convertirte en una nueva mujer. No. No me he expresado bien. Me refiero a abrir tú mente. La tímida y formal Malva debe desaparecer. Hasta ahora no te ha servido para conseguir tú sueño. Mejor dicho, para no encontrar al hombre adecuado. Ha llegado la hora de ser más valiente y atreverte a soñar con objetivos diferentes.

Malva se concentró en la taza de café. Si supiera lo osada que fue anoche. Su vientre se convulsionó al rememorar la larga noche de pasión.

—No me refiero a la cama, cariño. Aunque en eso también deberías reciclarte. Me juego el pellejo que el gallina no era el amante perfecto. Nunca me pareció apasionado. Aunque las apariencias son engañosas. Lo sé muy bien. Recuerdo a ese chico con cara y aspecto de ángel; incluso llegué a pensar que era un seminaristas. Lo qué más me molesta es no recordar su nombre. ¿Era Manuel o Mario?... ¡En fin! Eso es lo de menos. Resultó ser una fiera. ¿Lo era tu ex? —dijo Amapola.

El altavoz anunció la salida de su vuelo evitando que Malva respondiera.

—Tenemos que ir al control —dijo. Apuró el café y se levantó.

Amapola se colgó el bolso al hombro y lo apretó con fuerza.

—No comprendo tu miedo. Llevas volando desde que naciste —dijo Malva.

—Si me montase sobre un pájaro iría segura. Sobre algo creado por el hombre, no confiaré jamás. Un tornillo mal puesto y se acabó.

Malva entrelazó su brazo con el suyo.

—Nuestras vidas no terminarán hoy. ¿Verdad? Al contrario. Estoy convencida que estamos a punto de iniciar una nueva existencia. Todas las señales nos lo están indicando. Está ese griego tan fabuloso que se reunirá conmigo en unos días. El futuro será halagüeño —dijo Amapola.

—Es posible. La respuesta al mal que me aquejaba llegó. No era la que deseaba, pero me permitirá seguir adelante sin ese secreto lacerándome el corazón. Te aseguro que estoy dispuesta a resurgir —suspiró Malva.

—¡Bien dicho! El mundo es una gran tarta, y tú y yo vamos a comérnosla —exclamó su amiga.

—Para mí ha perdido sabor —murmuró Malva.

—En ese caso, habrá que encontrar un buen terrón de azúcar que te la haga bien sabrosa. Venga. Dejemos de hablar o perderemos el avión —dijo Amapola guiñándole un ojo con gesto pícaro.

9

Malva abrió la puerta. Hacia más de un mes que no acudía al taller. No se sentía preparada para reanudar el trabajo. Su mente aún estaba perdida, incapaz de pensar en lo que debía hacer. No podría concentrarse en el diseño. ¿Cómo sería posible crear joyas para hacer feliz a alguien cuando ella se sentía desdichada?

Con un largo suspiro se sentó. El boceto de sus alianzas aún permanecía sobre la mesa. Les había dedicado horas intentando impregnarles la felicidad que le inundaba el corazón y de la que siempre esperó gozar. Fueron vanas ilusiones. Tiempo perdido.

Esforzándose por no llorar encendió el fundidor. Abrió el bolso y extrajo una cajita. Levantó la tapa. En su interior estaban los añillos. Los observó. Eran unas alianzas preciosas. Su mejor diseño hasta el momento. Y el recuerdo más terrible.

El timbre la hizo respingar. Fue a abrir la puerta. Era Alex.

—Ayer llegué de Melburne y Amapola me dijo que habíais regresado, y no he podido resistir la tentación de venir a ver cómo estabas —dijo su amigo. La abrazó con fuerza y la besó en la mejilla.

—Por el momento, aún no me he hundido del todo —dijo ella.

—¿Qué tonterías dices? Te veo bien. Es decir. Mejor de lo que me esperaba. Ya no luces tantas ojeras y pareces más serena. Incluso te veo más guapa. Amapola acertó. Santorini ha sido una buena medicina para ti. Cuéntame. ¿Qué maldades habéis hecho? —bromeó Alex.

La imagen de su amante desconocido irrumpió sin pedir permiso; del mismo modo que lo hacia casi a diario. Le era imposible borrar a ese hombre de su cabeza y mucho menos, limpiar las huellas de sus caricias.

—Ninguna. Playa, recorrido turístico y descanso. Aún así, reconozco que ha ayudado a que vaya aceptando la situación. Eso es todo —dijo en apenas un susurro, palpándose las mejillas. Le ardían. En realidad, toda ella ardía. No podía evitar sentirse así siempre que revivía su noche de pasión —respondió sonrojada.

Alex la miró con aire pícaro.

—No se, no se. Me han dicho que lo griegos son tipos muy interesantes para las mujeres. Puede que tú te hayas comportado. Pero Amapola… Ya conocemos cómo es.

Malva lo apuntó con el dedo.

—Por supuesto, no pienso contarte nada.

—Eso significa que ha sido traviesa —comentó él.

Malva evitó sonreír. Alex era incapaz de ocultar que Amapola le gustaba mucho. Lo que no comprendía era porqué su amiga, con lo astuta que era en estas cosas no se hubiese dado cuenta. O tal vez lo ignoraba a propósito. Él era un tipo encantador, guapo y buena persona. A pesar de ello, no eran cualidades infalibles para enamorar a un corazón no predispuesto. Amapola sólo veía en él a un amigo.

—Observo que tienes mucho interés; así que pregúntale a ella.

Él carraspeó incómodo.

—No tengo la menor curiosidad. Estaba bromeando. Y volviendo a la seriedad. ¿Has tenido noticias de… Nil?

Malva asintió.

—Me llamó por teléfono.

Su amigo dejó escapar aire por la nariz.

—No ha tenido el valor de enfrentarse a ti. ¡Menudo cobarde!

—¿Tú lo has visto?

—No. Y no tengo la menor idea de dónde está. Su familia no ha querido darnos esa información. ¿Tú lo sabes?

—No me habló de ello.

—¿Y en cuánto a su huida, qué explicación te dio? Bueno. Si no quieres contarlo…

—Dijo que era una decisión que afectaba a su futuro y que no se sentía seguro de asumir ese compromiso para el resto de sus días, ni tampoco de formar una familia; que era mejor dejarlo ahora que salir lastimados más tarde. Al parecer, su amor no era tan fuerte. ¿Te lo puedes creer? Estuvimos juntos tres años y me mantuvo engañada haciéndome creer que me adoraba, que deseaba hijos y envejecer juntos. ¡Maldito cabrón! ¡Qué imbécil fui!

—Nada de eso. Sus actos, la manera de cómo te miraba, los detalles, no dejaron la menor duda. Incluso tras lo ocurrido, sigo pensando que te ama profundamente.

Malva rió con amargura.

—¿En serio?

—Pues, sí. Lo que ocurre es que lo dominó el pánico. En cuanto reflexione te pedirá perdón y lo solucionaréis.

—¿Bromeas?

—No. Cuando dos personas se aman, todo puede arreglarse.

—¿De qué rayos hablas? ¡En la vida lo perdonaré! Me desdeñó sin importarle el daño que me causaba. Si pensáis que no me he enterado de todo lo que se comentó en los medios públicos, os equivocáis. Tuve el valor de buscarlos. Llegaron a decir que me casaba con él porque era una caza fortunas; mientras me acostaba con otros, y que esa era la causa de que su madre no acudiera a la boda. Incluso algunos

insinuaron que su padres amenazaron a su hijo con desheredarlo si se casaba y que por ello Nil, en el último momento, decidió dejarme.

—Malva. Eres una mujer inteligente. Esas mentiras no deberían afectarte. Nadie que te conozca bien puede pensar que tú eres la culpable de esta situación.

—Hasta la persona más dura terminaría derrumbándose si acude a unos grandes almacenes y la miran de reojo al recordar los rumores. Espero que Nil se avergüence cuado piensen que en verdad es homosexual y que yo era una tapadera muy bien pagada.

—Es una etapa pasajera —la consoló su amigo.

—Pero yo nunca olvidaré su actitud. ¿Qué hizo él? No dar la cara y callarse. ¡Maldita sea! Fue un egoísta. ¡Un mal nacido! Y espero que tú lo apartes de tú círculo de amistades. Porque si no lo haces, sentiré mucho perderte también a ti.

—¿De verdad piensas que puedo ser amigo de un tipo que te ha hecho pasar el peor momento de tu vida? ¡Por Dios, Malva! Mira —dijo mostrándole el móvil. Buscó los contactos y le enseñó el de Nil. Estaba bloqueado.

—No está borrado —le recriminó ella.

—Porque, al igual que tú, aguardaba que siendo su mejor amigo, al menos tuviese el valor de llamarme y desahogarse conmigo. Pero mira. Eliminado —replicó Alex borrando el número.

—¡Bien hecho! No merece clemencia. Y juro que recibirá su merecido en cuanto tenga ocasión. ¡Lo juro! —explotó Malva.

—Entiendo que la pena haya dado paso a la rabia. Es lo más lógico. Pero a partir de ahora debes meditar con serenidad. Piensa en lo sucedido, la razón de ello y las consecuencias; y después actúa. Pero ten en cuenta que la venganza nunca es una buena solución.

Malva sacó las alianzas de la caja y con semblante inexpresivo las lanzó al fuego.

—Esto es lo que he de hacer con parte del pasado. Nil ha muerto para mí. Y espero no encontrármelo a la cara o juro que se la partiré —masculló.

Alex arrugó la nariz.

—Lo veo difícil. Ahora os movéis en el mismo círculo. Tarde o temprano él regresará y coincidiréis: incluso, cómo sucede en estos casos, vuestras amistades tomarán partido.

Malva se dejó caer en la silla.

—Es cuando veré quién me apreciaba de verdad.

—Triste, pero cierto.

—¡Mierda! ¿Por qué se ha complicado tanto mí vida? Ya nada podrá ser como antes.

—Incluso las cosas que nos parecen más inamovibles sufren cambios y no somos capaces de apreciarlos.

—No podré recuperarme si sigo aquí. Buscaré un trabajo que esté bien lejos.

—Pero, ¿qué dices? ¿Te has vuelto loca? ¿Por qué debes abandonar tú vida por ese desgraciado? Piensa en tú padre. Eres la única familia que le queda.

—Es la única solución. Pero no será para siempre. Mira. No quiero ver a Nil. No. Aún no. He de fortalecerme.

—¿Consentirás qué además de romperte el corazón te aparte de los que te quieren? ¡Ni hablar! El que debe desaparecer es él.

—No me separará de ellos. Lo haré sólo por una temporada. Hasta que mi corazón se calme y comprenda que ese amor fue mi mayor equivocación.

—Malva…

—Sabes que siempre quise ir al extranjero para aprender diseños distintos a los que se hacen aquí. En Bellas artes me ofrecieron varias oportunidades y no las acepté por no separarme de ese… Ese miserable. Es el momento perfecto para intentar recuperarlas o buscar otras.

—¿Seguro?

—Estoy convencida, Alex. Lo estoy. Ver a todas horas los lugares que estuve con él no ayudará a recuperarme. Apartarme de lo conocido será un alivio. El aprendizaje me irá bien. Mantendrá mi mente ocupada.

Él, con gesto cariñoso, posó las manos sobre sus hombros.

—Deseamos lo mejor para ti y no nos opondremos. Te añoraremos, pero supongo que nos visitarás de vez en cuando.

—Por supuesto. Yo tampoco puedo estar mucho tiempo separada de vosotros —sonrió ella. Apagó el hornillo y dejó caer el oro fundido en otro recipiente.

—Una pena. Eran magníficos —dijo Alex.

—Pero debemos desprenderos de lo inútil para buscar algo que nos facilite la vida. ¡En fin! Ya he concluido aquí. Ahora tengo que ir a casa para terminar de cortar los hilos que me unen al pasado.

En cuanto llegó, recogió todos los objetos y regalos que le recordaban a Nil. Separó los carentes de poco valor de los valiosos y guardó cada uno de ellos en cajas.

—¿Qué haces? —le preguntó su padre.

—Limpieza.

—Son recuerdos. Puede que dolorosos, pero forman parte de tú existencia. ¿No te arrepentirás?

Ella le dedicó una sonrisa.

—En absoluto. Aunque, he guardado algunas fotografías. Como bien dices, son mí pasado. No voy renegar.

Seguidamente, descolgó cada uno de los cuadros realizados por ese

sinvergüenza. Todos inspirados en ella. Siempre fue su única musa. A partir de ahora, otra ocuparía su lugar. Al pensar en ello, una punzada le alteró los latidos del corazón. Pero al instante apartó ese pensamiento negativo. A partir de ahora debía pensar en positivo.

—Cariño...

—Papá. No quiero nada que me una a él. ¿De acuerdo?

Él aseveró con tristeza.

—Si quieres tirarlos, hazlo. Pero te recuerdo que son muy valiosos.

—¡Por Dios, papá! Estoy despechada, pero no ciega. Los pondré a la venta en una casa de subastas. Sacaré una buena suma. Ya sé que Nil se ha convertido en un pintor afamado y sus obras se cotizan al alza en todo el mundo. Por supuesto, no me beneficiaré de ello. Entregaré el dinero a los más necesitados.

—Bien pensado —convino su padre, observando como su hija extraía el joyero del cajón y separaba las alhajas propias de las que le regaló Nil.

—Hoy mismo iré a devolverlas.

—No estoy de acuerdo.

—No pienso quedármelas.

—Por supuesto que no. Sin embargo, no te conviene un enfrentamiento con la familia de ese sinvergüenza. No quiero que vuelvas a recaer. En cambio yo sí tengo ganas de entablar esa conversación que aún no hemos tenido con mis ex consuegros. Me la deben. ¿No te parece, hija?

—Sí, papá. Ve.

10

Observó a la mujer mientras se vestía.

Era hermosísima. El sueño de todo hombre. Y sin embargo, no le proporcionó la satisfacción esperada. Se sentía vacío. En realidad, ninguna mujer había conseguido elevarlo a un éxtasis tan demoledor como el que sintió cuando se acostó con su amante desconocida.

—¿No veremos esta noche?

Enzo saltó de la cama. Abrió el cajón de la mesita y extrajo una caja de terciopelo rojo.

—Estas semanas deberé viajar casi a diario. Estaré demasiado ocupado para atenderte en mucho tiempo. Llama a tus amigos. Últimamente los has dejado muy desatendidos. Diviértete con ellos.

—Lo haré.

Él se acercó, abrió la caja y le mostró el interior. Los ojos de la mujer se abrieron como platos al ver la gargantilla de diamantes. Le debería haber costado una pequeña fortuna. Pero era el precio que siempre pagaba cuando deseaba despedirse de una de sus amantes. Fue una ilusa al creer que ella era especial y que conseguiría atraparlo. Enzo Leone era un soltero empedernido. El amor no existía para él. En cambio ella, como una idiota, le había entregado el corazón.

—¿No te gusta? Fiorella, puedo cambiarlo —dijo él al ver en su semblante la decepción.

Por supuesto que le parecía hermoso. A pesar de ello, aquél regalo era una ofensa. La estaba recompensando por los servicios prestados; cómo lo haría con cualquier prostituta. No podía aceptarlo. Sin embargo, no le demostraría lo destrozada que se sentía. No vería su humillación.

—Es maravilloso —dijo forzando una sonrisa. Se dio la vuelta y se apartó el cabello para que se la pusiese. Él se la colocó, suspiró satisfecho y la besó en la mejilla.

—Perfecto.

Ella acarició la joya. Se volvió hacia él y buscó su boca. Él se apartó.

—Me encantaría pasar un rato más contigo, pero tengo que irme. Ya sabes, trabajo. Te llamaré un día de estos. Siempre y cuando no esté ocupado. ¿Comprendes?

—Por supuesto —musitó Fiorella. Le había dejado claro que su

relación ya no existía. Cogió el bolso y se encaminó hacia la puerta. Antes de abrirla se giró y miró por última vez al que fue su amante. A partir de ahora lo trataría como a un conocido, pero todos sabrían que era la última amante que él desechó.

—Qué te vaya bien.

—Te deseo lo mismo.

Enzo suspiró al quedar a solas. Espero llanto, suplicas y amenazas, como siempre. Sin embargo, Fiorella se comportó con dignidad.

La que sí lo recibiría de malas pulgas sería su madre si llegaba tarde a la comida.

Llegó dos minutos antes de la hora acordada.

—Buenos días, mamá.

Ella lo estudió de arriba hacia abajo.

—Estás más delgado.

Enzo miró a su madre con admiración. Era una mujer extraordinaria. Hermosa, inteligente, con buen corazón, pero con el defecto de que estaba ansiosa porque su único hijo formase una familia. Un verdadero coñazo. A pesar de ello, no querría otra madre que no fuese ella.

—Tú también. Estás más guapa y joven que nunca.

—¡Pamplinas! Cada día me sale una arruga. Y alguna de ellas es por tú culpa.

Él levantó una ceja.

—Madre. Sabes que soy un buen hijo.

—Sí. Eres casi perfecto. Pero alcanzarías la perfección si te relajases un poco más y pensaras en un futuro más agradable. Trabajas demasiado y te estás haciendo mayor. La semana pasada ya cumpliste los treinta. Es hora de que te cases.

Él dejó escapar un resoplido.

—Ya hemos llegado a tú tema favorito de los últimos tiempos.

—Porque es necesario. No tienes hermanos, ni primos. Y no quiero que en la vejez estés solo. No hay nada más triste que un anciano que no recibe cariño. ¿Quieres terminar en un asilo sentado al sol sin que nadie se acuerde de ti? ¿Sin recibir visitas? La única que lo hará será la enfermera que te atiborrará a calmantes para que molestes lo menos posible.

—¡Por Dios que exagerada eres!

—Flaviana. Deja tranquilo al muchacho. Ha venido a comer, no a escuchar regañinas. Acepta de una vez que no es un crío. Sabe lo que debe hacer. Olvida el tema, por favor —dijo su marido.

Enzo sonrió ampliamente.

—Gracias, padre.

—Tiziano. Eres tan inconsciente como tú hijo. Yo sólo quiero su bien, y nietos. ¿O es qué tú no quieres?

—Los tendremos si Dios quiere. ¿Pasamos a comer?

Su esposa caminó hacia el comedor refunfuñando.

—Si Dios quiere... Enzo es el que ha de querer. Pero no. Él lo único que hace es divertirse con mujeres del todo inapropiadas. Ya me gustaría que la responsabilidad que tiene con el trabajo la aplicara a sentar la cabeza.

—¿Qué dices, madre?

—¿Para qué quieres saberlo? Harás lo que te de la gana… Por cierto. Esta tarde hay una subasta muy interesante. Podrías acompañarme. Tal vez encuentres algo que te agrade para la decoración de la cabaña de la montaña.

—No puedo. Tengo una reunión importante.

Su madre bufó molesta.

—Tiziano. Vendrás tú.

—Tengo que ir a la fábrica de bolsos —dijo él.

—¡Trabajo! ¡Trabajo y más trabajo! ¡No sabéis hacer otra cosa! Ni un momento para mí. Está bien. Recurriré a mí amante secreto.

Su marido sonrió.

—Por supuesto, querida.

Ella lo miró molesta.

—¿Es qué crees que no es posible? ¡Aún soy joven y hermosa! Mucho. Hubiese sido mis Italia si mis padres me hubiesen permitido participar. Y no olvides que no acepté ser actriz cuando Bertolucci me lo pidió. Así que cualquier hombre caería rendido a mis pies con sólo chasquear los dedos.

—Pero tú sólo me amas a mí, *cara*.

—Tiziano. Puede que si sigues ignorándome me aburra y lo busque. Estás advertido. Así que, a partir de ahora, me dedicarás más tiempo.

—Claro, cielo.

—No me des la razón como a los tontos.

—No lo hago, amor.

La mirada de Enzo se llenó de dulzura. Era maravilloso ver a sus padres. Ver como tras los años transcurridos aún se adoraban. Eran de los pocos afortunados, pues el matrimonio de la mayoría de los mortales no resistía el paso del tiempo; que era lo más común en los tiempos que corrían. Y él no quería ser uno más de esa estadística. No existía para él la mujer que le robase el corazón hasta el fin de sus días.

—El estómago me ruge. ¿Podemos comer? —los interrumpió.

Tras el almuerzo y una breve tertulia, Enzo regresó al despacho. Se ocupó de la reunión, de contratos urgentes y de organizar con su secretario los próximos viajes.

—Eso es todo. Pero antes de irte, tráeme una copa de brandy —le dijo a su asistente.

Recogió los papeles esparcidos sobre la mesa y vio el catalogo. Lo miró sin mucho interés. Por regla general esa casa de subastas no le ofrecía lo que solía comprar. Aún así, ya sin nada importante que hacer, lo ojeó.

La primera página lo dejó indiferente. Ninguna de sus pinturas lo emocionó. En ocasiones era incapaz de comprender el parecer de los críticos. Pasó a la siguiente y su respiración se cortó la ver la mujer retratada.

—¡Es ella! Me juego el pellejo. Es mi amante desconocida. ¡La he encontrado! ¡Juro que es ella! —exclamó golpeando la mesa.

Su secretario, que entraba en ese momento, lo miró perplejo. Nunca lo vio perder la templanza, ni en los peores momentos.

—¿Señor? ¿Puedo serle de ayuda? —dijo dejando la bandeja sobre la mesa.

Enzo le mostró el cuadro.

—Sí, Giovanni. Quiero que te pongas de inmediato en contacto con el autor y le preguntes cómo puedo localizar a su modelo. ¡Ah! Y averigua quién ha comprado el retrato de esta mujer.

—Sí, señor. Mañana mismo me pongo a ello.

Su jefe le lanzó una mirada cargada de hielo.

—¿Qué no has entendido de inmediato?

Su asistente carraspeó nervioso. El reloj marcó las doce de la noche diez minutos atrás. Dudaba que pudiese lograr el objetivo. No obstante, cumpliría la orden. Su patrón no se rendía nunca antes de intentarlo. Así que, aseveró con énfasis.

Enzo se puso la chaqueta y cogió las llaves del coche.

—Voy a casa. En cuánto sepas algo, sea la hora que sea, llama a mí número privado.

Giovanni no pudo cumplir con parte de la información que le solicitó su jefe. El autor estaba ilocalizable y lo único que consiguió fue el nombre de la mujer misteriosa.

—¿Y no se te ha ocurrido mirar por Internet? ¡Ay, Giovanni! Estás perdiendo facultades.

Su secretario se asustó. No quería por nada del mundo perder el empleo. Era durísimo, pero muy bien pagado. En realidad, su sueldo era cinco veces superior a cualquier otro asistente personal.

—Señor, yo… Lo siento. Intenté complacerle, pero a esas horas no me lo pusieron fácil. Y cuando supe como se llamaba la modelo ya eran las cinco de la madrugada.

Su jefe inspiró.

—No te disculpes. Sé que a veces te exijo demasiado y que no todos pueden soportar la presión como yo. Imagino que no has dormido en muchas horas. Cuelga y ve a descansar.

—Señor Leone. Le aseguro que puedo…

—Es una orden. Te llamaré en cuanto te necesite.

Enzo se puso ante el ordenador dispuesto a buscar información sobre Malva.

—Así que te llamas Malva Baró. Veamos quién eres —musitó Enzo introduciendo el nombre en el buscador.

Parpadeó perplejo al ver la cantidad de noticias que había sobre su hermosa amante y la razón por la que al verla por primera vez le fuese familiar. El escándalo de su boda fracasada se publicó en todas las revistas y periódicos; por ser el novio huidizo un pintor al alza.

Tras más de una hora ante la pantalla, reflexivo, se reclinó en el respaldo. Ahora comprendía la actitud de Malva. Dijeron verdaderas barbaridades. Sus enojos, su rabia, su tristeza y el deseo de venganza contra ese mal nacido que la dejó de la manera más vil estaban justificados. Y él fue su desquite. No fue atracción ni deseo desbordado. Fue venganza.

Ese pensamiento lo contrarió. Pero su decepción no duraría mucho tiempo. Conseguiría que Malva lo deseara de verdad. Y sabía el modo de hacerlo al ver su profesión. Le ofrecería un trabajo tan increíble que le sería imposible de rechazar. No sólo por las condiciones, también porque podría emplear su talento como diseñadora con total libertad.

Dispuesto a poner en marcha cuanto antes el plan, se arregló y regresó a la oficina.

Llamó a su asistente.

Giovanni, que vivía en un apartamento del edificio, acudió a los pocos minutos.

—Siento interrumpir tú descanso. Pero te necesito.

—Por supuesto, señor. A sus órdenes.

—Quiero que crees un anuncio para las redes. Una oferta de trabajo como diseñador de joyas.

—¿De joyas, señor?

Enzo asintió.

—Estamos especializados en zapatos, bolsos y accesorios de piel. Nos falta ese complemento y he decidido que ya es hora de ponernos a ello.

—Un gran idea, señor. Bolsos, zapatos y cinturones a juego con la joya que se lleve. Pero no. Mejor incluir las alhajas en nuestros productos.

Su jefe alzó las cejas.

—No lo vi de ese modo. ¿Sabes? Has tenido un concepto novedoso. Algunos competidores añaden pequeñas piedras preciosas, pero no una joya. A veces me sorprendes gratamente Giovanni. Cada día que pasa me siento más satisfecho de haberte contratado.

—Gracias, señor.

—Volviendo a los planes, quiero emplear a un creador de inmediato —dijo Enzo entregándole una nota.

Giovanni la leyó y no pudo evitar un silbido.

—Mañana mismo puede tenerlo. Con estas condiciones todos se matarán por obtener el trabajo.

—Pero ya he decidido quién se hará cargo. El anuncio tan sólo debe llegar a esa persona. No quiero aspirantes innecesarios. ¿Podrás hacerlo?

—Confíe en mí. Únicamente su diseñador recibirá la oferta.

Enzo no lo dudaba. Giovanni, a pesar de tener tan sólo veinte años, poseía un talento extraordinario. Por ello nunca comprendió que se postulase para ser su asistente. No necesitaba el dinero para pagarse la tercera carrera que ambicionaba conseguir. Jamás le fueron denegadas las becas. Pero su lema nunca fue intervenir en la vida personal de sus empleados y por mucho que le picase la curiosidad, no preguntaría.

—Gracias. Puedes retirarte.

11

Tras la reunión de su padre con la que tenía que ser su familia política, Malva aún se sintió más rabiosa.

—Aceptaron sin rechistar los regalos valiosos que ese sinvergüenza te hizo. Aunque pude apreciar, por sus expresiones, que quedaron sorprendidos.

—Por supuesto. Creían que era una aprovechada ambiciosa.

—Y no sólo eso. Los muy desgraciados no se cortaron ni un pelo al confesarme que jamás les gustaste como nuera. Consideran que su hijo merece a alguien de su clase, no a la hija de un simple contable y que la decisión de su único hijo de dejarte ha sido la mejor que ha podido tomar —dijo el señor Martí.

—Y por supuesto, convencieron a su hijo —gruñó Malva.

Su padre negó con la cabeza.

—Te equivocas. Nil jamás quiso anular la boda. Por eso la señora Irene se internó en el hospital, para que sus amistades no descubrieran su disgusto. Su marido no fue capaz de defraudar a su hijo y acudió. Pero quedó tan sorprendido cómo los demás de su reacción. Te lo puedo asegurar.

Ella soltó una risotada.

—Siempre me trataron con cortesía y en especial ante sus amistades y por detrás iban despellejándome. ¡Menudos hipócritas!

El señor Martí suspiró.

—Con franqueza, pensé que lo de las clases sociales, hoy en día, eran cosa del pasado.

—Pues ya ves que no, papá.

—Pero no pude evitar callarme y les dejé bien clarito que por muchos estudios de elite que le proporcionaron a su estimado hijo, lo único que consiguieron fue convertirlo en un hombre sin honor y ni la más mínima educación moral. Y que era yo quién más se alegraba de que ese cobarde no fuese mi yerno, porque tú sí que te mereces a un hombre de verdad; no a un crío caprichoso. ¡Ay, cariño! No sabes cómo disfruté al ver como sus semblantes se tornaban verdes. Y con esa imagen, me di media vuelta y me largué de esa casa sin dedicarles una despedida.

—¿Sabes? Ya no me importa nada que tenga que ver con esa gente. Ahora aún me has abierto más los ojos. No debo sufrir más por este asunto. Me centraré en mí futuro. Y espero que los expedientes que he

enviado me lo proporcionen.

—Dios te escuche, hija —susurró su padre con tristeza. Nadie podía imaginar lo que sufría al ver a su hija tan destrozada.

Y la suerte le sonrió. Malva no podía creerlo. A parte de solicitar la entrada en unos cursos, también intentó buscar trabajo. Y dos empresas estaban interesadas en contratarla. Pero la que más le sorprendió fue la oferta de la firma Leone. ¡Había sido seleccionada para el trabajo que estaba buscado! Pero estaba en Italia. Un lugar que le recordaría, aún más, a su amante desconocido. Porque, a pesar de intentarlo, fue incapaz de borrar de su recuerdo la noche de pasión disfrutada con él. En la mayoría de sus sueños aparecía su perfecto rostro, su boca, sus dedos, el peso de él sobre ella meciéndose para elevarla al éxtasis. Un placer que se hacia realidad en su cuerpo y que la obligaba a despertar sudorosa y agitada. Nil jamás logró eso.

—No te veo convencida —comentó Amapola, al notar como la faz de su amiga se tornaba blancuzca.

—¡Pues claro que lo estoy! —exclamó enfadada consigo misma. Aquella aventura quedaba en el pasado y no debía influir en su decisión. Además, Italia era enorme y era absurdo pensar que podía coincidir con él.

—¿Estás segura?

—¿Cómo no voy a estarlo? Se trata de la firma Leone. Una de las más prestigiosas de Italia e incluso del mundo. Y ha decidido iniciarse en el negocio de la joyería. Si me eligiesen, podría mostrar las ideas que tengo. Y deseo ese trabajo. Tengo que conseguirlo a toda costa. Está lejos para recomponer mi vida, pero no demasiado. Y me da la oportunidad de poder visitar a la familia regularmente. Y las condiciones, chica, son impresionantes. Un sueldazo escandaloso, vivienda gratis y billetes de vuelo para usarlos cuando necesite viajar.

—¿Y piensas que te favorecerán a ti entre todos los más veteranos que aspirarán al puesto?

Malva miró a Amapola con aire ofendido.

—La veteranía no es sinónimo de calidad. Y yo, querida, soy muy buena diseñadora. Quedé la primera de mí promoción y con honores. Mí gargantilla está expuesta en la vitrina de la academia.

—No dudo de tu valía. Sin embargo, ya sabes como son esas empresas tan enormes. Son como esos concursos literarios. Nunca gana un desconocido. Siempre premian al famoso o al que les ha reportado beneficios con la venta de sus libros. Miran más el prestigio que la genialidad. No se arriesgan.

—Cierto. De todos modos, lo intentaré.

—¿Por qué? Mira. Venecia es maravillosa. Eso dicen. Nunca fui. Considero que es una ciudad para enamorados.

—Eso no es más que un cliché —apuntilló Malva.

—Lo que digas. Pero vivir en ella dicen que es un infierno. Malos olores, ratas, edificios que se caen a cachos y miles de turistas estorbando. Y no hablemos del mal clima. Un infierno en verano y una nevera en invierno. Con tú expediente académico puedes buscar otras oportunidades aquí, en el lugar que te apetezca. Y no muy lejos.

—Quiero diseñar lo que me apetezca, no animalitos o cosas que otros ya hacen. Este empleo ofrece libertad de diseño, pues se inicia en la joyería. Además, la propuesta me llegó a través del móvil, lo que indica que ya han preseleccionado a los aspirantes; hecho que confirma que ya han visto mis elaboraciones. Pues, por extraño que me parezca, no les mandé nada a ellos.

Amapola arrugó la nariz.

—¿Y eso no te mosquea?

—¿Por qué debería? Mis obras las expuse en Internet. Son públicas. Pudieron investigar en las redes en busca de talentos y si les gustaron, pues eso, querrán ver si soy apta. Para dibujar no es necesario mantener grandes conversaciones. No veas cosas raras dónde no las hay.

—Tienes razón —aceptó Amapola.

—Por otro lado, ya sabes el motivo por el cuál quiero alejarme. E Italia es la mejor oferta. Son líderes en moda. Puedo aprender mucho en esa materia y también perfeccionar mí italiano.

—Pero ahora tienes tú propio negocio y deseabas ampliarlo —le recordó Amapola.

La imagen de Nil huyendo en el coche enervó a Malva.

—Quería muchas cosas y nada ha salido bien. Además, en cuanto me sienta fuerte de nuevo, regresaré, reabriré el taller y con la ventaja de tener prestigio.

—Si es lo que necesitas para recuperarte, está bien. Pero medítalo. Muchos marchan al extranjero y después no regresan. No me gustaría perderte, amiga mía.

Malva suspiró.

—Ya no creo en los planes. Estos se truncan y te llevan a otro destino. Por el momento, me encaminaré a éste. Y espero que ahora tenga suerte. Mandaré el mensaje diciendo que acepto la entrevista.

Dos días después llegó la respuesta. Estaba seleccionada como candidata al puesto junto a cuatro candidatos; y al día siguiente acudió a la sucursal que la firma Leone tenía en Barcelona.

Antes de entrar en el despacho tragó saliva e intentó templar los nervios. No podía fallar. Debía conseguir ese puesto. Era la solución perfecta para comenzar de nuevo y olvidar el pasado.

Abrió la puerta.

—Buenos días, señorita Baró. Soy Giovanni Vitale. Represento al señor Leone. Seré el encargado de calificarla. ¿Le importa si seguimos

la entrevista en italiano?

Malva miró asombrada al hombre. No debía tener más de veinte años. O puede que sí. Una nunca debía fiarse de las apariencias.

—No. Aunque, no espere que lo haga con fluidez —dijo en apenas un murmullo.

—Comprendo la dificultad de pensar en otra lengua que no sea la materna. Por ello, lo haremos en castellano.

—Puedo hacerlo —insistió Malva.

—Confío en sus informes. Por favor, tome asiento.

Ella obedeció sintiendo que le temblaban las piernas. Él ojeó su expediente durante un minuto. Malva comprendió que era una táctica que se realizaba en esas situaciones para ver el comportamiento del entrevistado. Así que, a pesar del temor a fracasar, procuró que su respiración no se acelerase y que su semblante permaneciera impasible.

—Sus calificaciones son asombrosas. Consiguió la máxima nota de los últimos diez años. Debe sentirse muy orgullosa.

—Poseer un don no es motivo de orgullo. Lo único que uno puede hacer es desarrollarlo esforzándose con horas y horas de estudio; y por supuesto, no rendirse jamás ante las dificultades. No lo hice y el resultado es lo que realmente me hace sentir satisfecha.

—El sentido de la superación es un aporte importante para realizar este trabajo, señorita Baró —dijo Giovanni, volviendo a revisar la documentación. Alzó los ojos y comentó: Aquí dice que creó su propio negocio. ¿Podemos saber a qué se debe que no continúe su fase empresarial?

—No ha sido por motivos económicos. Tenía bastantes clientes. Pero… —Calló. No podía decir la verdad. Sería un punto muy negativo para que la aceptasen. Así que dijo: La experiencia cómo empresaria es muy absorbente y no me deja dedicarme por completo a lo que en verdad quiero hacer. Prefiero ser únicamente diseñadora. Por ello, al ver su oferta, no dude en postularme para el puesto; ya que considero que su firma es una de las más prestigiosas y que están dispuestos a entrar en el negocio de la joyería con fuerza.

—Lo haremos. Y volviendo a su situación personal, ¿no ha considerado contratar a alguien que le lleve la parte administrativa? —sugirió Enzo.

—Hace poco que he iniciado el taller. El presupuesto no me permite grandes excesos. De igual forma debería estar pendiente del negocio. Es difícil encontrar colaboradores de confianza. Mire. Mi aspiración no es hacerme rica; es poder crear joyas sin impedimentos monetarios.

—Comprendo. Pero aún con esa voluntad, como sabe, la competencia en este sector es despiadada y quien esté al cargo de los diseños debe tener visión más allá de lo que copa el mercado.

Queremos novedad y alhajas únicas. Pretendemos crear algunos diseños que compaginen sus joyas con los zapatos, bolsos y cinturones. Algo que jamás se ha colocado en un escaparate. Si es la elegida, deberá dedicarnos horas y horas. Apenas tendrá vida privada. ¿Está dispuesta a renunciar a ello? ¿A dejar su país? Y lo más importante: ¿Se ve capaz de llevar a cabo nuestro proyecto? Si entra a formar parte de nuestra familia no queremos que nos abandone por no soportar la presión.

Ella dejó escapar aire por la nariz y se mordió el labio inferior antes de responder. Tenía que contenerse, evitar que su indignación le hiciese decir palabras que destruyese cualquier posibilidad de ser aceptada. Sin embargo, no pudo.

—¿Se refiere a qué por ser mujer no podré realizarlo? Creo que se ha demostrado que las mujeres somos muy capaces, incluso más que los hombres; que por cierto, son incompetentes cuando deben realizar varias tareas a la vez. Y supongo que ahora vendrá la pregunta final que siempre nos hacen. ¿Verdad? Pues le responderé sin necesidad de que me la haga: Por el momento no estoy comprometida, ni tengo la intención de casarme y mucho menos la imperiosa necesidad de ser madre. Pero aunque así fuese, ya es hora de que acepten que al igual que a los hombres no nos supone a las mujeres un impedimento para ser profesionales y responsables con nuestras obligaciones.

—Señorita Baró, le aseguro que en ningún momento he tenido la intención de menospreciarla.

—Por supuesto. Ante todo educación, aunque sea para rechazarme. Pero, ¿sabe qué? No me importa. Jamás trabajaría para una empresa machista.

Él reclinó la espalda y la miró con fijeza. Era guapa, pero no poseía la belleza que su jefe solía buscar en una mujer. De todos modos, entendió la razón por la que se sentía obsesionado con ella. Esa muchacha era inteligente, valerosa y con un carácter tan explosivo como el del señor Leone. Y aún desconociendo lo que hubo entre ellos, intuyó que mantuvieron una relación muy temperamental o tal vez ella lo rechazó. Algo a lo que no estaba acostumbrado. Sus conquistas siempre inclinaban la cabeza ante el todopoderoso empresario. Malva jamás lo haría.

—Como he dicho antes, su expediente es impecable. Diría que perfecto. Sin embargo, también tenemos en cuenta la manera de ser y las circunstancias personales.

Ella le dedicó una media sonrisa.

—Y las mías no son las adecuadas.

—En efecto.

—Comprendo. Un empleado debe acatar las órdenes sin rechistar. Quieren a un esclavo.

—Aún no ha escuchado mi dictamen.

Malva se levantó.

—No es necesario. Sé que no soy lo que buscan.

—Nos empeñamos en contratar la perfección. Pero la perfección no existe. Así que intentamos acercaros lo máximo a algo parecido. Y lo hemos encontrado en usted. Bienvenida al grupo Leone, señorita Baró —dijo Giovanni ofreciéndole la mano.

Ella, sin poder creerlo, se la estrechó.

—¿Está diciendo qué he conseguido el puesto?

—Así es.

—Yo… Bueno… ¡Gracias! —exclamó Malva con la respiración alterada.

—No me las dé a mí. Usted es la que se ha ganado nuestra confianza con su excelente currículum y su personalidad. Aunque le parezca extraño, no queremos empleados sumisos. Siempre preferimos escuchar todas las voces; aunque éstas sean discordantes. Ahora, si le parece bien, ratificaremos las condiciones. El sueldo es el acordado en el anuncio; por supuesto, con posibilidades de ser aumentado en cuanto obtengamos beneficios de sus obras recompensándola con un tanto por ciento. Del mismo modo, ya sabe que la vivienda se la proporcionará la empresa y le pagará el alquiler, y no deberá preocuparse de adecuarla a sus necesidades. Nos hemos encargado de que esté perfecta. También tendrá coche y lancha con chofer siempre que lo precise. En cuanto al horario, como ya le he comentado, será la parte más desagradable del empleo; pues no lo hay.

Ella aseveró.

—Sé por experiencia propia que cuando un negocio se inicia hay que dedicarle lo necesario para sacarlo adelante. Estoy dispuesta a ello. No les defraudaré.

—No tenemos la menor duda, señorita Baró.

—¿Y cuándo debo incorporarme?

—¿Podemos preparar el viaje para pasado mañana?

—¿Tan pronto? —inquirió Malva.

—El señor Leone desea iniciar esta nueva línea de inmediato. ¿Le causa algún trastorno esta inmediatez?

—No. En absoluto.

—Bien. Y por el equipaje no se preocupe. Pude llevar las maletas que desee. Volaremos en el avión privado de la empresa.

12

Malva no podía creer que la vida estuviera recompensándola con tanta generosidad. Llegó a pensar que lo único que lograría a partir de ahora sería un pedacito de felicidad. Pero no. Estaba contratada por una de las firmas más prestigiosas del mundo con unas condiciones tan generosas que cualquiera mataría por estar en su lugar. No lograría darle la felicidad completa, por supuesto; no obstante, era un remedio que atenuaba su tristeza.

—Te echaré de menos. Ya no tendré con quién cotillear —dijo Amapola.

—¿Sólo por eso me añorarás? ¡Qué decepción! —bromeó Malva, cogiendo el bolso de mano.

Su amiga la abrazó.

—¿Seguro que estarás bien?

—¡Por supuesto! Trabajaré en lo qué más me da placer. Deja de preocuparte, por favor. Además, no estamos en la edad de piedra. Hablaremos cada día por videoconferencia.

—No será lo mismo. No podremos sentarnos ante nuestra serie preferida, ni atiborrarnos de porquerías sin sentir el menor remordimiento, ni abrazarnos cuando necesitemos cariño —murmuró Amapola con tristeza.

—¿Sabes? Haremos una cosa para que te quedes tranquila. En cuanto me instale, te vienes a pasar un fin de semana y lo verás con tus propios ojos.

—¡Buena idea! No dudes que vendré. Este mismo viernes me planto en tú casa.

—Lo harás siempre que te apetezca.

Amapola suspiró hondo.

—Ya sabes cómo están las cosas en el trabajo. Esa empresa es intransigente y si pudiesen, hasta se saltarían la ley de darnos días libres. Te aseguro que si las cosas no estuviesen tan mal buscaría algo que no me proporcionase tanto estrés.

—Estoy segura que tú también encontrarás lo que buscas —dijo Malva.

—No se yo… En mi especialidad suelen preferir a los hombres. Siempre tendré que conformarme con ser un segundón, y por supuesto cobrar mucho menos.

Malva miró el reloj.

—¡Cielos! En cinco minutos volamos. Te llamaré en cuanto llegue. Y anímate. El viernes en cuanto salgas, te vienes. Ya puedes reservar el billete. ¡Tendremos un fin de semana inolvidable! ¿De acuerdo?

Se despidieron y Malva se encaminó hacia su nuevo destino.

Viajó hasta Venecia en el avión privado más fabuloso. Bueno. Eso pensó, ya que nunca montó en uno de ellos. Pero las sorpresas no dejaron de aparecer. La recogió un Rolls y al llegar a la ciudad tomaron una lancha que la llevó al apartamento ubicado en un inmueble muy antiguo.

—¿Es aquí? —inquirió, un tanto decepcionada. Había sido elegida por una empresa que facturaba cifras millonarias y la instalaban en una casa destartalada.

—En esta ciudad uno nunca debe fiarse de las apariencias. Recuerde que nuestro carnaval es famoso en todo el mundo. Máscaras y disfraces ocultan la verdad. Nuestros edificios también.

Al entrar, la primera impresión, tal cómo le sugirió Luigi, quedó borrada ante la explosión de lujo. Se encontraba en uno de esos palacios venecianos que uno veía en los reportajes.

Pero las emociones no dejaron de embargarla al ver su apartamento situado en el tercer piso.

—Dios santo —musitó.

—¿Le gusta? —se interesó el chofer.

Ella solamente pudo asentir. No había palabras para describirlo. Era fabuloso. Más que fabuloso, apabullante.

—Cómo ve, la apariencia exterior no significa nada.

—Me extraña que viendo el interior, la fachada esté tan deteriorada.

—No es culpa del señor. Solicitó el permiso de reparación hace más de un año. La burocracia en este país es lenta. Muy lenta. Por suerte, para la remodelación interior no fue necesaria la intervención del ayuntamiento. De lo contrario, esto estaría ruinoso.

—Se ha restaurado con esmero. Es… increíble. ¿Seguro qué éste es mi piso?

—El señor Leone siempre cuida mucho a sus empleados más valiosos.

—Me parece que de una manera exagerada.

—El jefe es generoso. Aunque, también exigente. Si uno no cumple, la generosidad se evapora. No es tolerante con los que meten la pata o le traicionan.

—Lo tendré en cuenta, Luigi.

—Si no me necesita, señorita Baró, continuaré con mis encargos. Vendré antes de las cuatro a recogerla.

Malva decidió deshacer el equipaje e instalarse cuanto antes; mientras miraba incrédula a su alrededor. Aquel piso era

impresionante. ¡Aún no podía creer que el señor Leone la había instalado en un palacete! El interior estaba cuidado al máximo. Cada pintura, el papel pintado, los muebles, las cortinas. Una verdadera joya. Debería ser muy cuidadosa, no estropear nada. Porque recomponer cualquier daño le costaría la totalidad del sueldo de años.

Al pensar en la familia de su ex novio no pudo evitar sonreír satisfecha. Los Borrás siempre criticaron que su hijo se relacionase con una muchacha que vivía y tenía un modesto negocio en un barrio popular. ¿Qué dirían ahora si viesen su casa? Bueno, técnicamente no lo era, pero era su residencia. Un piso que dejaba al suyo a un nivel muy bajo para tan notable familia. Y en cuanto al puesto que estaba a punto de ocupar, estaba convencida que ninguna de las candidatas para su adorado hijo podrían superarla. Iba a ser, ni más ni menos, que la diseñadora de la firma Leone. ¿Dejaría de ser la nuera no deseada y la recibirían con los brazos abiertos? Con toda seguridad. Ahora se sentirían orgullosos. Pero ella jamás los perdonaría y si estaba en su mano, nunca luciría esa odiosa mujer una de sus joyas. La pondría en una lista negra como hacían en los casinos.

Con un enorme suspiro abrió las puertas que daban a la gran terraza. Era el lugar más fantástico del apartamento, pues estaba situada ante el Gran Canal. La mejor vista de la ciudad. De cualquier ciudad. Pero en ese momento no lo era para ella. No tras recordar los planes que hizo con Nil para disfrutar los dos juntos del carnaval más mágico del mundo. Ese día nunca llegó y no llegaría jamás.

—Malva. Deja de penar por un pasado que no regresará y céntrate en el futuro. Ahora lo más importante es no mostrar tristeza y no ser impulsiva. No lo estropees. Dedícate a diseñar y pase lo que pase, procura morderte la lengua y ser profesional. Este empleo no puedes perderlo por nada del mundo —musitó.

Tras varios minutos embelesada ante la visión de los aristocráticos edificios y el ir y venir de las embarcaciones, se animó al pensar que ella sí cumpliría su sueño de divertirse con un extravagante disfraz y tal vez con una mejor compañía.

—Eso es, Malva. Positivismo. A por un futuro mejor, chica.

Abandonó la terraza, entró en el baño y soltó un silbido. No era enorme, pero espectacular. La ducha se encontraba sobre un aljibe de mármol de Carrara de color rosado. Pensó que algún día se daría el gustazo de llenarlo y tomar un baño de espuma.

—Señor, esto es un sueño.

Sin poder dejar de sonreír, se desnudó, abrió el grifo y dejó caer el agua; y una vez limpia, se plantó ante el armario.

Por regla general no solía entretenerse en vestirse. Nunca fue una mujer presumida. Prefería ocupar el tiempo en cosas más productivas. Pero en esta ocasión era importante mostrar una imagen impecable y

profesional. Por lo que, tras varias opciones, se decidió por un traje chaqueta de color verde oscuro y una camisa blanca. El cabello lo recogió en un moño bajo, para que de este modo resaltara el collar, por supuesto diseñado por ella, al igual que los pendientes. Topacios blancos que formaban un tulipán.

Satisfecha, regresó a la balconada para recordarse, una vez más, que debía ser prudente. Pero también recordó que debía llamar a Amapola. Cuando le contase lo que estaba viviendo, le sería difícil de creer. Por suerte existían los móviles. Las fotos serían la verificación.

El timbre sonó. Anuló la llamada. Fue hacia la puerta y miró por la mirilla. Era el chofer.

—Buenas tardes, *signorina*. ¿Está lista?

No. No lo estaba. Ahora que llegaba el momento de enfrentarse a su nuevo jefe, las dudas la embargaban. ¿Por qué fue elegida entre tantos candidatos sin tener apenas experiencia laboral? Sus diseños eran buenos, pero no creía que fuesen los más extraordinarios. Seguro que otros presentaron algo mejor y ya con un nombre famoso.

—¿Se encuentra mal? —se interesó Luigi al ver su palidez.

—No. Nervios —dijo suspirando.

—No se preocupe, *signorina*. El señor es estricto, pero si la ha contratado es porque usted merece pertenecer a la empresa. La entrevista será una mera formalidad.

—En ese caso, en marcha.

—Sí. No podemos llegar tarde. El señor es un maniático de la puntualidad. Nos espera a las cuatro.

Miró la hora. Las cuatro menos cuarto de la tarde. Lo que significaba que la empresa no se ubicaba demasiado lejos.

Contrariamente a lo esperado, no tomaron el coche, ni tampoco una barca.

—La empresa se encuentra a tres calles —le informó el chofer.

De nuevo se detuvieron ante una finca de tan solo cuatro pisos que debió construirse en los tiempos de Marco Polo.

—¿Esto es el Grupo Leone? —preguntó con extrañeza.

Luigi chasqueó la lengua, al tiempo que tocaba el timbre.

—¡No, *signorina*! La central está en otro lado del Gran Canal. Esta es la nueva sede que se ha creado específicamente para el negocio de la joyería.

La puerta se abrió. Luigi le cedió el paso. A diferencia del departamento, aquí el interior era moderno. Incluso había ascensor. Una gran ventaja, puesto que para llegar a su casa debería subir tres pisos a pie.

Se detuvieron en el cuarto piso, ante la única puerta.

—¿Preparada?

—No. Temo que me precipité al aceptar el empleo —gimió ella.

—Le repito que si el señor la ha escogido será porque es usted una gran diseñadora. Por lo que, deje de preocuparse. Deje de temblar e inspire. ¿De acuerdo? —la tranquilizó.

Luigi llamó.

—*Avanti*! —respondió la voz que se ocultaba tras ella.

Malva ladeó la cabeza de un lado hacia el otro y destensó los dedos. No podía ponerse nerviosa. Por lo que le dijo Luigi el contrato no serviría de nada si cometía un error. Determinada a mantener la frialdad, agarró el pomo y abrió.

13

El señor Leone estaba oculto tras un expediente, y sin apartarlo, dijo:

—Por favor. Tome asiento.

Ella aprovechó para echar una ojeada a su alrededor. Era un estudio, inmenso, ya que ocupaba, por lo que pudo deducir, media planta; y sin embargo, era acogedor y con los elementos necesarios para que un diseñador no echase en falta ninguna pieza que le impidiese realizar su trabajo con gran comodidad y sin necesidad de usar la electricidad, pues la luz natural lo inundaba todo debido a la gran cantidad de ventanas.

El ruido del papel obligó a su mirada a regresar sobre la mesa. Su futuro jefe la estaba mirando y el estómago se le encogió. ¡No era posible! Aquello no podía estar pasando. ¿Qué clase de broma era esa?

Enzo ocultó la emoción por volver a ver su hermoso rostro ante él e intento mantener la calma al evocar su sabor, sus gemidos, su rostro tenso por el orgasmo. Efectuó un mohín de falsa sorpresa y carraspeó.

—¿Tú? ¿Tú eres la diseñadora? —dijo dándole a su tono un toque de estupor.

Malva, con la garganta seca, apenas pudo responder.

—Sí.

Él dejó escapar una risa suave.

—¿*Lo vedi*? Te dije que yo era tú destino, *cara*.

Ella, nerviosa, intentó recobrar la compostura. Pero era difícil teniéndolo delante. No podía evitar que las imágenes de esa noche llena de lujuria la golpearan con más fuerza que en los recuerdos. Su boca ávida, sus manos explorándola, su… ¡Señor! ¿Por qué ahora que parecía que la suerte la acompañaba, de nuevo el destino se burlaba de ella?

—No hay nada que ver. La providencia nada tiene... que ver. Ha sido una... casualidad —se trabó.

—Una coincidencia emocionante. ¿No te parece?

Malva tensó la espalda e intentó serenarse. Lo miró con dureza y dijo:

—Más bien diría que adversa para mí. Deseaba este trabajo con toda el alma y ahora mis perspectivas se han arruinado.

—¿Por qué?

Ella sacudió la cabeza mostrando desolación.

—No puedo tener como jefe a... alguien con el que... Bueno. Ya sabes la razón. ¡Imposible!

—Puede que al desconocer como soy en estas circunstancias ignores que nunca mezclo lo personal con los negocios. Y tú has llegado hasta aquí por un asunto laboral. No veo impedimento para que rechaces el puesto por lo sucedido entre nosotros. Por otro lado, aunque seas mí diseñadora, no veo razón por la que no podamos mantener una relación de amistad o amorosa.

Malva entrecerró la frente y lo escrutó.

—Cierto. No te conozco. Pero no soy tonta. De causalidad nada. Viste mi curriculum y encontraste la oportunidad de traerme. Pues te diré que no te ha servido la artimaña. No volverás a seducirme, porque no estoy dispuesta a ello. Rompo el contrato.

—¿Por qué? Si no quieres nada conmigo trabajar para mí no te supondrá ningún problema. ¿*Vero*?

—He perdido la confianza.

Enzo reclinó la espalda en la silla y le lanzó una mirada cargada de burla.

—Lógico que tú voluntad se desmorone al tenerme frente a ti y recordar el gran placer que vivimos. Has comprendido que no podrás resistir de nuevo la tentación de volver a disfrutar de una noche juntos; o de muchas más.

Malva resopló.

—Como siempre, tergiversando lo que digo. Es en ti en quién no confío. No me extrañaría nada que hubieses montado esta farsa para atraerme hacia ti. Eres un hombre capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir lo que desea.

El borró la sonrisa de su atractivo rostro. Apoyó los brazos sobre la mesa y la miró con gran seriedad.

—¿En verdad piensas que soy un hombre capaz de montar esta empresa por ti por volver a meterte en mí cama? ¿En serio, señorita Baró?

Malva se sonrojó. ¿Cómo se le ocurrió pensar que un hombre llegaría al extremo de armar esa estrategia tan extremadamente costosa por ella? Cierto que esa noche lo pasaron muy bien juntos. Bueno, en realidad fue la experiencia sexual más impactante de su existencia. Pero, ¿para él? Por supuesto que no. Un hombre de su carisma estaba acostumbrado a disfrutar con mujeres mucho más experimentadas que ella y más atractivas. Ciertamente era absurdo creerse tan especial. ¡Menuda tonta!

—No. Claro que no. Disculpa, pero la situación me ha trastornado. Nunca pensé… volver a verte. Y esto… —dijo sin apenas voz.

Enzo se inclinó aún más hacia ella y no le importó mentir. Bueno. En realidad no mentía del todo. Tal vez, si ella no hubiese tenido ese

talento, jamás habría pensado en crear ese nuevo departamento. De todos modos, algo habría ideado para atraerla. Todo valía con tal de conquistarla de nuevo.

—Mira. Soy un hombre muy ocupado y dejé este asunto en manos de Giovanni. No vi ninguna documentación. Él te escogió. Y debes saber que no exigimos fotografía en los expedientes. No nos dejamos influenciar por la imagen. Considero que lo único que debe prevalecer son las aptitudes, no el aspecto físico.

—Nunca os envié una petición de empleo. Vieron mis obras en Internet. Y ahí está mí fotografía —replicó ella.

—Mi asistente, siguiendo mis instrucciones, jamás te describió ni me mostró tú retrato. Así que, no supe que eras tú hasta que te has presentado. Por otro lado, ninguno de los dos nos presentamos esa noche. Y te recuerdo que te fuiste sin decirme ni tu nombre. Intenté enterarme, pero la información recibida no fue satisfactoria. Fuiste muy traviesa al inscribirte en el hotel con el seudónimo que utilizó Ágata Christie.

—Lo hizo mi amiga para evitar... No importa. Y si no te hablé de mí fue porque nuestra relación era pasajera. Pensé que no volveríamos a encontrarnos. Porque, en honor a la verdad, me acosté contigo porque al día siguiente me marchaba.

—Pues ya ves. Aunque, supongo que tú si habrás investigado sobre mí persona por las redes. Lo digo por el trabajo. Por conocer quién sería tú jefe.

Ella respingó.

—Lo hubiera podido hacer, sí. Pero ni se me pasó por la cabeza. Conocía el prestigio de tú marca y eso me bastó. Soy así de tonta. ¡Qué le vamos a hacer!

Él chistó.

—Tú expediente es impecable. Indica que eres una mujer talentosa. No vuelvas a menospreciarte.

Malva le lanzó una mirada iracunda.

—Pero no estratega. Te aseguro que no investigué, puesto te repito que conocía tú empresa. Ahora me arrepiento de ello. Estaba ilusionada con este puesto y mis planes se han arruinado. ¡Muchas gracias!

—¿Por qué dices eso? Los míos siguen en pie. Te quiero en mí equipo.

—Dudo que sea únicamente por eso.

—Ahora que estás aquí he de confesar que no. Pero mis otras intenciones no deben preocuparte; a no ser que te creas incapaz de mantener tu determinación; ya que por mi lado no habrá acoso ni amenazas por tú rechazo. En mí vida privada soy un hombre bastante despreocupado. Me gusta divertirme, satisfacer mis necesidades y de

vez en cuando comportarme con irresponsabilidad. Como pudiste comprobar. En cambio, en los negocios soy cabal y procuro que mi prestigio como empresario sea el más reconocido. Mi empresa se rige por la honradez y respeto. Serás mí empleada. Por lo tanto, intocable. A no ser que cambies de opinión. Y fuera de aquí nunca obligo a una mujer a que me acepte en su cama. Yo la seduzco.

Ella se mordió el labio inferior. Él, impaciente, se levantó.

—*Per favore*, deja de preocuparte. Te aseguro que tú serás la única que tomará la decisión de desear algo más que una relación laboral. Malva. Sé que este trabajo está hecho para ti. Y podrás realizarlo sin el menor obstáculo. Te lo mostraré. Ven.

Ella, dudosa, lo siguió. Enzo abrió la otra puerta contigua.

—¿Qué opinas?

La respiración casi se le cortó al ver el espacio. Era un taller espectacular. Ocupaba el resto del piso y la luz natural lo inundaba pues no había ni un ladrillo, las paredes eran de cristal. Pero lo mejor de todo eran los materiales para poder realizar el trabajo. Habían adquirido la máquina más avanzada. Y se juró que nada impediría que perdiese esta gran oportunidad de demostrar lo que era capaz de hacer. El señor Leone sería para ella nada más que su director.

—Es impresionante —admitió.

—¿De veras piensas que no estoy interesado en iniciar esta nueva etapa en mí negocio al ver todo esto? Quiero arrasar en el mercado y con tu talento lo conseguiré. Ayúdame a ello, Malva. Unámonos para demostrar que no habrá quien nos haga sombra; que nuestras creaciones serán tan maravillosas que reyes y reinas morirán por poseer una. *Per favore*, di que sí.

Ella inspiró con fuerza por la nariz.

—Eres muy ambicioso.

Enzo sonrió.

—Temo que en eso somos iguales. ¿No, *cara*?

Sí. Ella también deseaba ser la mejor. ¿E iba a renunciar a su sueño por Enzo? No. Pero sí separar el trabajo de lo personal. Lo haría, aunque ese hombre la estuviese matando. ¿Cómo podía estar más atractivo a cada minuto que pasaba? ¿Y cómo ella podría resistir la tentación de no volver a desear que la hiciese volar hacia el éxtasis de nuevo? Pues lo haría. Lo ocurrido le fortaleció la voluntad para no volver a caer ante un engatusador.

—No estoy de acuerdo. Aún así, no renuncio. Mañana me pondré a trabajar, señor Leone.

—¿Señor? —inquirió él.

Malva lo miró sin apartar los ojos de los de él.

—Lo ocurrido esa noche fue una simple aventura de verano. Mejor dicho, de una sola noche. Nada importante y es pasado. A partir de

ahora nuestra relación será meramente profesional. ¿No es lo que ha dicho usted?

—He dicho que será cómo tú quieras; que no es lo mismo, *mi bella fiore*.

—Le rogaría que no utilizara apodos cariñosos —le reprendió Malva.

—Tú nombre hace referencia a una flor. ¿No es así?

—Cierto. Pero le pido más formalidad cuando se dirija a mí.

Él suspiró.

—Cómo desees.

—Gracias. Pues, ya conoce mis intenciones. Trabajo y sólo trabajo. Ahora, si no desea nada más, me gustaría ir a casa.

Por supuesto que deseaba mucho más. Pero no era el momento. Ya lograría lo que se había propuesto más adelante. Porque no estaba dispuesto a renunciar a alguien como ella. No al placer más glorioso que había experimentado hundido en el cálido cuerpo de una mujer.

—Había pensado en que cenáramos juntos para concretar más detalles. Pero supongo que estarás cansada. Así que, por hoy es todo. Ven mañana a las nueve. Te mostraré el resto del edificio y a la junta de accionistas. Por cierto. ¿El apartamento te ha parecido adecuado?

Si pretendía que le diese las gracias por acomodarla como una reina, no lo escucharía de su boca.

—La verdad, me siento más cómoda en un lugar moderno y práctico. Pero como dicen en mi país: A caballo regalado no le mires el dentado.

—A parte de bonita e inteligente, compruebo que eres práctica.

—Lo soy. Si. Llegaré a acoplarme.

—Reconozco que al principio la casa puede imponer intimidación. Pero cuando uno aprecia lo que se le está ofreciendo se da cuenta de lo privilegiado que es. Y me consta que en esta ocasión, también lo harás —dijo Enzo mirándola con ojos brillantes.

Malva, al comprender que se refería a su noche de pasión, se sonrojó.

—Si eso es todo, me gustaría irme.

—Llamaré a Luigi para que te acompañe. No sea que te pierdas.

—No lo haré.

—Como quieras. Que descanses. Buenas tardes, *cara*.

—Buenas tardes, señor Leone. ¡Ah! Y a partir de ahora para usted seré la señorita Baró.

—Si no te importa, prefiero Malva y siendo tu jefe, convendrás que tengo el derecho a tutearte.

—Puede llamarme como desee. Siempre y cuando sea con respeto.

—Así será. *Buon pomireggio,* Malva. Significa…

—Buenas tardes. Por lo que veo ha olvidado que en el expediente

puse que estudié hace tiempo italiano. Vaya con cuidado con lo que dice, podría entenderlo —lo interrumpió ella. Y con una sonrisa satisfecha, añadió: Nunca dudé de qué obtendría este empleo. Por lo que llevo días repasando su idioma nativo. Nos vemos mañana, señor.

Dio media vuelta dejando a Enzo mirándola fascinado.

14

Cuando Malva llegó a casa, con semblante estupefacto, se dejó caer en el diván. Aún le parecía mentira lo que acababa de experimentar. En realidad, todo lo que le estaba sucediendo últimamente era increíble. Si le contasen que esto le pasaba a otra persona pensaría que le estaban narrando una patraña. Pero era la realidad. Una realidad que la estaba desestabilizando de nuevo. Porque se había jurado que no volvería a repetirse lo ocurrido esa noche con el señor Leone. ¿Pero sería capaz de resistir? Porque en cuanto lo vio, sus entrañas volvieron a sublevarse exigiendo que le permitiese encender el fuego para consumirla.

—¡Necesito hablar con Amapola! —exclamó.

Marcó el número e impaciente aguardó que su amiga apareciese en la pantalla. Ella le dedicó una enorme sonrisa y dijo:

—¡Hola! ¿Cómo estás? ¡Yo estoy radiante! No te lo vas a creer. En cuanto partió tu avión, ¿a qué no sabes con quién me topé en el aeropuerto? ¡Con mi fogoso griego! ¿Te lo puedes creer?

Por supuesto que lo creía, pensó Malva, tras lo sucedido a ella.

—Una gran casualidad —dijo en apenas un susurro.

—¿Verdad? Nos fuimos juntos. Y aún fue mucho mejor el sexo que el que tuvimos en la isla. Estoy convencida que es el destino que me está mandando señales de que ese es mi chico. ¿Qué crees?

—Es posible —dijo, Malva, apática.

—¿Y tú qué me cuentas? ¿Todo ha ido bien? ¿Cómo es viajar en el avión de un millonario? ¿Y cómo es tú casa? ¿Y el trabajo? Vamos, no te quedes callada y cuenta. ¡Mujer! Habla de una vez y no me tengas en ascuas... ¡Ay, Dios! Estás pálida. Algo malo sucede. Ya decía yo que la oferta era demasiado generosa. ¿No será lo qué imagino? ¡Era un trabajo para ejercer de prostituta! ¡Malditos bastardos! Suerte que has podido escapar. Porque esas mafias no sueltan la presa cuando está en sus manos. Supongo que los habrás denunciado. ¿Verdad? ¿Y cuándo regresas? Ya te dije que no era una buena idea.

—¡Uf! ¡Madre mía! Deja de decir burradas, chica —se quejó Malva.

—Pues explícate de una vez, hija. Tú cara no refleja precisamente satisfacción. Y eso me preocupa.

—Es que no me has dejado decir palabra. No hay nada incorrecto. El trabajo es tal cómo lo describieron, incluso mejor. Un sueño.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? ¿A qué viene esa apatía?

Malva inspiró hondo. No podía contarle por teléfono lo que estaba sucediendo; más bien lo que sucedió en Santorini.

—Es cansancio, cielo. Solo eso.

—Claro. Los preparativos, el viaje, la entrevista… Mucha tensión. Está bien, preciosa. No te agobio más. Pero dime sólo una cosa: ¿Está bien el apartamento o es un cuchitril? Porque eso de que te lo den gratuito…

Malva giró el teléfono.

—¡La leche! ¿Es un palacete veneciano? —exclamó su amiga al ver lo que le mostraba.

—Lo es. Sí.

—¡Madre del amor hermoso! Pues sí que has tenido suerte chica. Viendo esto, seguro que tú jefe es una maravilla. Generoso y comprensivo. ¿A qué sí? ¿Y es guapo? No. Eso ya sería el colmo de la fortuna. Será viejo y cascarrabias. ¿Verdad?

—¿Te importa si hablamos mañana?

—No, cariño. Entiendo que estés agobiada con tanta novedad. Pero si estás demasiado ocupada organizando todo, no me enojaré si no lo haces en unos días. Al fin y al cabo, como quedamos, en nada me planto en Venecia. *¿*Agree*? Que esté mí griego no impedirá que te visite. Por lo que, mándame la ubicación de inmediato. Un besazo y descansa.

No pudo hacerlo. La preocupación por encontrarse de nuevo con Enzo le impidió pegar ojo.

A la mañana, al mirarse ante el espejo, se dijo que debió utilizar más maquillaje del acostumbrado. No quería por nada del mundo que ese italiano arrogante descubriese que su mal aspecto se debía a él. Y en cuanto al vestuario eligió el vestido más discreto. Color azul oscuro, liso, sin escote, manga hasta el codo, largo hasta debajo la rodilla y zapatos de salón sin apenas tacón. El único detalle lujoso eran los pendientes. Unas pequeñas perlas que simulaban una margarita, al igual que el broche. No era un diseño suyo. Por desgracia, hacia muy poco que terminó la carrera y no poseía las suficientes ganancias para hacerse apenas joyas con piezas costosas. Utilizaba piedras semipreciosas. Estas alhajas eran herencia de su madre. Creyó que le darían la fortaleza que necesitaba.

—Eso es. Tan decente como una monja seglar. Ni un detalle que pueda excitar a ese libertino —susurró con una sonrisa satisfecha.

Miró el reloj. Veinte minutos para las nueve. Cogió el bolso, la chaqueta y se dispuso a enfrentarse a su nuevo futuro.

Caminó sin prisa por las calles que comenzaban a llenarse de turistas.

*¿De acuerdo?

Cruzó un pequeño puente. Una góndola pasó bajo él y la voz del remero expandió la canción más famosa. Pero el célebre O *sole mio* no lucía esa mañana. La ciudad se había levantado con niebla. Pero a la pareja, que por su comportamiento, se deducía que eran recién casados, no le importó. A ella tampoco le hubiese incomodado que diluviase o que sus cuerpos quedasen helados si Nil y ella hubiesen cumplido sus planes.

Sacudió la cabeza para apartar esa idea que lo único que le produciría sería perder la templanza y la necesitaba toda. Mente fría y calculadora era lo que debía tener a partir de ahora. El pasado debía anestesiarlo hasta que ya no la aguijoneara.

Dispuesta a ser la mujer fuerte dispuesta a obtener sus sueños llamó al timbre.

El mismo Enzo abrió.

—*Buongiorno*, Malva. Veo que eres puntual —dijo mirando el reloj, haciendo un esfuerzo para que sus ojos no quedaran prisioneros de la mujer que lo volvía loco.

—Siempre, señor Leone. Considero que la impuntualidad es una falta de respeto. El tiempo es demasiado precioso para hacérselo perder a otro —dijo ella sin poder evitar que su estómago saltase. Enzo vestido de ejecutivo también estaba imponente. En realidad, siempre estaba guapo.

—*Vero*. En ese caso, comencemos a trabajar cuanto antes.

Enzo subió por la escalera y ella lo siguió. Él se detuvo en el primer piso y abrió una puerta que daba a la sala de reuniones. Una pareja de unos sesenta años aguardaban sentados tras la enorme mesa de cristal. Nunca le gustaron. Uno no podía esconder debajo las manos cuando se estaba nervioso, ni poner las piernas de la manera más cómoda o concertar pactos un tanto oscuros.

—Señorita Baró, ellos son mis socios y al mismo tiempo mis padres. Flaviana y Tiziano. Como ve, es una empresa familiar —dijo presentándola de un modo formal.

—Un placer conocerlos —dijo ella ofreciéndoles la mano. La mujer era clavada a su hijo.

El señor Leone se la estrechó y en perfecto castellano, dijo:

—Mi hijo nos ha hablado mucho de usted, *signorina*.

—Espero que bien.

La señora Leone la saludó.

—La ha alabado exageradamente. Y no me extraña. Es usted una joven con muy buena presencia.

Malva endureció la expresión. Y al sentirse menospreciada, sin poder controlar la rabia, dijo:

—El empleo es por mis aptitudes, no por mi apariencia, señora.

—Lo sabemos, *cara*. O le aseguro que no estaríamos hablando en

estos momentos. Nuestra empresa se rige por la formalidad y no arriesgarse inútilmente por frivolidades. Pero no está de más que nuestra diseñadora estrella sea atractiva. El físico ayuda mucho cuando debe hacerse publicidad. Por supuesto, soy feminista y me subleva estas discriminaciones. Pero, por desgracia, es lo que hay. Aunque, espero, si estos dos me lo permiten, cambiaré esta norma. Y usted me ayudará. Por favor, siéntese.

—¿Otra vez con lo mismo, Flaviana? La gente quiere ver mujeres guapas promocionando un producto —protestó su marido.

—Cierto —convino Enzo.

—¡Oh, claro! Mujeres explosivas y perfectas. Se venden productos para ellas y los comerciales van dirigidos a los hombres.

—Porque vosotras queréis agradarnos —dijo Tiziano.

Malva carraspeó.

—Si me permiten dar mi opinión…

—Adelante —le indicó Enzo, sin poder controlar a sus ojos que la miraron con avidez.

Esta situación no pasó desapercibida por su madre. Y se sorprendió de que el crápula de su hijo sintiese interés por una mujer tan alejada de sus gustos sexuales. Esa joven no era explosiva. Vestía con discreción, elegancia y sin mostrar en ningún momento sensualidad: aunque por supuesto no dudó que tenía. Malva era toda una profesional. En esta ocasión, el criterio de Enzo fue el más adecuado que nunca para el negocio.

—Pues, creo que la señora Leone no anda desencaminada. Las mujeres están hartas de ver que intenten venderles cosas que no están creadas para ellas. Por ejemplo, mí prima Eulalia es bajita, con un cuerpo de los que llaman regordetes y con incipientes arrugas en el contorno de los ojos; cómo es natural cuando una está cerca de alcanzar los sesenta. ¿Y qué le muestran que debe utilizar? Cremas que se ponen mujeres que apenas han cumplido los treinta con un rostro que parece atiborrado de Botox, vestidos de tallas que servirían para una niña que aún no le ha salido el pecho o complementos que solamente pueden parecer favorecedores encima de supermodelos.

—¿Y pretende que nuestros artículos sean publicitados por mujeres corrientes? —inquirió el padre de Enzo.

—El noventa y nueve por ciento de mujeres son las que usted llama “corrientes”. Es un mercado apenas explotado por los productos que ustedes fabrican.

Enzo se mordió el labio inferior con aire pensativo.

—Una idea consecuente. Pero ha olvidado que nosotros nos dirigimos a una clientela con grandes posibilidades.

—Imagino que se refiere a ricos. Claro. Tratándose de usted, no podía ser de otro modo —puntualizó Malva mirándolo sin pestañear.

—*Cara*. El negocio lo iniciamos nosotros. Nuestro hijo siguió la línea marcada —lo defendió Flaviana.

Malva, sin apartar la mirada de Enzo, dijo:

—Señor Leone. Lo considero inteligente. Me extraña que no se le ocurriese modernizarse.

Él también continuó mirándola trazando una media sonrisa.

—Hay marcas que son símbolo de categoría máxima. Intentar hacerlas llegar al gran público supone perder prestigio, ya que deberíamos rebajar la calidad de los materiales; evidentemente para que su precio se redujese. Y no estamos dispuestos a hacerlo.

—Hijo. Creo que…

—*Mamma*. ¿Podríamos dejar de hablar de proyectos irrealizables y centrarnos en el principal? —se impacientó él.

—Por supuesto. Pero no pienso olvidar la sugerencia de la señorita Baró —aseguró su madre, guiñándole un ojo a Malva.

—Claro, *amore* —dijo su marido.

—Tú tómatelo a broma. Pero algún día te daré una sorpresa.

Enzo se aclaró la garganta.

—¿Podemos ponernos ya a planificar la nueva línea?

—Empieza, hijo —le pidió su madre; mientras miraba de reojo a Malva. Le gustaba esa chica y estaba segura de que conseguiría que a su tradicional hijo en cuestiones de negocios lo convenciese de dar un soplo de modernidad a la empresa.

15

A partir de ese momento la reunión fue mucho mejor de lo esperado. Enzo se comportó con gran profesionalidad, como si realmente fueran dos desconocidos; como si nunca hubieran compartido la mayor de las intimidades. ¿Cómo era capaz de controlarse? Ella apenas podía anular los recuerdos que se empeñaban en invadir su cometido; que no era otro que ese trabajo no se le escapara de las manos por el desliz de una distracción. Por lo que, decidió evitar al máximo mantener el contacto visual con él.

Se acordó que antes de contratar a los empleados Malva presentase sus ideas, para así escoger a los más adecuados para realizarlas. Sería difícil aceptar a un artesano que no cumpliese sus exigencias. Pero en las cuestiones financieras sería la empresa quién se encargaría de aportarlos; lo cuál le pareció magnífico. En cuanto a sus opiniones sobre los diseños, aseguraron que serían estudiadas con el debido respeto; pero que la última decisión sería tomada por la directiva. Malva no pudo protestar. Ellos estaban más cualificados para llevar a buen término su empresa; a parte de ser sus patrones.

—No obstante, como comprenderá, no todo serán ventajas para usted, señorita Malva. Se está comprometiendo a llevar a cabo un proyecto en el que hemos puesto muchas esperanzas y, aunque le suene arrogante, también un enorme capital. Por lo que, no podrá renunciar al trabajo en cuanto se le antoje. Si deja la empresa será por ser despedida. En el caso que decida usted dimitir, le recuerdo que en el contrato se especifica que deberá indemnizarnos —dijo Enzo.

—Le aseguro que nunca me despedirá. No soy mujer caprichosa ni desleal. Me gusta terminar los retos que me he marcado. Y a no ser que ocurra algo inapropiado hacia mí persona, no dimitiré. Cuando me comprometo no rompo la palabra dada.

—Una cualidad que admiro. No hay nada que me subleve más que los cobardes que abandonan cuando su expectativas no son las esperadas —comentó él mirándola con intensidad.

—Yo siempre intento encontrar una solución antes de rendirme. Pero no será el caso; ya que les será difícil encontrar a nadie mejor para su proyecto —dijo ella dedicándole una mueca sarcástica.

Él inclinó ligeramente la cabeza y la miró con fijeza.

—¿No es usted un poco petulante?

—La petulancia solamente la poseen aquellos que carecen de la

virtud que tienen y yo, señor Leone, gozo de talento. ¿No es por eso que me eligieron para iniciar el propósito más ambicioso al que se han enfrentado nunca?

—La seguridad excesiva no es buena compañera de viaje. Sí. La escogimos, pero eso no significa que hayamos podido equivocarnos. De todos modos, estoy seguro de que nos comprenderemos a la perfección.

Malva le dedicó de nuevo su sonrisa burlona.

—Como bien dice, una buena primera experiencia no significa que la siguiente nos lleve al mismo resultado. Usted como hombre aventado estará de acuerdo. ¿Cierto?

—La considero inteligente. Sabe que hay momentos que no se han meditado lo suficiente. Hay que recapacitar y luego uno puede ver las ventajas que está perdiendo por no actuar con valentía y tomar lo que se desea —replicó Enzo.

—En este momento, sé perfectamente que quiero. No tengo dudas, señor.

—Usted lo ha dicho: En este momento. Pero el futuro no está escrito. En unos segundos, todo puede cambiar. La Vida es muy voluble.

Malva, por unos segundos, dejó que en sus ojos se aposentara la tristeza del terrible abandono; pero pronto se repuso.

Flaviana dejó escapar un leve suspiro.

—¡*Mamma mia*! ¿Podemos dejarnos ya de filosofías, hijo e ir terminando con esto? No puedo perder el tiempo. Soy una mujer muy ocupada. Mire, señorita Baró. Si usted ha decidido trabajar con nosotros y nosotros contratarla, considero que no hay nada más que decir.

—Como ve, señorita Malva, mí *mamma* es una mujer digamos… impaciente. No está muy versada en las operaciones laborables. Cualidad que suele ser muy indicada para los negocios —dijo Enzo con tono cariñoso.

—¿Y qué cautela debemos tener con esta admirable señorita? Sabemos que es la mejor, ¿no? Pues lo principal es que comencemos a ponernos en marcha —se quejo la señora Leone.

Su marido levantó una ceja.

—Nunca te había visto tan entusiasmada; y en especial tan implicada en el negocio, Flaviana.

—¿En serio, Tiziano? ¡Uf! Eso demuestra lo mucho que te fijas en mí —rezongó ella.

—¿Cómo qué no? Siempre he tenido en cuenta tus opiniones —protestó él.

Enzo no puso evitar reír.

—Y pobre de ti que no lo hagas*, papa*. Ya sabes las consecuencias.

Puede que esta noche duermas en la habitación de invitados si la sigues provocando.

Su padre, molesto, juntó las cejas.

—¿Os parece bonito tener este tipo de discusiones delante de una extraña?

Su esposa se levantó.

—¡Oh! La señorita Baró ya no lo es, *caro*. Ahora pertenece a la firma Leone. Aunque, me gustaría conocerla mucho más.

—A la gente le gusta tener intimidad, Flaviana.

—¿He dicho yo que quiera meterme en su vida? Lo único que quiero es que no nos tratemos como extrañas. Al fin y al cabo, a partir de ahora nos veremos a menudo. E incluso, tengo la intuición de que muy a menudo —replicó ella mirado significativamente a su hijo.

—Por lo que he escuchado, tengo la intuición de que este negocio te parece tan atrayente que, por primera vez, te involucrarás del todo y no podremos quítatenos de encima.

—¿Y eso te molesta, *figlio*? —se ofendió ella.

—Claro que no, *mamma*. Incluso pienso que tú visión femenina será de ayuda para que opines sobre las joyas que nuestra joven diseñadora nos ofrezca.

La señora Leone sonrió satisfecha.

—Hoy damos una pequeña fiesta en casa y está usted invitada a la cena. Charlaremos de todo, menos de negocios; se lo advierto. Le diré al chofer que pase a recogerla a las ocho. ¿En qué hotel está?

—La empresa me ha concedido un apartamento, señora Leone.

Ella miro a los dos hombres con expresión de reproche.

—¿Por qué no estaba al tanto de esto? Veo que soy el último mono de la compañía. ¡En fin! A partir de ahora, esto cambiará. Me pondréis al corriente de cualquier novedad. Querida. Espero que hayan sido considerados adjudicándole un apartamento digno de usted.

—Es un piso en un palacete del Gran Canal. Con franqueza, lo encuentro excesivo.

La madre de Enzo le lanzó una mirada incisiva a su hijo.

—Decidimos, dado el interés de lanzar la marca cuanto antes, en ubicarla lo más cerca posible de la empresa —se excusó éste.

—Ya. Bien, *cara*. Como he dicho, le mandaré al chofer. Y vosotros dos. ¿Por qué seguís sentados? Tenemos comida con los Vorenzo en menos de una hora.

—Por ahora hemos terminado, Malva. Nos reuniremos de nuevo a las tres para comentar la línea a seguir. ¿Desea que la lleven a algún lugar? —le preguntó Enzo.

—No, gracias. Me apetece dar un paseo.

—Nosotras nos vemos en la cena, querida —dijo la señora Leone.

Se levantaron. Malva abandonó el salón y tras ella el señor Leone.

—Ahora vamos, Tiziano. Quiero hablar con Enzo —dijo Flaviana. Su marido cerró la puerta y su mujer miró a su hijo con aire enojado— ¿Se puede saber que estás planeando?

—No comprendo, madre.

—Has hospedado a esa muchacha bajo tu apartamento. ¿Por qué?

—Te he dicho la razón.

Ella lo apuntó con el dedo.

—Eres mí hijo y te conozco a la perfección. Le has echado el ojo a Malva y no pararás hasta conquistarla. Pero en esta ocasión no te será tan fácil, porque yo no lo permitiré.

—¿Vas a ponerme un guardaespaldas a todas horas? —bromeó él.

—Hablo muy en serio. Ella está aquí por negocios. En realidad, por un negocio en el que nos jugamos mucho.

—¿Y qué tendrá que ver eso con poder tener una relación con ella?

—¿Hablas de relación? ¡No me hagas reír! Tú lo único que tienes con las mujeres son aventuras. Y no estoy dispuesta a qué esta operación, que si te soy sincera al principio no me pareció prudente y ahora veo que es una gran idea, se vaya al traste por tu comportamiento inapropiado. Y por lo poco que he visto, Malva no es para nada el tipo de mujer que sueles llevar a la cama. Es inteligente, comedida y con valores. Así que, déjala en paz. No será tú juguete. ¿De acuerdo?

Enzo pensó que si su madre supiese lo que ocurrió en Santorini dejaría de pensar que Malva era de lo más virtuosa.

—No temas. Me comportaré con toda corrección.

—¿Lo juras?

—Lo juro, mamá.

Enzo no mentía. Ya le aseguró a Malva que no la acosaría. Aunque, eso no significaba que ahora ya hubiese apartado la idea de atraerla de nuevo hacia él. Su determinación seguía firme.

—Bien. Vayamos. No lleguemos tarde por primera vez.

—Pero si tú siempre te haces esperar —le recordó su hijo.

Ella se colocó el mechón tras la oreja con aire coqueto y dijo:

—Cuando una entra en un lugar en solitario, hijo, todos se fijan en ti.

—¡Ay, estimada madre! Eres incorregible —se carcajeó Enzo.

16

Malva se sentía impaciente por comenzar con los diseños y también temerosa de encontrarse de nuevo con Enzo. Pero conseguiría que su magnetismo no la atrajera de nuevo. Se centraría en el trabajo, tan sólo en eso. No en sus ojos tizones, ni en sus labios turgentes y expertos en…

—¡Maldita sea, Malva! ¿Así piensas concentrarte en lo principal? —masculló.

—¿Decía, *signorina*?

Miró al camarero.

—Que… ¡Oh! Perdón. Tomaré una Caprese. *Grazie*.

A pesar de ser la ensalada italiana más deliciosa que probó, apenas pudo saborearla. El estómago se empeñaba en recordarle que en apenas una hora estaría, codo a codo, con su jefe.

Abandonó el restaurante y se unió al torrente de turistas. Venecia era una ciudad fascinante a pesar de su decadencia. Ese hormiguero debía horadar la tranquilidad de sus habitantes. Amapola no se equivocó. Sin embargo, ella lo soportaría poco tiempo. Por supuesto, cumpliría con la palabra dada. Pero en cuanto la colección despuntase, alegaría motivos personales imposibles de obviar y terminaría con el contrato. Sí. Eso haría.

Cinco minutos antes de la hora acordada llegó a la empresa. Enzo se encontraba en el que sería su lugar de trabajo.

—¿Has comido bien? Olvidé aconsejarte que te abstuvieses de ir a un restaurante para turistas.

Ella ocupó la silla frente a él.

—Me informé antes de venir de todo lo necesario.

Él entrelazó los dedos de la mano, alzó una ceja y la miró con ojos ávidos.

—Tengo entendido que dijiste que de todo, todo, no. ¿Me has mentido?

Malva tensó la espalda.

—Si comienza a tergiversar lo que digo…

—Bromeaba, *signorina* Malva. Solo eso. Relájate, por favor. Se te ve tensa.

Cierto. Era imposible sentirse relajada ante su presencia cuando los recuerdos de aquella noche de pasión la bloqueaban. Se removió incómoda y dijo:

—Es qué su actitud… Mire. Si incumple su palabra de no acosarme, me veré en la obligación de renunciar a trabajar con usted.

—Lo haga o no, en esta situación no podemos trabajar.

Ella parpadeó perpleja.

—Me refiero que debes sentarte a mí lado o será un incordio tener que mostrarte los bocetos cada vez.

—Sí… Claro —aceptó Malva. Se levantó y se acomodó junto a el.

Enzo cogió el dossier e intentó controlar las ganas de abalanzarse sobre su boca y devorarla sin descanso. Inspiró hondo y le mostró la primera idea.

—Nuestros diseñadores se han esmerado en esta ocasión. ¿Opinas lo mismo?

—Son bocetos excelentes. Y han entendido que deben ser objetos simples… Me he expresado mal. Me refería a sencillos. Pues lo primordial serán las joyas. Bueno… No piense que estoy considerando que mi trabajo es el más importante… Yo…

Él levantó la mano y la hizo callar.

—En ningún instante he pensado que seas una mujer presuntuosa. Aunque, en parte tienes razón. Estamos lanzando un producto nuevo y tú eres el artífice de ello. Tú colaboración es valiosa. Deja de menospreciarte. Eres una diseñadora excelente. Bien. Sigamos.

Una vez revisados los proyectos, se concentraron en las alhajas que los complementarían.

—Debería indicarme la temática.

Enzo arrugó la nariz.

—La verdad… No pensé en ello. Un gran fallo. Lo reconozco.

Ella le dedicó una leve sonrisa.

—Es la primera vez, que sepamos, que se está ideando un proyecto como este. Es lógico que aún deban atarse cabos.

Enzo tragó saliva. Nadie podía imaginar cuán difícil le resultaba estar cerca de esa muchacha y permanecer impávido. Su perfume fresco de aroma floral, tan distinto a los que usaban las mujeres que solía conquistar, lo estaba cautivando. Se moría por tumbarla sobre la mesa y gozar de su sabor, de su piel, de sus gemidos. Se aclaró la garganta y concentrándose en rayar un papel con el bolígrafo, preguntó:

—¿Qué me sugieres?

—No se… La colección es suya.

—Pero la que crea las joyas eres tú. ¿Flores?

Malva, pensativa, se mordió el labio inferior.

—Lo floral sería muy vulgar. Bueno… Me refiero a algo muy trillado.

—¿Trillado? —inquirió Enzo.

—Significa demasiado utilizado o visto. Tenemos que ser originales,

escapar de lo obvio. Tenemos que impactar.

—Una meta difícil. Animales, corazones, lágrimas, nombres… No hay nada novedoso que hacer. A no ser que nos lancemos a lo abstracto.

—¡Uy, no! Eso ya sería sobrepasarse.

Enzo reclinó la espalda y suspiró, sin dejar de mirarla con esos ojos profundos.

—*Signorina* Malva. Me encomiendo a tú talento. Sé que encontrarás la solución.

—Deposita demasiada confianza en mí, señor Leone.

—¿Puedes, al menos, decir Enzo?

—Prefiero mantener las distancias; tal cómo acordamos.

Él dejó escapar un hondo suspiro.

—Está bien, *la mia bella fata*.

—En este momento soy una empleada suya. Le he dicho que no quiero que vuelva a considerarme una de sus múltiples conquistas.

—Pero… ¿Qué he dicho ahora? Me he limitado a hacerle un cumplido —se quejó Enzo.

—No quiero cumplidos que no tengan que ver con mí trabajo. No soy su bella hada. Si vuelve a… —Calló la percibir una idea que podía ser aplicada.

—¿Si vuelvo a qué? —inquirió él, al ver la expresión de ella.

En el rostro de Malva, poco a poco, se proyectó una enorme sonrisa.

—¡Ya está¡ Eso es! ¡Lo tengo! ¡Tengo los diseños!

Enzo inclinó el torso y la miró excitado.

—Sabía que contraté a la mejor. Dime.

Ella se relajó.

—Bueno… No nos emocionemos tan pronto. Puede que la idea no le resulte tan atractiva como a mí.

—Si no me la cuentas, no lo sabremos. Venga.

—En realidad, usted me ha dado la idea.

Él juntó las cejas.

—Me refiero a ofrecerles duendes, luciérnagas, hadas, varitas mágicas, unicornios… El mundo mágico del bosque.

Su jefe aseveró levemente.

—Podría funcionar. Pero no se…

—Le aseguro que haré unos diseños que serán fantásticos de verdad. Las clientas quedarán hechizadas con ellos.

Él rió suavemente.

—Nunca más bien dicho. Está bien. Comienza con ello. Pero por hoy ya hemos trabajado lo suficiente. Recuerda que esta noche debes asistir a una fiesta. Tienes que arreglarte. Aunque, por mi parte, considero que apenas necesitarás unos minutos. El maquillaje no podrá acrecentar *la tua bellezza*.

—Señor…

—¿Qué? Estoy comentando una evidencia. ¿O acaso eres tan hipócrita que negarás que eres hermosa? Al igual que yo te miras en el espejo. Feos no lo somos en absoluto, *cara*. ¿Verdad?

Malva, mirándolo con reprobación, se levantó.

—Lo que no soy es vanidosa. Nos vemos esta noche, señor Leone.

17

Malva rebuscó una vez más en el armario. Bufó fastidiada. Apenas tenía ropa para una cena elegante. Aunque, tampoco estaba segura de qué fuese así. La señora Leone no dijo en ningún momento que tuviese que ir como una estrella de cine. Lo mejor sería ponerse el traje pantalón negro sin blusa. Era una prenda apropiada para cualquier ocasión. Lo único que debería hacer es complementarlo con unos pendientes de coral a juego con el collar y quedaría perfecta.

Eso es lo que pensó Enzo cuando la vio. La mujer más hermosa con su sencillez. Su presencia bastaba para iluminar la habitación.

—Querida, por favor, pase —la saludó Flaviana.

—Buenas noches, señora. Espero ir acorde con la etiqueta.

—¡Oh! Olvidé indicarle. Pero por lo que veo, no fue necesario. Está perfecta —se disculpó Flaviana. Y acercando la boca a la oreja de Malva, añadió: Con franqueza, diré que es usted la mujer muy bella y elegante.

—Le agradezco el cumplido, señora.

—Es la verdad. Y por favor. Nada de formalidades. Trabajaremos juntas; por lo que, pasemos al tuteo. ¿Te parece, Malva?

Ella aceptó.

—Como quieras.

Enzo se acerco a ellas.

—Buenas noches, señorita Malva.

Ella contuvo la respiración. El smoking contribuía a incrementar su increíble carisma. Estaba guapísimo.

—Buenas noches, señor Leone —dijo sin apenas voz.

—¿A qué viene esta seriedad, muchachos? Ahora no estáis en la oficina. Venga. Pasemos al comedor —dijo su madre.

La mesa estaba preparada para cuatro comensales.

—Esta estrategia no le será de utilidad, señor —le susurró Malva.

—No seas tan mal pensada. Tanto la velada como la mesa la dispone la *mia mamma. Lo giuro* —susurró Enzo.

—Me ha engañado, señora… Digo… Flaviana. Dijiste que era una pequeña fiesta —la reprendió dulcemente Malva.

Flaviana ordenó que sirviesen la cena y dijo:

—¿Y no es pequeña?

—*Mamma*. La señorita Baró está en lo cierto. Esto no se parece nada a una celebración —intervino él.

—¡Por supuesto que lo es, *figlio*! Estamos celebrando el éxito que tendrá nuestro nuevo proyecto.

—Flaviana. Será mejor que no nos entusiasmemos.

Ella parpadeó repetidamente mirándolo con reproche.

—¿Qué quieres decir con esto? ¡Por supuesto que será un negocio magnífico! Todo gracias a esta muchacha tan talentosa.

—Confías demasiado, Flaviana —se ruborizó Malva.

—Lo hago por lo que he visto. Tus diseños son maravillosos, cara.

—Y espera a ver los que tenemos proyectados para la primera colección —añadió Enzo.

—Así qué confías que haya más de una —comentó su padre.

Enzo clavó la mirada en Malva.

—Por supuesto. Esto tan sólo acaba de empezar.

—Insisto en no crear falsas expectativas, señor.

—Yo siempre he sido de naturaleza optimista. El pesimismo sólo lleva al fracaso. Y a mí no me gusta perder.

Malva tomó un poco de Mouse de bacalao y la untó sobre la tostada. Dio un pequeño mordisco y dijo:

—Está delicioso.

—Esta noche he querido mostrarte un poco de nuestra cocina veneciana. No creas lo que se dice de la comida italiana. No todo son macarrones, lasaña o risotto.

—En España también nos persiguen los estereotipos. Paella, tortilla de patatas… En Cataluña y otros lugares existen otras especialidades.

—Espero que, si sabes cocinar, algún día nos deleites con ellas —dijo Flaviana.

—Será un placer. Aunque, a veces, es difícil encontrar en otro país los productos necesarios.

Enzo levantó una ceja y la miró divertido.

—No se preocupe. Si no los consigue, los haremos traer, señorita Baró. A no ser que sea una excusa porque no sabe cocinar.

Ella también lo miró con aire burlón.

—Tengo muchas habilidades que desconoce, señor Leone.

Y al momento de decirlo, se arrepintió al ver su expresión divertida.

—Esperemos poder descubrirlas —dijo él sin poder evitar que su voz sonase demasiado ronca.

—No siempre es conveniente mostrarnos por completo. Uno debe mantener el misterio.

—*Vero*. Hay que darle sabor a la vida.

Ella cortó un trozo de tarta y se la llevó a la boca.

—¡Um! Hablando de sabores, este pastel de pescado también está delicioso, Flaviana.

Ella le dedicó una gran sonrisa.

—Lo que sí es delicioso es ver a una joven comiendo con tanto

placer. ¡No sabes los años que hace que no lo contemplo! Todas las mujeres de mí círculo está obsesionadas con la dieta. Si pueden evitarlo, en lugar de comer dos hojas de lechuga, comen una.

—No me des tanto mérito. Puede que si engordara, me preocupase. Pero tengo la suerte de mantener el peso. Será la genética.

Flaviana ladeó la cabeza.

—¡Ay, querida! Las mujeres somos desafortunadas. Eso cambia cuando tenemos hijos. ¿Tú piensas tener muchos? Claro que sí.

Por supuesto que lo pensó. Pero ahora eso no fue más que una ensoñación.

—Yo… Nunca me lo he planteado —mintió.

—¿Acaso no deseas tener una familia?

—No se… Yo… Por ahora, quiero centrarme en mí vida laboral. Además, hay tiempo. Soy muy joven.

—Flaviana, *per favore*. Deja de interrogar a la muchacha —la interrumpió su marido.

Ella alzó el mentón ofendida.

—¿Qué interrogatorio? Estamos conversando. Y es una pegunta de lo más natural. Las mujeres siempre soñamos con tener una familia e hijos.

—No todas, *mamma* —dijo Enzo.

—Con las que te relacionas, por supuesto que no. Modelos, actrices, mujeres ambiciosas que sólo buscan la fama y el dinero. ¡Uf! Nada convenientes para la familia. Me pregunto cuándo te veremos con una chica normal.

—Deja de atosigar al muchacho —la reprendió Tiziano.

—¿Qué? ¿Acaso no digo la verdad? Me haré vieja esperando tener nietos.

—¿No son las adorables ancianitas las que ejercen de abuela? —se burló su hijo.

Ella lo apuntó con el dedo.

—Yo quiero ser una *nonna* joven. ¿Te queda claro? Así que, ya puedes darte prisa.

—Digo yo que, cómo mínimo deberás aguardar nueve meses. Y ya aceptando más peticiones, ¿prefieres niño o niña?

Tiziano le lanzó una mirada indignada a su hijo.

—*Non essere impertinente con tua mamma*.

Enzo apretó los dientes en un intento de responder con calma.

—Me he excedido. Lo siento. Pero me altero cuando me insisten en temas que no quiero tocar. Y más si son íntimos ante alguien que no es miembro de la familia.

—Malva. Discúlpenos —le pidió Flaviana.

—No tienen porqué. Somos latinos. Temperamentales y dados a las exageraciones. Tendría que ver como son nuestras reuniones.

Enzo dejó caer la servilleta sobre la mesa y se levantó.

—Cierto. *Mamma*. Si nos disculpas, mañana tenemos mucho trabajo. ¿Nos vamos, señorita Baró?

—No quise molestarte —se disculpó su madre.

Él le dio un beso en la mejilla.

—No lo has hecho. Pero como he dicho, mañana nos espera un día muy largo.

—Pero… No habéis tomado café.

Malva también se levantó.

—Disculpa, Flaviana. A estas horas me quita el sueño y necesito descansar. Ha sido una cena exquisita. Buenas noches.

—Buenas noches, querida.

—Vamos. Te acompañaré —dijo Enzo.

—No es necesario que me acompañe —rechazó Malva.

—Por supuesto que lo haré.

—No necesito a ningún guardián.

—Venecia tiene sus partes oscuras y una mujer sola, a estas horas de la noche no está lo que digamos… a salvo. ¿Qué clase de caballero sería si te dejase?

—Dudo qué algo me suceda si tomo una lancha.

—Iremos en la mía.

—No…

—Malva. ¡*Per l'amor di Dio*! —se exasperó él.

Tiziano intervino.

—Enzo tiene razón, Malva. Por otro lado, vosotros dos sois…

Enzo alzó la mano.

—Papá. Se está haciendo muy tarde, *papa*. Buenas noches.

Salieron y ella, a regañadientes subió en la embarcación.

—¿Habías estado ya en Venecia? —se interesó Enzo.

—Disculpe, señor Leone. No me apetece hablar.

—Está bien —aceptó él, a regañadientes.

Recorrieron los canales sin entablar la más mínima conversación hasta alcanzar el pequeño muelle. Enzo la ayudó a salir y caminaron en silencio.

—Hemos llegado —dijo él sacando las llaves del bolsillo.

Ella entrecerró la frente.

—¿Por qué las tiene?

Enzo no la escuchó y abrió la puerta.

—No puede entrar.

Él le indicó con la mano que pasase.

—Por supuesto que puedo. Esta es mí casa. Vivo en la cuarta planta.

—¿Cómo dice? —inquirió Malva, confusa. Y al comprender, dijo: ¡Ay, no! Lo ha hecho aposta. Pero esta estratagema no le funcionará.

¿Lo oye bien? Nunca volveré a caer en sus garras.

—Vale —dijo él.

—Lo digo muy en serio —ratificó ella subiendo la escalera.

—Claro —sonrió él.

—Y no me siga.

—No me queda otra. Vivo encima de ti.

—Buscaré otro apartamento.

—Dijiste que no me temías.

—Y así es.

—Entonces, ¿por qué perder un piso tan espléndido?

—No tanto… Falta un… ascensor —jadeó Malva, llegando a su rellano.

—Difiero. Con este ejercicio te ahorrarás el gimnasio —bromeó Enzo.

Ella colocó la llave en la cerradura y abrió.

—Buenas noches —se despidió. Entró y sin mirarlo, cerró la puerta.

—*Buona notte, mia dolce fata* —susurró él.

18

Malva, rabiosa, tiró el bolso sobre la cama. Enzo lo planeó para mantenerla cerca de él.

—No te saldrás con la tuya —mascó entre dientes, mientras se quitaba el traje. Fue al baño, se desmaquilló y tras ponerse el camisón, se dispuso a meterse en la cama. En ese momento la música proveniente del piso de arriba sonó a todo volumen.

—Si piensas que subiré para quejarme, vas listo. No caeré en la trampa, señor Leone —dijo. Y dejó que los minutos pasaran. La canción terminó y volvió el silencio. Sonrió satisfecha y mirando hacia el techo, dijo: Como ves, no es tan fácil volver a engatusarme.

Buscó los tapones, pero en ese instante llamaron a la puerta. No pensaba abrirle, pero acudió ante la insistencia y observó por la mirilla.

—¡Amapola!

Tras la impresión, abrió.

—Pero… ¿Qué haces aquí?

—Siento presentarme sin avisar, pero me ha ocurrido algo espantoso. ¿Puedo pasar? Claro que sí. ¿O acaso molesto? ¡Ay, Dios! Te he chafado un plan. ¿No es así? ¡Qué mala suerte! Ahora que te has decidido a olvidar a ese canalla, voy yo y te fastidio. ¿Es guapo? Claro que lo será. Tienes muy buen gusto. ¡Seré tonta!

Malva sonrió divertida y cargó la maleta.

—¡Uff! Deja de decir sinsentidos, por favor. No hay ningún plan, cielo. Anda. Pasa.

—¡La Virgen! En persona este piso es aún más impresionante. Parece un museo —dijo Amapola mirando a su alrededor.

—Y lo es. Así que, procura no romper nada o tendremos que dar la paga de todo un año.

Amapola se sentó en el sofá tapizado de piel de becerro.

—¿Me das agua o un refresco? Estoy sedienta.

Malva fue a la cocina y trajo dos tónicas.

—¿Me contarás lo ocurrido?

Su amiga suspiró hondo.

—¿Tú qué crees? Lo típico. Mi hermoso griego me la ha jugado con una rubia despampanante. Una no puede confiar en los hombres. Me ha dejado hecha polvo.

—No entiendo… ¿Acaso te has enamorado de él y has dejado

Barcelona y el trabajo sumida en la depresión?

Amapola rompió a reír.

—¿Yo enamorada? ¿Pero qué dices? ¡Ni loca!

—¿Entonces? ¿Qué pasa?

—He renunciado al trabajo.

—Amapola, cariño, era un buen empleo —le recriminó Malva.

—Cierto. Sin embargo, el jefe, ya sabes, era de lo peor. Me estaba explotando y cuando me quejé se ofreció a equiparar mí sueldo con mis compañeros masculinos. Y puedes imaginar a cambio de qué.

Malva abrió los ojos como platos.

—No puede ser.

—Pudo, pudo, querida amiga. Y no fueron solo palabras. Intentó meterme mano. Por supuesto, se llevó uno de mis famosos puñetazos.

—¡Maldito cabrón! Pero… ¿Qué les pasa a los hombres? Creen que somos tan débiles que en cuanto se nos insinúan caeremos como corderitas. ¡Y están muy equivocados! Somos leonas. Ahora seremos nosotras quienes iremos tras la presa. Ya no nos humillarán más. Llevaremos las riendas de nuestras relaciones y se terminarán cuando nosotras digamos, no cuándo a ellos les convenga. Seremos nosotras quienes nos reiremos de ellos. ¡Sí, señor! —se alteró Malva.

Amapola le acarició el brazo.

—Cálmate, querida. No ha sido tan grave. Al contrario. Me ha hecho un favor. Sabes que ese empleo no me satisfacía. Además. Su actitud me ha permitido chantajearle.

—¡Te has vuelto loca! —jadeó Malva.

—Práctica, cielo. Lo amenacé con llevarlo a los tribunales, pues como soy muy lista, antes de entrar a su despacho puse en marcha la grabadora del teléfono. Se acojonó y me dio una buena compensación por el despido. Así que, puedo sobrevivir unos cuantos meses y pensé que mi mejor amiga me acogería en su hermoso palacio. ¡Y aquí me tienes!

—Bien pensado. Llevo dos días aquí y ya me siento sola. Aunque, te advierto que no podré atenderte demasiado. Mañana comenzamos a trabajar en el proyecto y…

De repente, La Valquiria de Wagner las envolvió con fuerza.

—¿Qué rayos es eso? —se quejó Amapola.

—Mi vecino de arriba —suspiró Malva.

Amapola se levantó.

—¿Está loco? ¡No son horas! Y menos molestar con una ópera. ¡Las aborrezco! Vamos a cantarle las cuarenta.

—No lo haremos.

—¡Claro que sí! No podemos dejar que haga lo que se le antoje o te hará la vida imposible.

—De todos modos lo hará —murmuró Malva.

—Terminas de decir que nunca más te dejarás ultrajar por un hombre.

—Es mí casero.

Su amiga apretó los labios y asintió.

—Y si te quejas, adiós a este impresionante piso. Comprendo. Pero eso no le da derecho a molestar en medio de la noche.

—Claro que no. Sin embargo, él también es…

El timbre de la puerta sonó.

—¿Quién puede ser? ¡Ah! Otro vecino que imagina que la música proviene de aquí.

—No conozco a ninguno más.

—No te molestes. Abriré y lo mandaré arriba. Podré ponerlo en su sitio y tú no estarás involucrada. ¿Una buena idea, no? —dijo Amapola. Se levantó y abrió.

—¿Quién es usted? —le preguntó el tipo alto como un gigante.

—¿Y usted? —inquirió ella. De repente, lo reconoció. ¡Por Judas! ¡Era el italiano del hotel! El mundo era un pañuelo. Cuando se lo contase a Malva no la iba a creer.

—Soy un vecino.

—Pues yo una amiga de su vecina. Y le informo que este escándalo no lo estamos provocando nosotras. Por lo que, vaya arriba y quéjese allí. ¿De acuerdo? Buenas noches.

—Pero…

—No son horas. Buenas noches —insistió ella cerrando. Corrió hacia Malva, se sentó junto a ella y la miró con ojos brillantes.

—¿A qué viene esa emoción?

—No te vas a creer a quién era. ¡Virgen del amor hermoso! Era lo último que podía esperar. La vida es sorprendente. ¡Vaya si lo es! Mira que hay lugares en la tierra y va, y está aquí. ¿Por qué no me lo has dicho desde un principio? ¡Ah! Puede que no sepas que es tú vecino. Pues te diré que el napolitano, que por lo visto ahora resulta que es un veneciano, vive en tu mismo edifico. ¿A qué es estupendo? ¿No te emocionas? No. Veo que no. ¡Ah! Ya lo sabias, ¿cierto?

—Sí. Y para que te sorprendas más, te diré que es mi jefe.

Amapola rompió a toser.

—¿Eh? ¡*Oh, my god*! Te dije que ese monumento estaba interesado en ti. Y ya ves. Vio el expediente y tú foto, y te trajo junto a él. ¿No es romántico?

—En absoluto. Nunca vio mi solicitud. Se encargó su secretario. Así que, no veas novelas de amor donde hay una simple historia vulgar y sin emoción.

—¡Tú estás tonta, nena! Más a mí favor. ¡Ha sido el destino! ¿No lo ves? Aquello que no consumasteis en el hotel, se realizará ahora.

Malva enrojeció hasta las orejas al recordar de nuevo su noche de

pasión.

—Perdona, pero tengo que madrugar. Y la música ha cesado. ¿Te importa si conversamos mañana?

—No, cielo. Claro que no. Yo también estoy agotada. ¿Me indica la señora cuál es mi suite?

19

Malva dejó que Amapola continuase durmiendo y salió dispuesta a arrancar con su nueva vida laboral.

Cuando abrió la puerta del despacho inspiró con fuerza. Se sentó, preparó el folio y aferró con fuerza el lápiz.

—Bien, Malva. Demuestra lo que vales.

Levantó la mirada hacia el techo e imaginó la magia que contenía el bosque. Los rayos de la luna filtrándose a través de la niebla, las luciérnagas revoloteando, el unicornio corriendo hasta alcanzar el valle, mientras la bruma se dispersaba dejando ver el cielo estrellado. Un cielo que la llevó lejos de esas ensoñaciones, a una playa del Mediterráneo, a una noche donde un desconocido le hizo arrinconar el inmenso dolor que Nil le provocó llevándola a un universo donde el placer reinaba. Las imágenes eróticas volvieron a golpearla con fuerza. No quería sentir nada parecido. Deseaba olvidar esa noche. Pero la presencia física de Enzo no contribuía a hacerle pasar página. Creaba un ansia cada vez más acuciante por revivir esas sensaciones tan inesperadas.

Los suaves golpes en la puerta la hicieron volver a la realidad.

—Espero no interrumpir tú inspiración —dijo Enzo.

Malva, sofocada, negó con la cabeza.

—Aún no… he comenzado.

—En ese caso, deberíamos concentrarnos en elegir a los artesanos.

—Dudo que sea necesario; puesto que ignoro quienes son los más cualificados en este país. Mi trabajo debe limitarse al diseño.

Él se sentó ante ella. Malva tragó saliva. ¿Cómo era posible que Enzo estuviese cada día más atractivo? Era imposible resistirse a mirarlo embobada.

—¿Y piensas que yo entiendo? Mis conocimientos se limitan al arte del corte de la piel. La experta en joyería eres tú. Tienes que escoger a tus colaboradores. Esta tarde, después del almuerzo, veremos a tres que me han aconsejado.

—¿Comer? No… No puedo. Lo siento. He quedado con alguien.

Enzo la miró ceñudo.

—¿Tienes una cita? ¿Es qué ya conocías a alguien en Venecia? ¿Quién es? ¿Y qué relación tienes con él? ¿Adónde vais?

Malva ladeó la cabeza y sonrió con autosuficiencia.

—En mí contrato no se indica que deba darle explicaciones de mi

vida privada.

—Por supuesto que no. Sin embargo, creo que…

—Le repito que en ese aspecto, no tiene derecho a creer nada. Y ahora, si no le importa, me gustaría que se marchase. Tengo que ganarme el sueldo.

Él levantó una ceja.

—¿Me echas?

—Si quiere que su inversión sea rentable, no lo conseguirá si se empeña en observarme mientras diseño. Me pone nerviosa y no avanzaré. Por favor, salga.

Enzo, suspirando, se levantó.

—Dejaré a la artista con sus musas. La reunión será a las tres. No lo olvides.

—Tengo buena memoria.

—Pero hay distracciones que nos hacen olvidar lo realmente importante.

—La percepción de lo que es primordial o no, me temo que no tenemos la misma —dijo Malva.

Enzo apoyó las manos en la mesa y fijó sus ojos negros en los de ella.

—Cuando firmaste el contrato te comprometiste a dedicar el tiempo necesario para llevar a cabo el proyecto. Así que, ahora tu prioridad es el trabajo. No lo olvide, señorita Baró.

—Cómo le he dicho, tengo una memoria excelente, señor Leone. No debe preocuparse por nada.

—Eso espero —dijo Enzo. Dio media vuelta, abandonó el taller, cerró dando un leve portazo y bajó a su despacho. ¿Por qué demonios se sentía enojado? Una noche de sexo no le daba derecho a interferir en la vida privada de Malva. No por el momento. Pero no tardaría en ejercer ese derecho, cuando la convirtiese en su amante. Ningún otro podría comer con ella, ni rozarla ni tan siquiera mirarla con deseo. Exclusivamente él tendría ese privilegio.

El timbre le recordó que tenía varias entrevistas para elegir el contable. Pulsó el interruptor y dio paso a los aspirantes.

Tras varias horas, cansado de escuchar a ineptos, decidió salir a almorzar. Estuvo tentado de seguir a Malva al verla salir. Pero desistió. ¡Era absurdo comportarse como un hombre celoso! Él carecía de ese defecto. Nunca sintió algo tan humillante estando con una mujer. Él único sentimiento que albergaba era el de posesión.

—¿*Ci vorrà il solito, signore Leone*?

No. No quería lo de siempre. Aspiraba a algo excepcional. Algo tan exquisito como Malva. Y no habría ningún otro que se la arrebatase. Deseaba a esa mujer más que nada.

Tras comer dejó el importe de la cuenta sobre la mesa y regresó a la

oficina de Malva.

Al abrir la puerta miró perplejo a las dos mujeres.

—Esta es mí amiga Amapola.

—La recuerdo. De Santorini.

—Amapola está buscando trabajo. He pensado que puede ser apta para el puesto de contable.

Él torció la boca.

—En esta empresa no admitimos a nadie por influencias, señorita Malva.

—En ningún momento he sugerido nada parecido. Amapola es una excelente contable. Hasta el día de ayer trabajó en Industrias Several. Supongo que los conocerá.

Enzo se sentó tras la mesa.

—Tengo tratos con ellos.

—¿En serio? ¡Pues debería mandarlos a freír espárragos! Son unos sinvergüenzas. Gente sucia —dijo Amapola.

—¿Están metidos en negocios sucios? —inquirió Enzo, con preocupación.

—Nunca aprecié nada parecido.

—Se trata de otro asunto nada agradable. Amapola le exigió al director el mismo salario que sus compañeros masculinos y aceptó a cambio de favores sexuales —masculló Malva.

—**Mascalzone* —masculló Enzo.

—Y no solo eso. Intentó propasarse. No lo logró porque le di su merecido. Le rompí la nariz de un puñetazo —dijo Amapola, con orgullo.

El intentó reprimir una sonrisa.

—No soy partidario de la violencia, pero en este caso hiciste bien. No hay cosa que más desprecie que un hombre tenga que recurrir al chantaje para conseguir los favores de una mujer. Por mi parte, te aseguro que dejaré de hacer tratos comerciales con ellos.

*Sinvergüenza

—Todo un detalle —le agradeció Amapola dedicándole una amplia sonrisa. El veneciano estaba como un tren. Pero era terreno acotado, ya que sus ojos de diablo solamente se encaminaban hacia una dirección y esta era su mejor amiga; por lo que haría lo imposible porque esos dos terminasen liados. Ese hombre haría olvidar a Malva al desgraciado de Nil. Si no lo había hecho ya, pues el rubor y nerviosismo de su amiga no estaba provocado por la tensión laboral. Su olfato le decía que esos dos ocultaban algo. Y lo averiguaría.

—Y hablando de tu propuesta laboral. ¿Te va bien hacer la entrevista ahora? ¿Sí? Llamaré a mi asistente —dijo Enzo cogiendo el móvil y mandó un mensaje.— En veinte minutos llegará. Nosotros

debemos ir a la sala de reuniones. Ya habrán llegado los artesanos y no me gusta hacer esperar a la gente. ¿Vamos, señorita Baró?

20

Amapola se quedó sola y se preparó un café. Dio el primer sorbo y la puerta dio paso a un joven muy atractivo. Su cabello era tan oscuro como la obsidiana y sus ojos grises como el más misterioso de los gatos.

Giovanni respingó al verla.

—**Mi scusi. Pensavo non ci fosse nessuno*.

—Estoy esperando al asistente del señor Leone —dijo Amapola.

Él le tendió la mano, al tiempo que la observó con admiración. Poseía la belleza que más le atraía. Pelirroja, menuda y no exageradamente bella. No soportaba a las mujeres que solían rodearle, ejecutivas, modelos, reinas de la alta sociedad. Él amaba la sencillez.

—Pues ya ha llegado. Mi nombre es Giovanni Vitale. ¿El suyo?

Ella se la estrechó.

—Amapola Campbell.

—Pensé que era española.

—Y yo que el secretario de tan gran hombre de negocios sería más… digamos… más maduro.

—El cerebro no entiende de edades. Aunque, los expedientes sí. Si está preparada, comenzaremos la entrevista —dijo Giovanni sentándose ante ella.

—Dispare.

—¿Cómo dice? —inquirió él, con desconcierto.

—Me refiero a que puede lanzar la primera pregunta.

*Pensaba que no había nadie.

—Comprendo. Una expresión española.

Amapola inclinó el torso y lo miró con un brillo pícaro en sus ojos verdes.

—Eso es. Venga. No sea tímido. Contestaré con gusto a todas sus dudas. Siempre y cuando no sean indiscretas. Ya me comprende.

Él se removió inquieto. Nunca, ante la presencia de una mujer, sintió ese remolino en el estómago.

—Comencemos por los datos personales.

—Amapola Campbell. Nacida el día doce de diciembre de 1993 en el pueblo de Pitlochry, de Escocia. Horóscopo Sagitario. ¿El suyo es? Lo digo por si somos compatibles.

—Estos datos no son relevantes —dijo Giovanni con tono gélido.

—Soso —remugó Amapola.

—Perdón. No la he entendido.

—Digo que eso, ciertamente, no es importante para el puesto. Sigamos. Tengo veintiocho años. Padre escocés y madre española. Mi padre, que es muy bromista, al verme dijo que parecía una amapola en medio de un campo de trigo. Dijo eso porque mis padres son rubios como el oro. ¿Comprende? ¡En fin! Sigamos con el curriculum. Tengo la carrera de económicas, licenciada con honores. Un master de dirección de empresas obtenido en Huston y también me gradué en historia del arte.

—¿Por qué? Me refiero al arte.

Ella levantó los hombros con desidia.

—Me apeteció.

—¿Y siempre hace lo que le apetece?

Amapola clavó sus ojos en los suyos.

—Siempre. ¿Usted no? Por supuesto que no. Se le ve muy formal. Demasiado para ser tan joven, diría yo.

—En un entorno laboral es lo indicado. Hay normas que respetar y obedecer.

—Le aseguro que soy una trabajadora responsable, señor Vitale. Pero estoy hablando de mí tiempo libre.

—A nosotros no nos interesa ese apartado de su vida. Nosotros nos centramos en la vida profesional de nuestros empleados.

—Pues deberían mirar más allá. Un empleado debe ser estudiado en cada faceta. De lo contrario, uno puede llevarse muchas sorpresas y a veces, nada agradables.

Él alzó las cejas.

—¿Se da cuenta que, como dicen ustedes, se está echando tierra sobre su propio tejado?

—No soy una persona manipuladora ni mentirosa. Me agrada la sinceridad y las cosas claras. Por eso intento no ocultar nada en estas situaciones. Para evitar malos entendidos.

—Sepa que, aunque no sea ético, hay empresas que mezclan lo privado con lo laboral, y escogen a sus empleados según sus preferencias; no por sus aptitudes. Nosotros evitamos esas situaciones. Por esa causa, en las entrevistas evitamos caer en esa tentación —dijo Giovanni.

—¿Así qué no habrá análisis psicológico?

—No. Seguimos eligiendo a la antigua usanza. Y hasta ahora hemos acertado.

—Le agradezco la aclaración.

Giovanni punteó algo en el portafolio y dijo:

—Volviendo al cuestionario, ¿cuántos idiomas domina?

—Hablo, como es natural, inglés, castellano, catalán y alemán. También algo de italiano. He trabajado para Industrias Solberg e Industrias Several; que por cierto, con esta última el señor Leone dejará de tener tratos comerciales.

—¿Por qué razón? No he sido informado de ello —se extrañó Giovanni.

—Acoso sexual hacia mí persona del jefe superior.

Giovanni podía entender la actitud de ese degenerado; pues la señorita Campbell era preciosa. En realidad, la mujer más fascinante que conoció en su corta existencia. No obstante, le asqueaba que un tipo llegase a esos extremos al ser rechazado. Y con voz enojada, dijo:

—Un hecho repugnante e inadmisible. Por nuestra parte, le aseguro que jamás se encontrará en semejante situación. Le repito una vez más que esta empresa es honorable y que cumple todas las leyes.

—Como debe ser. En cuanto al puesto, teniendo en cuenta mis aptitudes, quiero que se me renumere sin discriminación de sexo o según mis principios, o no podré aceptar.

—Repito que somos una empresa seria. Si la contratamos, seremos justos. Lo mismo que usted siendo cumplidora con el puesto.

Ella le sonrió dulcemente.

—Cuando me implico en algo, tenga por seguro que nunca decepciono. Ya lo comprobará.

—Eso es todo, *signorina* Campbell.

Amapola se levantó.

—Le deseo buenas tardes, señor Vitale.

Él tosió nervioso mientras ella abandonaba la sala. Por los datos que obtuvo su jefe, ella era la mejor candidata al puesto. Sin embargo, algo en su interior le decía que debería alejarse de esa mujer; pues había conseguido quebrantar su férrea templanza.

Sacudiendo la cabeza, se levantó y acudió junto a su jefe.

—¿Cómo ha ido? —se interesó Enzo.

Su secretario le entregó la hoja. Enzo lo leyó con atención. También fue la primera en su promoción. Estaba rodeado de cerebritos.

—Tiene un historial impresionante. Me recuerda a ti.

—No nos parecemos en nada, señor.

—¡Gracias a Dios! Nunca he visto a un joven con el carácter de un viejo aburrido. Ella te traerá un poco de vitalidad. Será bueno para ti.

—¿A qué se refiere?

—A que se terminaron los contable aburridos y rigurosos. La señorita Campbell pondrá color a tú vida.

—No creo —refutó su asistente.

—Ya. Y volviendo al trabajo, cómo es natural, al principio deberás supervisarla. Tendrá un puesto de gran responsabilidad y podemos correr riesgos si no toma las decisiones oportunas. Quiero rigor en este

aspecto. ¿Entendido?

—¿Piensa que se dejará aconsejar? Esa mujer tiene mucho carácter.

—¿Mujer? ¡Por Dios, Giovanni!

—La percepción de juventud dependiendo de la edad difiere. Parece una jovencita de veinte, pero ya ha cumplido los veintiocho.

—Lo que difiere es la mentalidad, muchacho. Hoy en día, las edades en los sentimientos no importan. Uno puede tener un amigo o amor de quince años o uno de cincuenta. Claro que, ¿tienes amigos? A veces lo pongo en duda.

—Por supuesto que los hay, señor. Pero el trabajo me mantiene muy ocupado y apenas puedo relacionarme. Y no piense que es una queja. Me gusta mucho mi puesto. Me siento realizado.

—Y con este ritmo de vida tan profesional, novia no tienes.

—Aún soy joven para comprometerme. No estoy preparado para el amor. Usted, más que nadie, entenderá mi postura.

Enzo suspiró suavemente.

—Querido Giovanni, el amor no llama a la puerta cuando deseamos que venga. Llega sin avisar, como un invitado incómodo o terrorífico. Eso si tenemos en cuenta que existe… ¡Y bien! ¿Contratamos a la señorita Campbell?

—No encontraremos nadie más adecuado.

—En ese caso, prepara el contrato para mañana.

—Sí, señor. ¿Qué hay de los orfebres?

—Por el momento hemos fichado a cuatro. Ahora sólo queda que nuestra señorita Baró cree los mejores diseños. Y no tengo la menor duda que junto a ella este proyecto será un gran éxito —aseguró Enzo.

21

A pesar de estar a finales de septiembre la noche era muy agradable, por lo que Amapola preparó la mesa en la terraza. Y una vez más se prendó del panorama.

—Huele a comida casera —dijo Malva dejando el bolso sobre el sofá.

—Lo es. He salido a pasear y he topado con un ultramarino español. Así que he comprado lo preciso para hacer un buen salmorejo y Flamenquines. Todo un homenaje a la tierra de mamá. Pero no te acostumbres, cielo. No tendré tiempo para cocinar. Estaré demasiado ocupada llevando las finanzas de Joyas Leone.

—¿Te han contratado? —se emocionó Malva cogiendo una aceituna.

Amapola se sentó e indicó a su amiga que la imitase.

—He impresionado mucho al joven Giovanni. No podrá resistir no tenerme a su lado. Además, soy la mejor contable que puede existir. ¿Quieres jamoncito troceado en el salmorejo?

—Eso no hay que preguntarlo. Y volviendo a nuestro asistente maravilloso, ten cuidado.

—Chica, es jovencito, pero ya no es un crío. Dudo que me acusasen de asalta cunas.

—Lo digo porque es la mano derecha del señor Leone.

—Tú deberías tener tiento con ese veneciano fabuloso. A los pocos segundos de estar junto a él he visto que se muere por tus huesos.

Malva bajó la mirada y se concentró en pinchar un poco de ensalada.

—¡Qué bobada! Si apenas nos conocemos. Ves intrigas donde no las hay. ¡Um! Te ha quedado delicioso. ¿Qué le has puesto?

Amapola dejó la cuchara apoyada en el plato y la miró fijamente.

—Cariño. No me vendas la moto. ¿Qué hay entre ese tipo y tú?

—Nada.

Amapola movió la cabeza de un lado hacia el otro.

—¿En serio me quieres hacer creer eso? ¿A mí? Mira. Te conozco y no puedes engañarme. Siempre que lo miras te sonrojas y te tiemblan las manos. Y él… ¡Por Dios! No puede evitar relamerse al posar sus ojos en tú boca. Venga. Dime que hay entre vosotros.

—Te… aseguro que no hay nada. Nada de nada.

—Malva…

—¿Por qué insistes? Te digo que solamente es mí jefe. Nada más.

—Mientes. Sus ojos desprenden avidez. Mucha más que cuándo te vio en Santorini. Y eso, querida, solamente ocurre cuando un hombre ansía lo que ya ha tenido y le está siendo negado. Así que, desembucha. ¿Acaso no soy tú mejor amiga?

Lo era. Se conocieron seis años atrás en Ibiza, cuando los Campbell alquilaron el chalet vecino. Por la diferencia de edad nunca hubiesen creído que terminarían siendo amigas. Pero así fue.

Malva, turbada, se mordió el labio inferior. No podía ocultarle a Amapola nada. Se frotó las manos y en apenas un murmullo, dijo:

—Está bien. Sí. Lo confieso. Tuvimos algo en Santorini. Pero ahora no… tenemos relación. Bueno… Me refiero a romántica.

Amapola parpadeó perpleja.

—¿A qué te refieres con romántica? ¿Un paseo bajo la luna y unos besos?

Malva afirmó con la cabeza sin mucha convicción.

—Ya.

—¿Podemos dejar el tema?

—No, cielo. No podemos. No hasta que me expliques lo que realmente ocurrió. Malva. No te juzgaré. Soy la menos indicada para hacerlo. Si algo contribuyó a cimentar nuestra relación fue que no me rechazaste por mi comportamiento digamos... nada moral. ¿Verdad? Así que desembucha.

Malva dio un sorbo a la copa de vino y se aclaró la garganta. No quería que nadie supiese su acto vergonzoso, pero tampoco podía mantener ese secreto que la atormentaba.

—Estuvimos juntos. Quiero decir que pasé la noche con él —confesó.

—¿A qué te refieres con juntos?

Malva se sonrojó hasta las orejas.

—¿Tú qué imaginas?

A Amapola se le atragantó el salmorejo.

—¿En serio? ¿Tú? ¡*Fuck*!

—Enzo me estuvo acosando. Bueno… Intentó varias veces ligar conmigo. Y cuando recibí la llamada de Nil, me trastorné. El hombre que amaba me estaba diciendo que sintió miedo de compartir la vida conmigo. ¿Sabes lo que significa que alguien a quién has entregado tus sentimientos más íntimos diga eso? Durante esos años construí mi futuro con él. Imaginé un hogar feliz, lleno de amor e hijos. Nunca dudé que compartiríamos la vejez sin que nuestro amor disminuyera. Y en unos segundos él destruyó mis sueños e hizo añicos mí corazón. Y esos trozos de cristal me hirieron. Fue tanto el dolor que enloquecí. Bajé a buscarte y no estabas. Me acerqué a la playa y apareció Enzo. Surgió del agua tal como Dios le trajo al mundo. Y allí mismo, rabiosa,

cedí a la tentación.

—¿En la playa? ¿Tú? ¿En serio? ¡Madre mía! ¡Me dejas de piedra! —gritó su amiga.

—Esa noche hice cosas no propias de mí. Pero ten en cuenta que me encontraba deprimida, rabiosa, deseando venganza.

—Y el maravilloso señor Leone fue el instrumento.

—Sí.

—¿Y cómo fue? ¿Es tan salvaje como aparenta? ¿Te hizo gozar? No me equivocaría si digo que si lo comparaste con Nil éste quedó como un inepto. ¡Qué emoción! Cuenta cada detalle. ¡*Come on*!

—Amapola, por favor. ¿Te has vuelto loca? De ninguna manera pienso comentar esas intimidades —musitó Malva con las mejillas arreboladas.

Su amiga sonrió divertida.

—Yo lo hago. Pero la mojigata Malva no. ¡En fin! Pero no puedes engañarme. Tu rubor significa que sí. ¡Madre mía! Últimamente tú vida se asemeja a un culebrón. Te dejan abandonada ante el altar, intentas recuperarte en una maravillosa isla y allí encuentras al hombre que te demuestra que una aventura puede ser terapéutica. Y para rematarlo, hallas el trabajo que más deseas y tú jefe es ese hombre misterioso que te hizo gozar bajo las estrellas. ¿No me dirás que no es un digno guión de una novela romántica? Si fuese escritora y publicase tú historia tendría un éxito arrollador.

—Lo que es, es una gran molestia. ¡Dios! Tengo que trabajar, codo con codo, con mí amante desconocido. Y es muy incómodo.

—No veo el motivo. Tuvisteis una aventura y se terminó.

—Para ti es fácil actuar con indiferencia. Pero yo no estoy acostumbrada a estas cosas. Bueno. En verdad, es la primera vez que me encuentro en esta situación. Ante su presencia me es imposible no recordar esa estúpida noche.

—¿Estúpida? Me juego el cuello a que Enzo te mostró una manera distinta de vivir el sexo. ¿Cierto?

Malva asintió.

—Fue…Digamos que inesperado.

—Que traducido significa que te hizo cosas que el rajado ni tan siquiera imaginó. ¡En fin! Sigamos con el problema. Mira. Si no quieres nada con él, se lo dices. No tendrás problemas. Dudo que intente forzar un cambio en ti. Y más, siendo su empleada.

—Ya he aclarado mis sentimientos.

—¿Y?

—Me aseguró que no haría nada que yo no quisiese.

—¿Lo ves? A pesar de todo, es un caballero.

Malva se mordió el interior de la mejilla.

—Por supuesto. Es un caballero que me ha acomodado bajo su piso.

Yo a eso le llamaría acoso.

—No exageres. No creo que sea el tipo de hombres que recurra a tal bajeza.

—Pues, será que me ha mentido y sí tiene intenciones de seducirme de nuevo.

—Preciosa. Pienso que es absurdo que te buscase un apartamento teniendo este vacío. Ha sido práctico. No veas conspiraciones donde no las hay —refutó Amapola, sin estar convencida de ello. Enzo no se había dado por vencido con Malva. Su actitud indicaba que deseaba a su diseñadora y que no estaba dispuesto a renunciar a ella. Hecho que la llevaría a contribuir a ello. Gracias a él, Malva se sintió viva y deseable esa noche. Pero no era suficiente. Tenía que convencerse para poder superar el terrible trauma que ese desgraciado le provocó volviendo a los brazos de ese veneciano increíble.

—Mirado así…

—Malva, cielo. Deja de cuestionarte todo, por favor. Aprende a disfrutar de las cosas que la vida te está ofreciendo a partir de ahora. Has conseguido un empleo fabuloso. Céntrate en él y aparta las reticencias hacia tu jefe. Compórtate como una mujer madura y llena de seguridad. ¿De acuerdo?

—No puedo evitar sentir vergüenza cuando estoy junto a él.

—¿Los hombres se avergüenzan por haberse acostado con una mujer? ¿Verdad qué no? Pues ninguna mujer debe hacerlo. *Dear*. Tienes que dejar atrás a la vieja Malva y aprender a convivir con esa que tuvo el valor de no negarse a obtener lo que deseaba. ¿De acuerdo?

—Lo intentaré —dijo ella sin apenas voz.

22

Al día siguiente llegó al despacho con el corazón latiéndole con fuerza. De nuevo tendría que enfrentarse al hombre que le había roto todos los esquemas. Pero lo haría más tarde. Ahora se centraría en los diseños. Tenía que demostrar que era capaz de llevar a cabo la misión encomendada. Entró en su despacho. Se sentó y con determinación agarró el lápiz dispuesta a crear los complementos adecuados.

Los golpes en la puerta no la dejaron comenzar.

—Adelante —dijo conteniendo el aliento.

Era Giovanni. Respiró aliviada.

—Señorita Baró, el señor Leone, por problemas con el distribuidor de pieles tuvo anoche que salir urgentemente hacia Marrakech. Lo mantendrá ocupado varios días. Me ha dejado estos bocetos para que comience a diseñar.

—Gracias.

—Estaré en mí despacho por si necesita algo.

Malva observó los dibujos. Aún sin adorno ninguno el color y la forma de los bolsos eran divinos. Y eso la asustó. No contó que tendría que adaptarse a algo ya creado. El reto era mucho más difícil. Aunque, su intuición le dijo que debería comenzar por el negro. Sería más viable que se adaptara una joya monocromática o muy colorida.

—Eso es. Vuélvete loca. Al fin y al cabo, tengo margen de tiempo para mostrar las primeras alhajas. ¡Vamos allá! —suspiró.

Se concentró en ello, hasta que de nuevo los golpes en la puerta la interrumpieron.

—¿Se puede? No me gustaría molestar —dijo Amapola asomando la cabeza.

—No seas tonta.

—Soy prudente, querida. Una nunca sabe qué puede encontrarse tras una puerta cerrada; y más cuando hay un hombre como Enzo rondando por aquí.

—No está. Se ha marchado a Marruecos.

—En ese caso, sin jefe, estamos libres. Necesito salir. Tengo la cabeza alborotada de tantas cuentas que he analizado. ¿Vamos a comer? Estoy hambrienta.

—Es que tengo mucho trabajo por hacer. Lo que he hecho hasta ahora no me parece nada bueno y tengo que entregar, al menos algo decente —rechazó Malva.

Amapola observó los dibujos.

—¡Caray! Estos broches son maravillosos.

—No se… Temo que no estén a la altura de sus expectativas.

—¿Bromeas? Esta colección será la bomba. Ese unicornio me encanta. Quedaría perfecto en el bolso negro. Claro que, también el grupo de estrellas e incluso ese duende tan colorido. Una difícil elección. Quítate el muerto de encima y deja que decida tu maravilloso jefe —le indicó Amapola.

—Puede… ¡En fin! Te tomo la palabra. Salimos a comer. La pizzería Pinocchio será ideal. Está junto al canal principal y sus platos son exquisitos. Disfrutarás.

Amapola tuvo que darle la razón.

—¡Dios! Casi me da un orgasmo de lo exquisito que estaba —se relamió tras terminar el tiramisú.

—Amapola, por Dios, no seas tan bruta —susurró Malva echando una ojeada a su alrededor.

—¿Qué? Estoy segura que la mitad de estos comensales dirían lo mismo si se atrevieran. Cielo. Una buena comida es comparable a la mejor sesión de sexo. No existen mayores placeres.

Malva dejó el dinero en la bandejita y se levantó.

—Pues, se acabó la diversión. A trabajar.

—Aburrida.

—Responsable. Vamos.

Malva se encerró en su estudio y Amapola, tras coger los estudios contables que realizó, fue al despacho de Giovanni.

—*Avanti.*

—Vengo a mostrarle los informes que he realizado —dijo entregándole los folios, sentándose frente a él. Ese chico, pensó, a cada minuto que pasaba le parecía más atractivo. En realidad, su atracción le resultaba morbosa. Se sentía cautivada por un chico casi diez años menor. Era absurdo. Pero a ella siempre le sedujeron las causas que escapaban a las normas. No podía evitarlo. Cruzó las piernas dejando gran parte del muslo al descubierto.

Giovanni, por unos segundos, dejó de pensar en el trabajo y se concentró en esa piel sonrosada.

—¿Señor Giovanni? —dijo Amapola, sin poder evitar sonreír.

Él carraspeó incómodo e intentó concentrarse en los papeles; lo cuál era difícil. Esa mujer lo aturdía. Ninguna logró desviarlo del trabajo; puesto que era lo más importante. Pero desde que la vio no pudo dejar de pensar en ella. Hasta llegó a creer que la eligió por esa causa. Pero no. No viendo la investigación realizada. Era perfecta. Incluso brillante.

—Me parece adecuado a nuestras expectativas. El señor Leone estará satisfecho, señorita Campbell.

Ella sonrió mostrando complacencia.

—¡Uf! Pensé que serían más inflexibles. ¡Menudo alivio!

—Lo son, señorita. Pero como he dicho, su exposición ha sido la esperada.

Amapola apoyó el codo sobre la mesa, se sujetó la barbilla con la mano y lo miró de esa manera tan seductora que utilizaba cuando deseaba encandilar a un hombre.

—Creo que si vamos a trabajar juntos deberíamos dejar de ser tan formales. ¿No le parece? Por favor, llámame Amapola.

La reacción de Giovanni la sorprendió. El chico se había ruborizado. Era la primera vez que le ocurría algo parecido. Ni en su adolescencia vio esa vergüenza en los compañeros de correrías. Pero en lugar de desmotivarla, aquella reacción la animó aún más a llevar a ese chico de aspecto dulce y tímido a su cama.

—Bueno. Tal vez el tuteo es prematuro. Dejémoslo en Amapola y Giovanni. ¿Le parece?

Él se rascó la nuca, sacó un portafolio del cajón e intentando recuperar la compostura, dijo:

—Se... Digo, Amapola. Esta es la lista de proveedores y los productos que se necesitan de cada uno de ellos para elaborar la colección de la que usted se encargará. Los he elegido conforme a los idiomas que domina. Del resto me ocupo yo. Convendría que comenzara a pedir presupuestos. Nos volveremos a ver antes de salir.

Ella no estaba dispuesta a marchar de allí hasta conseguir que Giovanni fuese incapaz de no dejar de soñar con ella.

—¿Ya? ¿No debería darme indicaciones? Soy licenciada en económicas, pero no en relaciones comerciales. No tengo la menor idea de cómo tratar con un proveedor. Si no le importa, Giovanni, haga unas llamadas y yo lo observo. ¿Le parece? —dijo con voz trémula, mirándolo con semblante asustado. Tenía que hacerle creer que era imprescindible para poder realizar bien su encargo.

Él asintió. Le cogió la carpeta, buscó un proveedor y marcó el número teléfono.

Amapola lo observó sin apartar la mirada de él. A pesar de su juventud, en unos días cumpliría los veinte, su porte y actitud podían encontrarse en un hombre ya maduro. El asistente era todo un cerebrito. Estaba negociando en perfecto inglés. Y para rematar su inteligencia, era una monada. En realidad, guapísimo. Todo un bombón que cada día que pasaba le apetecía más devorar.

—¿La he ayudado? —le preguntó Giovanni, tras colgar el auricular.

Ella suspiró mirándolo con admiración.

—Es un gran maestro. A partir de ahora, en cuanto tenga una duda, acudiré a usted. Si no supongo una molestia, claro.

Él cerró la carpeta, abrió el cajón y sin mirarla, dijo:

—Los asuntos de trabajo nunca pueden ser una molestia. Cualquier duda que tenga, estaré encantado de aclarársela.

Amapola no se molestó ante su tono gélido. Conocía a los hombres y el asistente estaba adoptando una postura de defensa ante la gran atracción que sentía por ella.

—Gracias.

—Ahora, tengo asuntos que atender urgentes. Si me disculpa —dijo él concentrándose en ordenar la mesa.

—En ese caso, no le retengo más. Gracias de nuevo. Comenzaré ahora mismo con el tanteo de proveedores. Buenas tardes —se despidió ella. Se levantó y se encaminó hacia la puerta.

Él alzó la mirada. Contempló embelesado el contoneo sensual de las caderas de Amapola y al instante se excitó. Alarmado, tragó saliva. Era la primera vez, desde su más tierna adolescencia, que le era imposible controlar sus reflejos más primitivos. En realidad, desde entonces, ninguna mujer pudo descomponer su exigente autocontrol. Desde bien niño, cuando descubrieron su gran coeficiente intelectual, se propuso sacar el máximo rendimiento. Se esforzó en convertirse en un hombre eficaz en los estudios, en el trabajo y que sus relaciones personales jamás interferirían. Pero la contable estaba rompiendo todas sus pautas. Ante su presencia le era imposible comportarse con seguridad. Le entraban sudores y su mente era incapaz de pensar con coherencia. Lo único que su cabeza percibía era su aroma, su belleza y el deseo de conseguir a esa mujer maravillosa. Lo cuál, veía factible. Siempre coqueteó con él.

—No seas idiota. Hay mujeres que coquetean por naturaleza. Ella jamás te verá como un posible amante, sólo como a un chiquillo —murmuró.

23

Enzo apenas podía concentrarse en lo que el fabricante le estaba diciendo. Y no por problemas laborables o de familia, que eran las únicas cosas que lo alteraban. En esta ocasión y por primera vez, a causa de una mujer. Era incapaz de sacarse de la mente a Malva. Ninguna otra consiguió elevarlo al estado casi de éxtasis haciendo el amor. Y ahora, al tenerla de nuevo a su alrededor, ya le era imposible contener el ansia de volver a hacerla suya; lo cuál, a pesar de la reticencia de ella, lo conseguiría. Malva podía gritar que nunca más caería en sus redes, pero el temblor de su voz y la dificultad de mirarlo directamente a los ojos decía lo contrario. Así que, decidió que la situación tan absurda había llegado a su fin. Había llegado el momento de pasar a la acción.

Terminó con las negociaciones, regresó al hotel y llamó a su asistente.

Giovanni, sorprendido, escuchó las explicaciones de su jefe.

—No se preocupe, señor… Por supuesto… No le daré opción… Lo preparo todo y la informo de inmediato, pues ella ya está en su puesto de trabajo… Sí. Vino a las seis… Bien, jefe.

Colgó el teléfono y fue al despacho de Malva.

—Señorita Baró. El señor Leone acaba de llamar. Me ha dicho que le comunique que hay problemas con las pieles.

Ella soltó el lápiz y lo miró preocupada.

—¡Vaya por Dios! Esto nos retrasará. No obstante, no nos impedirá seguir con los planes. Tenemos más proveedores. Aunque, por otro lado, imagino que no será necesario buscar otro. El jefe podrá solucionar este contratiempo.

—Por supuesto. Nunca se da por vencido hasta conseguir lo que se ha propuesto.

—En ese caso, seguiré con los diseños. No quiero ser la causa de que el proyecto no se realice en el plazo estipulado.

—Y por ello el señor necesita que usted vaya hoy mismo a Marrakech. Es decir, de inmediato.

Ella parpadeó perpleja.

—¿Yo? ¿Por qué? No entiendo…

Él levantó los hombros.

—Han sido sus órdenes.

—Pero… ¿Qué tengo yo que ver con las pieles? No veo lógica

alguna. Además, tenía planes para esta noche. Planes que me ha costado preparar —se quejó ella.

—Nunca me cuestiono las disposiciones del jefe. Las cumplo, pues siempre tienen un motivo pertinente. Si dice que debe ir, será que es necesaria para el buen funcionamiento de la empresa. Y no olvide que cuando aceptó el trabajo se comprometió a cumplir las expectativas de la empresa, incluso si con ello debía renunciar a su vida personal.

—¿E ir yo corriendo a Marruecos contribuye a salvar la situación? Pues, sepa que no lo creo en absoluto —mascó ella entre dientes, intuyendo que Enzo estaba planeando algo completamente distinto a un problema laboral.

—Si el señor Leone opina lo contrario, le aseguro que es por una razón coherente. Al parecer, el fabricante no ha trabajado como se esperaba. Necesita que verifique la calidad de las pieles y el tinte, por si no son adecuados a sus diseños.

—Yo diseño y da igual sobre qué superficie. Esa no es una excusa razonable para que suba a ese avión. Y se lo diré ahora mismo —dijo Malva, cogiendo el móvil.

—Le aconsejo que no llame y que suba a ese avión.

Ella alzó la mirada y soltó una risita cargada de incredulidad.

—He firmado un contrato de trabajo, no de esclavitud. Tengo derecho a dar mí opinión y a negarme a efectuar un trabajo que no considero acorde con lo que pactamos.

Giovanni la miró ofendido.

—El señor Leone no juega con los asuntos de su empresa, *signorina* Baró. Si ha dicho que necesita su presencia para solventar el problema, es porque así es. En una hora estará listo el avión privado. Es mejor que vaya a preparar el equipaje. Recuerde llevar prendas muy veraniegas y no muy escandalosas. Ya sabe lo puntillosos que son en esos países con las mujeres. Aunque, no se preocupe mucho. Si necesita algo, podrá comprarlo allí.

—No es la primera vez que viajo a un país musulmán —apuntilló Malva, con tono acerado.

Giovanni carraspeó incómodo.

—Luigi la llevará al aeropuerto.

Ella resopló, se levantó, cogió el móvil y las llaves.

—Está bien. Imagino que no tengo opción a negarme —tanteó.

—Si no quiere enojar al jefe, pues no.

—Pues, hay alguien que sí se enfadará y mucho. En cuanto le diga que… —Calló al percibir una idea genial. Sonrió y dijo: Giovanni. ¿Le gustaría salir a cenar esta noche? Conseguí entradas para la ópera y una reserva en el restaurante Oro, y es una pena que nadie se aproveche de estas delicias. ¿Qué me dice?

Él alzó una ceja.

—¡*Un vero miracolo!* ¿Cómo lo ha conseguido? ¡*Mamma mia*! Llevo semanas intentando reservar mesa en mi restaurante favorito.

—Pues hoy es su día de suerte; ya ve.

—Lo es, sí. Sin embargo, hoy me es imposible. Hay partido del *Napoli*.

—¿Del Nápoles? Que curioso. Le pega más ser del Juve o del Roma.

—¿Por mi formalidad? Lamento defraudarla. Soy nativo de un pueblecito cercano a Nápoles.

—En ese caso, debe haber un poco de pasión oculta ante tanta seriedad. Por lo que, no dudo que, a pesar de su afición por el fútbol, también sienta placer en disfrutar de una cena de dos estrellas michelín con una buena compañía.

—No suelo compartir mesa con desconocidos, señorita Baró; a no ser que sea por negocios.

—El otro comensal es Amapola. Y le aseguro que no se imagina lo furiosa que puede ponerse cuando algo quebranta sus planes. Ni tampoco de lo que es capaz de hacerle si se entera que usted la ha privado de disfrutar en el Oro. Porque, a pesar de ser una mujer lanzada y sin complejos, hay algo que no soporta y es cenar sola en un restaurante. Así que, al igual que yo, por el bien de la convivencia de la empresa, irá a esa cena. ¿De acuerdo?

Giovanni se mordió el dedo índice en un gesto de duda.

—No hay discusión. Irá.

Él resopló.

—Un caballero no puede rechazar la invitación de una dama. ¿Verdad?

—La reserva es para las ocho. Pase a recoger a Amapola media hora antes. ¡Qué disfruten! —dijo Malva.

—Y yo le deseo que disfrute del viaje.

—¿Disfrutar? Voy por trabajo —contestó ella.

—No sea tan suspicaz, *per favore*. Ha sido un modo de hablar.

Pero Malva, mientras cerraba la maleta, se preguntó si realmente Enzo la requería por asuntos laborables o por otras intenciones.

—¿Y a ti qué más te da? Te has jurado que no volverás a caer en sus garras y no lo harás —masculló. Cogió el equipaje y marchó dispuesta a enfrentarse al hombre que más temía.

24

El avión se detuvo y el corazón de Malva emprendió el vuelo. Ahora que estaba a punto de reunirse con Enzo no estaba segura de poder resistir la tentación de volver a caer entre sus brazos. Porque, a pesar de su determinación, el deseo escapaba de la prisión dónde lo encerró. Pero lo apresaría de nuevo. Estaba determinada a que ese hombre no la doblegara. Ya sufrió por Nil. No caería de nuevo en las garras de otro hombre que lo único que buscaba en ella era diversión.

Bajó la escalerilla. El golpe de calor la golpeó con fuerza. Se quitó la americana. Por suerte se puso un vestido liviano, muy veraniego.

Un Mercedes la aguardaba junto a la nave. El chofer abrió la puerta.

—Bienvenida, señorita. Suba, por favor.

Enzo no estaba en el interior.

—¿Y el señor Leone?

—Ahora la llevo junto a él.

El recorrido por las calles le llenaron las retinas de colores, plantas exuberantes y gente variopinta. Había estado en Túnez, pero Marrakech le pareció mucho más exótica.

El auto se detuvo ante un extraño edificio.

—¿Dónde estamos?

—En la fábrica Alhair. El señor la aguarda.

Malva salió. Fue mal pensada. Su jefe la necesitaba de verdad para asuntos laborales. Respiró tranquila.

Se identificó ante el portero y le permitieron la entrada.

El ambiente del interior la golpeó con fuerza. El olor era intenso y nada agradable.

—Es por los tintes. Tome —aclaró la recepcionista entregándole un ramillete de hierbabuena.

—Gracias —dijo Malva aspirando la planta.

La empleada la acompañó al fondo del corredor, abrió la puerta y le indicó que pasase al almacén. El lugar, dedujo Malva, podía contener miles de fardos.

—Bienvenida.

Ella ladeó el rostro. Enzo vestía de modo informal, completamente de blanco y estaba tan guapo como en Santorini. Su mente deambuló por esa playa, por esa piel bruna y el estómago se le encogió.

—Gra… Gracias —logró decir.

Él reprimió una sonrisa al ver sus mejillas arreboladas, al suponer, sin temor a equivocarse, lo que estaba recordando. Y eso le hizo brincar el corazón. Sus esperanzas de volver a tenerla adquirían mucha más fuerza. Y Marrakech era la ciudad ideal para embrujarla.

—Sé que tú viaje ha sido repentino, pero era forzoso. Necesito que compruebes la calidad de las pieles —dijo mirándola con intensidad. Estaba muy bella.

Ella carraspeó nerviosa.

—Perdone, pero no comprendo. Soy una completa ignorante en ese tema. Usted es el especialista. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Ayudarme. Mira. En esta ocasión estoy dudoso. No se qué tipo de grosor podrá ser el mejor para los ornamentos. Siempre hemos utilizado metales muy ligeros. Ahora se trata de plata, oro y brillantes. No quiero que se desprendan o que la piel se raje con el uso continuo. Tendrás que corroborarlo tú.

Una explicación era del todo lógica. Tanto que, ahora estaba convencida del todo de que Enzo no la llamó para conseguir llevarla de nuevo a la cama. Ese descubrimiento produjo una contradicción en su mente. Por un lado se sintió aliviada y por otro, desilusionada.

—Entiendo.

—Hemos preparado unos retales. En cuanto elijas los adecuados iremos a una joyería. El propietario es un amigo mío y podremos probar sus alhajas sobre la piel.

—Pues, comencemos a trabajar —dijo Malva.

Durante una hora revisaron el material y durante ese tiempo la sospecha de Malva volvió a tomar forma. Su opinión sobre las pieles no era en absoluto relevante. Enzo podía escoger sin necesidad de consultarla. Pero no se lo echó en cara. Su estrategia no le daría el resultado que esperaba. No conseguiría llevarla a su redil. Esa sería su venganza.

—Ya podemos ir a la joyería —dijo sin poder evitar el tono áspero.

Él la miró extrañado. A pesar de ello, se abstuvo de hacer un comentario.

—Son casi las dos. Primero iremos a comer. Te llevaré a un sitio maravilloso. El Lalla.

El restaurante estaba situado cerca de la Medina en un antiguo palacio y Malva creyó estar en un cuento de las Mil y una noches. Puro diseño árabe en la estructura, su preferido.

—Una obra de arte, ¿cierto? —dijo Enzo al ver sus ojos abiertos como platos.

Ella, sin dejar de mirar a su alrededor, asintió. Él apartó la silla y la invitó a sentarse.

—Pues ya verás. La comida también es exquisita. ¿Puedo pedir por ti o hay algo que no te guste?

—No soy remilgada. Como de todo.

Enzo escogió y llenó las copas un poco de vino.

—Brindemos por una asociación muy beneficiosa.

—¿Aún no hemos empezado y ya lo celebra? En mí país se dice: *No es pot dir blat que no sia al sac i ben lligat*. Lo que significa que no se puede llamar trigo hasta que no esta en el saco y bien atado.

—Y en mí país se dice que la experiencia puede pronosticar el futuro —replicó él señalándose la frente.

—Ya veremos —musitó ella.

Él apoyó la mano sobre la suya. Ella sintió una descarga eléctrica.

—Sé que el negocio será un éxito.

—Aún no ha visto mis diseños —dijo Malva, retirando la mano.

—¿Has traído alguno?

—Sí.

El camarero les sirvió. Malva quedó sorprendida. Era auténtica comida marroquí pero llevada al nivel de Ferrán Adriá. Probó la ensalada de cuscús. Era tan deliciosa que no pudo evitar cerrar los ojos para saborearla mejor.

Enzo la miró absorto. Esa mujer conseguía derrumbar todas sus defensas. La única ambición que ahora ocupaba todos sus sentidos era conquistarla. No le importaba nada más.

Ella abrió los ojos y él salió del hechizo.

—Te dije que era un restaurante de gran calidad. Cómo ves, nunca te miento.

Malva levantó una ceja, al tiempo que le dedicaba una sonrisa socarrona.

—Pues pienso que la casualidad de ser yo la elegida para su negocio, creo que es mucha casualidad.

—Ha sido el destino.

—No se yo…

—Dejemos las dudas y disfrutemos del banquete.

Tras la deliciosa comida y haber tomado el mejor té de menta que Malva probó en su vida, se dirigieron a la joyería.

—*Marhabaan.*

—Buenas tardes, Malih. Te presento a mi diseñadora, la señorita Malva.

—Es un placer. ¿Pasamos al interior?

Ella, al ver las joyas exclusivas, quedó fascinada. Eran preciosas, además de estar talladas a la perfección.

—¿Las idea usted?

—No. Mi esposa.

—Pues dígale que tiene mi admiración. Son diseños originales y preciosos.

—Se inspira en el pasado. En las raíces de nuestro pueblo. Pero

cómo puede ver, con un toque de vanguardismo. Sus joyas comienzan a estar muy apreciadas en todo el mundo. Tifanys se ha puesto en contacto con nosotros.

—Les felicito. Espero que con el tiempo mi trabajo también sea reconocido.

—La señorita Malva también obtendrá un gran éxito. Creará alhajas sobre los mitos de nuestros bosques —dijo Enzo.

—Sin duda, serán excelentes, señorita Malva. El señor Leone jamás contrataría a alguien mediocre. Lo sé muy bien. Es exigente. Solamente busca lo mejor.

—Y también un hombre que está siempre muy ocupado. ¿Les parece bien si comenzamos a trabajar? —dijo Enzo.

25

Como era de esperar, el hotel elegido por Enzo era fabuloso. En realidad, el mejor de la ciudad. El palacio La Mamounia. Un paraíso dentro del caos. Un parque extenso plagado de palmeras, olivos y flores aromáticas. Lujo en todo su esplendor.

Pero el coche no los dejó ante el hotel. Lo hizo frente a una pequeña villa.

—Siempre que vengo me hospedo en un *riad*. Es más tranquilo que una habitación. De todos modos, en esta ocasión he tenido que hacerlo forzosamente. Era lo único que quedaba.

Ella ladeó el rostro.

—¿Me alojaré con usted? ¡Ni lo sueñe!

—El hotel estaba al completo. Era la única solución —se excusó Enzo.

—Hay más en la ciudad —refutó ella.

—Pero estamos aquí por negocios. No podemos perder tiempo yendo de un hotel a otro.

—¿Qué negocios? Ya he revisado las pieles y la consistencia para que las alhajas se mantengan firmes. Creo que la misión que me ha traído aquí ya ha terminado. Puedo regresar mañana mismo a Venecia.

Enzo negó chasqueando la lengua.

—Imposible. El avión está siendo revisado. Terminarán en dos días.

—Podemos tomar un vuelo comercial —sugirió Malva.

—Nunca, a no ser que sea imprescindible, vuelo con otro avión que no sea el mío.

—Pero yo si puedo —insistió ella.

—La empresa no te reservará vuelo alguno —apuntilló Enzo.

—Lo pagaré de mi bolsillo —insistió Malva.

—Cómo tú jefe, harás lo que decido. Y te quedas o estás despedida.

Ella lo miró estupefacta.

—No comprendo esta actitud. Soy su empleada, no su esclava. Y cómo empleada, no tengo la obligación de quedarme por su capricho. Y si insiste, seré yo quién renuncie al trabajo.

—No seas tan susceptible. Lo único que quiero es que aprovechemos estos días para buscar nuevos proveedores e incluso nuevos materiales para la producción de mis otros negocios.

—Negocios en los que yo no participo. No soy necesaria.

El suspiró hondo.

—¿Es por el alojamiento? No tienes nada que temer. En la villa hay tres habitaciones y todas ellas con pestiño. Aunque, este dato es irrelevante. Te aseguro que no te asaltaré mientras duermes. ¿O piensas que soy de ese tipo de hombres que hace cualquier bajeza para conseguir lo que codicia?

—No, por supuesto que no —musitó ella.

—¿Entonces? ¿Qué problema hay?

Malva conocía perfectamente el problema. Y ese inconveniente no era Enzo. La conflictiva era ella; porque ahora estaba segura de que sí intentaba seducirla era consciente de que sería incapaz de negarse a dejarse arrastrar por los placeres que podía brindarle.

—Tengo mucho trabajo. Tenemos mucho trabajo. La junta nos ha dado un plazo para presentar el proyecto final —argumentó.

—La junta la forman mis padres. No nos despedirán por retrasarnos unos días. ¡Malva, por favor! Deja de ser tan cerebral. Estás en una de las ciudades más cautivadoras del mundo. Disfrútala mientras hacemos negocios.

Ella, dudosa, se mordió el labio.

—*Ascolta*. Voy a ser sincero. Me gustas. Y mucho. Aún así, te juro, una vez más, que jamás haré nada sin tu consentimiento. Mira. Si no quieres, no te obligaré a quedarte. Ya me las apañaré solo. ¿Qué te parece si vas a descansar y continuamos hablando durante la cena?

—Está bien.

Enzo sonrió.

—Vamos.

Malva, aún vacilante, lo siguió.

—¡Virgen Santa! —exclamó al entrar. Si el exterior era apabullante por la profusión de flores y árboles, el interior era impactante. Mármol de la mejor calidad en el suelo, muebles profusamente tallados, lámparas de cristal de bohemia, apliques dorados (seguramente de oro) y obras de arte de un valor incalculable. Lujo extremo.

—Impresionante, ¿no?

—Lo es, sí.

—Pues, no pareces muy entusiasmada —dijo Enzo la notar su tono apático.

—Me parece excesivo; incluso inmoral. Con el valor de ese aplique podría comer una familia durante un año. No estaré cómoda hospedándome aquí.

—En estos países es necesaria la seguridad y únicamente hoteles así nos la pueden ofrecer —impugnó Enzo abriendo la puerta de la habitación.

La estancia no desmerecía la ostentosidad del salón. Era un sueño oriental. Cortinas de seda, conjuntadas con el sofá y la colcha, baño de

azulejos pintados a mano, pero lo más impresionante era el patio central. Estaba cubierto y era muy parecido a los que había en la Alhambra. La diferencia radicaba en el suelo. Aquí era la piscina.

—¿Podrán resistir un fin de semana tus escrúpulos?

—Aún no lo he confirmado —contestó Malva, todavía impactada por tanta belleza.

—Pero la cena sí que está confirmada. Será a las nueve. ¡Ah! Y hay que vestir de etiqueta —la informó él.

—Yo… Lo siento. Pensé que solamente necesitaría atuendo para el trabajo —se excusó ella.

El dejó escapar un suspiro.

—En ese caso, deberemos cambiar los planes.

—Podemos ir a un restaurante de la ciudad —sugirió ella.

—O cenar aquí. El clima es agradable. Ordenaré que sirvan la comida en el jardín. Sí, mucho mejor. Podremos charlar tranquilamente. Trabajaremos juntos durante mucho tiempo y apenas nos conocemos. ¿Qué dices?

¿Cenar solos en ese escenario de ensueño bajo el cielo estrellado? Ninguna mujer podría escapar de su embrujo, ni de la atracción animal de ese hombre. A Malva le pareció una idea espantosa.

—En estos hoteles tienen boutiques. Puedo comprar un vestido.

Él intuyó sus recelos. Reprimiendo una sonrisa, introdujo las manos en los bolsillos del pantalón, se apoyó en la mesa y dijo:

—Creí entender que no eras partidaria de estos excesos y ahora quieres comprar un vestido de alta costura.

—Efectivamente. Pero ya que estoy aquí…

En esta ocasión, Enzo no evitó reír.

—Ya que estás aquí, disfrutarás de las instalaciones. ¿Cierto? ¡Vaya! ¡Vaya! Aquí alguien está haciendo trampas.

Ella lo miró ofendida.

—No se ría. Le aseguro que es la primera y última vez que me hospedaré en un hotel cómo este. Pero usted ya ha pagado la factura y sería otro despilfarro buscar un nuevo alojamiento. Además, será beneficioso para mí trabajo observar a las posibles clientas. Ver sus bolsos, sus joyas… Es cuestión de ser prácticos.

—Claro, claro. Interés profesional.

—¡Sigue riéndose! —se quejó Malva.

—Lo siento. No puedo evitarlo. La encuentro muy divertida. Me refiero a tú excusa.

Ella, enfadada, lo apuntó con el dedo.

—No es ninguna excusa. ¿Se entera? Y… ¿Sabe? Olvídese de la cena. Comeré sola en mí habitación.

Él levantó la palma de la mano tratando de calmarla.

—Te aseguro que no he querido mofarme de ti. Ha sido la situación

que… No importa. Te pido disculpas.

Malva aspiró aire por la nariz.

—Disculpado.

—¡Perfecto! Ahora descansa y después ve a la tienda. Compra lo que le apetezca. No importa el precio. Carga la factura a mi cuenta.

Ella negó con la cabeza.

—No pienso hacer nada parecido.

—Malva…

—No. Soy su empleada. Es lo correcto.

Enzo suspiró.

—También que transmitas buena imagen. Eres la diseñadora de una firma de mucho prestigio. A partir de ahora deberás vestir acorde a la situación. En tú vida privada puedes hacer lo que te apetezca. Me refiero a la vestimenta.

—Y cómo es natural, en otros aspectos —puntualizó ella.

Él no quiso ni imaginar que podía hacer con otros. Hacerlo le rompía las entrañas. Se aclaró la garganta y dijo:

—Lo que digas. Pero volviendo al trabajo, consideraremos el vestuario como gastos de empresa.

—No estoy de acuerdo. No…

Él alzó la mano haciéndola callar.

—Se terminó la discusión. Es una decisión empresarial. ¿Entendido?

Malva lo miró acalorada.

—Como ordene el señor. Y no se preocupe. Le aseguro que no desmereceré el prestigio de Industrias Leone. Elegiré lo más elegante de la tienda.

—Hablando de la empresa. Ya que has traído tus primeros bocetos, ¿me los enseñas?

—Por supuesto, señor.

Malva entró en la habitación. Enzo esperó junto a la puerta. Ella, nerviosa, buscó los folios y, con dedos temblorosos, se los mostró.

Enzo los estudió con atención, mientras Malva aguardaba el veredicto ansiosa. Él, tal como supuso, no se sintió defraudado. Eran preciosos, elegantes y mágicos; lo mismo que Malva.

—Excelentes —susurró.

—¿Lo dice de verdad? —inquirió ella, dudosa.

Él suspiró.

—Hazme un favor. Deja de infravalorarte. ¿De acuerdo? Malva. En verdad son diseños que están a la altura de Industrias Leone. No tengo la menor duda de que el proyecto será un éxito mundial y tú te convertirás en una diseñadora muy valorada.

—Me contenta no defraudarlos —dijo ella, aliviada.

—Nunca lo harás —aseguró él.

—Si no le importa, ahora iré a descansar. Ha sido un día muy fatigoso.

—Por supuesto, reposa. Así podrás disfrutar de la exquisita cena que te he preparado. Después, ve a la boutique y compra cosas bonitas. ¿Entendido? —dijo Enzo devorándola con la mirada.

Ella, sintiendo un calor sofocante, cerró la puerta.

—¡Dios mío! ¿Cómo podré resistirme a este hombre? —gimió.

26

Malva, tras descansar un par de horas, decidió acatar las órdenes de su jefe.

—Te vas a enterar, tirano —masculló.

Se acercó al edificio central y de nuevo, su capacidad de asombro aún no se había saturado. El palacio era portentoso. La recepción era un desparrame de lujo. Mármol blanco con vetas grises reluciente como un espejo y rodeada por columnas, la lámpara de cristal más enorme que había visto.

Caminó hacia la recepcionista. Preguntó por la boutique y un empleado la acompañó. Al verla entrar, la dependienta, se acercó a ella con ese aire servicial que utilizan cuando ven a una posible clienta con mucho, mucho dinero.

—Buenas tardes —saludó Malva.

—Buenas tardes, señorita. Mi nombre es Nasila. ¿En qué puedo ayudarla? —respondió la dependienta en perfecto español.

—Busco un vestido de noche. Pero corto. ¿Tienen algo parecido?

—Tenemos todos los estilos. Aunque, deberá escoger entre los que queden de su talla. En el hotel estamos limitados. Claro que, podemos llevarla a nuestra tienda principal si no encuentra lo que le guste.

—No será necesario, gracias.

—En ese caso, si es tan amable, venga conmigo.

Nasila la llevó al fondo de la tienda. Abrió el panel de la pared y una enorme fila de vestidos apareció ante ella. El hotel vendía cualquier marca que desearas de las firmas más prestigiosas.

—Estos son los cortos —le indicó.

Malva los ojeó. Eran preciosos y también carísimos. Podía entender, por su trabajo, que una elaboración complicada y exclusiva incrementase el valor de una pieza. Pero era incapaz de comprender que alguien pagase una suma descomunal por un simple vestido negro, sin costuras apenas, bolsillos ni ninguna complicación en la confección.

Al ver sus dudas, Nasila escogió uno.

—Este es de su talla y le quedaría perfecto a su color de piel. ¿Le gusta?

Decir que le gustaba era poco. Era magnífico. De dos piezas. La tela bordada con diminutas lentejuelas de color rosa que lanzaban destellos bajo la luz. Escote en forma de corazón, un poco

pronunciado, pero discreto y la falda muy corta.

Se lo probó y al mirarse al espejo, a pesar de lo que costaba, decidió que era perfecto para la ocasión. La parte superior llegaba justo a la cintura, pero cualquier leve movimiento permitía vislumbrar un poco de carne. Un detalle de lo más sugestivo.

—Este bolsito va a juego —le mostró Nasila.

—También me lo quedo. Ahora necesito unos zapatos.

Se decidió por unos de tacón de aguja de diez centímetros y muy veraniegos. Podía permitírselo, pues sus pies eran perfectos. Bien moldeados y sin imperfecciones. El sueño de cualquier fetichista. ¿Lo sería Enzo? Sacudió la cabeza para apartar la imagen erótica que la asaltó.

—¿Desea algo más, señorita? ¿Tal vez un chal? Hay noches que pueden ser un tanto frías.

—No, gracias. Eso es todo. Por favor, llame al señor Enzo Leone para que le confirme que debe cargar la compra a su cuenta.

—No es necesario. Ya no dio instrucciones, señorita — dijo Nasila entregándole las bolsas.

—Gracias.

—Ha sido un placer poder servirla, señorita. Gracias por utilizar nuestros servicios. Buenas tardes.

Malva salió de la tienda y al ver la peluquería decidió entrar. Se inclinó, por la naturaleza del vestido, por un tocado. No se equivocó en la elección. La peluquera realizó un trabajo excepcional. Moño alto simple, pero bordeado por un entramado de trenzas muy elaboradas de su propio cabello.

Mucho más animada, regresó al *riad* y cómo aún faltaban dos horas para la cena, optó por llenar el aljibe y recrearse con un baño de sales.

Ya más relajada se arregló. Se veía perfecta. Solamente faltaba un toque de maquillaje. Color en las mejillas, sombra natural en los párpados y lápiz de labios rosa.

Al mirarse al espejo, a pesar de llevar puestos unos simples pendientes de oro a juego una cadenita de la que colgaba una manzana del mismo metal, sonrió complacida al ver el resultado. Esa noche Enzo sufriría.

—Tendrás ante ti a una mujer sexi y preciosa a la que no podrás alcanzar —musitó satisfecha, perfumándose.

Los suaves golpes en la puerta le indicaron que Enzo venía a por ella. Tomó aire, cogió el bolsito y con la espalda erguida, abrió.

Los ojos de Enzo no pudieron esconder el impacto que le provocó Malva.

—¿Opina que voy acorde con las directrices de la empresa, señor Leone? ¿O mejor me cambio?

Él se relamió el labio. ¿Cambiarse? ¡Ni hablar!

—No. No... Estás perfecta. Vamos.

El hotel poseía varios comedores. Enzo eligió, como era de esperar, el de puro estilo marroquí. Al igual que la comida; que en aquella ocasión carecía de modificaciones extravagantes. Pura tradición.

Cuando entraron, ningún ojo masculino escapó del hechizo de Malva. En otra ocasión, Enzo se hubiese sentido vanidoso de provocar envidia por llevar de su brazo a una mujer tan hermosa y deseable. Esa noche, la zozobra se le aposentó en el estómago. ¿Qué ocurriría si Malva no terminaba aceptándolo cómo amante? Acabaría en los brazos de otro y esa visión le provocó nauseas. No. No sería de otro. No hasta que se hartase de ella.

El maître los acompañó a la mesa que estaba situada justo en el centro. Fue una petición de Enzo, pues deseaba que todos viesen lo afortunado que era por disfrutar de Malva. Pero ya no opinaba lo mismo. No quería que otro hombre se recrease de su belleza.

—¿No podemos ir a esa? —preguntó Enzo indicándole la más discreta.

—Por supuesto, señor. Acompáñenme.

Se acomodaron. Cómo siempre, Enzo escogió el menú.

—¿Conforme? ¿O prefieres otra cosa?

Malva le sonrió con dulzura y él sintió un terremoto en el pecho.

—No tengo la menor duda de que ha elegido lo más apetitoso. Al igual que siempre.

Ella si estaba apetitosa, pensó él. Estaba guapísima. Las dos piezas resaltaban su increíble figura; en especial los senos. La minúscula falda permitía ver sus perfectas piernas y el cabello recogido su cuello estilizado que lo invitaba a uno a... Imaginar lo que le haría le provocó una erección. Nervioso por su falta de control se aclaró la garganta y tomó un largo sorbo de vino.

—¿Está bien? —le preguntó Malva.

Enzo se desabrochó el primer botón de la camisa.

—Si... Si. Perfectamente. Es el calor. ¿No crees que la refrigeración está puesta demasiado baja?

—Yo estoy cómoda. Incluso creo lo contrario. El aire acondicionado está demasiado alto. ¿No se habrá enfermado? —Respondió ella levantándose y le posó la mano en la frente—. A ver. No está caliente. No.

Se equivocaba, se dijo él. Estaba ardiendo de deseo. Tanto que le era imposible controlarlo. Enfadado por su debilidad comparable a la de un adolescente, apartó la silla sin el menor cuidado y dijo:

—Voy al baño.

Malva sonrió al comprender la razón de su desasosiego. El plan estaba dando resultado.

27

Enzo salió del baño. No podía volver a perder el control. Pero Malva se lo estaba poniendo muy difícil. Era pura tentación y no veía la hora de sacarla del restaurante para iniciar el plan de seducción. Lo planeó al milímetro. Una velada tan romántica que era imposible que fallase. Aquella noche Malva terminaría entre sus brazos.

—La cena ha sido deliciosa —admitió ella.

—Deberías confiar más en mí. Te aseguré una estancia maravillosa en Marruecos.

—Una flor no hace un jardín.

—¿Así que has decidido quedarte? —dijo él, ofreciéndole el brazo.

Ella cogió el bolsito, entrelazó su brazo con el de Enzo y sonrió.

—Por el momento disfrutaré de la noche de Marrakech.

—No dudes de que lo haremos —aseguró él con voz sensual.

Frente al restaurante los aguardaba un carruaje.

—¿En serio? ¿Un hombre como usted recurre a un tópico? —dijo Malva.

—Cuándo considero que es adecuado, sí.

Malva reconoció que estaba en lo cierto. Ver la muralla, las mezquitas y los jardines iluminados en la noche te transportaba a un cuento de hadas. Pero lo más seductor era Enzo. Su cercanía, su calor, su aroma, la obligaba a evocar una situación tan escandalosa que la sofocó.

—¿Qué opinas ahora? ¿He acertado a pesar de ser tan poco original? —le preguntó él.

—He de confesar que el paseo está resultando precioso —logró decir ella, desviando la mirada hacia el paisaje. Si continuaba mirando a Enzo caería rendida a su seducción. Por suerte, el coche se detuvo.

Enzo bajó y le tendió la mano.

—Pues, continuaré mostrándote el embrujo de Marrakech.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás. Prometo que no es nada que pueda molestarte. En realidad, mi propuesta también en un topicazo —le aseguró al ver su titubeo.

Ella aceptó acompañarlo.

—¡Increíble! —exclamó al llegar a la plaza abarrotada de gente.

—*Yamaa el Fna*, el corazón de la ciudad y siempre está llena de vida. Aquí puedes comprar de casi todo, comer, beber, escuchar a los

cuenta cuentos. ¡Ah! Y también fotografiarte con serpientes.

—No es precisamente mi idea perfecta de pasar una noche divertida… Me refiero a la serpiente. La plaza me resulta fascinante.

—¿Y mí compañía no?

—Señor Leone. Recuerde su promesa.

—La recuerdo. No hacer nada que no desees. Pero nunca dije que dejaría de ser galante contigo ni de intentar conseguir de nuevo tenerte entre mis brazos.

Malva dejó de caminar. Se encaró frente a él e intentando mostrar firmeza, dijo:

—Usted es un hombre práctico. No le gusta perder el tiempo. No lo haga ahora.

—Es cierto. A pesar de ello, hay un fallo en tu apreciación. Lo invierto cuando creo que hay posibilidades.

Ella cruzó los brazos bajo el pecho.

—Su percepción es del todo errónea. Nunca sucederá lo que desea.

Enzo inclinó la cabeza.

—Tú mente se empeña en ello, pero la mujer salvaje que hay en ti quiere sentir cómo te hago gozar una vez más, y ganará la batalla —le susurró con voz ronca.

De nuevo, el remolino abrasador la golpeó con fuerza.

—Jamás —masculló, rabiosa al comprender que estaba en lo cierto.

—Jamás es una palabra que no forma parte de mí vida. En realidad, ni tan siquiera debería existir en el vocabulario de ningún idioma. Se ha demostrado que es una mera sucesión de letras que no representan nada evidente. Pero dejémonos de filosofías y continuemos con la diversión. Ven —dijo Enzo. La tomó de la mano y la invitó a perderse en medio de la maraña.

Malva fue incapaz de negarse. La plaza era un mundo pasmoso. Monos entrenados para la diversión del público, aguadores gritando su mercancía ataviados con una chilaba roja, sombrero de grandes dimensiones profusamente adornado y con decenas de cazos de cobre. Puestos donde uno podía tomar zumo de naranja, adquirir cualquier especia exótica o perfumes. Escritores de cartas, maestros e incluso dentistas. Un caos atrayente.

—Y aquí tenemos al encantador de serpientes. ¿Te atreves con la fotografía?

Malva negó rotundamente con la cabeza.

—Gallina —se burló Enzo.

—Sí. Lo soy.

Él sonrió. Volvió a cogerla de la mano y tras recorrer unos pocos metros se detuvo ante una anciana que parecía tener mil años.

—Vas a conocer tú futuro.

—No me gustan estas cosas —rechazó ella, efectuando un gesto de

aprensión.

—¿Te dan miedo? —inquirió él un tanto sorprendido.

—No. Pero prefiero evitarlas.

—Mujer. Sólo es un juego. Anímate —dijo Enzo. Le entregó un billete.

La mujer le ofreció la baraja de cartas a Malva. Ella accedió. Las mezcló y se las devolvió a la pitonisa. Ésta extendió unas cuantas sobre la mesa. Tras estudiarlas, la miró. Una sonrisa se dibujo en su rostro ajado e indicando un naipe comenzó a hablar. Malva no entendió nada, pues lo hacía en árabe. Al parecer Enzo sí comprendía viendo como aseveraba a cada una de sus explicaciones.

Malva los observaba impaciente. Quería que Enzo le tradujese sus palabras. Pero no lo hizo. Abonó el importe de la consulta.

—¿No quiere saber lo que le deparan las cartas? —le preguntó ella.

—Sé perfectamente cuál será mí futuro —respondió Enzo, comenzando a caminar.

—Afirmar algo así es de necios —replicó Malva siguiéndole.

—Puede que tengas razón. Matizaré mí respuesta. Diré que conozco los planes que tengo más inmediatos.

—Ningún plan es seguro. El destino puede truncarlo.

—En ese caso, te dará igual que te diga lo que ha dicho la pitonisa.

—Así es. Pero la mujer se ha molestado y... ¡Está bien! Reconozco que siento curiosidad. No creo en ello, pero cómo ha dicho, no es otra cosa que un juego. Y hemos venido a pasarlo bien, ¿no? —se excusó Malva.

Enzo no puso evitar soltar una suave carcajada.

—¿Seguro qué quieres saberlo?

Ella lo miró con preocupación.

—¿Es algo malo?

Llegaron ante el carruaje, él la ayudó a subir y se sentó junto a ella.

—¿Me lo dice o no? ¿Tan terrible es? He visto que alguna vez su expresión no era precisamente despreocupada —se impaciento Malva.

—Hay que mostrarse respetuoso en estos asuntos. No me parece educado burlarse de lo que uno no cree. Deja de sufrir. Te ha augurado un futuro lleno de éxitos y fama. Mucho dinero y viajes. Imagino que se refería a tus diseños.

—¿Nada más?

—Vas a tener lo que todo el mundo desea —dijo Enzo. Y al ver su cara de decepción, inclinó la cabeza y clavando sus ojos tizones en el mar oscuro de ella, añadió: Y mucho más. Ha afirmado que mires a tú alrededor pues hay un hombre atractivo, apasionado y excepcional al que no debes dejar escapar; pues él es el único que sabrá como satisfacerte.

Malva elevó la comisura del labio en un gesto de socarronería.

—Y por supuesto, cree que es usted. Recuerde que ha dicho que observe en mi entorno. Puede que ese hombre aún sea un desconocido para mí.

—O puede que ya lo conozcas y te haya mostrado sólo parte de sus misterios. Deberías dejar que continuase liberando los secretos tan interesantes que esconde —dijo Enzo, acercando peligrosamente su boca a la de ella.

Malva no pudo evitar que sus ojos quedasen atrapados en esos labios turgentes y tan apetitosos. Porque si era sincera, se moría por perderse en esa boca ávida y experta; y porque él le mostrase las promesas que le estaba diciendo. Pero un rayo de lucidez la hizo reaccionar y se apartó.

—Está rompiendo las reglas, señor Leone —dijo en apenas un murmullo.

Él se relamió el labio.

—¿Únicamente yo?

Malva tragó saliva. Si no se alejaba de él de inmediato, terminaría atrapada en su atracción.

—Querría volver al hotel.

—Porque temes no poder amarrar las ansias de sentirme de nuevo —juzgó Enzo.

—Usted no es la razón. Estoy agotada —dijo ella.

—Pues deja que cuide de ti —le propuso él, susurrándole con voz sensual junto al oído.

—Por favor. Déjelo. Usted y yo nunca más volveremos a aquella playa de Santorini —le rogó Malva.

Enzo se apartó mascullando un lamento y ordenó al cochero que regresaran.

Llegaron al *riad* sin haber pronunciado una palabra más.

—Si te he molestado, ruego me disculpes —le pidió él.

—He disfrutado de la noche hasta que me ha hecho sentir incómoda.

—Prometo que no volveré a importunarte.

—¿Y después de lo que ha hecho he de creer en sus promesas? —inquirió Malva con tono escéptico.

—Sí. Y si te quedas hasta el domingo, lo comprobarás.

—No se...

—Me has dejado claro que ya no quieres nada conmigo y tengo el orgullo suficiente para no ir detrás de alguien que me rechaza. Tú también deberías comprender que ahora nos une una relación comercial y quiero que cómo mí empleada, me acompañes estos días para explorar unos posibles negocios.

Ella dudó.

—Ya veo. Diga lo que diga no confías en mí palabra. Está bien.

Hablaré claro. En cuestión de trabajo no transijo. Así que cumplirás con tú deber. A las ocho desayunamos y saldremos inmediatamente. ¿De acuerdo? —dijo con voz acerada.

—Entiendo. Buenas noches, señor Leone.

—Buenas noches —le deseó él, de mala gana.

Malva cerró la puerta y dejó escapar un largo suspiro. A pesar de su momento de debilidad logró liberarse del atractivo de Enzo. La meta marcada se había cumplido. Y se preguntó si la de Amapola también estaría dando resultado.

28

Amapola se miró una vez más.

—Estás preciosa, chica. Ese sabelotodo no podrá resistirse. Caerá rendido a tus encantos. Será mi gatito domesticado —musitó entornando los ojos al imaginar la escena.

El timbre la hizo volver a la realidad. Cogió el bolso y salió.

Giovanni la aguardaba en el portal. La respiración casi se le cortó al verlo vestido con el smoking. Resaltaba aún más su figura alta y delgada.

—Está usted muy elegante.

—Y usted preciosa —dijo él, sin evitar que sus ojos de gato la admirasen. Amapola, contrariamente a lo esperado, iba muy discreta. Apenas llevaba joyas. Unos pendientes con un diminuto brillante. Vestía de noche. Un traje largo rojo sin escote ni mangas. La tela superior llegaba hasta su cuello rodeándolo y el resto ceñía su increíble figura. No se podía estar más sensual y elegante.

Ella le dedicó su mejor sonrisa.

—Gracias. Es usted muy amable. Todo un *cavaliere* italiano. ¿Nos vamos?

Caminaron hasta el embarcadero. Giovanni la tomó de la mano y la ayudó a subir al taxi. Se quedó sin aliento al verla de espaldas. El vestido simple, de repente, se convirtió en escandaloso. La obertura llegaba hasta el punto más crítico de su anatomía.

Amapola se acomodó y Giovanni, aún impactado, se sentó enfrente.

—¿Sabe? Nunca quise venir a Venecia —dijo ella.

—¿Y por qué está aquí?

—Me ha traído el destino.

—¿Y está arrepentida?

Ella lo miró con descaro.

—Malva me ha enseñado la hermosa que es. Pero ahora me parece aún más seductora.

Giovanni tragó saliva. ¿Estaba coqueteando? No. Claro que no. Una mujer tan fantástica y de su edad, jamás se interesaría por un muchacho.

—Me alegro —dijo, desviando la mirada hacia la góndola que pasó junto ellos.

—¿No le parece romántico? —suspiró Amapola.

—En absoluto. Es un negocio; al igual que muchos otros de la

ciudad —contradijo Giovanni.

—Pero para ellos lo es.

—En eso debo darle la razón.

—¿Nunca ha caído en la tentación?

—No.

—Observo que es un hombre cerebral.

—Y yo temo que usted es de opinión precipitada adjudicándome frialdad por no querer subir a una góndola en compañía de una chica.

—¿Cuándo he dicho que sea frío? Me he referido a que usted analiza los hechos y después decide.

—Es lo más prudente. ¿No lo cree así?

—La prudencia es la atadura que nos impide realizar nuestros sueños más locos. Seguro que usted nunca se ha lanzado al vacío. Pues deberá hacerlo, si no quiere que su vida siga siendo tan aburrida.

—Sigue opinando sin conocimiento.

—Pues entonces, tendrá que darme pruebas. ¿No le parece?

Giovanni se aclaró la garganta.

—Por el momento, dentro de unos minutos comprobará que le Oro ofrece una comida digna de los dioses —dijo cambiando el rumbo de la conversación.

—¡Um! Ya se me está haciendo la boca agua. Aunque no lo crea, disfruto mucho comiendo. En realidad, soy de ese tipo de personas que lo viven todo con gran intensidad. Soy puro fuego —dijo ella mirándolo con descaro.

Él comprendió que estaba equivocado y que Amapola sí coqueteaba con él. Y si intentaba algo más que un flirteo no podría negarse. Porque no era de piedra. Era un hombre apasionado, a pesar de las apariencias. Y ella era una mujer que desprendía sensualidad por cara poro de su piel. Una tentación irresistible. Por ello estaba en peligro. Serían compañeros de trabajo y las relaciones entre compañeros no solían terminar en paz. No debió aceptar la invitación.

La barca se detuvo.

—*Siamo arivati*.

El restaurante situado en el *Canal Giorgio Maggiore* le pareció a Amapola impresionante.

—¿Qué opina? —le preguntó Giovanni.

—Un lugar interesante.

—Lo que sí me parece interesante es su nombre. La única Amapola que conozco es la de la canción, y por supuesto, la flor. ¿Sabe? Para lo griegos se relacionaba con Gipnos, el dios del sueño. Lo imaginaban como un hombre joven que llevaba en la cabeza una corona de estas flores. Eran conscientes que la amapola es una planta que provoca el sueño —dijo Giovanni.

Ella inclinó levemente la cabeza y lo miró de reojo.

—¿Le provoco yo sopor?

—Usted nunca provocará aburrimiento, *signorina* Campbell.

—Por supuesto que no. Me considero con las cualidades que creían los persas.

—¿Y cuáles eran?

—La felicidad, el amor y la sexualidad —aclaró ella.

—Muy bucólico. Pero otros la asocian con la guerra y la maldad. Eso demuestra que siempre habrá disparidad de opiniones. ¿*Certo*?

El camarero se acercó a ellos y les sirvió el primer plato del menú de degustación. Él deshizo la servilleta, se la colocó en el regazo y sin mirarla, dijo:

—Espero que no le importe que optase por pedir lo mismo para los dos.

—En absoluto. Ha hecho una elección excelente. No hay nada como el menú especial para hacerse una idea de cómo cocinan.

—Comerá como los dioses. Ahora, dejemos de hablar por un momento y deleitémonos con estos manjares. ¡*Buon appetito*!

Amapola lo hizo. El Oro era un establecimiento excepcional.

—¿Que me dice? ¿He exagerado? —le preguntó Giovanni tras terminar el primer plato.

—En absoluto. Una comida sublime. Estoy disfrutando mucho. ¿Y usted? —dijo ella paladeando le helado de parmesano con frutas silvestres.

—*Ovviamente* —dijo él. Y era cierto. Los temores iniciales se fueron disipando con las muestras de delectación de Amapola. Era una gozada verla comer sin remordimientos. En realidad, desde que entró a trabajar con el señor Leone, nunca compartió mesa con una mujer que no calculase continuamente las calorías.

Ella apartó el plato y suspiró.

—No puedo más y es una pena dejar la tarta. Seguro que está buenísima.

Giovanni pensó que era ella la que lo estaba. Notando cómo su naturaleza comenzaba a reaccionar, pidió la cuenta.

—Tenemos que darnos prisa o no llegaremos a tiempo a la ópera. Aquí son muy estrictos con la puntualidad. Llegas tarde un minuto y te cierran la entrada.

Amapola pensó que sería lo mejor que podría pasarles. No era muy amante de la ópera. En realidad, no aguantaba más allá de media hora. Pero esa noche no era tan sólo por eso. Preferiría pasar el resto de la noche en el apartamento del jovencito napolitano.

Pero, para su decepción, llegaron unos minutos antes de que comenzase la obra.

—Malva preparó una gran noche para ustedes. El mejor restaurante y la mejor localidad. El palco privado con mejor visión del escenario

—dijo Giovanni realmente impresionado.

—Veo seis sillas.

—Aún así, no vendrá nadie más.

—¿Eso significa que estaremos solos?

—Sí. Nadie nos podrá distraer. ¿Preparada para disfrutar de la Flauta Mágica?

Las luces se apagaron y Giovanni no pudo ver la sonrisa de Amapola.

29

Amapola intentó prestar atención. Sin embargo, en lo único que podía concentrarse era en Giovanni. Si mientras cenaban le pareció el chico más atractivo del mundo, ahora, bajo las sombras y luces del teatro, era un misterio que deseaba descubrir. Pero él parecía no tener el menor interés en ella. Apenas le dedicó dos ojeadas desde que la obra comenzó. Y esa indiferencia fue el acicate para determinarla a romperla. Lo haría. Ninguno a los que se enfrentó le ganó la batalla. Todos cayeron bajo sus persuasiones.

Al anunciar la pausa bajaron al bar.

Alondra al llegar apenas pudo fijarse en el público. Ahora que estaba ante ella le pareció de lo más alucinante. La alta sociedad al completo se había reunido en el teatro. Los vestidos y joyas exclusivas podían comprar la totalidad de las casas del pequeño pueblo escocés de su abuela. Un despliegue de ostentación.

—¿Champaña? —le ofreció Giovanni.

—Sí, claro. ¿Conoce a alguien?

Él aseveró dando un sorbo a la copa y tras paladear el excelente champaña, dijo:

—A la mayoría. Se mueven en el mismo círculo social. Aunque, cómo empleado, apenas he cruzado dos palabras con ellos. Y éstas de trabajo. En sociedad, nunca.

—Por lo visto, aquí también continúa la separación de clases.

—Por su tono veo que lo ha sufrido en sus propias carnes.

—¿Y quién no? —contestó ella. Terminó el champaña, dejó la copa en la bandeja del camarero y cogió otra copa. Giovanni le lanzó una advertencia a través de sus increíbles ojos. Ella dio un sorbo y dijo: No se preocupe. Soy medio escocesa y tengo también algo de sangre irlandesa. Bebemos mucho güisqui y cerveza. Somos sociales, simpáticos y al mismo tiempo, gruñones. Creemos en los duendes y hadas de los bosques. ¡Ah! Y aunque lo hagamos muy mal, nos gusta cantar hasta en público.

—A nosotros los napolitanos también nos gusta disfrutar de las pequeñas cosas. Somos ruidosos, tradicionales, apasionados y en lugar de cerveza bebemos vino tinto.

—¿De verdad? —inquirió Amapola con sorna.

—Al igual que usted, mis genes están mezclados. Norte y sur. Dos mundos muy diferentes. Bolonia e Ischia. Por lo que soy pura

contradicción —aclaró Giovanni.

—Yo lo encuentro fascinante —confesó ella.

—No creo que…—Él calló al escuchar el timbre.— Comienza ya. No quiero perderme ni un segundo. Es mí obra preferida. ¿Cuál es la suya?

—La verdad es que... No soy nada amante de la ópera. Me irrita —confesó cabizbaja, ella.

—¿De verdad?

—Consecuencia de ir forzosa de niña. Cómo es natural, prefería jugar a soportar horas sentada en una silla escuchando berridos.

—Si quiere, nos vamos —sugirió él.

—¡No, por favor! Jamás podría privarle de uno de sus mayores placeres. Vamos.

Regresaron al palco.

El telón se alzó. La música y las voces volvieron a envolverlos. Amapola se esforzó de nuevo por concentrarse. Y de nuevo, no lo consiguió. La música la estaba sacando de quicio. Sus nervios estaban a punto de estallar. Se levantó y en un arrebato, se inclinó hacia él.

—¡Por Dios! Este maldito pajarero me está poniendo de los nervios con tanto gorgorito. Tengo que destensarme o enloqueceré —masculló. Y lo besó apasionadamente.

Giovanni, estupefacto, no pudo reaccionar. Ella, al notar su indiferencia, se apartó y se alejó hasta el rincón.

Él ladeó el rostro. No pudo verla, pues estaba oculta por las sombras. Se levantó y caminó hacia ella.

—Te dije que me volvía loca esta música tan estridente. Perdona el arrebato.

Los ojos de gato le dijeron que el gélido Giovanni había desparecido. Ahora ardían de deseo.

—Me encanta tú locura. Bésame otra vez. Hazlo, *cara* —le ordenó.

Amapola, ante su tono autoritario, no dudó. Acunó su rostro entre las manos y devoró su boca.

Giovanni, en esta ocasión, reaccionó de inmediato. Abrazó a Amapola pegándola a su cuerpo.

—¡*Oh, my God*! —exclamó ella al notar su dureza.

—¿La deseas?

Ella asintió con las mejillas sonrojadas por el sofoco.

—Yo también te deseo —masculló Giovanni. Abandonó sus labios y comenzó a levantarle el bajo del vestido .

—¡Estás loco! Detente. Puede entrar alguien —le pidió, angustiada, Amapola.

—¿Dónde has dejado a la mujer liberada y atrevida? ¿O es qué no eres de ese tipo de mujeres que se excita ante la posibilidad de ser sorprendida? Te creía más audaz, *bambola.*

—Yo me pregunto dónde está el jovencito tímido y cerebral Giovanni.

—Ha quedado en el norte. Ahora soy el salvaje del sur. Y olvídate de mí juventud. Tengo la experiencia suficiente para conseguir volverte loca; como no lo ha hecho ninguno antes —dijo él con voz profunda, mordisqueándole el labio inferior.

—¿Tan seguro estás?

—Cuando termine contigo, me darás la razón —afirmó Giovanni. Continuó alzándole la ropa. Introdujo la mano dentro de las braguitas y la palpó. Malva experimentó ese relámpago de deseo en las entrañas.

—Giovanni, para —le suplicó mirando hacia la puerta.

Él, sin dejar de hurgarla, dijo:

—Tranquila. Nunca osarían cometer la torpeza de entrar en el palco privado. Lo tienen prohibido. Ahora imaginas la razón. ¿*Certo*? Así que no te preocupes y deja que te lleve al paraíso.

Ella, concentrada en sus increíbles dedos, solamente pudo aseverar.

Él sonrió con perversidad. Descendió lentamente.

—Giovanni. No —protestó ella.

Él alzó la mirada y dejó escapar una risa profunda.

—**Sei una bugiarda*. Sé que lo estás deseando. No has dejado de lanzarme indirectas invitándome a dejar atrás mi formalidad. Ahora ya no puedo detenerme —dijo. Y hundió la cabeza entre sus muslos.

Amapola se convulsionó cuando la lengua juguetona acarició su intimidad. No mintió. A pesar de su juventud sabía como complacer a su amante; y de maravilla.

—Creo que ahora… sí disfruto de… la ópera. ¡Uf! Eso es... Sí... Sigue así. ¡Oh! ¡Delicioso! Sí —farfulló posando las manos sobre la cabeza de él instándolo a darle más.

No la decepcionó. La boca voraz y sus dedos osados la exploraron sin compasión, arrastrándola a un lugar donde solamente existía la lujuria.

*Eres una mentirosa

—**Vienimi adesso* —le pidió él acelerando las caricias.

Amapola exaltada como nunca, lo hizo. Estalló en un orgasmo tan intenso que la obligó a jadear sin control.

Giovanni se levantó. Observó el rostro contraído de ella inmerso en el placer, su pecho oscilando debido a la respiración entrecortada. Le acarició la mejilla. Estaba ardiendo.

—Eres una chica muy voluptuosa, *mi fiore*.

—Y yo nunca pensé que... te comportaras... así. Eres un muchacho muy... efusivo —balbució ella.

—Te dije que los napolitanos, al igual que el Vesubio, contemos en

nuestro interior fuego.

Amapola acarició su entrepierna.

—Lo noto. Y parece que está a punto de entrar en erupción.

—Hablando de volcanes, te diré que emiten pequeños estallidos antes de romperse. Pero aún no es el momento, *mia dolcezza* —dijo él, ronco.

Ella lo miró. Sus ojos estaban turbios por el deseo. Cogió el bolso. Le tomó la mano a Giovanni y lo llevó hasta la última butaca.

—Siéntate —le ordenó.

Obedeció y ella se colocó a horcajadas sobre él.

—*Bellisima* —dijo Giovanni con voz profunda.

—Sí. Es un aria increíble. Me pregunto si el tenor podrá llegar fácilmente a los agudos —musitó Malva.

Giovanni paseó el dedo por sus turgentes labios. Ella lo mordisqueó.

—Este es un experto. No fallará —dijo tomándole la mano para llevarla hasta su ingle.

En el escenario el cantante dio la nota final.

*Ven a mí ahora

—¿Qué viene ahora? —dijo Amapola besándole el pulso latente de su cuello.

—La mejor aria que existe. La reina de la noche —respondió Giovanni. Le desató el broche que sujetaba el vestido alrededor de su cuello y sus senos quedaron ante su mirada voraz.

—¿Te gustan mis pechos? —susurró ella

—*Sono meravigliose*. Tú sí eres mi reina de la noche, *cara*.

Amapola se los ofreció con descaro.

—Son tuyos.

Él los masajeó. Eran firmes y duros. Dejó de acariciarla y con la punta de la lengua lamió los pezones. Al instante se endurecieron. Ella suspiró complacida cuando su boca los devoró. De nuevo, el torrente de lava se disolvió en sus entrañas. Ansiosa por apagarlo, con dedos nerviosos, le bajó la cremallera de los pantalones.

Él soltó una risa profunda y volvió a obsequiarla con sus caricias osadas. Amapola dejó de razonar. Se perdió en el mundo de los sentidos. Ahora solamente existía esa boca hambrienta que la arrastraba por una espiral de locura.

—Te necesito ahora —sollozó.

—No llevo protección. **Dovremo masturbaci a vicenda* —jadeó él, palpándola.

Amapola, negándose a sucumbir a sus caricias, cogió el bolso, sacó un preservativo y se lo mostró.

—Una chica previsora —sonrió él.

—Nunca me conformo con medias tintas. Lo quiero todo. ¡Jesús! —dijo ella admirando lo bien dotado que estaba.

—*Tu sei il mio più grande desiderio.*

*Deberemos masturbarnos mutuamente

Giovanni se mordió el labio inferior dejando escapar un siseo agónico cuando Amapola comenzó a amasarlo.

—Para o no resistiré —le suplicó.

Amapola rompió el envoltorio del preservativo. Él se lo puso, ella alzó las caderas y la penetró de un solo golpe.

—¿Esto es lo qué más deseas?

—¡Dios, sí! —exclamó ella, relamiéndose el labio, al sentir como la llenaba y se meció rítmicamente sintiendo en cada poro de la piel la electricidad.

Giovanni se unió a su frenesí. Ya no luchó más por contenerse. Sus jadeos se unieron a la voz de la soprano y dejó que el orgasmo lo llevase a la gloria.

El tsunami de la fogosidad también destruyó la prudencia de Amapola. Y su grito al alcanzar el éxtasis se fundió con los gorgoritos de la cantante.

Ya más relajados, él se apartó y la besó suavemente en los labios.

—Ha sido increíble.

—Tú sí lo has sido.

—¿Tanto te ha sorprendido este jovencito?

—Estaba convencida de que sería yo quién debería llevar la batuta —confesó Amapola.

—Y he sido yo el director. Pero te advierto que el concierto aún no ha terminado. Es una obra con muchos actos.

—¿Y qué instrumento es el principal en esta pieza, señor director? Le informo que soy especialista en tocar el clarinete. Lo hago muy bien. Se lo aseguro.

A Giovanni la sangre le hirvió al suponer a qué se refería.

—Lamentablemente, ese placer deberá esperar. En cinco minutos encenderán las luces —dijo con suavidad y la apartó.

—Pues, seguiremos con la audición en mí casa —decidió ella.

—Un caballero nunca rechaza la invitación de una dama. Y una dama tampoco olvida su promesa. Estoy ansioso por comprobar que notas logras sacar del clarinete.

Amapola levantó una ceja.

—*Signore Vitale*, creí que era usted muy formal y ahora me está demostrando que es un pícaro muy descarado.

—Cómo te he dicho, aún no has descubierto mis partes más oscuras.

—Pues, tendremos que encender la luz. ¿No le parece, señor

direttore? —dijo Amapola. Lo besó una vez más y se arreglaron la ropa a toda prisa, y unos segundos antes de que la ópera terminara, ocuparon las sillas frente a la baranda.

30

Malva apenas durmió. La vida, una vez más, no la trataba con el cariño que se merecía. La castigó con la pérdida de un hombre que amó con toda el alma y ahora la atormentaba con uno que también la haría sufrir. Porque Enzo le gustaba. Más que eso. Comenzaba a enamorarse y el concebía la vida de una manera muy distinta a la suya. El corazón de él huía del compromiso. Mientras ella soñaba con ese amor profundo e incondicional.

El móvil la avisó de que tenía un mensaje. Lo abrió. Era de su jefe.

—¡Dios! ¿Pero qué…? —jadeó mirando la hora. Las ocho en punto. Saltó de la cama, fue al baño, se vistió a toda prisa y se encaminó hacia el salón.

—Diez minutos de retraso —dijo él sin levantar la mirada del plato.

—La gente educada, antes de reprender, da los buenos días —replicó ella.

—Y también llega a la hora acordada —objetó Enzo, concentrado en untar la rebanada de pan.

Malva se sentó y se sirvió café.

—Si se ha levantado de mal humor, no lo pague conmigo.

—Una de tus obligaciones como empleada es no emitir opiniones personales de tú superior.

Ella apartó la taza y se levantó.

—Siéntate —le ordenó Enzo.

Malva permaneció de pie.

—Mi contrato no especifica que deba desayunar obligatoriamente con usted. En cuanto esté listo, me llama.

—Es verdad —admitió él y con gesto despectivo, continuando con la mirada baja, la despidió. Pero en cuanto le dio la espalda sus ojos azabaches cargados de rabia se clavaron en ella.— Si pretendes que te siga como un perro faldero, nunca babearé por ti. No eres tan importante. Ya no eres mí presa. La caza cambiará de rumbo.

Dejó de comer, cogió el maletín y se plantó ante la puerta de Malva. La golpeó sin el menor cuidado, ella salió y él, callado, se dio la vuelta y ella lo siguió.

El chofer los aguardaba junto al auto. Abrió la puerta para cederle el paso a Malva pero ésta se negó a entrar. Abrió la puerta delantera y antes de sentarse dijo:

—Soy una empleada. Me corresponde ir junto a usted.

Enzo se limitó a echarle una mirada incendiaria, entró en el coche e indicó la dirección al conductor.

Apenas quince minutos después se detuvieron ante una enorme fábrica, que por lo que Malva pudo entender, no tenía relación con los negocios de los Leone.

—¿Qué hacemos aquí?

—Trabajar.

Enzo no respondió. Saludó a los empleados que los aguardaba y entraron en la nave.

—¿Es qué ahora se dedicará a vender jarros? —preguntó Malva al ver que, tal como dedujo, era una alfarería.

—Me sorprende que una artista cómo tú no vea más allá de lo que es tangible.

Ella observó a su alrededor. Platos, juegos de té, vajillas, cazos, baldosas. Nada que ver con productos de lujo. Aunque, poseían algo extraordinario ante tanta sencillez. La decoración en la arcilla era elaborada, exquisita y muy original. Y entonces, comprendió.

—¡Por supuesto! Está aquí por los diseños. Quiere aplicarlos a sus productos. Ese quedaría perfecto en unos zapatos de tacón altísimo. Y eso otro a un cinturón —dijo entusiasmada.

Él, por primera vez en la mañana, sonrió.

—¿Y a qué esperas para ir tomando notas?

El dueño de Alfarería Marrash los saludó efusivamente.

—Señor Leone, es un honor tenerlo entre nosotros.

—El honor es mío por poder proponerle un negocio que, espero, no rechazará.

Y con el encanto que utilizaba cuando lo requería la situación, le habló de su proyecto.

Malva no pudo evitar la admiración por Enzo. Era una delicia ver cómo negociaba, cómo lograba encandilar a su oponente hasta llevarlo al lugar que quería. Y todo ello, sin artimañas engañosas. Enzo era un empresario íntegro.

El hombre, por supuesto, aceptó de inmediato. No siempre se tenía la oportunidad de colaborar con una firma de tanto renombre y ser renumerado generosamente.

—No tengo la menor duda de que será un gran éxito. Ha sido un placer hacer negocios con usted, señor Marrash —dijo Enzo con gran satisfacción.

—Lo mismo digo. Aunque, si me permite, me gustaría proponerle algo más.

—Usted dirá.

—Tengo un hermano que vive junto al desierto. Él utiliza otros dibujos. Sé que podrían interesarle. Si tiene tiempo, apenas le llevará unas dos horas.

Enzo no lo dudó. Y en el tiempo estipulado llegaron a un pueblecito a los pies del Sahara.

—Esto es precioso —musitó Malva observando las arenas doradas.

Enzo la miró con fijeza.

—Los animales más venenosos se ocultan tras una imagen atrayente.

Ella, incómoda, carraspeó y señaló la casa más grande.

—Deduzco que debe ser esa casa.

—Eso parece. Vamos.

No erró. El hombre que les abrió era calcado a su hermano. No así sus dibujos. Completamente distintos; aunque igual de hermosos.

Al principio, el hombre dudó del negocio que Enzo le ofrecía. Pero su jefe no era de ese tipo de hombres que se rendía y junto a su habilidad innata para convencer, logró que el contrato fuera sellado.

—Ha sido un placer, señor Marrash. Volveremos a ponernos en contacto con usted cuando comencemos el proyecto. Gracias por todo.

—No. No pueden irse aún. Tienen que quedarse a comer. Y no aceptaré una negativa.

—Será un honor acompañarles.

Abandonaron la fábrica y Malva, al ver el medio de transporte, sacudió la cabeza con énfasis.

—¿Bromean? No pienso subir ahí. No —dijo.

—Pensé que era una mujer valiente —dijo él.

—Pero no inconciente. Una no puede fiarse de estos animales. Dicen que los dromedarios son muy irritables. Y si te tiran puedes romperte la crisma. No me montaré por mucho que insista. No.

—Temo que no habrá más remedio. Aquí no hay todo terrenos ni coches adaptados. No temas. No permitiré que caigas. Vamos.

—Yo…

—Vamos —insistió Enzo.

Ella, finalmente, dejó que la ayudara a subir. Con el corazón desbocado por el miedo, cuando él también montó, apoyó la espalda en su pecho y permitió que la abrazara.

El animal comenzó a caminar. Ella ahogó un gemido.

—Conmigo estás a salvo. Cálmate —le susurró Enzo al oído.

Malva, a pesar de encontrarse en medio del pánico, no pudo evitar estremecerse al sentir su aliento abrasador en la piel. Por suerte, el trayecto apenas duró diez minutos.

—¿Qué les parece? —dijo el señor Marrash.

Malva lo único que pudo hacer fue suspirar al ver la jaima en medio de las dunas.

—Soy un entusiasta de estos alojamientos —dijo Enzo. Saltó del dromedario y ayudó a Malva a desmontar.

El interior de la tienda aún la dejó más admirada. No podía

envidiar al mejor apartamento de lujo. Alfombras inmensas, cojines y divanes confeccionados con las mejores telas, muebles trabajados por los mejores artesanos, lámparas de bronce y velas perfumadas.

—Por favor, acomódense. Ahora nos traen la comida.

31

Malva nunca creyó que alguna vez sería protagonista de un cuento oriental. Pero el sueño se había hecho realidad. Se encontraba en el desierto del Sahara disfrutando de una deliciosa comida en el interior de una jaima de ensueño en compañía del hombre más extraordinario y seductor que existía. Porque ya no podía negarse lo evidente: Enzo le había clavado su aguijón y el veneno comenzaba a expandirse con rapidez intentando matar su voluntad. Pero no cedería. No. No quería caer de nuevo en las garras del amor. De un sentimiento que nunca sería correspondido. A pesar de ello, no podía evitar sentirse en una nube junto a él, en ese ambiente mágico y misterioso.

Pero cómo siempre, él fue el encargado de romperle el hechizo.

—Señor Marrash, ha estado todo perfecto y nos encantaría poder quedarnos un poco más, pero debemos irnos.

—Comprendo. Es usted un empresario muy ocupado. Pero deje que le de un consejo: Debería tomarse la vida con más calma, señor Leone. Sólo se vive una vez y hay que gozar de los placeres que se nos ofrecen. No los desprecie.

—No lo hace. No —murmuró Malva.

—¿Qué? —inquirió Enzo.

Ella forzó una media sonrisa y dijo:

—Digo que... No debe hacerlo. No.

—¿Por qué dice eso, señorita Malva? Ha sido testigo de que últimamente me siento más receptivo a no dejarme llevar por la reflexión; confío en mis corazonadas.

—El corazón es el ojo de la mente. Muchos lo tienen vendado y no ven. Por esa razón existe tanta desdicha entre los hombres. Hay que quitarse la venda y ver aquello que nos dará la felicidad —comentó el señor Marrash.

Enzo se levantó.

—Un buen consejo —dijo mirando a Malva.

—Espero que lo sigan.

—Gracias por su hospitalidad, señor Marrash.

—El honor ha sido mío al poder compartir mesa con ustedes. Señorita. Ha sido un placer conocerla —dijo el alfarero, inclinando levemente la cabeza ante Malva.

—Lo mismo digo.

El anfitrión levantó la puerta.

—¡Allah! ¡Allah! ¿Por qué se han llevado a los dromedarios? Aguarden. Iré a por ellos.

Malva se sentó sobre el revoltijo de almohadas y encendió la tableta.

—Hoy ha sido un día muy productivo. Se podrán hacer maravillas con estos diseños. ¿No le parece?

Enzo no respondió. La miró ensimismado. Era preciosa y delicada. Pero como una muñeca de porcelana había sido fabricada con fuego. Y deseaba quemarse de nuevo, sentirla jadear, retorcerse de placer.

—¿Señor Leone?

Sacudió la cabeza para apartar las imágenes perturbadoras.

—Sí. Lograremos... grandes productos.

Malva consultó el reloj.

—¿Tenemos hoy que visitar a otros posibles proveedores? Lo digo porque ya son las ...—Calló al escuchar el ruido—. ¿Qué es eso?

Enzo abrió la puerta y la dejó caer de inmediato. Se volvió hacia Malva. Su semblante se había tornado pálido.

—¿Qué pasa? —inquirió ella, asustada.

—Una tormenta.

Malva corrió junto a él y abrió de nuevo la puerta. Al ver la nube dorada que se acercaba hacia ellos, jadeó con angustia.

—Es una tormenta de arena. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—No podemos. Está demasiado cerca y nos pillaría antes de llegar al pueblo.

—Pero... Esta tienda no... Podrá resistir. ¿Qué haremos? ¡Dios mío! —exclamó Malva.

Enzo, nervioso, miró a su alrededor. Ni un mueble que pudiese protegerlos.

—Cálmate. No nos sucederá nada.

—¿Cómo qué no? ¡La arena nos sepultará! —gritó ella, respirando sin control.

Él pensó con rapidez. Ella estaba en lo cierto. Si la tempestad era virulenta la arena podía asfixiarlos, pero también que la tienda se desmoronase sobre ellos y matarlos. Necesitaban resguardarse bajo algo sólido. Y de repente encontró la solución. Corrió hacia los divanes, tiró al suelo los cojines, arrancó la tela y levantó la tapa.

—¿Qué hace?

—Salvarnos. Ven.

Ella hizo oscilar la cabeza de un lado hacia el otro.

—Ahí me ahogaré. No. No me... meteré ahí.

—Y si te quedas afuera puedes morir. No seas tonta. Vamos.

Malva continuó negándose.

Él masculló un reniego. Caminó determinado hacia ella, la cogió y

la cargó en el hombro.

—¡Suéltame, maldito loco! ¡Déjame!

Enzo no le hizo el menor caso y la metió dentro del cubículo. Ella intentó levantarse, pero él se tendió junto a ella y cerró la tapa.

—Esto nos resguardará —dijo él.

—Me falta el aire. No puedo... respirar. Por favor, sácame de aquí —jadeó Malva.

Enzo la acunó en su pecho y acarició su cabello con ternura.

—Tranquila.

—Esto está muy oscuro y tengo miedo. Y ese ruido. Es... horripilante —sollozó Malva.

—Cierra los ojos y piensa en el lugar más hermoso.

Malva intentó hacerlo. Y el lugar deseado se le reveló con fuerza. Ya estaba en él. No existía en el mundo ningún país más reconfortante que los brazos de Enzo. Entre ellos se sentía cómo el náufrago que alcanzó la orilla salvadora.

—Tú eres ese lugar —musitó acercando la boca a la de él.

El corazón de Enzo casi se paralizó al escuchar su confesión. Pero no era real. Era el miedo quién hablaba.

—Estás muy perturbada y no piensas con claridad.

—Sé muy bien lo que quiero —replicó ella, acariciándole la curva del cuello.

Enzo mantuvo una lucha feroz entre la sensatez y la locura. Deseaba a esa mujer desesperadamente y se le estaba ofreciendo sin pudor. Pero no eran las circunstancias ni el lugar. Tenía que contenerse. Pero la irracionalidad ganó la contienda y con un gemido de puro gozo buscó la boca anhelada y la devoró sin piedad.

Malva se apretujó más a su cuerpo. Sintió como las entrañas se retorcieron de ansiedad. Ya no podía negar que deseaba a Enzo con desesperación. Y no le importaba el mañana. Quería vivir el presente sin pensar, sin cuestionarse nada. Quería saciar sus apetencias. Y estaba hambrienta de Enzo. Desabrochó su camisa y le besó el pecho.

—*Cara. Ti adoro* —gimió él.

—Demuéstramelo —le pidió ella.

Enzo saqueó su boca y la besó con desesperación. Malva dejó escapar un suspiro; al mismo tiempo que la tormenta estalló sobre ellos.

—¡Enzo! —gritó, despavorida.

Él la abrazó con más fuerza. El ruido era ensordecedor y no estaba seguro de que pudiesen salir vivos de la jaima.

—No ocurrirá nada. Te lo prometo. No llores, *vita mia*. Pronto pasará.

Y no erró. La tienda soportó el vendaval. Y unos minutos después, el silencio volvió a envolverlos. Abrió la tapa y salió.

—Aguarda aquí.

Levantó la puerta. De nuevo el sol brillaba con fuerza.

—¿Ya pasó? —quiso saber Malva.

—Sí. Y ya vienen a rescatarnos.

El señor Marrash saltó del dromedario. Su rostro mostraba mucha preocupación.

—¿Están bien? ¡Por Allah!

—Sí —dijo Enzo.

—¿Quién iba a pensar que ocurriría esto? No dieron noticia de la tormenta.

—Por favor, deje de preocuparse. Vayámonos.

Al llegar a casa de Marrash, su esposa les ofreció té.

—Señorita, está usted muy pálida. Imagino que ha sentido mucho miedo.

—Sí… Ha sido espantoso. Por un momento pensé que iba a morir —musitó sin atreverse a mirar a su jefe.

—Gracias a Allah no ha sido así. Ahora tranquilícese y en cuanto llegue al hotel, repose.

Enzo se levantó.

—Debemos irnos antes de que anochezca. Gracias por sus atenciones.

—No hemos hecho nada más que cumplir con nuestro deber de buenos samaritanos. Que tengan buen viaje —dijo el señor Marrash.

Emprendieron el regreso a Marrakech.

En esta ocasión, Malva se sentó junto a Enzo.

—Señor Leone. Yo… Quisiera hablar de lo que ha pasado.

Él alzó la mano haciéndola callar.

—Ahora no me apetece hablar.

—Pero es que lo que ha pasado…

—He dicho que ahora no —insistió Enzo con voz acerada.

Llegaron al hotel y Enzo fue directo a su habitación.

—¿Tampoco quiere hablar ahora?

—No, Malva. No.

Ella se apoyó en la puerta y lo miró desafiante.

—Pues tenemos que hacerlo.

—¿Por qué? Sé lo que vas a decir.

—¿Ah, si? Cuénteme.

Él aspiró con fuerza por la nariz.

—Es bien sencillo. El miedo a la muerte te hizo comportarte con irracionalidad.

—Se equivoca.

—No lo creo. Has actuado de la misma manera que cuando estabas herida por el abandono de tú prometido.

Ella lo miró perpleja.

—Tengo por costumbre informarme sobre mis empleados en el momento que aceptan el contrato. Leí lo ocurrido. Aquella noche en la playa te acostaste conmigo por despecho. Hoy estuviste a punto de hacerlo por el pánico. ¿Cierto? Ahora, si no te importa, me gustaría ir a mí cuarto.

—Usted está equivocado. Lo que sucedió fue…

—¿Puedes apartarte?

Ella lo hizo. Él entró en la habitación y cerró dando un sonoro portazo.

—No tienes ni idea, maldito arrogante —masculló Malva, también encerrándose en la habitación.

Unas horas después, unos suaves golpes en la puerta la despertaron.

—Señorita Malva. La cena.

Abrió. El camarero le mostró el carrito.

—No hace falta que se quede para servir. Gracias.

—Como ordene.

Cerró.

—¿Así qué no quieres enfrentarte a mí? Pues lo harás, señor Leone. Lo harás.

32

Por tercera vez llamó a Amapola y no obtuvo respuesta. Molesta, tiró el teléfono sobre la cama. Miró el reloj. La una y sin poder dormir. Abrió la puerta que daba al jardín. La noche era muy cálida y también plagada de mosquitos. Cerró de nuevo, suspiró hondo y se metió en la cama.

Tras quedarse medio dormida el insoportable calor la despertó. Empapada de sudor cogió el mando del aire acondicionado y lo puso al máximo. No obtuvo ningún resultado.

—Mucho hotel de lujo pero el aire no va —masculló.

Se acercó al baño y encendió la ducha. Pero no entró. La cerró de nuevo. Se refrescaría en la piscina. Se desnudó, se cubrió con el albornoz y salió de la habitación.

La luz de la luna llena confería al aljibe una atmósfera mágica. Pero el chapoteo la desvaneció. Fastidiada, se resguardó tras una columna y observó el ritmo frenético de las brazadas de Enzo. Al perecer, seguía molesto con lo ocurrido durante la tormenta. Y no comprendía el motivo. O tal vez sí. Se sentía herido por un juicio del todo erróneo. Aunque, si lo meditaba, no le faltaba razón. Ahora sabía que en Santorini se acostó con él por despecho. Era lógico que esa mañana pensase que el miedo fuese el causante de su reacción. Y era tan terco que no accedía a que le diese una explicación. No obstante, ella también era tozuda. Doblegaría su orgullo.

Con una sonrisa maliciosa abandonó el escondite y se acercó a la orilla de la alberca.

Enzo sacó la cabeza del agua y apoyó las manos en el borde dispuesto a salir. Se quedó sin aliento al ver a Malva. Bajo la luz plateada se asemejaba a una ninfa de los bosques. No recordaba a una mujer más hermosa que ella, ni que su contacto le produjera tanto placer. Moría por tenerla de nuevo, por experimentar esas sensaciones que le hacían perder la cabeza. Pero no debía sucumbir. No se rebajaría a ser el medio para mitigar su rabia o miedos.

—¿Qué haces aquí? —masculló.

—¿Usted qué cree?

Enzo se dio impulso, salió e indicándole con la mano el agua, dijo:

—Toda tuya.

Ella lo miró fijamente a los ojos y se estremeció al recordar su imagen surgiendo del mar, diciéndole con la mirada cuánto la

deseaba. Ahora era ella quién se moría por gozar de nuevo sus placeres. Le dedicó una sutil sonrisa y despacio, deshizo el cinturón de la bata.

—¿Ya se ha cansado? Pues, le advierto que el aire se ha estropeado y hace un tremendo calor.

—Llamaré al mayordomo.

—¿A estas horas? —inquirió Malva comenzando a abrirse el albornoz.

—No olvides que estamos alojados en uno de los mejores hoteles del mundo. Están al servicio del cliente en cuanto sea preciso y... —Enzo dejó de hablar al ver como la bata caía y el cuerpo de Malva se le mostró en completa desnudez. La garganta se le secó cuando ella caminó hacia la piscina y sus nalgas perfectas se movieron con un ritmo hipnótico.

Ella hundió los dedos del pie en el agua. Ladeó la cabeza y sin abandonar la sonrisa sutil, dijo:

—Está deliciosa. ¿De verdad quiere regresar al infierno de su habitación?

Enzo se mordió el interior de la mejilla y apretó los puños. Ella sí era una pura delicia. La tentación más dolorosa que un hombre podía soportar. Debía irse cuanto antes o estaba perdido.

—¿Sueles bañarte tal cómo Dios te trajo al mundo? —mascó entre dientes.

Malva emitió una suave risa.

—¿No me diga qué está escandalizado? No me lo puedo creer.

—Lo que me asombra es que seas tan poco decorosa.

—¿Decorosa? ¿Lo dice en serio? —se burló ella.

—Una mujer que no desea provocar al hombre que comparte alojamiento con ella, lo es.

—No debería hacerme ningún reproche, señor Leone. Tampoco lleva bañador.

—Pensé que estaría solo.

Malva paseó sus ojos por el cuerpo de Enzo y el fuego se extendió por su vientre al percibir en la penumbra su incipiente excitación. Una reacción que ella aceleraría. Se dio la vuelta y ofreciéndole sin el menor pudor su desnudez, dijo:

—Al igual que en Santorini. ¿Lo recuerda?

—¿Me estás provocando? —masculló Enzo, esforzándose por controlar su erección.

—¿Quién, yo? Claro que no. Solamente he hecho un comentario —respondió ella inclinándose para tocar el agua con la mano.

—Malva… —gruñó él, sintiendo cómo su corazón se alborotaba ante la exhibición de sus nalgas. Esa bruja lo estaba tentando y no por miedo o por despecho. Esta vez era porque realmente deseaba estar

con él.

—¿No se iba a dormir? —le recordó ella, sin mirarlo. Se sentó en el borde y lentamente, se hundió en el agua.

—¡*Merda*! —bufó Enzo. ¿Seguro qué entendía bien sus señales o por el contrario se estaba burlando de él? Malva se dio la vuelta y nadó de espaldas. De nuevo se le estaba brindando en todo su esplendor. Y gimiendo de impotencia ante la tentación de esa bruja, se lanzó al agua.

Malva dejó de nadar y aguardó expectante. Enzo se plantó frente a ella. Sus ojos la observaron con avidez.

—*Cara*. Si estás jugando, abandona la partida ahora mismo, porque no soy un rival compasivo y te aplastaré —dijo él con voz ronca.

Ella se relamió el labio inferior.

—¿Por qué eres tan arrogante, cuándo sabes perfectamente lo bien que juego mis cartas?

—Este juego es mucho más complejo de lo que imaginas, *bambina*. Te advierto que si participas en él, jugarás con mis reglas; y éstas no son las habituales. Conllevan pautas muy estrictas. Se han de cumplir a rajatabla.

—¿Y cuáles son?

Enzo acercó la boca a su oído.

—Estas son las pautas generales. Los jugadores tienen prohibido utilizar como estrategia los sentimientos. Las únicas armas permitidas son las sensoriales y éstas son ilimitadas. Tampoco se consiente que los participantes se salgan del tablero para buscar ayuda con otros posibles jugadores. La partida es entre dos. *Accetti*?

—Acepto.

—Las otras pautas más importantes son exclusivamente para ti. Estarás dispuesta siempre que me apetezca. Nunca me negarás el placer que te solicite y cuando pierdas la partida, te irás sin un reproche. *Che dici*?

Malva lo miró indignada. ¿Hacer lo que a él le diese la gana en cualquier aspecto de su vida? ¿Aceptar que la tirase como un pañuelo usado? No podía aceptar nada semejante. Sus reglas la convertirían en su esclava. Era humillante. ¿Qué se creía? ¿Qué podía doblegarla con tanta facilidad? Por supuesto que no. Sería ella quién sometería a ese arrogante. Conseguiría que la primera norma la quebrantase él. Perdería la partida. Enzo se enamoraría de ella y acabaría de rodillas suplicándole un poco de amor.

—Digo que seré sólo tuya y que me entregaré a tus placeres. Pero con referencia a tenerme a tú merced cuando te plazca, ni lo sueñes. No seré tú cautiva. Esta es mí petición para seguir con el juego. ¿Aceptas tú?

Él aseveró.

—*Sono d'accordo, amore*.

—En ese caso, que comience la partida —dijo ella rodeándole la nuca con las manos.

Enzo ahogó un gemido. Se lanzó sobre su boca y la devoró con lascivia. Malva se pegó a su cuerpo respondiendo con la misma lujuria. Deseaba a ese hombre, pero nunca imaginó cuanto. Le dolían las entrañas por el ansia de ser poseía por su fiereza desvergonzada.

—**Sono pazzo di te* —dijo Enzo con voz pastosa.

Ella buscó su miembro viril. Estaba erecto y dispuesto para darle lo que más anhelaba.

—Tú locura me embriaga. Me hace perder la voluntad —confesó.

Él le lamió la comisura de los labios.

—¿Así qué puedo hacer contigo lo que me plazca?

—Sí.

—Me gustaría ser travieso. Jugar con mi boca entre tus piernas y hurgarte sin piedad hasta conseguir que me suplicases que terminara con la tortura, y estallases en el orgasmo más violento de tu vida. Pero no puedo. Me has puesto tan duro y caliente que necesito follarte ahora mismo —dijo Enzo.

**Estoy loco por ti*

El vocabulario soez, en el pasado, le habría resultado repulsivo a Malva. Ahora, aumentó su excitación.

—Yo también quiero —jadeó.

Enzo la arrastró hasta las escaleras sumergidas en el agua. Se sentó, la colocó a horcajadas sobre él.

—*Vuoi il mio cazzo*?

—Sí. Necesito sentirte muy adentro. Ya —le suplicó Malva.

Él la penetró y ella gimió complacida al sentir su dureza.

—*Ti piace*?

—Mucho —confesó Malva agitándose con más intensidad. Él atrapó uno de sus senos y lo succionó; y la tensión de ella se disolvió. El espasmo gozoso la alcanzó con fuerza. Dejó caer la cabeza hacia atrás emitiendo gemidos entrecortados.

Enzo, observándola embelesado, la alzó y con un gemido gutural, derramó la pasión contenida.

33

Malva se levantó de la cama. Se acercó al carrito y cogió una fresa.

Enzo, tumbado con los brazos tras la nuca, la observó con ojos brillantes. No existía ninguna otra como Malva. ¡Era tan bonita!

—¿No quieres comer algo? —le preguntó ella mostrándole la fruta.

Él le guiñó un ojo.

—Ya sabes de lo que me quiero alimentar.

Malva mordió la fresa y la saboreó con deleite.

—Pensé que con lo glotón que has sido esta noche ya estabas saciado.

Él negó con un chasquido de lengua y deslizó la mirada hasta su ingle.

—¿Tú lo estás?

Malva admiró su hombría.

—Debemos prepararnos para el viaje. Arriba —se lamentó. Suspiró hondo, se acercó a la cama y le tomó la mano.

—No. Tenemos prisa. Viajamos en un avión privado, *cara*.

Enzo permaneció acostado y tiró de ella, pero Malva se resistió.

—Tenemos un horario de salida estipulado. Venga. Se un poco más responsable.

El bufó.

—¿Y esto? ¿No piensas remediarlo, *donna malvagia*? ¿Tendré que aliviarme yo? No seas perversa. Vamos. Ven y **mangila.*

**cómemela*

Malva se mordió el labio inferior. A pesar de haberse convertirlo en una mujer audaz al aceptar cada una de las propuestas escandalosas de ese maravilloso hombre, le era imposible no sonrojarse ante su vocabulario soez. Cómo tampoco excitarse ni negarse a disfrutar de ver cómo Enzo se volvía loco cuando lo deleitaba con su boca. Se inclinó sobre él y acariciándole el torso, dijo:

—Esta mujer malvada es compasiva.

—*Grazie a Dio* —jadeó Enzo.

Dos horas después el avión despegaba hacia Venecia, llegando a la ciudad al atardecer.

—Iremos a cenar a la Trattoria Alla Magdalena, en la isla de Mazzorbo. Cocinan las mejor hortalizas de la ciudad. Disfrutarás

mucho —decidió Enzo.

—Yo iré a casa —rechazó Malva.

Enzo la besó en la mejilla.

—Cómo quieras. Pediré que nos traigan la cena y después nos relajaremos.

—Esta noche no.

Él la miró ceñudo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no quieres estar conmigo?

—Aceptaste la regla de no entrometerte cuando quiera libertad. Cúmplela.

Enzo la abrazó. Posó los labios en su mejilla y susurró:

—Te propongo un juego muy sabroso. Te bañaré de miel y lameré cada rincón de tú cuerpo, y te aseguro que cuándo estés rozando la locura, **ti scoperò* hasta que grites de puro placer. Después, iremos a la ducha, te enjabonaré y volverás a desear que te folle, y disfrutaremos cómo locos. Dime ahora si puede haber un plan más atrayente que mi propuesta.

*Te follaré

Enzo sabía tentarla. Una vez más notó cómo la excitación se apoderaba de su voluntad. Pero no. A pesar de desear todas esas cosas, rechazaría su oferta. Haciendo un gran esfuerzo, se apartó de él.

—Te prometo reanudar la partida mañana y qué seré una jugadora muy disciplinada. Siempre y cuando prometas que me susurrarás en italiano. Ya sabes cuánto me provoca.

—Prometido, *mi bella ragazza*.

—Ahora vete. Ya.

Enzo suspiró decepcionado. Acercó el rostro al de ella para besarla, pero Malva lo apartó.

—Esto es hacer trampa.

—En el póker se utilizan faroles —dijo él con tono risueño.

—Pero una buena jugadora no cae en el engaño. Buenas noches — se despidió Malva y cerró la puerta.

Amapola acudió junto a ella.

—¿Cómo ha ido? No me has llamado. O sí. Puede que no estuviese disponible. No te creerás lo qué me ha pasado. ¡Ha sido alucinante! Pero eso puede esperar. Lo más urgente es que me cuentes que has hecho en Marruecos o mejor dicho, que habéis hecho. Porque imagino que algo ha sucedido. Y no te atrevas a negarlo. Tus ojos resplandecen y tu piel está luminosa. Y eso solamente ocurre tras haber hecho el amor. Es la mejor crema rejuvenecedora que existe. Venga. Desembucha. ¡No me tengas en ascuas! ¡*Come on*!

—¡Uf! Por Dios Santo, Amapola. Déjame al menos sentarme. Ha sido un día agotador.

Malva se acomodó en el salón y Amapola sirvió vino.

—Ahora me vas a contar todo. Y sin obviar ningún detalle. Ni uno. ¿Vale?

—Chica. No te pases.

—Yo no tengo secretos contigo.

—Pero tú no eres tan pudorosa.

—Está bien. Obviaremos las partes fuertes. Adelante. Habla.

Malva dio un sorbo a la copa y tras paladear el vino, exhaló un hondo suspiro y dijo:

—Pues sí. He vuelto a acostarme con Enzo.

—¡Lo sabía! ¿Y cómo ha sido esta vez? Supongo que al haber confianza, pues habréis sido más audaces. Lo de la confianza lo digo por lo de Santorini. ¿Y qué? ¿Te ha enseñado cosas viciosillas? Supongo que sí. Nuestro jefe tiene pinta de ser un hombre muy erótico y experto en complacer a su amante. ¿A qué no me equivoco? No. Claro que no. Ya sabes que entiendo de esas cosas; pues tengo experiencia. Y...

—¡Amapola, por la Virgen santa! ¿Quieres callarte? —se exasperó Malva.

—Perdona. Pero cómo no dices nada...

—Porque no me dejas.

Su amiga la invitó a hablar con un gesto de la mano y Malva le contó, sorteando los detalles más íntimos, lo acontecido entre ella y su jefe.

—¡Caray! Parece una novela romántica. Paseo en coche de caballos, tormenta de arena, aljibe bajo la luz de la luna... Pero teniendo en cuenta las reglas que te propuso, más bien diría que es un libro erótico. Aunque, lo que sí está claro es qué ese hombre te gusta, pues has entrado en un juego que pensé que una chica cómo tú jamás participaría. Cómo también sé que Enzo está coladito por ti.

Malva negó con la cabeza.

—No. Está, lo que vulgarmente se dice, encoñado. Su actitud lasciva, su lenguaje grosero, no es para nada romántico. Un hombre que siente un poquito de afecto por una mujer, no se comporta de esa manera; la trata con más cariño.

—¿Te dice cosas guarras? ¿*Really*? *¡*Holy cow*! —exclamó Amapola.

—Muy desvergonzadas, sí —confirmó Malva, sonrojándose al recordarlas.

—Pero, no me equivoco si digo que en lugar de escandalizarte, te estimulan —dijo su amiga.

—Admito que me excitan. ¡Ay, Dios! Me he convertido en una chica muy perversa y viciosa.

—¡Por fin has comprendido que nunca es tarde para disfrutar del sexo! Enhorabuena, cariño.

—No te burles —le pidió Malva.

—No lo hago. Es lo que pienso.

—Amapola. ¿Qué voy a hacer con ese hombre? Estoy metida en un lío monumental. ¡Es mí jefe! ¿Qué ocurrirá cuando termine esta relación tan extraña?

—¿Por qué rayos piensas que acabará? ¡Coño, Malva! Deja de comerte la cabeza y goza del momento; que por lo que me has contado, puedo entrever que lo estás haciendo de lo lindo.

—¿Y si después sufro?

—Malva, *dear*. Siendo racional y sensata has sufrido lo indecible a causa de ese impresentable. Puede que ahora siendo una desmelenada consigas todo lo contrario.

Malva inspiró con fuerza.

—Tal vez tengas razón. Enzo no me provoca esos sentimientos que sentí con Nil. Con él no pienso en el futuro.

—Entiendo. Te suscita otros más suculentos, ¿no?

*¡*La leche*!

—He de confesar que sí. ¡Ay, Dios! Es qué sabe cómo tentar a una mujer. Pero dejemos lo mío. Ahora, cuéntame tú. ¿Qué tal con Giovanni?

Amapola entornó los ojos.

—¡Brutal! Cenamos de lujo. Tienes que ir a ese restaurante. ¡Brutal! Después fuimos a ver la Flauta mágica. ¡Un peñazo, chica! Pero lo solucioné. Y ya puedes imaginar de qué modo.

Malva sonrió con malicia.

—Lo imagino. Os largasteis del teatro y te lo llevaste a nuestro apartamento.

—No.

—¿Entonces, vosotros? Tú y él… ¡No puede ser! —se asombró Malva, al imaginar lo ocurrido.

—Puedes creerlo. En el mismísimo palco. Y no sabes lo emocionante que es tener sexo al ritmo de las arias. ¡Orgasmos apoteósicos!

—¡Estás como una cabra! —rió Malva.

—Lo sé. Y lo mejor de todo es que el chico resultó ser un amante excepcional y muy, muy travieso. A parte de estar muy bien dotado. Y me hizo cosas que me volvieron loca; en especial cuando se agachó, levantó mi vestido y…

Malva alzó la mano.

—No sigas.

—Claro que voy a seguir. No soy tan mojigata como tú. Te contaré, detalle a detalle, mi gran noche de pasión. Así aprenderás los trucos de la maestra para que puedas enloquecer a ese guapísimo veneciano

y que nunca más desee a otra. Aunque, he de confesar que, a pesar de mí historial, el jovencito Giovanni me ha mostrado alguna que otra cosita que ignoraba.

Malva dudó que el capricho de Enzo por ella durase mucho tiempo. Pronto vería cómo su pasión correría tras el halo de otra y ella quedaría en el recuerdo.

34

Malva acudió a la empresa y subió a su despacho sin pasar antes por el de Enzo. Fue una actitud absurda, pero pensó que la relación personal que mantenían debía quedar fuera del mundo laboral

Los golpes en la puerta le indicaron que él estaba a punto de entrar. Le diría lo que pensaba y tendría que aceptarlo.

—Adelante.

Fue Giovanni quien entró y no pudo evitar que su imaginación recrease los detalles que Amapola le contó. Sonrojada, carraspeó.

—¿Si?

—El señor Leone ha ido a la fábrica para preparar la fabricación de los bolsos. Me ha comunicado que se verán esta tarde y revisarán los nuevos diseños.

—¡Qué optimista! Tal vez no esté inspirada.

—Él confía plenamente en usted. Sabe de lo que es capaz.

Ella sí que no podía creer que siendo tan joven poseyera tanta capacidad en cuestiones de sexo.

—Espero estar a la altura de las expectativas. Gracias, señor Vitale.

Malva se puso a diseñar sin un momento de descanso. Ni tan siquiera se detuvo para comer.

—Querida. Son ya las cinco. Es hora de terminar e ir a divertirse.

—Imposible. Estoy en racha.

—¿Puedo verlo?

—Aún no.

—En ese caso, te dejo. Yo si tengo planes mejores.

—¿Con el asistente?

Amapola le guiñó un ojo.

—Digamos que con el chico más ardiente, cariño. Lo he estado observando durante el día y sus ojos dicen que está deseando volver a meterse en la cama conmigo. Pero no te preocupes. Esta vez iremos a su piso. Así que, te dejo vía libre con tú señor Leone. Nos vemos en casa esta noche o no. ¡Bye!

Malva, motivada, reanudó el trabajo. Contrariamente a lo que pensó, resultó ser muy productivo. Los diseños no eran perfectos, pero casi.

—*Buon pomeriggio bellissima. Come va l'ispirazione?*

Malva alzó la mirada. El corazón se le alteró al ver a Enzo. ¡Dios! Ese hombre era tan atractivo que con tan sólo mirarlo se le secaba la

garganta.

—Bien —logró decir.

Él se colocó tras ella. Apoyó las manos en la mesa y la besó en la mejilla; al mismo tiempo que miraba los bocetos.

—Son muy buenos. Delicados, pero al mismo tiempo desprenden sensualidad y atrevimiento. Tus diseños son un reflejo de tú personalidad.

—Aún hay que pulirlos. Este, por ejemplo, llevo varias horas intentando ver en lo que falla —comentó Malva frotándose la nuca.

—Y hoy no lo verás. Has trabajado demasiado y estás agotada. Además, me han dicho que ni tan siquiera has comido. Eso no está bien, *cara*. Así que ahora, toca relajarte. ¿Te parece bien? —la reprendió Enzo masajeándole el cuello.

—¡Ay! —se quejó Malva.

Él siguió amasando los tendones endurecidos.

—Estás muy rígida, cielo. Pero sé cómo quitarte la tensión. Mis manos son mágicas. ¿Verdad?

—¡Oh, sí! —suspiró ella.

Él delineó una sonrisa malintencionada. Deslizó con lentitud la mano derecha hasta alcanzar el escote de la blusa.

—Enzo. ¿Qué estás haciendo? —protestó Malva.

—¿Tú que crees? —susurró él introduciendo la mano dentro de la tela.

—Aseguraste que era un jefe profesional y estas cosas no tenían cabida en la empresa. Para. Puede entrar alguien —jadeó ella.

—Estamos solos. Y el acuerdo quedó roto desde el mismo instante que aceptaste ser mi amante —refutó Enzo jugueteando con sus pechos.

—Enzo. Por favor —gimió Malva, estremecida. Aquella simple caricia la estaba avivando de una manera brutal.

—Tranquila, te daré más —le prometió él.

—No quiero más. Quiero que... pares.

—*Tu menti*. Se te han puesto duros y seguro que ya estás muy mojada. Tendré que comprobarlo.

Malva contuvo el aliento cuando su otra mano alcanzó el borde de la falda, la alzó y se introdujo dentro de las braguitas.

—¡Um, sí! *Molto appetitoso* —dijo ronco lamiéndole el pulso latente del cuello.

A ella se le cortó la respiración al imaginar a qué se refería. Pero Enzo continuó hurgándola y ella dejó de pensar. Cerró lo ojos y se concentró en esa mano inclemente, removiéndose con impaciencia.

—Enzo —sollozó ella.

—**Non preoccuparti, amore. Ti darò quello che vuoi.*

—Quiero más. Más —gimoteó Malva.

*No te preocupes, amor. Te daré aquello que quieres.

Enzo la complació.

—*Libera il tuo piacere. Mostramelo* —susurró Enzo.

Malva se aferró a los bordes de la silla y respirando entrecortadamente, se convulsionó cuando el delirio llenó cada rincón de su cuerpo.

Enzo posó la mano en su cuello e inclinó su cabeza hacia él y tras besarla con languidez, dijo:

—¿Más relajada? —dijo observándola. Estaba hermosísima a causa del orgasmo.

Malva, aún respirando con dificultad, afirmó con una sonrisa. Él se apartó, se colocó ante ella y tomándole la mano, la posó sobre su ingle. Estaba duro como el acero.

—Pues tú has logrado hacer conmigo lo contrario.

Malva, cuyo pudor también fue despedazado por ese hombre asombroso, le bajó la cremallera.

—¡*Dio mio*! —exclamó Enzo al percibir la humedad ardiente y dando un respingo, la apartó.

—¿No quieres? —inquirió Malva con semblante sombrío.

Él la asió de la cintura, la sentó sobre la mesa y con manos impacientes le arrancó las bragas.

—*Me piace stare dentro di te* —gruñó. Se colocó entre sus piernas y de un golpe la penetró y se sacudió con dureza. Moría por estallar en su calidez y lo hizo emitiendo un gruñido surgido de las entrañas.

—¿Estás bien? —se preocupó ella al ver cómo temblaba.

Él negó con la cabeza.

—Eres una bruja. Es la primera vez que me corro sin que mi pareja haya alcanzado su propio placer. Me aturdes.

—¿Yo? Eres tú quien me ha desordenado la vida. Antes era una chica prudente y pudorosa. Ahora…

…Ahora te has convertido en una mujer maravillosa. Libre, audaz y muy, muy sensual. El sueño de cualquier hombre. Y tengo que decir con orgullo que ha sido gracias a mí.

Malva levantó la comisura del labio ofreciéndole una media sonrisa.

—¿Cómo estás tan seguro? Puede que te esté engañando y esta chica tan traviesa ya existía antes.

—Sabe más el diablo por viejo, que por diablo. *Cara*. Yo he derribado el muro tras el que ocultabas tu voluptuosidad —aseguró Enzo buscando sus labios.

Ella se apartó.

—Ahora prefiero comer.

Él alzó una ceja.

—Aprendes rápido, *gattina*.

—Me refiero a ir a un restaurante, mal pensado.

Enzo adoptó una expresión de contrariedad.

—Ya. Está bien. Iremos al que está en la calle de atrás. Es sencillo, pero su comida es excelente.

Ella saltó de la mesa, cogió las braguitas, apreciando que estaban rotas.

—Mira lo que has hecho. ¿Cómo voy a ir ahora a cenar? Tendremos que ir a casa —se quejó mostrándoselas.

—No. Seguiremos con el plan marcado.

—¿Estás loco? ¿Sin bragas? —se negó Malva.

Él se inclinó y mirándola con ojos chispeantes, dijo:

—Aceptaste jugar con mis reglas. Y una de ellas era complacerme en mis caprichos. Iremos a ese restaurante y allí te mostraré lo traviesos que podemos llegar a ser. Ya veras, *amore* —dijo persuasivo.

35

Malva miró orgullosa el resultado de tanto esfuerzo.

—Querida. No nos equivocamos al contratarte —dijo el señor Tiziano.

—¡Son unos bolsos exquisitos! Un trabajo excepcional —la alabó la señora Flaviana.

—Y conseguido en menos de seis meses. Un tiempo record. Y todo gracias a Malva.

—Por favor, señor Leone, no ha sido todo gracias a mí. Ha sido un trabajo conjunto.

—Cierto. Pero tus diseños han sido el incentivo para crear una colección especial y maravillosa.

—Tal como es ella. ¿No es así, hijo? —apuntilló Flaviana.

—*Ovviamente, mamma*. Malva es una mujer única. Inteligente, hermosa, responsable y de buen corazón —dijo Enzo sin poder evitar que sus ojos reflejaran la gran admiración que por ella sentía.

—Lo que se suele decir la *donna perfetta* —opinó su padre.

—Van a sacarme los colores. Basta ya por favor. Aún no hemos terminado el trabajo y nos esperan esta mañana para lanzar la campaña publicitaria; y hay que rematar algunos puntos un tanto dudosos —dijo Malva.

—Cierto. La señorita Baró y yo aún debemos trabajar esta tarde. Si nos disculpáis —corroboró Enzo.

—Nos vamos. *Addio*.

—*Addio, mamma*.

En cuanto se quedaron a solas, Malva suspiró.

—Aún no me puedo creer que esté terminado el proyecto.

Enzo la abrazó.

—Ni yo que llevemos juntos medio año. Ni tampoco la razón de empeñarte en ocultar nuestra relación. Lo cuál, *cara*, es absurdo. Mi madre que es gata vieja y se huele que hay algo entre nosotros.

—Por eso mismo. Ella desea que te cases, tengas hijos y nosotros no seremos los artífices de sus sueños. No hay necesidad de darle falsas esperanzas.

Esas palabras molestaron a Enzo. Y no comprendió la razón, pues opinaba lo mismo.

—Cierto. Y volviendo al trabajo, me gustaría saber que flecos son esos que nos faltan por rematar; porque me parece que está todo

perfecto.

Ella cerró las persianas, se acercó a la puerta y giró la llave.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —respondió ella caminando hacia él.

—Me parece que he creado un monstruo.

—Así es —confirmó ella deshaciéndole el cinturón.

El le aferró las nalgas y la pegó a él haciéndole notar la presión entre sus piernas.

—Cómo ves, siempre a tus órdenes, *mia deliziosa bambina*.

—Pues no perdamos el tiempo —mustió Malva lanzándose sobre su boca.

Media hora después abandonaban la oficina. Y a última hora de la tarde ya estaba en marcha el proyecto, **Foresta incantata,* para ser lanzada al mundo y ellos dispuestos a celebrarlo.

—¡Por nosotros! —gritó Amapola, elevando la copa de champaña.

—Realmente hemos hecho un gran equipo —dijo Giovanni.

—Por supuesto, cariño —aseguró ella dándole un sonoro beso sobre los labios.

—Un poco de contención, chicos —les pidió Enzo.

—Nosotros, a diferencia de otros, no ocultamos nuestra relación. ¿No es así, Gio?

—Si no decimos nada es porque tú amiga se niega a ello —le aclaró Enzo.

—Mi posición es delicada. Pueden pensar que he llegado a este puesto por tener un lío con mí jefe —apuntilló Malva.

—¿Un lío? —inquirió él, lanzándole una mirada cargada de enojo.

—Me refiero a…

—Sé perfectamente que significado tiene la palabra lío. Pero dejemos eso y centrémonos en la fiesta. No quiero ningún fallo. ¿Podremos conseguirlo?

—Por supuesto, jefe. He controlado cada detalle —aseguró Giovanni.

Y por supuesto que lo hizo. El edificio era espléndido. Un palacete fastuoso, en esta ocasión, tanto por fuera como en el interior. Los invitados de lo más exclusivo. Aristócratas, banqueros, literatos y actores, incluso acudieron estrellas de Hollywood.

—¡My God! Pero si ahí está… ¡No me lo puedo creer! —exclamó Amapola al ver a su actor favorito.

—Pues, créetelo —rió Malva.

—Ese no se me escapa —aseguró su amiga. Y se encaminó hacia él.

En apenas unos segundos la gran estrella cayó rendida a los encantos de esa menuda y graciosa pelirroja.

—¿Quién es ese? —preguntó Giovanni, con tono mosqueado.

—¿No lo conoces? ¡Por Dios, Giovanni! Es Peter Holbond. La mayor

estrella del cine norteamericano. Y es guapísimo. ¿No te parece?

—Los hombres no entendemos de guapuras masculinas.

Malva resopló.

—¿Por qué pensáis que os consideraremos gays? ¡Ay, Señor!

El arrugó la nariz.

—Mirándolo con más atención, sí me parece haberlo visto en una película. Iré a pedirle un autógrafo.

—Sí, claro. Un autógrafo —murmuró Malva.

—Parece que mí asistente está un poco celoso y tú radiante. Pero este vestido…

—¿Qué le ocurre? Es precioso.

—Lo es. Aunque, demasiado tentador para mí gusto —opinó Enzo.

Ella respingó incrédula. Era negro, con mangas y sin apenas escote.

—¿Pero qué tontería es esa? Si podría pasar por una monja.

Enzo inclinó la cabeza.

—Precisamente por eso. Oculta todo aquello que me proporcionará un gran placer y me está invitando a comportarme como un niño travieso. Me gustaría que nos perdiéramos en algún rincón del palacio, quitártelo y… ¿Puedes imaginar lo que haría? —le susurró.

Ella tragó saliva. Ese hombre, con sus asaltos sensuales, consiguió destruir sus más firmes convicciones. Ahora sabía que no necesitaba de sentimientos para disfrutar del sexo. La había convertido en una mujer lasciva. Y lo peor de todo era que no le importaba; cómo tampoco le importaría acompañarlo a ese rincón. Pero en esta ocasión la cordura ganó la batalla.

—En veinte minutos comienza la presentación.

—Tiempo suficiente para divertirnos, *mi bella fiore*.

Malva se apartó.

—Te Prometo diversión cuando todo termine. Ahora hay que atender a los invitados. Mira. Ahí está el señor Ishikawa. Y según me ha informado Giovanni es vuestro cliente principal. Anda, ve y sedúcelo para que compre mucho.

Enzo la apuntó con el dedo.

—Y tú ni te atrevas a acercarte a los hombres. En lugar de pensar en negocios, lo harían en calcular cuanto tiempo les llevaría arrancarte este precioso vestido —le aconsejó.

—¿Estás celoso? —inquirió ella, divertida.

Él parpadeó con desconcierto.

—Por supuesto que no. Lo digo por… la imagen de la empresa. Por nada más.

—Ya.

Enzo alzó la barbilla con aire altivo.

—¿De veras crees que un hombre cómo yo puede sentir celos? No, *cara.* No. Si acaso, sentido de la propiedad. Ahora, voy a centrarme en

los negocios.

Cierto, se dijo Malva. Enzo jamás sentiría celo por una mujer; porque el corazón de ese hombre nunca albergaría el sentimiento de amor hacia una mujer.

36

La presentación fue todo un éxito y Malva se sintió orgullosa por el trabajo realizado. En ningún momento de flaqueza decayó y ahí, en el escaparate de la tienda más prestigiosa de la ciudad, estaba el resultado.

—Vi las noticias de la presentación. Has hecho un trabajo tan deslumbrante como tú.

El corazón de Malva se paralizó. Alzó la mirada y a través del cristal vio la imagen del hombre que más aborrecía. Intentó serenarse, inspiró hondo y lentamente se giró. Nil seguía tan guapo cómo siempre; con ese aire angelical que encandilaba a todo el mundo. Pero ahora lo conocía bien.

—Ya. Te cegué, pero al llegar las nubes, volviste a ver con claridad. ¿No es así? —dijo con tono gélido.

—Malva. Te llamé e intenté explicarte los motivos. Pero me colgaste.

—Porque no quise escuchar a un cobarde. Un hombre de verdad daría la cara —lo acusó ella.

Nil extendió los brazos.

—Por eso he venido. ¿Hablamos?

—¿Para qué?

—Pues, para solucionar nuestra situación.

Ella le echó una mirada cargada de burla.

—¿Cuál? Mira Nil. No tenemos nada que arreglar. Tú te encargaste de convertirla en mil pedazos. Y estoy demasiado cansada para intentar recomponerla. Mejor dicho. No tengo la menor intención de volver al pasado. Ahora miro hacia el futuro. Que te vaya bien.

Él le sujetó el brazo y le mostró esa sonrisa fascinante que le dedicaba siempre que deseaba algo.

—Por favor. Entremos en ese café y hablemos. Por favor, Malva. He viajado a propósito para verte.

Por supuesto no pensaba caer en su argucia. Pero decidió aceptar la propuesta. Miró el reloj y dijo:

—Puedo dedicarte diez minutos antes de ir a la primera reunión.

—Observo que te has convertido en una mujer muy ocupada —dijo Nil abriendo la puerta.

—Mí vida ha cambiado mucho desde el incidente —dijo Malva entrando en la cafetería.

—¿Para ti fue tan sólo un incidente?

Ella se sentó y alzando la mano pidió dos expresos.

—Al principio me sentí mal. Realmente mal. Pero alguien me hizo comprender que no merecía la pena llorar por haber apostado al número ganador, que podía jugar de nuevo.

—Amapola.

Ella entornó los ojos.

—Fue otra persona.

—¿Una nueva amiga?

—Considero que, tras tú abandono, mi vida ya no es de tú incumbencia.

El camarero trajo las tazas. Nil removió el azúcar y sin mirarla, dijo:

—Admito que hice las cosas mal.

—¿Mal? Di más bien que te comportaste como un cabrón.

—Puedo entender que pasaste una gran vergüenza.

—No sólo eso, Nil. El dolor que sentí fue casi insoportable. Puse todas mis esperanzas, mis sueños en nuestra relación, en nuestro amor. Y a ti te dio lo mismo. Lo tiraste como una colilla.

—No es así. Respetaba nuestra relación.

Ella alzó el cuello con gesto incrédulo.

—¿Estás hablando de respeto? ¡Esto es inverosímil! Tú huida degradó todo lo hermoso convirtiéndolo en bazofia. Fuimos pasto de la prensa y nos insultaron sin piedad. ¡Y fue sólo tú culpa!

—No es cierto. Ya sabes cómo son esos buitres.

—¿Sigues exculpándote? Admite de una vez que fue tú cobardía la que los incitó. Si hubieses pensado con calma, las cosas habrían sido distintas. No habríamos llegado a este extremo. Pero ya no importa. Ha pasado mucho tiempo y las heridas están casi cicatrizadas.

—¿Y si te dijese qué la mía aún está sangrando?

Ella se carcajeó.

—No tengo humor para bromear contigo.

—Hablo en serio. Medité mucho. Y comprendí que cometí el mayor error de mí vida. Intenté localizarte, pero nadie quiso decirme tú paradero; hasta que vi la información en el noticiero. Si quisieras, nosotros…

Malva le lanzó una mirada incendiaria.

—Ni te atrevas a decirlo.

—¿Por qué? Éramos la pareja perfecta. Si olvidamos todo, podemos volver a ser tan felices como antaño.

Malva no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Volver? ¿Es qué la creía tan endeble que con unas lindas carantoñas y palabras sugerentes olvidaría su agravio? Nil, sin duda, era mentecato.

—Esa etapa terminó.

Él volvió a sonreírle en un intento de cautivarla.

—Un amor como el que albergabas no muere tan repentinamente. Sé que aún sientes algo por mí.

Malva lo escrutó. Sí. Su presencia le recordaba lo que juntos vivieron. Y ese recuerdo, asombrosamente, no removió ningún sentimiento de emoción. Ese hombre ya no significaba nada. En realidad, el amor que sintió por él fue un espejismo. El sueño de una chiquilla que aún no había vivido lo suficiente. Ahora lo sabía.

—Ha pasado medio año; tiempo suficiente para olvidar y comenzar de nuevo —dijo.

—¿Tan fácil te ha resultado?

—En realidad, sí. ¿Y sabes la razón? Porque tú acción me abrió los ojos y en especial el corazón. Comprendí que nunca estuve enamorada de ti. Fuiste un mero espejismo.

El semblante de él se cubrió de lividez.

—Lo dices para vengarte.

—Lo digo porque es la dura realidad.

Nil la miró ceñudo.

—¿Hay otro?

Ella apuró la taza y se levantó.

—Los diez minutos han pasado.

Nil le aferró la muñeca.

—¿Estás con otro?

Malva apenas pudo contener la sonrisa al evocar a Enzo. Sí, maldito idiota. Estaba con otro y era un hombre de verdad. Él no escondía sus intenciones. Puso las cartas sobre la mesa y ella aceptó. Nunca fue engañada.

—Nuestra conversación ha concluido. Nuestras vidas se separan para siempre aquí.

—Malva. Por favor, yo…

Ella dejó unas monedas sobre la mesa.

—Qué te vaya bien. Buenas tardes —se despidió, sonriéndole.

Nil la observó mientras abandonaba el café. Si creía que se daría por vencido, estaba muy equivocada. Y si había otro, lo apartaría de un plumazo. Aunque, dudaba que tuviese un nuevo amor. Ella no era de ese tipo de mujeres que iban entregando su corazón con tanta ligereza. Y por supuesto, mucho menos estar con un hombre por el sexo. Nunca fue apasionada. Malva era la típica chica formal y pudorosa. Siempre fue él quién solicitó sus atenciones sexuales. Volvería a sus brazos.

Ella, aún conmocionada por el encuentro, se dirigió a la oficina. Pero su agitación no era a causa de añorar el pasado. Su inquietud ahora era Enzo. Porque el encuentro con Nil le abrió los ojos. La atracción que sentía por su nuevo amante no era tan sólo física. Enzo

para ella era algo mucho más que un ligero enamoramiento. Era el hombre del que comenzaba a estar enamorada de verdad y ese descubrimiento la asustó. Él no la amaría nunca y volvería a sufrir. Tendría que irse antes de que el desastre ocurriese.

Llegó a la empresa y entró en la sala de juntas. Ya estaban todos reunidos.

Enzo clavó sus ojos negros en los de ella. No reflejaban ninguna amabilidad.

—Llega cinco minutos tarde, señorita Baró. ¿Algo la ha entretenido?

—No, señor Leone. Calculé mal el tiempo. Discúlpenme.

Él apretó los dientes. Mentía. La vio en compañía de su ex prometido. La vio sonreírle cuando dejaba la cafetería. Y se sintió furioso. Ella le pertenecía y si ese mequetrefe había venido para quitársela, lo pagaría muy caro. No tenía ni idea de a quién se enfrentaba.

—Enzo. No seas tan quisquilloso. Cinco minutos para una mujer no es nada. Y ahora pasemos a los negocios. Hay que conseguir que la producción mejore.

—Sí. Tenemos lista de espera de meses. Hay que reducir el tiempo. ¡Qué éxito! ¡Hemos tenido una idea fabulosa! —dijo el señor Tiziano con orgullo.

—*Papà*...

—Bien, *figlio*. Fue tuya. Pero te apoyamos, a pesar de qué nos pareció una idea arriesgada.

—Ahora nos centraremos en crear la colección del año que viene. ¿Preparada, Malva? —dijo la señora Flaviana.

Ella la miró dudosa.

—Bueno... Yo.... Es pronto. ¿No le parece?

—¡Qué poco considerada soy! Supongo que necesitas unos días de descanso e ir a España a ver a tú familia. *Vero*?

Malva agradeció a Flaviana que le hubiese dado la solución a su gran problema.

—Sí —dijo.

—No puede —intervino Enzo, al imaginar cuál eran sus intenciones. Malva quería volver con ese idiota.

Su madre le echó una mirada inquisitiva.

—¿Por qué? Malva no tiene nada que ver con la fábrica. Por otro lado, tiene tiempo suficiente para pensar en la nueva colección.

—¿Crees que un artista le da a un botón y crea? No puede perder el tiempo. Hemos puesto mucho en este proyecto. Si quiere ver a la familia, que los invite —dijo Enzo con tono irritado.

Su padre le lanzó una mirada de reprobación.

—Y ha sido más productivo de lo esperado. Así que, no comprendo

esta actitud tan abusiva. Malva tiene derecho a la mitad de sus vacaciones y es libre de tomarlas cuanto se le antoje.

—Cierto, señor Leone. Mañana prepararé el viaje a Barcelona. Supongo que no les importará que Amapola me acompañe.

—No, cielo. Podéis tomaros el tiempo que sea necesario —intervino Flaviana.

—No seas tan laxa, *mamma*. Solamente le permitiré una semana. Ni un día más —puntualizó Enzo, con el mismo tono enojado.

—Ni tú tan estricto.

—Lo digo porque comienza el carnaval y supongo que Malva no querrá perdérselo. ¿No es así? —aclaró él lanzándole una mirada cargada de fuego.

—¡*Ovviamente no*! Es nuestra fiesta más importante y hermosa. Malva querrá conocerla y participar. *Certo*? —dijo Tiziano.

—Por supuesto que querrá y me encargaré personalmente de su disfraz. Será espléndido —decidió su esposa.

—Y la trataremos como se merece. Será nuestra invitada de honor. Malva no es una empleada cualquiera —dijo Tiziano.

Enzo se levantó. Miró fijamente a Malva y refunfuñó:

—Lo sé muy bien, *papà*. Ahora, cómo veo que la reunión ha terminado, voy a mí despacho. Yo sí tengo mucho que hacer. Buenas tardes.

—*Cosa gli succede*? —preguntó el señor Leone.

—No tengo la menor idea —respondió su mujer.

Malva también era incapaz de entender que le pasaba. Durante toda la reunión el trato hacia ella fue arisco. Parecía cómo si su presencia en lugar de satisfacerlo le resultase ahora desagradable. ¿Estaba Enzo cansado de ella? Probablemente. Llevaban juntos casi seis meses y por los comentarios que escuchó sobre él, ninguna de sus amantes continuó más allá de los tres o cuatro. Muy pronto recibiría la sentencia y esa idea le laceró el corazón. Aunque, por otro lado, sintió que era lo mejor que podía suceder antes de que terminase completamente enamorada de ese donjuán. Pero no podía sacar conclusiones con tanta ligereza. A lo mejor estaba molesto por algún asunto de la empresa o con un amigo, o con otra mujer. No. Eso no. No le quedaba tiempo ni energías para poder engañarla tras las horas de pasión que compartían.

—Tengo que salir de dudas —musitó.

Dispuesta a ello, se encaminó hacia las oficinas centrales de la sociedad Leone.

37

Enzo soltó los documentos. Era incapaz de concentrarse. En lo único que podía pensar era en el rostro de Malva sonriéndole a ese desgraciado. ¿Cómo era posible qué tras la putada que le hizo aún albergara amor por él? Porque esa expresión y su excusa por llegar tarde no significaba otra cosa que amor.

Exasperado, se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación como si fuese un lobo en celo. Y no entendía esa actitud de rabia. Ella no significaba nada. No era más que una mujer con la que divertirse y disfrutar de sexo. Una más. Pero esa mujer en este momento era suya y ningún otro podía arrebatársela sin que él la dejase libre antes. Jamás ninguna lo dejó y Malva no sería la primera.

El sonido del teléfono lo devolvió a la realidad. Cogió la llamada. Giovanni le anunció la presencia de Malva.

—Que pase —masculló.

Colgó, se acercó a la puerta y en cuanto sonaron los golpes, abrió.

—Buenas tardes, Enzo —lo saludó Malva.

Él no dijo nada. La aferró de la muñeca y con brusquedad la arrastró hasta dejarla pegada a la pared de espaldas a él.

—¿Qué haces? —protestó ella.

—¿Qué, qué hago? ¿Tú qué crees? —rezongó él cerrando la puerta con llave.

—¡Te has vuelto loco! Es el edificio central y está lleno de empleados. Aquí no podemos.

—De unos empleados que tienen orden de no molestarme a no ser que se hunda el mundo. Así qué, tranquila.

Ella se revolvió.

—¿Cómo qué esté tranquila? Esta situación ya sobrepasa tus excesos. ¡Suéltame!

—¿A qué viene ese repentino pundonor? Hemos follado en situaciones mucho más comprometidas. ¿Has olvidado lo que hicimos en ese restaurante repleto de comensales muy selectos? Te volví loca acariciándote con el pie bajo la mesa y me arrastraste hasta los baños para que te la metiera hasta el fondo y gemiste como una perra cuando te corriste —le recordó Enzo, colérico, pegándose a ella.

—¿Por qué eres tan soez? —le reprochó Malva,

—Sé que te pone muy caliente que te hable así. Ahora no me lo niegues.

—No entiendo qué te pasa hoy conmigo; porque creo que no he hecho nada que pueda molestarte.

Él emitió una risa profunda.

—¿Ah, qué no lo sabes? ¿En serio? Piensa, *cara*. Piensa.

—No entiendo nada. Enzo, por favor, suéltame.

Él tomó sus manos, las elevó y la mantuvo prisionera.

—Pues vas a comprenderlo —gruñó sobre su nuca. Abrió la boca y la lengua recorrió la piel.

Malva, a pesar de la situación insultante, no pudo evitar estremecerse. Se removió intentando escapar, pero Enzo la sujetó con más fuerza.

—No, *bambolina*. Sé que no quieres que te deje. Lo que realmente deseas es que continúe acariciándote, porque a pesar de todo, no puedes renunciar a mis vicios. Y yo te los daré porque eres mía. Sólo mía. *Capisci*?

—Te lo suplico… Déjame ir —jadeó Malva.

—Imposible. Me perteneces.

Ella negó con la cabeza.

—Dilo.

—No. Soy una mujer libre —gimió Malva.

—Di que eres mía. ¡Dilo! —clamó él.

Malva, sintiendo asco por ella misma, aseveró; pues le era imposible renunciar a los ataques sensuales de ese hombre. Desintegraban su voluntad.

—Quiero escucharlo de tú boca —le exigió él.

—Lo soy. Soy tuya.

Enzo le soltó las manos, pero permaneció encerrándola bajo su cuerpo. Malva no intentó huir. Quedó prendida de esa boca caliente y húmeda que se perdía en la curva de su cuello; preguntándose en qué se había convertido. Y la única respuesta que obtuvo fue la más terrorífica. Se había enamorado locamente. Por primera vez, experimentaba lo que era sentirse enamorada de verdad. Un sentimiento tan fuerte que lo único importante era él, tenerlo cerca, adorarlo y gozar de su pasión estremecedora; sin importarle que la utilizara para sus caprichos. Estaría junto a él hasta que la apartase.

—Así me gusta. Dispuesta para mí. Juraste complacerme en todos mis apetitos y lo cumplirás —aseguró él introduciendo las manos bajo el vestido. Apartó la tela, le acarició las nalgas y despacio se arrodilló. Besó la carne prieta y con voz ronca dijo: *Adoro il tuo culetto.*

—Para —le pidió en un intento de terminar con esa insensatez.

Él se carcajeó profundamente y la desprendió de las braguitas. Buscó su centro de placer y la palpó.

La reacción de Malva fue instantánea. Comenzó a respirar entrecortadamente y olvidando todo pudor, se agitó acompasándose a

los movimientos obscenos de esa mano en busca del deleite que le estaba prometiendo.

—Enzo, por favor —le pidió ella, temblorosa, ante los delicados mordiscos sobre las nalgas.

—Sé lo que quieres, pero aún no —se negó él, levantándose. Pero no dejó de hurgarla. Besó su nuca e introdujo la otra mano en el sostén.

Malva exhaló un lamento de impotencia ante la tortura de Enzo.

—**Mi piace quando ti comporti come un gattina in calore*. Noti come sono infiammato? —dijo él ronco.

—Sí. Y te quiero... ahora. Te necesito... Ahora —gimoteó Malva.

Enzo quería hacerla sufrir, quería castigarla por su engaño. No pudo. Su avidez por ella era superior a cualquier otra razón. Con impaciencia, se bajó el pantalón y le separó las piernas.

—*Ce l'ho come una pietra —rugió y la acometió sin el menor miramiento.

Ella suspiró.

—¿Así que es por esto por lo que suspiras? —le preguntó junto al oído, moviéndose con cadencia.

—Sí —musitó ella apoyando las manos en la pared.

—*Perché? Dimmi.*

—Porque me... da mucho... placer.

Él comenzó a acelerar el ritmo.

—*Solo per quello?

Malva, respirando con dificultad, asintió. Jamás le confesaría su amor, pero sí sus apetencias.

—Acaríciame. Tócame —le pidió en apenas un susurro.

*Me gusta cuando te comportas cómo una gatita en celo. ¿Notas lo inflamado que estoy?

*La tengo cómo una piedra.

*¿Sólo por esto?

Enzo la complació. Ella, sumida en una vorágine enloquecedora, se mordió el labio.

—**Ti piace che lo faccia cosi*? —le preguntó él.

—Me hace perder la razón —confesó Malva.

—**A mi piace molto venire e stare dentro di te.* Malva... ¡*Dio*! —gimió Enzo dejándose llevar por el intenso orgasmo.

Malva, al sentir su esencia, también se dejó arrastrar y estalló junto a él.

Respirando con agitación, Enzo se apartó. Volteó a Malva y saqueó su boca con voracidad.

—Enzo, déjame respirar —suspiró ella.

—No puedo. *Adoro la tua bocca*.

Malva entornó los ojos simulando desilusión.

—¿Sólo mí boca? Pensé que estabas completamente loco por cada rincón de mi cuerpo. Me decepcionas.

Él se recompuso los pantalones y la miró circunspecto.

—Yo también lo estoy, Malva. Creí qué era el único que te interesaba.

—No se a qué viene eso. Eres el único —dijo ella. Recogió las bragas y se las puso.

—¿Seguro?

—Hoy estás muy raro. Y esta actitud no me gusta nada.

—Puede que ahí esté el problema, que ya no te gusto tanto.

Malva resopló.

—¿Después de lo que acaba de pasar dices eso?

—El sexo nada tiene que ver con lo que digo.

*¿Te gusta que te lo haga así?

*A me da mucho placer derramarme estando dentro de ti.

—Pues no entiendo a qué te refieres, puesto que entre nosotros no existe nada más.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Creo que algo ha cambiado.

Malva tragó saliva. ¿Se habría dado cuenta del rumbo que habían tomado sus sentimientos? Pues no le daría la satisfacción de confesarle su amor.

—¡Uf, Enzo! Harás que me estalle la cabeza. Lo mejor que puedo hacer es irme a casa. Y si no cambias de actitud, ni te molestes en pasar.

—Ya veo. Una excusa para deshacerte de mí.

—¿A qué viene esa estupidez?

Él se mordió el paladar interior, suspiró, cerró los ojos y volvió a la mirarla con un brillo que no evidenciaba nada amigable.

—Lo digo porque hoy me has mentido. No has llegado tarde por cualquier cosa. Lo has hecho porque te has visto con tú ex prometido.

—¿Me has espiado? —se escandalizó Malva.

Él se carcajeó.

—No, *cara*. Nunca lo he hecho con una mujer. Fui a la tienda para ver el escaparate y os vi en la cafetería. ¿Por qué me has ocultado esta cita?

—Porque no ha sido ninguna cita.

—¡Ja! ¿Te crees que soy idiota?

Ella cruzó los brazos bajo el pecho y lo miró indignada.

—No soy de tú propiedad, ni tenemos una relación normal de pareja; por lo que no tengo obligación de darte explicaciones sobre mis actos cuando no estoy contigo.

Tenía razón, pero jamás se la daría.

—Por supuesto. Pero nuestro acuerdo especificaba que no habrían terceros. ¡Y no lo consentiré!

—Y no los hay. Aunque, los contratos terminan. Y el nuestro lo hará en cuanto tenga necesidad de romper las normas.

—Me acabas de confesar que eres mía y me has demostrado lo mucho que disfrutas conmigo. Aún así, sé que eres tan voluptuosa que podrías sentir lo mismo con otro amante. Pero no puedes concebir lo mismo por ese... ese desgraciado. ¿Qué clase de mujer desea aún al tipo que la avergonzó de ese modo tan abyecto?

Malva no podía creerlo. Estaba envidioso. No era simplemente orgullo. Enzo sentía celos de Nil. Y aprovecharía tan maravillosa circunstancia. Lo haría sufrir.

—Ese desgraciado iba a ser mi marido. Íbamos a casarnos, Enzo. Nos unía algo muy fuerte y era el amor. Lo ocurrido nos dañó. Sí. No pongas esa cara. A los dos. Pero ahora...

—¿Ahora? ¿A qué te refieres con ahora? ¿No estarás pensando en perdonarle? —se alborotó él.

—¿Y por qué no? Todos podemos cometer un error.

—¡Él no cometió ninguno! ¡Lo que hizo fue humillarte! Ese desgraciado no merece ni que lo mires a la cara. Pero lo has hecho y sonriéndole cómo si fuese un angelito. ¡*E incredibile*! —explotó Enzo.

Malva sonrió. Decididamente, estaba celoso.

—Tú no puedes entenderlo, pues nunca has amado. Y el que ama, perdona.

—Tú no tienes idea de...

Ella levantó la mano con gesto firme haciéndolo callar.

—No tenemos nada más que discutir. Me voy a casa. Buenas noches.

Abrió la puerta y dejó a Enzo sumido en la confusión.

38

Enzo cerró dando un portazo.

—¡*Dio*! Me has asustado, *figlio*.

—Lo siento, *mamma*. No esperaba visitas. ¿Por qué no me has avisado?

—¿Desde cuándo tiene tú madre que anunciarse?

Él se sentó tras el escritorio y abrió una carpeta.

—¿Es importante lo qué tienes que decirme? Tengo mucho trabajo.

Flaviana le lanzó una mirada llena de reproche.

—Se más respetuoso. Te ruego que tú mal humor no lo pagues conmigo.

—¿Cómo quieres qué esté? Estoy colapsado por los asuntos de la empresa; mientras que otros se están divirtiendo. Necesito la presencia de Amapola.

Su madre simuló una sonrisa.

—Ya. De Amapola.

—Sí, *mamma.* De la contable. Se nos está echando el tiempo encima y hay que hacer las previsiones para la nueva temporada.

—¿Por qué? Esta está funcionando de maravilla. Podemos mantenerla a la venta mucho más tiempo. La nueva colección no es urgente.

—No opino lo mismo. Nuestros competidores pueden tomar la delantera.

—¿Qué competidores? Somos los únicos en esta línea. Aunque, supongo que a partir de ahora comenzarán a imitarnos. Pero dudo que consigan a un diseñador como Malva. Ella es la mejor. ¿No opinas lo mismo?

—¿Me dices ya de una vez qué quieres? —gruñó Enzo.

—Hoy es la fiesta del cónsul de Japón. Y cómo te conozco, sé que estás pensado no ir.

—Exacto. No me apetece. Papá y tú podéis representarme sin complicaciones.

—Los nipones son los principales clientes. Y cómo dices que te preocupas tanto por el negocio, tus apetencias no cuentan. No tienes más remedio que ir, pues quieren ver al genio de la empresa. Se nos espera a las siete. Se puntual. ¿*Capito*?

—*Capito, mamma. Capito*.

A la hora acordada, Enzo cruzó la puerta del consulado. Frunció el

ceño al ver la gran cantidad de invitados. Nunca soportó las celebraciones multitudinarias. Aún así, la exquisita educación recibida no permitió que su desagrado no cruzase la frontera de la descortesía. Atendió a cada uno que se interesó por él, pero tras una hora de sonreír y mantener conversaciones que apenas escuchaba, a pesar del intenso frío, salió al jardín. Aspiró el aire helado y dio un sorbo a la copa.

—A mí también me agobian las masas.

Enzo se dio la vuelta. Junto a él estaba una de las muchachas más hermosas con las que se topó. Sus rasgos japoneses eran perfectos, suaves y misteriosos. Aún así, no sintió la menor atracción por ella.

—¿Señorita...?

—Sensai. Significa delicada.

—Muy adecuado a su persona. Yo soy...

—Enzo Leone. No se asombre. Hace unos meses que vivo con mi padre el cónsul y estoy al corriente de las noticias. Es usted muy famoso.

—No crea todo lo que se cuenta.

—Lo cierto es que, lo he visto en compañía de mujeres muy atractivas y también que sus conquistas no son duraderas. Auque, últimamente apenas les da carnaza. Se le ve muy solo. ¿Acaso no encuentra a ninguna mujer que lo atraiga lo suficiente? ¿Puede qué se esté reformando?

Él le dedicó su famosa sonrisa.

—No tengo la menor necesidad, *signorina*. Siempre he sido congruente con mis acciones. La diversión forma parte de la vida y hago uso de ella. ¿Usted no?

Ella también le devolvió una amplia sonrisa.

—Siempre que me es posible. Pero aquí sería muy comprometido. Deberíamos ir a otra parte. ¿No le parece? —dijo posando la mano sobre el pecho de él.

Enzo apuró el contenido del vaso. Sensai era una muñequita por la que muchos hombres perderían la cabeza. Una niña convertida recientemente en mujer, pero su inocencia era un espejismo. Porque la hija del cónsul, era evidente, la perdió mucho tiempo atrás. No mostraba la más mínima vergüenza al insinuarse; por el contrario, lo estaba haciendo con todo el descaro. Tiempo atrás no hubiese dudado en llevarla a un rincón para meterse entre sus piernas. Pero no le apetecía en absoluto. No obstante, debería hacerlo. Tenía que matar ese deseo por Malva que lo consumía.

—¿Qué me dice? —insistió ella.

Enzo no quería depender de una mujer. Ninguna conseguiría atar sus apetencias. Era un hombre libre. Le rodeó la cintura con las manos y miró sus labios que lo invitaban a perderse en su boca. Y lo hizo. La

besó. Ella se pegó a su cuerpo y gimió complacida. Había logrado conquistar a uno de los hombres más deseados del mundo. Pero de repente, él se apartó y le ofreció una sonrisa de disculpa.

—Me encantaría aceptar tú propuesta. Sin embargo, estoy aquí por negocios.

—¿Y después? ¿También estará ocupado?

—He de madrugar. Pero puede que nos veamos en otra ocasión. Ha sido un placer conocerte —dijo dando media vuelta.

Sensai parpadeó confusa. ¿Qué había pasado? Le pareció que él disfrutaba del beso.

No. Enzo no disfrutó en absoluto. Lo dejó indiferente. Y esa indiferencia, lo enfureció. ¿Qué demonios estaba haciendo Malva con él? Desde que se marchó a Barcelona apenas pudo dormir tranquilo, ni disfrutar de la comida, ni concentrarse en el trabajo. Su única obsesión consistía en imaginar a Malva con ese cabrón. Porque estaba convencido de que la marcha de ella fue a causa de él. Y esa idea lo enfureció tanto que estuvo a punto de coger el avión para traerla de vuelta. Lo único que lo detuvo fue el orgullo. Jamás correría tras una mujer. Nunca.

Se acercó a su madre.

—Creo que ya he hecho acto de presencia y aguantado a mucho pelma, y estoy cansado. Me marcho. Despídeme de papa. Buenas noches.

Cuando entró en casa abrió el balcón y miró cómo la luna llena se reflejaba en el canal. Era una imagen que siempre le hizo sentir bienestar. Esa noche, no logró devolverle el ánimo. Sentía un vacío muy hondo en el pecho y una gran apatía; tanta que, fue incapaz de aceptar la propuesta de esa muchacha deliciosa. Y no entendía el motivo. Siempre que estuvo con una mujer lo hizo porque le pareció la más indicada para cumplir con sus necesidades. Aún así, esa razón nunca fue fundamental para dejar de ir con otras; puesto que ninguna lo satisfizo por completo. Por otro lado, la fidelidad no tenía cabida en su modo de vida. ¿Por qué conformarse con placeres exclusivos cuándo podía regocijarse con muchos más? Y ahora, Malva, estaba agrietando sus cimientos. Pero no le permitiría que los derribase por completo. Aún estaba a tiempo de recomponer el desastre. Malva no se convertiría en nadie especial. Terminaría de jugar con ella y la echaría sin contemplaciones, al igual que hizo con las demás. Y después, lo que hiciese, no le afectaría en absoluto. Si quería regresar con ese mequetrefe ya no sería asunto suyo.

El sonido de la puerta de la terraza de Malva provocó que su corazón saltase. Caminó con rapidez hacia la puerta y asió el pomo.

—Pero. ¿Qué demonios te pasa? ¿Adónde vas? No seas idiota. Ella no dirige tú voluntad —rezongó.

Al parecer, sí lo hacia y abrió. Con determinación bajó al piso de abajo. Tenía que hablar con Malva.

Ella se encontraba contemplando la luz plateada que caía sobre el canal. Los días que pasó en Barcelona fueron muy importantes para decidir sobre el futuro. Pudo pensar y aclarar sus sentimientos. Definitivamente, Nil ya no significaba nada. En realidad, se dio cuenta que nunca lo significó. Fue una ilusión juvenil. Ese deseo que tienen las muchachas por la llegada del príncipe azul. Pero el beso de otro príncipe la despertó del letargo. Ahora estaba segura de lo que quería. Sin embargo, esa certeza se hundía en la ciénaga de lo quimérico. Enzo jamás entregaría su corazón a nadie. Enzo jamás amaría como ella deseaba. Y aunque se dijo que aceptaría cualquier situación que él le demandara, ya no podía aceptar esas condiciones. No estaba dispuesta a sufrir.

El timbre sonó. Abandonó la terraza preguntándose quién podría ser, porque Amapola estaba con Giovanni. Abrió.

—Enzo… —musitó.

—¿No me invitas a pasar?

—Es muy tarde y estoy cansada del viaje.

Él la apartó y entró.

—¿Es qué no me has echado de menos*, cara*? Pensé que, tras tantos días, estarías deseando estar conmigo.

Sí. Moría por sentir de nuevo sus caricias, sus besos, su peso sobre ella; pero sobre todo, ver como se volvía loco por ella. Aún así, no podía volver a ser su esclava. No esperaría a que él rompiese las cadenas. Tenía que alejarse cuanto antes.

—Enzo…

Él cerró su boca con la suya y la besó con avidez. Ella intentó no sucumbir a su canto de serpiente, pero con el veneno que le inoculaba le fue imposible. La ponzoña del deseo se extendió por cada poro de su piel y le correspondió; jurándose que esta sería la última vez que sucumbía a hechizo de sus juegos.

—Sí que me has extrañado —susurró Enzo, aliviado por su reacción. Eso significaba que entre ella y ese pintor no ocurrió nada.

—No seas tan vanidoso. A ti no.

El la miró ceñudo.

—¿Qué significa eso?

—Está bien claro. Me refiero a nuestro juego.

Enzo la estrechó con fuerza y la miró embelesado.

—¿Así qué quieres divertirte?

—Mucho, sí.

—En ese caso, no perdamos más tiempo —dijo él cargándola en brazos.

39

Malva despertó. Enzo dormía. Lo miró con ternura y su corazón se encogió al pensar que sería la última vez que compartirían esa intimidad. Definitivamente, su relación estaba terminada.

Enzo abrió los ojos.

—Buenos días, dormilón.

Él le acarició la mejilla.

—Buenos días, *bella ragazza*.

Malva se levantó.

—Es hora de ponerse en marcha. Hay que ir a la empresa.

Enzo la asió de la muñeca y tiró de ella.

—Puedes permitirte llegar tarde. El jefe no te regañará. Ven. Quiero darte los buenos días de una manera muy, muy especial.

Ella se deshizo de su mano.

—Ya hemos tenido una noche especial. Ahora es momento de ser responsables. Levanta. Venga.

Enzo bufó.

—Eres mala.

—Mucho. Venga, vístete y ve a tú casa a cambiarte. Yo iré a ducharme.

Él se levantó y tomó su mano.

—¿Nunca te he dicho que soy una persona muy implicada con el cambio climático? Pues lo soy, princesa. Y no hay nada más importante que ahorrar agua. Así que, contribuiremos duchándonos juntos.

Malva dudó. ¡Era una idea tan tentadora! Tanto que, no pudo negarse. Ya rompería con él más tarde.

Dos horas después, Malva llegaba a la empresa.

—Hola, cielo. ¿Cómo estás? ¿Has hablado con Enzo?

—No, Amapola. No lo he hecho.

Su amiga se sentó en el borde de la mesa y la miró con preocupación.

—¿Después de lo que hablamos? Malva, tienes que poner fin a esta situación o volverás a sufrir.

—Lo sé.

—Pero no quieres perderlo. Chica, se coherente. Sabes que el jefe jamás aceptará una relación formal; ni mucho menos matrimonio ni hijos. Y ese sueño es el que siempre has querido. No renuncies a él por

un amor que lo único que te reportará es dolor. Ya te has liberado del lastre que te provocó Nil. Piensa en ello.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—¿Sobre qué?

—Giovanni.

Amapola bajó de la mesa.

—Eso es diferente. Nosotros lo único que compartimos es las ganas de pasarlo bien. No buscamos nada más.

—¿Seguro?

—Del todo.

—Permíteme que lo ponga en duda. Nunca vi que miraras a otro como lo miras a él. Hay en tus ojos amor.

Su amiga rompió a reír.

—¿Pero de qué tonterías hablas? No es más que un crío.

—Que ha conseguido doblegarte. ¿O no es cierto qué vas hacia él al igual que un perro faldero cuando te llama? Aunque no quieras admitirlo, le quieres.

—¡Bobadas! La que sí está muriendo de amor eres tú. Y por tu bien, soluciónalo cuanto antes.

Malva, cómo siempre que urdía una idea, se mordió la uña del dedo pulgar.

—¿Qué?

—Tengo dudas sobre Enzo. A veces me da la sensación que está enamorado de mí.

—¡Uf! No. No me vengas con esas. Enzo solamente es capaz de pensar en su propio beneficio y esas personas jamás se entregan a los demás. Aparta esa absurda idea. ¡Bien! Tengo que ponerme con las finanzas. Hablaremos mañana. Hoy como con unos banqueros y esta noche la dedico a Giovanni. ¡Bay!

Amapola tenía razón, pensó Malva. No podía posponerlo más. Esa misma noche rompería con el hombre que amaba.

Enzo, sin imaginar lo que esa noche le deparaba, entró en casa de Malva con un ramo de flores.

—Llevamos meses juntos y me he percatado de que nunca te he regalado flores. ¿Y sabes la razón? Porque tú eres la más hermosa y ellas palidecen ante tú presencia, *amore*. Pero no he podido resistir la tentación. *Ti piacciono*?

Malva, conteniendo la emoción, aseveró. ¿Cómo podía romper con ese hombre tan encantador, tan apasionado, tan fabuloso? Pero tenía que hacerlo por su bien.

—Las pondré en un jarrón.

—Tenía pensado ir a cenar a la isla de Murano. Pero me apetece más quedarme aquí. ¿Quieres comida china, hindú o española?

—No tengo mucho apetito.

Enzo la rodeó con sus brazos y le habló con voz sensual sobre la nuca.

—Pues, yo estoy hambriento. ¿Y sabes lo que realmente me apetece? ¿Lo adivinas? Sí. *Cara*. Alimentarme de ti.

—Enzo... Quiero hablar contigo.

—¿Es necesario hacerlo ahora? Mira como me tienes ya —bromeó él frotándose contra sus nalgas.

Malva se liberó de su abrazo y se sentó en la butaca.

—Por favor —le pidió, indicándole que se acomodase ante ella.

Él, son expresión ceñuda, obedeció. Malva, nerviosa, se frotó las manos.

—Enzo yo... Es que... No se cómo decirlo pero...

El estómago de él se encogió. Lo qué más temió había ocurrido. Malva iba a decirle que volvió con su ex prometido.

—Dilo —dijo con tono gélido.

—Es sobre nosotros —Malva tragó saliva e intentó mantener la mirada fija sobre él. Tenía que mostrar entereza y sobre todo determinación.

Enzo la fulminó con la mirada.

—Intuyo que no será una gran noticia.

—He decidido que el juego entre nosotros ha terminado.

Él intentó amarrar la furia. Tomó aire por la nariz y preguntó:

—¿La razón? Debe haber alguna. Y no me vengas con eso de que nuestra relación ya no te aporta nada; porque no, más bien afirmo que no es cierto. Esta mañana me lo has demostrado. Así que, te escucho.

—Simplemente no quiero seguir.

—¿Así de sencillo?

—Pues, sí.

Enzo soltó una risita escéptica.

—Ya. Sé qué hay algo más. ¿Qué me ocultas, Malva?

Ella le echó una mirada cargada de desagrado.

—Si tengo razones o no, no son de tu incumbencia. No somos pareja, ni nos une una relación sentimental. No tengo que darte explicaciones. Quiero cortar y punto. Se acabó, Enzo.

—¿Qué se acabó? ¡Ni lo sueñes! Cortaremos cuando yo lo decida. Seguirás conmigo. ¿Te queda claro? ¡Eres mía! ¡Sólo mía! —explotó él.

—¿Cómo dices? Sin duda, has enloquecido —dijo Malva, perpleja.

Enzo se levantó y la apuntó con el dedo.

—No consentiré que te toque otro. Y mucho menos un infeliz que no te merecerá.

Ella arrugó la nariz y se enfrentó a él.

—Haré lo que se me antoje y tú no podrás hacer nada. ¿Y sabes el motivo? Simplemente porque nosotros no somos nada.

—Somos amantes, *cara*.

—La palabra amantes significa aquellos que aman. Tú y yo no nos queremos —dijo. Suspiró y añadió: Acéptalo, Enzo. Esto ha llegado a su fin.

—No.

—Enzo…

—¿Es por ese pintor? Por supuesto. Por eso te fuiste a Barcelona; para encontrarte con él. ¿En serio, Malva? ¿De verdad lo has perdonado? *Buon Dio*! ¿Has enloquecido? ¡Ese tipo no te hará feliz! No te dará lo que yo puedo darte.

—Tú no sabes lo que yo quiero.

Él resopló.

—¿Y lo quieres a él? *Mamma mia*! *Non posso crederci*! ¿Te has acostado con él? ¿Lo has hecho? ¡Dilo!

Malva reprimió una sonrisa. Enzo estaba celoso. Tal vez había una pequeña esperanza de que comenzara a amarla. Y no la dejaría pasar. Haría lo imposible para salir de dudas. Lo arrastraría hacia un nuevo juego. Un juego dónde ahora serían tres los participantes.

—No voy a responder a esa pregunta.

El rostro de Enzo se contrajo de ira.

—Si lo has hecho, has roto las normas del juego. ¿Has olvidado que acordamos que no habrían terceros? —siseó.

Ella se levantó.

—En los juegos siempre hay tramposos que rompen las reglas. Mira, Enzo. He dicho todo lo que tenía que decir. Ahora te rogaría que te marchases.

—Malva. No voy a…

—Por favor. A pesar de tus acciones, sé que eres un caballero. Y como tal, aceptarás que deje la partida. Y por supuesto, que siga trabajando el tú empresa.

Enzo apretó los dientes. ¿Qué la dejara en paz? Indudablemente no lo haría. Su historia finalizaría cuándo a él se le antojase. Sin embargo, nunca le demostraría que aún la deseaba hasta doler. Iniciaría un nuevo juego, en el cuál serían más de un jugador. Y Malva caería de nuevo en su red.

40

Malva no podía creer que Enzo se hubiese tomado la ruptura con tanta serenidad. Esperó acoso, autoridad y que la martirizara en el trabajo. No hizo ninguna de esas cosas. Durante toda la semana trabajaron juntos sin ningún problema ni insinuación. Era cómo si nunca hubiesen compartido tanta intimidad. Tal como le dijo cuando la contrató era todo un profesional. En cambio ella, cada vez que acudía a la oficina padecía taquicardia. Le era imposible borrar de la memoria los momentos vividos a su lado.

—¿Habéis decidido que haréis con los contratos que conseguimos en Marruecos? Ya ha pasado mucho tiempo.

Enzo intentó que su mente dejara de evocar esa noche mágica en el aljibe. Le fue imposible. Malva ocupaba cada uno de sus pensamientos. Pero ella parecía que olvidó todo. Ante su presencia no mostraba emoción alguna. Solamente indiferencia. Pero acabaría por franquear esa frontera que había levantado. La cruzaría para volver a tener esa Malva que tanta satisfacción le regalaba.

—Es un asunto que ha decidido llevarlo mi madre. Ya te comentará.

—Bien.

—Por hoy hemos terminado.

Malva miró la hora.

—Apenas son las cinco.

—No me queda nada más que hacer aquí.

—Hay que decidir las pieles y...

Él se levantó.

—Eso lleva tiempo y tengo asuntos privados que atender.

Enzo se ajustó la americana y le guiñó un ojo.

—Tengo más vida a parte del trabajo; por ejemplo, gozar de las diversiones. Buenas tardes, *signorina* Malva.

Ella permaneció unos segundos paralizada. ¿A qué se refirió con gozar?

—No. No es posible. ¿O si? —cuchicheó.

La puerta se abrió.

—¿Ahora hablas sola? Muy mal, *darling*.

—Es que Enzo me tiene confusa. Cuando lo abandoné se encolerizó. Juró que no me dejaría ir. Y ahora, está indiferente. No me ha mirado ni una sola vez con deseo y solamente abandona las oficinas centrales

para venir aquí cuando es imprescindible.

—Puede que ya no quiera nada contigo.

—¿Lo crees de verdad?

—Los hombres dicen que somos muy complicadas, pero con mí experiencia, he llegado a la conclusión que ellos no los son menos. ¡En fin! El tiempo lo dirá. ¿Nos vamos?

—¿Hoy no has quedado con el asistente?

—¡Uf! No. Últimamente apenas he tenido un segundo de libertad. Por otro lado, mí amiga necesita que la mimen. Esta noche será de chicas. Pediremos unas pizzas, guarrerías y veremos una película que nos haga llorar mucho.

—Un plan extraordinario —suspiró Malva.

—¿Verdad? ¡Venga! Guarda todo y larguémonos.

La velada transcurrió al igual que las de antaño, cómo si los últimos acontecimientos no hubiesen sucedido. Sin embargo, muy poco duró el espejismo.

—¡No puede ser! —jadeó Malva.

—¿Qué pasa? Déjame ver.

Malva, con ojos húmedos, le pasó el teléfono.

—Cariño. No veo nada especial —dijo Amapola, al ver la fotografía. Enzo, en compañía de una morena despampanante, salía de un local de moda.

—¿Cómo qué no? Van cogidos de la mano y Enzo no la mira precisamente como una hermana. Mira lo que han... comentado los... periodistas —farfulló comenzando a llorar.

Amapola la abrazó.

—Por favor, no te hagas esto. Ya sabes cómo son estas cosas. Inventan para vender.

—Conozco muy bien esa expresión. Y puedo... imaginar lo que sucederá... después. ¿Por qué me hace esto?

Su amiga suspiró.

—Lo dejaste, Malva. Y por visto, hiciste muy bien. No ha tardado ni una semana en buscarte una sustituta.

Ella lloró con más desgarro.

—¡Maldita sea! Pensé que habías sido más lista y que no caíste en las garras del amor. ¡Volvemos a las andadas! Pero en esta ocasión no permitiré que te hundas. Además, no es la misma situación.

—¿Cómo... qué no? He... Perdido al hombre que amo —hipó Malva.

—No es verdad. Esta vez has sido tú la que ha huido. Enzo deseaba seguir contigo. Y estoy convencida que esto —dijo Amapola señalándole la foto —es para provocarte. Y lo ha conseguido. Espera que corras de nuevo hacia él. Pero no debes ceder con tanta facilidad. Ahora tienes que ser tú la que lleve las riendas. Enzo debe comprender que no eres esa mujer fácil que pensaba; y también que está

enamorado.

Malva soltó una risa amarga.

—¿A qué viene este cambio de opinión? Antes has dicho que hice bien en dejarlo.

Amapola levantó los hombros y sonrió.

—Ya sabes que no me paro a pensar. Pero cuando lo hago, llego a conclusiones. La prensa siempre nos ha mostrado un señor Leone mujeriego. La amante que ha pasado más tiempo junto a él apenas le duró dos meses. En cambio tú has roto el patrón. Medio año y sin pensamiento de deshacerte de ti. Al contrario, deseaba seguir contigo. Por lo que he llegado a la conclusión que le gustas y mucho. ¿Qué está enamorado? No puedo jurarlo. Pero tengo el pálpito que si continuaseis juntos, llegaría a amarte con locura, *darling*.

Malva se sorbió la nariz.

—¿Lo crees de verdad?

—Sin la menor duda. Pero claro, si no pones remedio cuanto antes, la oportunidad se evaporará. ¿No dijiste que pensabas ponerlo celoso?

—Sí. Pero he descubierto que no soy tan estratega.

—En ese caso, tendré que echarte una mano. ¿Sabes? En Barcelona me enteré que el rajado vendrá dentro de dos días a exponer aquí.

—No pienso verlo —dijo Malva.

—Niña. ¿Eres tonta? Me contaste que Enzo se puso furibundo cuando pensó que lo dejabas para regresar con él . Pues ha llegado el momento de se actuar. Si él se pasea con modelos, tú le haces creer que estás de nuevo con tu ex. Irás a esa exposición. Bueno. Iremos las dos y mostraremos al mundo el cariño que sentimos por ese cabroncete, aunque lo que realmente me gustaría es partirle la cara. Pero una hace lo que haga falta por una amiga. ¿Te ha quedado claro el plan?

—No se...

—¡Ay, por la Virgen Santa! No me seas tan moña y compórtate como una mujer.

—Pero él...

—¡Pero! ¡Pero! Malva. Sólo hay dos soluciones. Te retiras y dejas escapar al hombre que amas o peleas para conquistarlo. Enzo, a pesar de su apariencia, esconde un corazón. Solamente hay que ponerlo en marcha y sé que tú eres la idónea para conseguirlo.

—Te equivocas. Pero lo ocurrido me ha dado una lección y es que nunca hay que rendirse si no has luchado antes.

—¡Esa es mí chica! ¡A por ese corazón de hielo!

41

Flaviana entró en el despacho.

—*Buongiorno, cara*. Vengo a hablarte de algo muy interesante. Te va a entusiasmar.

—Me has llenado de curiosidad, Flaviana. Siéntate y cuenta.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos que hablamos de una línea más económica para vender a un mayor número de mujeres? Pues, ese momento ha llegado. Mis dos *uomini* me han dado vía libre.

—¿En serio?

Malva no podía creerlo. De su marido podía esperarlo, pues adoraba a su mujer y no era capaz de negarle ningún capricho. ¿Pero Enzo aceptó fabricar para las grandes masas? ¡Inaudito!

—Si, *ragazza*. Aunque, no te emociones. Serán objetos de calidad y a consecuencia de ello, un poco más costosos de lo esperado. Pero una mujer podrá permitírselos con un poquito de esfuerzo.

—¡Estupendo! ¿Y cuándo comienzas?

—Dirás comenzamos.

—Pero... Yo estoy con la línea de Enzo. Temo que no tendré tiempo para dedicarte, Flaviana.

—¡Bobadas! Podrás. Lo único que deberás hacer es asesorarme para elegir los diseños adecuados a cada pieza. Me refiero a esos que contratasteis en Marruecos. ¡Son preciosos!

Malva asintió con un halo de tristeza al recordar lo vivido ese fin de semana.

—Será un placer.

Flaviana se levantó.

—¡*È fantastico*! En ese caso me voy. Quiero ir a una exposición de cuadros. Es de un pintor con gran provenir. ¿Te apetece acompañarme?

—Ya tenía pensado ir. El artista es amigo mío. Mejor dicho. Es mi ex prometido.

Flaviana, a pesar de conocer todos los detalles por haberse informado, simuló sorpresa.

—¿En serio? ¡Vaya! ¿Y qué pasó? ¿Te engañó con otra? ¿O te diste cuenta que no te convenía? ¡Uy! Perdona. No he querido ser indiscreta. No tienes porque responderme.

—Me dejó. Y lo hizo frente al altar.

—*Dio mio*! ¿Y aún así mantienes una buena relación? Asombroso.

Malva, como sabía que le contaría la conversación a Enzo, dijo:

—Cuando fui a Barcelona hablamos y lo comprendí. Hay situaciones en las que uno no puede enfrentarse a la realidad y le invade el terror. Pero después, recapacita y pide perdón.

—Yo no lo hubiese perdonado. *Mai*! —aseguró Flaviana con enfado.

—Pero el amor todo lo excusa.

—¿Te has planteado regresar con él? ¿En serio?—se escandalizó la mujer.

—Lo estoy pensando. ¡En fin! El tiempo lo dirá.

—Hablando de tiempo, debo irme. Tengo que prepararme para la exposición. Nos vemos, querida.

Cuando llegó a casa se encontró con Enzo. Abrió el móvil y se lo mostró.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado? —dijo.

—Buenos días, madre.

—¿Alguna explicación? —insistió ella.

El miró la foto.

—Es una amiga.

—Pensé que esas correrías habían terminado.

—¿Por qué? Si estuve contenido fue por el trabajo. Pero ahora ya puedo relajarme.

—Relajarte. Ya. ¿Y cuándo piensas sentar la cabeza? —se exasperó Flaviana.

—¿Otra vez con lo mismo?

—No descansaré hasta conseguir que formes una familia. Y con esta mujer no lo harás. Es otra arribista que lo único que busca es cazarte porque eres rico y famoso.

—Y guapo. No lo olvides, mamá. Por favor, no te enfades —dijo él abrazándola.

—Tus carantoñas no harán que se me pase el enfado. Pero si me acompañas a la exposición, tal vez. Enzo. Ya sabes que no me gusta ir sola a esos eventos y tú padre está con unos clientes muy importantes. Hazme este favor.

—Tengo otro plan.

—Este te gustará más. Voy a ver la obra de Nil Borrás. ¿Te suena? Es el ex prometido de Malva. Ese que la dejó ante el altar. Tengo curiosidad por conocerlo.

—Lo sé. Y no me apetece verlo —gruñó Enzo.

—Pues a Malva sí. Me ha dicho que irá —dijo Flaviana con expresión indiferente.

—¿En serio? —musitó su hijo.

—¡Oh, sí! Incluso me ha confesado que lo perdonó y que está dudando si regresar con él. ¿Te lo puedes creer?

No. Enzo no podía creer que Malva fuese tan boba, tan maleable.

Pero lo dejó de improvisto y esa podía ser la razón real.

—De las mujeres me lo puedo creer todo —masculló.

—Eres demasiado receloso, querido. Aunque, no me extraña. Con el tipo de chicas que te codeas... Hijo. Si me permites, te diré que has sido muy tonto. Tenías al lado a la mujer ideal y la has dejado escapar.

—¿Qué mujer?

—¡Malva, por supuesto! Guapa, lista y encantadora. Tenía muchas esperanzas puestas en que llegase a ser mi nuera y la madre de mis nietos. Pero claro, el díscolo de mí hijo no se entera que la felicidad estaba tan cerca. ¡Está bien! Olvidemos el tema. ¿Me acompañas a la galería? No. Veo que no te interesa. Pero te advierto que es una gran artista y qué su musa siempre ha sido Malva. Y puede que, por lo que dijo, lo siga siéndolo a partir de ahora.

No, se dijo Enzo. No lo sería. Porque no lo iba a permitir. Malva era suya y nadie se la quitaría.

—Oyéndote ahora, de repente, me ha entrado mucha curiosidad. Iré.

Ella sonrió satisfecha. Siempre tuvo el pálpito de que a su hijo le gustaba Malva y ahora se iba revelando esa corazonada. Aunque, la confirmación llegaría cuando estuviesen enfrentados Nil, Malva y Enzo.

—Pues ve a arreglarte y ven a recogerme. Estaré lista en una hora.

Lo hizo. Pero también se ocupó de llamar a su última conquista y en el tiempo especulado, recogió a su madre y marcharon hacia la galería.

El número de invitados era considerable. Enzo reconoció a muchos de sus clientes y a famosos de varias profesiones; pero no localizó a Malva.

Amapola se acercó.

—Si buscas a Malva está en el despacho con Nil.

Él contuvo la furia que se desencadenó en su vientre al imaginar que podía estar ocurriendo entre esas cuatro paredes. Le dedicó una sonrisa desganada y continuó mirando a su alrededor.

—Busco a otra mujer. ¡Ahí esta! —dijo. Alzó la mano y caminó hacia ella.

Amapola arrugó la nariz. Si en la foto era preciosa, al natural era despampanante. Sin duda, Malva tenía una rival muy poderosa. Aunque, al verla cruzar la puerta, ella también estaba deslumbrante.

Lo mismo pensó Enzo. Malva lucía perfecta con el vestido rojo, de escote pronunciado, corto hasta cortar el aliento y el cabello recogido en un complejo tocado, que dejaba al descubierto su estilado cuello.

—¡Increíble! Malva está espectacular. ¿No te parece, hijo? —dijo Flaviana.

—Demasiado atrevida para un evento cómo este —gruñó Enzo.

—Diría lo mismo de una mujer madura. Pero cuando una mujer es bonita debe aprovechar la juventud. Además... —Calló al reconocer a la amante de su hijo—. ¿Qué hace esa mujer aquí? ¿Es qué piensas presentarla en sociedad?

Él echó una ojeada a su amiga y después volvió a mirar a Malva. Nil la acompañaba con una enorme sonrisa estampada en su rostro angelical y apretando los puños, dijo:

—Nunca he escondido a mis amigas especiales. Y ahora, si me disculpas, me dedicaré a mirar los cuadros, pues es el motivo de nuestra presencia aquí. ¿No, madre?

Fue en busca de su acompañante y observó la obra del pintor. A pesar de la inquina, le fue imposible no aceptar que el cabrón poseía talento. En especial, cuando se plantó ante la pintura principal de la exposición. Malva fue reflejada en toda su plenitud. Y comprendió que Nil, a pesar de sus felonías, amaba a su musa. Y esa revelación fue como una puñalada en el corazón.

42

Enzo fue en busca de su acompañante y juntos se acercaron al pintor.

—Buenas noches, señor Borrás. Soy el señor Enzo Leone y ella es la señorita Lionetta.

Nil clavó sus ojos azules en su rostro risueño. ¿Así que ese hombre tan atractivo y elegante era el jefe de Malva? ¿Sería por su causa qué se negó a reanudar la relación? Tendría que averiguarlo. Les estrechó la mano y miró detenidamente a la mujer. El nombre le venía que ni pintado. Era una leona fiera. Una mujer por la que cualquier hombre se volvería loco. Y más un pintor. Pero esa etapa salvaje llegó a su fin en cuanto conoció a Malva. Ahora su interés se entraba sólo en ella.

—Me parecen muy bonitas sus pinturas —dijo Lionetta.

Nil evitó reír. ¿Bonitas? Esa mujer no tenía ni idea de lo que era el arte. No obstante, su belleza apabullante suplía cualquier ignorancia.

—Yo también le felicito. Su obra es muy interesante. En especial el cuadro dónde aparece Malva. ¿A qué soy un hombre muy afortunado? Disfruto a todas horas de su belleza y de sus inesperadas destrezas. Nuestra unión nos está reportando grandes satisfacciones. Diría que Malva es más portentosa de lo que supuse —dijo sonriendo aún más, al ver cómo la faz del pintor se demudaba.

—¿Ah, sí? —rezongó Nil. Sus sospechas se estaban confirmando.

—Me refiero a sus diseños, por supuesto. Al parecer me he expresado incorrectamente. Cosas del idioma. Ya sabe. Las traducciones... No piense otra cosa que no sea de trabajo. La señorita Baró es muy formal.

—Todo lo contrario a usted. Lo digo por lo que he visto en prensa. Pero no se lo echo en cara. Es un simple comentario. Soy de la opinión de que un hombre y además soltero, puede disfrutar tanto cómo se le antoje y de la manera que más le plazca —replicó Nil, más aliviado.

—Al igual que las mujeres —contestó Enzo.

Malva se acercó a ellos y se colocó junto a Nil, escrutando a la morena despampanante.

—¿Usted opina igual, señorita Malva? —le preguntó Enzo.

—Por supuesto. El tiempo de la esclavitud ha pasado. Ahora somos libres. ¿No me presenta a su acompañante, señor Leone?

—Ella es mí amiga Lionetta.

Malva ladeó el rostro y los miró divertida.

—¡Extraordinario! Hasta en los nombres se han conjugado. Lo digo porque también hacen muy buena pareja. Hoy la prensa ha dicho que tal vez se casen. No me extraña que los adoren. Los dos les dan mucha carnaza. Porque ahora, viéndola de cerca, la he reconocido. Ha sido premiada por ser la mejor modelo del año. ¿Me equivoco?

—No, señorita. No se equivoca —respondió Lionetta con aire altivo.

Enzo se sintió satisfecho ante los celos de Malva. Porque a pesar de su rostro risueño, se moría de celos.

—Sabe que no somos los únicos que han dado una portada en los periódicos y seguro que mañana, en lugar de hablar de su obra señor Borrás, lo harán de la posible reconciliación de ustedes dos. Ya sabe... Tras lo que hizo, será una noticia bomba —le recordó Enzo.

Nil pasó el brazo tras la cintura de Malva y con una sonrisa triunfal, dijo:

—No me importa que especulen, señor Leone. No si finalmente les damos la razón. ¿No es así, querida?

Malva tuvo la tentación de apartarlo de un manotazo, pero viendo la transformación del rostro de Enzo, aguantó la situación. Los celos lo estaban carcomiendo.

—En esta vida nunca se puede predecir que pasará o cómo actuaremos. ¿Verdad? Pero dejemos la filosofía para una situación menos distendida. Dígame, señor Leone. ¿Le está gustando la exposición?

Enzo apretó los labios y asintió levemente.

—Mucho. Una obra que mantiene una dinámica común, hasta que, lamentablemente, te sorprende con algo que no encaja.

—¿Podría decirme cuál considera que rompe la armonía? —se interesó Nil.

—El cuadro de mi diseñadora.

—¿En serio? Yo opino que es magistral —se indignó Malva.

—No he dicho lo contrario. Solamente que no se acopla en la colección. Me refiero a que da la sensación de que se exhibe como relleno. Ese retrato merece ser exclusivo. Perdone que sea tan franco, señor Borrás.

—Pues a mí las pinturas me parecen exquisitas. Aunque, hay una que no logro captar su significado. ¿Sería tan amable de acompañarme y aclarar qué fue lo que le inspiró? —dijo Lionetta, entornando los ojos de felino.

Nil sonrió con amabilidad.

—Será un placer aclarar sus dudas.

Se alejaron. Enzo cogió a Malva del brazo y la obligó a seguirle.

—¡Suelta! —le exigió Malva.

—Tenemos que hablar y este no es el lugar más adecuado —masculló él abriendo la puerta que daba al sótano.

—No pienso bajar ahí contigo —jadeó ella imaginando lo que Enzo pretendía.

—Cara. Me encantaría follarte ahora mismo. Estás muy sugerente vestida como una buscona, pero me contendré. Te he dicho que quiero hablar. Baja —le exigió él abriendo la luz.

Ella obedeció. Él la siguió y se plantó ante ella al llegar abajo.

—¿Qué visto como una cualquiera? ¡Es un Valentino! Es exclusivo y precioso, y elegante —se indignó Malva.

—Lo es. Pero no es tú estilo.

—¡Vaya! Ahora el señor sabe lo que me sienta bien o no.

—Sé que no me gusta que los demás hombres piensen lo que no eres. Esta noche los estás provocando lanzándoles un mensaje erróneo con este escote de infarto y la falda tan corta. Como te descuides se te verán las bragas.

—¿Acaso sabes si llevo? —replicó Malva, con voz sensual.

El estómago de Enzo se convulsionó al recordar aquella noche en ese restaurante donde rompieron todos los convencionalismos y estuvo tentado de agarrarla, y hacerle el amor allí mismo. Pero se contuvo. Sería ella quien se arrastraría tras él.

—Hoy... Hoy estás siendo muy grosera y... muy vulgar —farfulló nervioso.

—La qué si se está comportando como una de esas mujerzuelas es tu amiguita especial. Está contigo e intenta ligar con mí... con Nil.

—Cielo. No me importa. No siempre participo en el mismo juego; pues me aburro. En el que estoy ahora pueden participar más jugadores. Incluso formar grupos. Es más motivador. Ya me entiendes. Aunque, ante las suspicacias, aclararé que jamás me relaciono con un hombre.

Malva entendió y no pudo evitar que sus mejillas se tornasen granas.

—Por mi puedes pasar el tiempo con lo qué te de la real gana.

—En cambio tú sigues igual qué siempre, *cara*. Dos jugadores y uno que puede abandonar la partida cuando menos te lo esperas. Malva. ¿En serio estás pensando en volver con ese idiota?

—Estoy valorándolo.

—*Non posso crederci*! Ese tipo te humilló públicamente. La prensa, las televisiones, las radios y en círculos sociales hablaron del día de tú boda cómo si se tratase de una película cómica. De una boda que no se realizó por culpa de ese hijo de perra y que te dejó destrozada.

—Pues deberías estarle agradecido a ese sinvergüenza, pues gracias a él me acosté contigo.

—¿Es qué no ves lo que hace ante tus narices? Estaba coqueteando descaradamente con Lionetta.

—Nil no coquetea. Es un artista y le gusta que le adulen. No hay

más —aclaró ella.

—Ese tipo te engañará otra vez. ¿Es qué no te das cuenta? —se sulfuró él.

—Y claro, tú eres el más indicado para darme consejos sobre las parejas. ¡Por favor!

—Cierto. Nunca me he comprometido hasta ese punto. Pero soy capaz de reconocer a alguien que no quiere implicarse. Y ese majadero no lo desea. Lo único que anhela es meterte en su cama durante un tiempo y después volará de nuevo lejos de ti.

—¿Y tú no? —le recordó Malva.

—No es lo mismo.

—¿Ah, no?

Enzo la miró con ojos encendidos.

—¡No! *Maledizione*! Yo fui honesto. Te dije con claridad lo que esperaba de ti —mascó entre dientes.

—Lo fuiste. Sí. Por eso terminé contigo. Porque ya me cansé de jugar.

—¿Y ahora quieres convertirte en una mujer convencional, matrimonio, hijos y fidelidad eterna? ¡No me lo creo! —exclamó él.

—Esos eran mis planes y siguen siéndolo. Sí.

Enzo bajó el rostro y le habló al oído.

—Te mientes a ti misma. ¿Olvidas qué he sido yo quién te ha mostrado otros mundos sensuales por los que perderse hasta alcanzar el mayor de los éxtasis? *Gattina*. Ese mequetrefe jamás podrá hacerte temblar como lo hice yo. No es un hombre de verdad.

Malva también susurró.

—Eso forma parte del pasado.

Él se separó bruscamente.

—¿Te has acostado con él? ¿Lo has hecho? —casi gritó.

—Nunca lo sabrás. Siga desfrutando de la velada, señor Leone —respondió Malva. Dio media vuelta y subió al piso superior dejando a Enzo petrificado.

43

Malva se miró en el espejo. El disfraz era maravilloso. Estilo rococó. Seda azul, engalanado con lazos rosas y encaje blanco. Un escote de infarto y lo más discordante que el vestido estaba cortado más allá de la mitad de los muslos, y que dejase ver las medias sujetas por una liga a juego con los lazos. Era bastante provocativo. Pero no tuvo más remedio que aceptarlo pues era un regalo de Flaviana.

—Enzo enloquecerá. Estás realmente seductora —opinó Amapola.

—Lo dudo. Tengo entendido que el viaje a Buenos Aires lo ha entretenido más de lo esperado y no llegará hasta mañana. Pero volviendo a los disfraces, ¿por qué razón tú no has elegido algo parecido para apoyarme? El tuyo sí que es perfecto. Un vestido veneciano en toda regla.

—Pues, no creas. Me estoy arrepintiendo. Esta falda es tan voluminosa que no sé cómo lo haré cuando me esconda con Giovanni en algún rincón para...

—¡Por Dios, Amapola! ¿Es qué no sabes pensar en otra cosa? —se quejó Malva.

—¿Y tú no? ¡Pues claro que piensas! Llevas semanas sin darte una alegría. Es decir, desde que lo dejaste con nuestro maravilloso jefe. Y sabemos de buena tinta que Enzo, a pesar de las apariencias, se está muriendo por volver contigo.

—Este tema está zanjado. ¿Entendido? —sentenció Malva, con tristeza. No era verdad. Enzo no volvió a hostigarla, ni a demostrar interés. Tampoco esos celos al verla con Nil. Porque no lo fueron. Fue simple orgullo del hombre que ha sido rechazado. Ahora disfrutaba con Lionetta e imaginar lo que ocurría en ese lecho, la destrozaba.

—Entendido —aceptó su amiga.

Malva se retocó el cabello, delineó el lunar junto a la boca y se puso el antifaz que simulaba una corona real de diamantes.

—¿Y bien?

—Serás la chica más exitosa de la noche. ¿Nos vamos?

El palacio estaba muy cerca de su casa, así que fueron a pie.

—¡*Fuck!* Esto es una pasada —exclamó Amapola al entrar. Era enorme y la decoración era la misma desde hacia varios siglos.

—¡Bienvenidas! Malva, vas muy original. Estás fabulosa —las saludó Giovanni.

—Gracias.

—¿Yo no? —le reprochó Amapola.

Él besó su mano y dijo:

—Tú espléndida. La más hermosa. Acompañadme.

Entraron en el salón principal. A pesar de haber cientos de invitados, la enormidad de la estancia ofrecía la sensación que apenas eran unos cuantos, y con los disfraces y el contorno era como si hubiesen viajado al siglo XVIII.

—*Amore*. Ven. Quiero presentarte a un amigo.

Malva se acercó al bar y pidió un zumo de frutas. Flaviana se acercó a ella.

—*Cara*. Estás fabulosa. Ya te dije que el vestido era ideal para ti.

—Sí. Pero... ¿No es muy corto? Observo que todas van tradicionales.

—*Ovviamente*! Pero tú eres una mujer joven y hermosa. Debes lucir tus encantos. Ya habrá tiempo para usar uno más convencional. ¿Has visto a mi hijo?

—No. Está en Argentina.

—Llegó esta mañana. Me dijo que vendría.

—¿En serio? —musitó Malva, nerviosa. Enzo vendría acompañado de esa mujer y ella moriría de dolor. Porque a pesar de la voluntad de olvidarlo, le era imposible. Se había enamorado profundamente y ese amor, para su desgracia, perduraría para el resto de sus días.

—¡Ahí está! —exclamó Flaviana alzando la mano.

Enzo estaba imponente ataviado con esa casaca de seda blanca con bordados de hojas verdes. Parecía un verdadero rey. Pero... ¿Dónde estaba su reina? Sin duda, llegaría muy pronto.

Enzo clavó sus ojos de carbón en Malva. ¡Señor! Los siete días que pasó sin verla fueron un tormento, pero ahora, ante ella, el corazón aún dolía más. Y no estaba seguro de poder permanecer impasible.

—Buenas noches, madre. Malva —dijo inclinándose ante ellas.

—Estás guapísimo, *figlio*.

—Lo mismo digo de vosotras.

Flaviana se abanicó observando a Enzo. Lo conocía bien y en sus ojos vio el disgusto que le provocaba el vestido de Malva; hecho que jamás apreció en sus amantes. Nunca le importó que los demás hombres las admiraran; lo cuál corroboraba lo que sospechó desde el principio. A su hijo le gustaba mucho su diseñadora. Incluso, apostaría el cuello, que albergaba un sentimiento más profundo. La elección del disfraz fue muy acertada.

—¡Uy! Acabo de ver a Gabriella. Os dejo. ¡Divertíos! —exclamó, dejándolos a solas.

Enzo carraspeó.

—Un disfraz muy… digamos diferente.

—¿Acaso te desagrada?

Él, lamiéndose el labio, la escrutó de arriba hacia abajo.

—En absoluto. Lo encuentro exquisito. Muy tentador. Y la mayoría de los otros hombres también. No pueden quitarte los ojos de encima —dijo indicándole con un leve movimiento de cabeza que mirase a su alrededor.

Malva lo hizo. Era cierto. Varios de los invitados la miraban con ojos hambrientos. Y no le extrañó. Cualquier mujer, aunque fuese la mitad de atractiva que ella que llevase ese traje lo lograría. No es que mostrase mucho. Tal vez un poco en el escote, pero por lo demás, apenas se le veía un centímetro de muslo entre la liga y la falda. Y sin embargo, era de lo más sexi. Alentaba la imaginación del género masculino.

—No veo la relación. Si llevase un saco conseguiría el mismo efecto. Los hombres siempre estáis pensando en lo mismo. Hablando de instintos. ¿Dónde está tú querida Lionetta?

—Se ha quedado en Buenos Aires. Por un desfile. Ya sabes. Es una modelo muy solicitada.

Malva apretó los dientes. ¿Así qué viajaron juntos?

—Claro. El señor Leone no se enrollaría con cualquiera. Siempre lo mejor.

Él volvió a dedicarle su sonrisa seductora.

—¿Así qué te consideras muy excepcional?

—Vulgar, a pesar de tus últimas opiniones, no lo soy. Yo me considero única.

—¿Dónde has dejado a tu maravilloso pintor? ¿Tal vez se ha perdido tras otras faldas? Lo cuál me dice que es idiota… Teniendo estas —dijo clavando su mirada profunda en los muslos cubiertos por las sugerentes medias.

—Eres… Eres un obseso —refunfuñó Malva.

—Y también un gran bailarín —dijo Enzo tomándola de la mano.

—No, quiero bailar —rechazó Malva.

—Yo sí —insistió él, arrastrándola hasta la pista de baile. La estrechó con fuerza y la obligó a seguir el ritmo de la música.

—Suéltame —le pidió ella, nerviosa.

—¿Qué ocurre, *amore*? ¿Por qué estás tan perturbada? Sólo es un baile.

—No vuelvas a llamarme así. Ya no soy nada tuyo.

—Ni nunca lo has sido. No te obligué a jugar. Lo decidiste tú.

—Y ahora decido dejar de bailar —masculló Malva intentando deshacerse su abrazo.

—No, *cara*. La prensa está observando. No les demos un titular.

—Esto te divierte, ¿verdad?

—Si soy sincero, confesaré que no me estoy aburriendo.

—Es obvio. Tú única meta en esta vida es divertirte.

El chistó con la lengua.

—No, preciosa. Sabes que trabajo y muy duro. Por eso me gusta esparcirme de vez en cuando. Y aprecié que a ti también. ¿*Vero*?

La música cesó y ella aprovechó para deshacerse de su abrazo. Dio media vuelta y se alejó hacia el otro extremo del salón.

44

Durante la hora siguiente Enzo no dejó de observar a Malva cómo se movía con desenvoltura entre los invitados. Cada uno con lo que se relacionó parecieron encantados y no era extraño. Malva era una mujer asombrosa. Lista, divertida y preciosa. Y esa mujer terminaría por desaparecer de su vida. Ella regresaría con ese pintor y esa idea lo descomponía. Y nunca antes se sintió así. Pero eso no era amor. No. Malva fue la primera mujer que lo dejó ofendiendo a su orgullo y la tristeza que sufrió durante su estancia en Argentina se debió a lo mismo. Se trataba de eso, de nada más.

—Está usted muy elegante, señor —le dijo Giovanni.

—Y tú el mejor Arlequín del baile. ¿Dónde has dejado a tu preciosa flor?

—Está con Malva que espera a ese pintor.

—¿Seguro? Estaba en Barcelona y ella no me ha dicho que vendría a la fiesta.

—Lo invitó a los carnavales. Amapola me ha dicho que Malva está pensando en volver con él.

Una presión enorme anidó en el pecho de Enzo. El aire casi desapareció de los pulmones y respiró agitado.

—No lo creo —logró decir.

—Es cierto, señor. La invitación tiene que ver con su futuro. El tipo llega en unos minutos. Quiere hablar con él.

Malva no lo haría. No sin antes hacerlo con él y aclarar la situación. Puesto que estaba convencido que su actitud se debía a querer castigarlo por no alcanzar su objetivo. Ella, con el paso del tiempo, comenzó a sentir algo más profundo y a aspirar a que él también lo hiciera, y al no recibir lo soñado se refugiaba en un amor falso. No podía consentirlo. Pero en cuanto quedara saciado de ella, quedaría liberada para buscar al hombre que la amase de verdad.

Apuró la copa y con determinación cruzó el salón hasta alcanzar la barra del bar para reunirse con Malva. Pero en ese preciso instante apareció Nil. Un Nil ridículo. Al parecer ignoraba cómo debía uno vestirse en Venecia para los carnavales. El tipo apareció vestido de vaquero.

Aún así, la sonrisa que se dibujó en el precioso rostro de ella provocó que la ira contenida detonase. Deseaba acercarse a ese mentecato y estamparle un buen puñetazo en su cara angelical.

—Quiero presentarte a alguien —le dijo su madre.

—Ahora no, madre.

—Es un cliente muy potencial y...

—He dicho que ahora no —siseó él.

Flaviana encaminó la mirada hacia el mismo lugar que la de Enzo. Malva y Nil bailaban charlando con complicidad y comprendió que ocurría. Los celos lo carcomían y decidió echar más leña al fuego.

—Parece que Malva ha perdonado a el señor Borrás. No es extraño. Por su actitud se aprecia que aún lo ama. Espero que sea muy feliz. Aunque, por otra parte, me preocupa. Si se casa, puede que deje la empresa. No creo que decidan vivir separados. La distancia no es buna para ninguna pareja.

—Malva no se casará con ese tipo —gruñó su hijo.

—Yo apostaría que sí.

—Malva es una mujer inteligente y comprenderá que cometería un gran error. Él no es en absoluto el indicado. Ella merece un hombre que aporte pasión a su vida y que aprecie su gran potencial, su inteligencia y ser ella misma; pero sobre todo que desee su felicidad antes que la suya y qué su vida no sea posible sin su presencia. Y el artista de medio pelo no es el indicado.

—Enzo. Acabas de describir a tú padre. Por eso no lo dejé escapar. Apenas existen hombres que sean tan generosos y apasionados con una mujer. Por fortuna, tú has heredado sus genes.

—¿Bromeas? No me parezco en absoluto a papá. Soy egoísta, inconstante e incapaz de entregarme por completo; a no ser que se trate de mis apetencias. El amor es incompatible con mí modo de vida.

Ella lo miró con dulzura.

—No es cierto. Ahora estás locamente enamorado.

Enzo soltó una risotada.

—Has tenido muchas amantes y nunca te has preocupado de ellas cuando decides abandonarlas. En cambio, con Malva, es distinto. Te inquieta que no sea infeliz.

—¿Qué dices, mamma? Malva y yo nunca...

—¿Crees que soy tonta? Sé que vuestra relación no ha sido tan sólo laboral. Y hablo en pasado porque es evidente que vuestro romance terminó. No por tú decisión, si no por la de ella. Y estás desesperado por recuperarla.

—¡Qué estupidez! Si tanto ambiciono estar con mí diseñadora, no estaría con Lionella —refutó Enzo.

—Esa aventurilla no significa nada. Observa las fotografías que os han hecho juntos. En ninguna de ellas muestras la felicidad que irradias cuando estás con Malva. En realidad, nunca te vi tan satisfecho.

—Eres una romántica incorregible, mamá. Ves cosas que no existen.

—Esa modelo la estás utilizando para dar celos a tu querida diseñadora. Y no me lo niegues.

Él bufó.

—Está bien, sí. Pero no por lo que piensas. Me siento herido en mí vanidad. Nunca antes me dejó mí amante. Eso es todo.

Ella posó la mano sobre su pecho.

—Debes escuchar a tu corazón, hijo. Hazlo y entonces, comprenderás la verdad. Y espero que cuando lo hagas, no sea demasiado tarde; porque perderás a la mujer de tú vida —dijo Flaviana. Lo besó en la mejilla y se alejó.

Enzo, con aire pensativo, se mordió el labio. ¿Tendría razón su madre y estaba realmente enamorado de Malva? Si analizaba los sentimientos, cabía esa posibilidad. Pero también que se tratara sencillamente de orgullo.

La risa tan conocida lo obligó a mirar a Malva. El imbécil de Nil le estaba contado algo al oído. ¿Cómo podía aceptar de nuevo a alguien que la hizo sufrir? Ese tipo merecía pudrirse en el infierno y no merecer el premio de conseguir a la mujer que era suya.

Enfurecido, cogió la copa que le ofreció el camarero, vació el contenido de un solo trago y al ver como Nil se alejaba de Malva, masculló:

—Yo te mostraré lo que necesitas de verdad.

Caminó determinado hacia ella y la aferró del brazo.

—Ven.

—No voy a bailar de nuevo —se negó ella.

—Haremos algo más interesante: Hablar. Vamos.

—No...

Enzo no la escuchó y la arrastró. Ella se zafó de su garra.

—No voy a ir contigo a ninguna parte. No me apetece y estoy acompañada.

—Lo he visto. Y me da igual.

—¿Es qué te has vuelto loco? Estás consiguiendo que todos se fijen en nosotros.

—Por cómo te estás comportando, tú sí has enloquecido. Acompáñame.

—No.

—Si no quieres que arme el mayor escándalo que pueda recordarse en Venecia, vendrás.

Malva creyéndole capaz, aceptó.

Enzo abrió la puerta dando paso a un largo corredor. Caminó tras él hasta llegar donde se bifurcaba en dos ramas y continuaron por el de la izquierda.

—¿Adónde vamos?

Enzo abrió una enorme puerta corredera y tras encender la luz, le

indicó con la mano que pasase.

—Míralo tú misma.

Ella parpadeó impactada. Se encontraban en un pequeño teatro. Una imitación diminuta de un gran salón de ópera para unos veinticinco espectadores. Las paredes decoradas con pinturas renacentistas con ornamentos dorados y la enorme lámpara de lágrimas le daban un aspecto majestuoso.

—Te dije que te llevaría a un lugar más sugestivo que esa insulsa fiesta. ¿Qué te parece?

—Es… Precioso. Un pequeño tesoro. ¿Y se representan obras? —se interesó Malva caminando por el corredor central.

—Dejaron de usarlo cuando estalló la segunda guerra mundial. El fondo pintado es de la última representación. Sueño de una noche de verano. Se dejó cómo testimonio de los tiempos dorados —dijo Enzo.

—Es una pena. Debía ser maravillosa esta intimidad entre los artistas y su público —opinó Malva, subiendo al escenario.

—Si quieres, puedo complacerte. Incluso puedes elegir la obra o el músico que más te apetezca.

Malva se carcajeó, mientras caminaba hacia la bambalina.

—¡Claro! El todo poderoso señor Leone puede conseguir lo que se le antoje. Chasquea los dedos y... ¡Pum! El deseo se cumple.

—No es cuestión de poder. Tengo el privilegio de poder abrir de nuevo el teatro; puesto que este palacio ha pertenecido a la familia desde el siglo diecisiete.

—E imagino que ahora dirás que provienes de una estirpe noble —se burló ella, observando la maraña de cuerdas y estructuras metálicas.

—Así es. Estás ante el futuro vigésimo Conde Leone. Pero no hemos venido a hablar de futilidades. Tenemos un asunto mucho más imperioso —dijo él.

Malva dejó de bromear.

—He de admitir que muy a mi pesar, siempre consigues desconcertarme.

Enzo subió a la tarima y fue tras ella.

—Lo he comprobado durante meses. Te mostré un nuevo mundo. Una vida emocionante y unas delicias que ni tan siquiera eras capaz de imaginar, y que las gozaste mucho. Y estoy seguro de que añoras esa emoción —musitó sobre su mejilla.

El vello se le erizó con su aliento abrasador. Nadie podía suponer cuánto añoró su cercanía, sentir como era adorada por ese hombre único. Aún así, no caería en la tentación. Se separó con determinación y se encaró a él.

—Si estamos aquí es para hablar del pasado, la conversación ha concluido. Buenas noches —dijo. Le dio la espalda y comenzó a

caminar.

—Siempre pensé que eras una mujer valiente y ahora huyes cómo una rata. ¿Tanto me temes?

Malva volvió a mirarlo con desafío.

—En absoluto. Hablemos.

45

Enzo la invitó a sentarse en el patio de butacas.

—No es necesario. Esta conversación será corta.

—Está bien. Malva. Quiero que charlemos sobre el futuro.

—¡Qué pérdida de tiempo! Nosotros no tenemos —exclamó ella.

—¿Y lo tienes con ese mentecato? ¡Por favor, Malva! ¿De verdad?

—Más que contigo. Él me ofrece la vida que siempre soñé.

—Ya. Un matrimonio insulso y convencional. El típico burgués. ¿Y eso te basta? ¿Tan conformista te has vuelto?

—Quiero una vida sin sobresaltos y tranquila, sí. Cómo la tiene la mayoría de la gente.

—La mayoría de personas nunca llegan a conocer lo que es la felicidad de verdad —refutó Enzo.

—¿Y tú eres feliz con tú modo de vida, señor Leone?

—Hasta ahora lo he sido. No veo razón alguna para modificarlo.

Malva pensó que fue tonta al creer que Enzo podía estar enamorado. Pero la realidad era que ese hombre era incapaz de entregar su corazón. Su enfado por creerla que estaba de nuevo con Nil era producto de la vanidad, jamás la amaría. Por ello tomó la decisión de terminar con esa tortura cuanto antes. Debía alejarse de Enzo y esa ruptura definitiva también la obligaría a abandonar un trabajo que la entusiasmaba. Pero era necesario si no quería vivir el infierno de albergar un amor que no era correspondido.

—Pues, sigue viviendo a tú modo, que yo lo haré al mío.

—¿Con Nil? —inquirió él en apenas un susurro.

—Él primer amor dicen que nunca se olvida y es cierto. A pesar de su fechoría, tras escucharlo, he llegado a la conclusión de que una persona puede equivocarse por culpa de la duda. Ahora Nil está convencido de que soy su alma gemela y yo también —mintió ella.

—Lo que estás es confundida*, cara*.

Malva tomó aire por la nariz.

—Sé muy bien lo que voy a hacer. En apenas unos meses me convertiré en la señora Borrás —mintió de nuevo.

La respiración de Enzo se agitó. ¿Casarse? ¡Antes tendría que pasar sobre su cadáver!

—¿Está diciendo que lo amas? No me lo creo.

—Tú opinión me importa un pimiento. ¡Ah! Y cómo comprenderás, regresaré a Barcelona; por lo que deberé dejar tú empresa.

—¿Qué estás diciendo? —musitó Enzo sin apenas voz.

—Que el deber de una esposa es ir allá dónde está su marido. Es lo normal —contestó ella.

—No puedes. Firmaste un contrato y lo tienes que cumplir —gruñó él.

—Y lo he hecho. Cree la línea por la que me contrataste. El trabajo terminó y que yo sepa, no hemos renovado mi continuidad. A consecuencia de ello, tengo libertad para irme. ¿No querías hablar del futuro? Pues lo hemos hecho. Al menos del mío. Del tuyo no es necesario hablar. Todos sabemos lo que buscas de esta vida. Que siga disfrutando de la fiesta, señor Leone —dijo Malva. Le dio la espalda y comenzó a caminar.

Enzo permaneció unos segundos inmóvil. Pero en un arrebato, caminó hacia ella y la detuvo.

—Tú no vas a dejarme —siseó.

—¿Y qué harás, encerrarme?

—No será necesario. Te quedarás por voluntad propia. Porque tus palabras son mentira. No amas a ese pintor. Lo único que deseas es todo lo que yo te ofrezco.

—Tú vanidad no tiene límite. ¡Suéltame! —le espetó ella, retorciéndose.

Enzo la estrujó contra él y le rodeó la nuca con la mano.

—La vanidad nada tiene que ver, Malva. Es lo que veo. Y te lo demostraré.

Y sin contemplaciones se apoderó de esa boca que le hacia perder la razón y la besó con rudeza, sin atender las protestas de Malva que intentaba escapar. Tenía que hacerle ver que estaba equivocada. Y no saldrían de allí hasta que Malva confesara que él era el único hombre de su vida.

No hizo falta mucho esfuerzo. Enzo era el hombre que amaba y ese amor la obligaba a dejar de respetarse y a olvidar que la había apartado de su vida consolándose con otra. En ese instante no le importaba nada más que experimentar su fogosidad una vez más. Sentir que ese hombre por el que suspiraban las mujeres se volvía loco por ella. Dejó de pelear y aceptó derretirse entre sus brazos.

—Lo ves. *Anche tu mi desideri. Vero*?

—Sí. También te deseo.

Él exhaló un hondo gemido de satisfacción. Sin soltarla, caminó hacia la escalera de mano apoyada en la estructura metálica, la sentó en un escalón y acunó su rostro con las dos manos.

—*É una bambola bellisima.*

—Y tú un hombre tan seductor que rompe todos mis esquemas. Quiero alejarme de ti pero me es imposible escapar de tu atracción —confesó Malva.

—Y a mí controlar el fuego que me provocas. Necesito tenerte ahora —dijo ronco. Introdujo las manos bajo la falda y la liberó de la ropa interior.

Malva alzó las manos, le rodeó la nuca y apoyó la frente contra la suya.

—Dime qué nunca has deseado a otra cómo a mí.

—*Tu sei speciale.* Ninguna otra ha podido hacerme sentir tanto placer —susurró Enzo, bajándose las calzas. Y de un solo golpe la penetró. Ella ya estaba muy húmeda.

Malva cerró los ojos y se mordió el labio.

—Umm! —suspiró.

Enzo, incitado por su actitud tan voluptuosa, comenzó a mecerse con suavidad. Ella alzó las manos y se agarró al escalón. Él acrecentó ligeramente sus embestidas y ella se agitó impaciente.

—Dime que nunca has sentido nada igual con él. Dímelo —le exigió sobre su boca.

—Solo tú... me haces enloquecer. Por favor, más deprisa —dijo Malva, con voz temblorosa.

—Quiero sentirte así, muy adentro, sin prisas —susurró él, obligándose a contenerse.

—Sí. Me gusta cómo te mueves. Pero quiero más —le pidió Malva.

Él sonrió con perversidad. Bajó el escote del vestido y devoró sus pechos. Ella comenzó a jadear sin control. La cúspide del máximo goce estaba ya muy cerca.

—Sí, *amore*. Gime junto a mi oído. Demuestra el gusto que te estoy dando —dijo él ronco, acrecentando las embestidas.

Malva dejó que el espasmo la llenase hasta hacerla enloquecer y jadeó sin control. Enzo, avivado por su reacción tan erótica, alcanzó el orgasmo emitiendo un gemido profundo,

—Llevaba semanas muriendo por obtener esto. ¿Tú no? —dijo en apenas un susurro, respirando estremecido.

Ella tan sólo pudo asentir.

—¿Lo ves? No puedes irte, ni casarte con ese niñato. Tú pasión solamente se desata conmigo. Y volverás a disfrutar de ella con nuestro juego. Continuaremos con la partida que abandonaste —dijo Enzo.

Malva, bruscamente, se apartó. Bajó de la escalera y recogió las bragas.

—¿Qué pasa? —quiso saber él, desconcertado.

—¡Eres un completo idiota! ¡Te odio! —gritó y echó a correr.

Él la miró con desconcierto.

—Malva. Pero... ¿Qué he hecho?

Ella no respondió y cruzó la puerta sin poder dejar de llorar.

Enzo, cuando reaccionó, corrió tras ella. La buscó entre los

invitados sin localizarla.

—Amapola. ¿Has visto a Malva?

—Hace cinco minutos y la vi un tanto alterada. ¿Ha ocurrido algo?

—Con franqueza, lo ignoro. Estuvimos juntos de nuevo. Todo iba de maravilla cuando de repente la cólera la invadió.

Ella apretó los labios y lo miró cómo queriendo regañarle.

—Malva es una mujer serena y nunca pierde los papeles. Así que habrás hecho o dicho algo que la ha ofendido.

Él alzó los hombros.

—No creo… Más bien nos reconciliamos. Le aseguré que todo volvería a ser igual.

Amapola sacudió la cabeza.

—Desde luego, los hombres sois tontos.

—No comprendo.

—Enzo. Si te dejó fue precisamente porque deseaba que vuestra relación fuese distinta. Y tú le has ofrecido lo mismo.

—Malva era consciente de lo que deseaba de ella y qué nada iba a cambiar. ¿Dónde está ahora?

—Se marchó.

Enzo oteó por el salón en busca del vaquero. No estaba.

—¿Sola?

—La acompañaba Nil.

Enzo apretó los dientes. ¿Cómo era posible después de lo que acababan de compartir? Claro que, si Amapola estaba en lo cierto, la decepción de Malva podía provocar que terminara en brazos de ese sinvergüenza.

Aunque deseara vengarse de ese hombre despiadado, no podría hacerlo. Su naturaleza era fiel y aunque no estaba unida a Enzo, su corazón sí.

—¿No me invitas a subir?

—Estoy cansada y tú partes muy temprano. Es mejor que nos retiremos. Buenas noches.

—Malva. Te pedí que…

Ella sacudió la cabeza.

—Quedó muy clara mi posición cuando nos vimos. No insistas. Métete en la cabeza que entre tú y yo nada es posible. Buen viaje y buenas noches.

Malva cerró la puerta. Con aire cansado subió la escalera y entró en casa. Miró con tristeza a su alrededor. La nueva vida que creó tras el sufrimiento del abandono de Nil debería dejarla atrás. Venecia fue la medicina para curar la pena y ahora dejó de surtir efecto. De nuevo el dolor ocupaba su alma. De nuevo debería recomponer su existencia. Pero en esta ocasión no sería tan fácil. Enzo no ocupaba su corazón del mismo modo que lo hizo Nil. Éste fue un capricho. Enzo era el

amor de su vida. Nunca podría olvidarlo. Se había grabado a fuego en su sentimiento más profundo. Y aún así, no podía seguir disfrutando de las migajas que podía ofrecerle.

Sin poder dejar de llorar, cogió la maleta, abrió el armario y echó lo imprescindible. Tenía que irse cuanto antes. No quería arriesgarse a que Enzo quisiera verla. No tenía la fortaleza necesaria para resistirse a sus cantos de sirena.

Una vez lista llamó a un taxi y partió hacia Milán. Una vez allí tomaría el primer avión que partiese hacia Barcelona.

46

Flaviana entró en el salón.

—Enzo.

—Mamá. ¿Qué te trae por aquí?

—Cómo no puedo contactar contigo debido a lo ocupado que estás, he decidido venir a tú casa para hablar de negocios. El tiempo apremia, hijo. Tenemos que iniciar la línea marroquí y encontrar un nuevo diseñador.

—Conoces mí opinión sobre ello.

—Una decisión absurda. No sabemos dónde para. Por lo demás, ella no regresará. ¿Es qué no lo entiendes? —se exasperó Flaviana.

Las aletas de la nariz de Enzo se contrajeron mostrando su enojo. Malva llevaba desaparecida dos meses y nadie sabía dónde estaba o mejor dicho, no querían informarle.

—Tú lo sabes, mamá. Estoy seguro. ¿Dónde se esconde? —dijo paseando de un lado a otro del salón.

Flaviana suspiró.

—¿Por qué te empeñas en decir que Malva se oculta de ti? ¿Qué razón tendría?

—Sabe que si hablo con ella volverá conmigo. Enzo Leone posee el encanto suficiente para convencerla —aseguró él.

—Malva no es una mujer maleable, hijo. Lo has comprobado cuando ha decidido dejarte al no obtener lo que necesitaba. Por mucho que insistas no conseguirás tú propósito. La has perdido.

—¿Es qué no sabes que yo jamás me rindo?

—Sé lo testarudo que eres. Sí. Pero esta tozudez la estás llevando por el camino erróneo. Si mirases en tú interior, te darías cuenta.

—La única verdad es que ni tú, ni Amapola ni Giovanni colaboráis conmigo. Y me pregunto qué estáis ocultando.

—No hay ninguna conspiración, Enzo. Pero lo más seguro es que esté planeando de nuevo su boda con ese pintor. Por esa causa no quiere que nadie interfiera en sus planes y le habrá pedido a su amiga que calle.

Su hijo la miró estupefacto.

——¡Es absurdo! Malva no se casará con ese tipejo. ¡No es tan ilusa! ¡Ese desgraciado nunca la podrá hacer feliz! —bramó.

—No veo cómo podrás impedirlo. Ella no quiere saber nada de ti.

—Por tus palabras deduzco que sí estás en contacto con ella.

—Lo estuve cuando decidió dejar el trabajo. Me llamó y hablamos. Me explicó los motivos para abandonarnos y la entendí. Cuando una se casa, sigue a su marido.

—¿Otra vez con esa maldita boda? ¡No la habrá, mamá!

Ella resopló con cansancio.

—Lo único que haces es repetir lo mismo una y otra vez, pero no haces nada útil. Te limitas a estar enojado a todas horas y a protestar.

—Lo haría si supiese dónde narices se encuentra Malva. Pero no te preocupes. Eso no es un obstáculo. El escándalo que se organizó el año pasado será quién me lleve hasta esa boda. La prensa se hará eco de ella y la sabotearé.

Flaviana rompió a reír.

—¿Con qué argumento? Nil le está ofreciendo un apellido, estabilidad, una familia, un futuro feliz. ¿Y tú? Le propondrás seguir siendo tú amante, exponiéndola a los focos y chismes malvados de la prensa. ¿En verdad crees que dejará a su prometido por ti?

—Malva se dará cuenta de que me ama.

Su madre se levantó.

—Y también de que tiene dignidad. Hijo. Siento decirte que has sido tú mismo quién la ha apartado de ti. ¡Bien! Ahora debo ir a vestirme para la fiesta. Tú también deberías prepararte. Es un evento muy importante.

—No estoy de humor para saraos.

—Tienes que atender tus obligaciones.

—Vosotros dos me representáis a la perfección.

—Como quieras. Pero ve a cenar a mí casa. Antonella ha preparado tú plato favorito.

—No tengo hambre.

Flaviana lo miró con preocupación.

—Últimamente te estás adelgazando mucho y trabajas demasiado. No te cuidas. Enzo. Malva ya pertenece al pasado. Te dije que escucharas a tú corazón. No lo hiciste y ahora sufres por amor. Olvídala y recomponte.

—Qué amor ni que narices. No estoy enamorado —se sulfuró él.

—Cuando la razón no quiere entender la verdad hay que acudir a las fuentes reales. Mira bien las fotografías que os hicieron y que circulan por Internet, y encontrarás la solución al conflicto que te está consumiendo. Buenas noches, hijo.

Él se limitó a responder con un gruñido. La acompañó a la puerta y Flaviana se fue, sin poder apartar la preocupación. Enzo estaba realmente mal, pero se negaba a admitirlo.

Él se sirvió la tercera copa de brandy y se dejó caer en la butaca. Dio un sorbo largo y abrió el móvil. Buscó las noticias sobre las especulaciones de su relación con su diseñadora. Malva y él aparecían

en decenas de fotografías. Ella siempre sonriente y él siempre observándola con esa mirada que solamente un hombre seducido podía mostrar. No era para menos. Malva era preciosa, lista y vivaz. Una joya única. Una alhaja que por su testarudez había perdido. Porque su madre estaba en lo cierto. Las imágenes no engañaban. Ante él estaba el Enzo que siempre quiso ignorar. Ante él estaba un hombre enamorado y que por su estupidez perdió a la mujer que podía devolverle la felicidad. Porque desde que se fue se sentía desgraciado. Todo aquello que lo satisfació había dejado de llenarlo. Estaba vacío, a excepción de esos alfileres clavados en el pecho.

Volvió a llenarse la copa y la tragó de un solo golpe, volviéndose a poner otra.

Una hora después, el alcohol había hecho efecto. Adormecido no escucho el timbre que sonaba con insistencia, ni cómo abrían la puerta.

—Dios mío —se asustó Giovanni. Era la primera vez que veía a su jefe borracho. Dejó el portafolio en la mesa y lo zarandeó. Enzo abrió un ojo.

—¿Qué... hay qué... firmar? —balbució.

—Señor. ¿Está bien?

Enzo intentó incorporarse y cayó riendo con estridencia.

—¡De maravilla! Todo me da vueltas, me estalla... la cabeza y el corazón se me... ha roto en mil pedazos. ¿Se puede... estar mejor? Anda. Sírveme... otra copa.

—Ya ha bebido lo suficiente.

El timbre sonó. Giovanni abrió la puerta.

—¿Por qué tardas tanto? Llegaremos tarde —dijo Amapola.

—El jefe está cómo una cuba.

Ella levantó una ceja.

—¿Te refieres a borracho? ¡Imposible! —exclamó entrando en el salón.

Enzo estaba tirado riendo como un bobalicón.

—¿Me crees ahora? *Dio mio*! Es la primera vez que lo veo así. No sé que habrá pasado.

—Le haré un café bien cargado —decidió Amapola.

—No quiero café. Quiero... beber hasta... perder el conocimiento. Quiero que aquí deje de... doler —dijo, golpeándose el pecho.

Amapola fue a la cocina. Preparó un café rápido y se lo entregó a Giovanni.

—Tome.

—No —se negó Enzo.

—Beba, señor. Por favor.

—Lo que quiero es dejar de... sufrir... Me duele. Duele mucho —gimió.

—¿Qué le habrá pasado?

—¡Pues qué va a ser! Malva lo ha dejado y sufre por amor.

—¿Tú crees? No se... El señor Leone no es de ese tipo de hombres que penan por una mujer. Nunca lo ha hecho —dudó Giovanni.

—Gio. Hasta las rocas más duras acaban erosionándose. Tú querido jefe ama a mi amiga.

Él hizo oscilar la cabeza suavemente.

—Mal asunto. Malva se casará en quince días. Pero imagino que el tiempo le hará olvidarla y dejará de sufrir.

Amapola posó la mano en su brazo y lo alejó de Enzo.

—Malva no se casa —susurró.

—¡¿Qué?! —exclamó Giovanni.

—No grites, por favor. Ha sido una estrategia para verificar si Malva era un capricho o algo más importante para Enzo.

—Y por lo que vemos, es importante. Tenemos que decirle la verdad. Me inquieta verlo así.

—¡Ni se te ocurra! Malva lo solucionará. Ahora haz que beba ese café y mételo en la ducha. Yo tengo que hablar con Malva. Nos veremos en casa.

47

Malva se miró en es espejo. Vestida así no pudo evitar recordar que casi un año atrás se convirtió en la mujer más desgraciada del mundo. Ahora todo era distinto. O eso esperaba.

—¿Estás segura? Es un plan de lo más descabellado. Si nos sale mal…

—Todo irá bien.

—Enzo es testarudo y muy orgulloso. Mejor dicho. Por lo que me habéis contado, eso ha quedado atrás. ¿O me habéis mentido?

—Juro que todo es verdad. ¿Cómo puedes dudar de mí? Soy tú mejor amiga. Nunca haría nada para perjudicarte. Enzo está desesperado por recuperarte y vendrá —dijo Amapola, ofendida.

—Lo siento. Estoy muy nerviosa —se disculpó Malva.

Amapola sirvió té y le ofreció una taza.

—Es normal. Hoy es el día más importante de tú vida. Resolverás de una vez el futuro. Y seguro que para bien.

—No se…

—Enzo está fatal. Cada día que pasa se le ve peor. Su aspecto es lamentable. Ojeroso y muy delgado. Y no digamos su humor. Trata a todos con grosería y en lugar de pasearse con modelos se dedica a emborracharse. Ha descuidado el negocio y se niega a hacer planes de futuro con la línea que impulsasteis. ¿Y sabes la razón? Porque Enzo te ama con locura.

—O puede ser que su orgullo sea el magullado.

—Lo dudo. De todos modos, hoy conocerás sus sentimientos.

—¿Y si me rechaza?

Amapola la enfrentó de nuevo ante el espejo.

—Mírate, *darling*. Luces espectacular. No podrá negarse. Ten confianza.

Malva aseveró sin mucha convicción; a pesar de que todos aseguraban que el ardid daría resultado.

El sonido del móvil la hizo brincar. Amapola contestó y tras colgar, su rostro se iluminó con una gran sonrisa.

—En cinco minutos llega. ¿Preparada?

—No.

Amapola la abrazó.

—Eres una mujer fuerte y determinada. Podrás hacerlo. Estarán aguardando en la biblioteca. Yo vigilaré tras la puerta; por si me

necesitas.

Malva se quedó a solas. Temblorosa se frotó las manos.

—Se valiente y no muestres debilidad —musitó. Tomó aire, se sentó ante el tocador y aguardó con el corazón encabritado.

En apenas dos minutos la puerta se abrió con violencia y golpeó la pared. Malva, simulando asustarse, se giró. Enzo permaneció en el quicio mirándola descompuesto al verla vestida de novia. Era cierto. No le engañaron. Malva estaba a punto de contraer matrimonio con otro hombre.

—¿En serio vas a casarte con él? —dijo con amargura.

Malva, sin demostrar el temor que la atenazaba, se levantó y se enfrentó a él.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te has enterado?

El rostro de Enzo se contrajo.

—¡Y eso qué importa! ¡Lo realmente importante es saber la razón por la que estás a punto de casarte con ese imbécil! —bramó.

Ella levantó las cejas y sonrió.

—¿Es posible qué sea por amor?

Enzo avanzó con los puños apretados.

—No me lo creo.

—¿En qué te basas para hacer tal afirmación?

—Está muy claro. Porque me amas a mí.

—Por eso estoy vestida de novia para otro, ¿no? Enzo. Si has venido a boicotear mi enlace, no lo conseguirás. Me casaré con Nil. Con o sin tu presencia. Vete, por favor.

—No iré a ninguna parte si no es contigo. Tú y yo nos iremos de inmediato —aseguró Enzo.

Malva le dedicó una suave risa.

—Temo que no lograrás darme una razón convincente para ello. Lo que me ofreciste en el baile de carnaval fue ofensivo. Y temo que nada cambiará. No quiero ser una de tus innumerables amantes a la que deshechas cuanto el capricho ya no te satisface. No, Enzo. Tengo más dignidad y también otras aspiraciones.

—¿Ser la esposa de un marido insulso y qué no sabe apreciar lo que vales? ¡Por Dios! —chilló, cerrando de un portazo.

—¿Estás diciendo que tú lo hiciste? Estuve a tu lado porque me consideraste un juguete. Fui tan solo un objeto del que obtener placer.

Él la apuntó con el dedo.

—¡Ah, no! No consentiré que me consideres el único culpable. Tú quisiste entrar en mí juego. ¿Y qué pasó? Qué yo no abandoné, fuiste tú. ¡Tú rompiste la baraja!

—¿Por qué eres así? ¿Por qué te has presentado para amargarme el día más feliz de mí vida? —se lamentó ella.

—Quiero evitar que cometas el mayor error.

—El error fue conocerte. Por suerte me di cuenta a tiempo y te alejé.

—¿Así que yo fui un error? ¿Y ese mentecato no lo es? ¡Maldita sea! ¡Te dejó tirada ante el altar! No puedes confiar en él.

—¿Y en ti sí?

Él la miró decepcionado.

—Te propuse un acuerdo. ¿Te engañé alguna vez rompiendo las normas? ¿Di? ¿Lo hice?

—No.

—Pero él te prometió un futuro, unas expectativas y no las cumplió. ¿De verdad crees que ahora lo hará?

—Creo en las segundas oportunidades. Ahora, déjame tranquila.

Ella la dio la espalda y apoyó las manos en el tocador.

—Malva. Escucha…

—Sal, por favor. Déjame en paz. Deja que sea feliz —le exigió ella, procurando que su voz no se quebrase por el inminente llanto. Se había equivocado. Enzo no la amaba. Había corrido hacia ella por orgullo, para evitar que otro hombre le quitara lo que consideraba suyo.

Enzo permaneció quieto.

—Malva. ¿De verdad lo amas?

—Sí —mintió.

—¿Esperas ser feliz con él?

—Sí.

Enzo asintió abatido.

—En ese caso, lo que quería decirte ya es irrelevante. Nunca me creerás. Él ha ganado. Me retiro.

Malva ase aferró con fuerza al borde del mueble. El hombre que amaba se iba para siempre.

Enzo rodeó el pomo de la puerta con la mano y dijo:

—Aunque yo me hunda en el infierno, te deseo una existencia dichosa, *cara*.

Malva percibió su tono cargado de aflicción, se dio la vuelta y le preguntó:

—¿Qué querías decirme?

—Ya no importa.

—Quiero escucharte.

Él rió con amargura.

—¿De qué me servirá decir que eres mucho más que un capricho para mí? ¿O decirte qué te amo?

Ella caminó hacia él.

—Me gustaría creerte, Enzo. Pero me lo has puesto muy difícil.

Él la miró con profunda tristeza. Y el corazón de Malva quedó herido al ver sus ojeras, su extrema delgadez, su espalda corvada,

cómo si lo que ocurría a su alrededor ya no lo alentase a seguir luchando.

—Lo comprendo. No he sido un modelo a seguir. Pero es la verdad. Desde que te fuiste mi vida ha sido un infierno. No he podido tener un segundo de serenidad. Nada me ha reconfortado sin tu presencia. Te he añorado tanto que me duele el alma. Y sé que ya no volveré a encontrar la paz a partir de ahora. Porque sin ti me falta el aliento, porque te has metido tan dentro de mi que estaré el resto de la vida incompleto. Pero ya no importa, porque ya has decidido entregarte a otro. Ya es tarde para mí —dijo, cabizbajo.

En el pecho de Malva comenzó a crecer la esperanza. Ahora debía lanzar el último cartucho. Ahora se disiparían sus dudas.

—Puede que no lo sea.

Él levantó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—¿En verdad me quieres?

—Tú eres la mitad de mi alma. Sin ti dejo de estar completo y ya nada tendrá sentido —afirmó él, vehemente.

—Y si es así, ¿qué estarías dispuesto a hacer para recuperarme? ¿A qué estarías dispuesto a renunciar?

—A todo.

—¿Seguro?

—Exígeme lo que quieras.

—¿Incluso si te pido qué desaparezcas de mí vida por qué quiero casarme con Nil?

La mirada de Enzo reflejó desolación.

—Lo único que deseo es tú felicidad. Si amas a Nil, no seré un obstáculo.

Malva caminó hacia él, lo apartó y abrió la puerta.

—Comprendo —dijo Enzo, en apenas un murmullo. Dio media vuelta y miró asombrado a sus padres, a Amapola y a Giovanni.

—¿Habéis tenido el valor de asistir a la boda de Malva con ese tipejo? —les reprochó.

—No, *Figlio*. Hemos venido para asistir a la tuya.

—¿Es esto una broma? No puedo creerlo —dijo él con amargura.

—Enzo. Acabas de prometer que harías lo imposible por obtener mi amor y lo conseguirás si te casas conmigo en este preciso instante. ¿Estás dispuesto? —dijo Malva entregándole una cajita de terciopelo.

Enzo miró a Malva.

—¿Estás diciendo que vamos a casarnos ahora mismo?

—Eso es.

—¿Y qué hay de Nil? ¿Crees que permitirá que su prometida se case en el mismo lugar que iba a hacerlo con ella? No se rendirá con tanta facilidad. ¿Y qué hay de los invitados? Se organizará un escándalo.

¿Queréis eso?

—¿Y desde cuándo te importa ser el centro de las noticias, muchacho? —dijo su padre.

—Y bien, Enzo. ¿Qué dices? —le preguntó Amapola.

¿Amaba tanto a Malva cómo para perder su libertad? Sí. Con desesperación. Se arrodilló, abrió la cajita y emocionado, dijo:

—Señorita Malva Baró. ¿Quiere usted pasar el resto de la vida junto al hombre que la ama con locura?

—Sí, quiero —dijo ella con ojos húmedos de felicidad.

Los presentes estallaron en aplausos.

—*Finalmente vedró mio figlio sposato*! —exclamó ilusionada Flaviana.

—Antes Malva debe hablar con Nil. ¿No? Por otro lado, nuestra boda se realizará más adelante. Quiero tener la mía propia. Tener mis propios recuerdos y esta situación no contribuye a ello —dijo él.

Los presentes rompieron a reír.

—¿Os parece gracioso? No lo entiendo.

Malva acarició su brazo.

—Cariño. Nunca se programó esa boda.

Él la miró confuso.

—Era el único modo de hacerte reaccionar.

—¿Quieres decir qué nunca decidiste volver con Nil?

—Él terminó para mí en el mismo instante que llegaste a mí vida. Tú has sido mí primer amor y serás el último.

—Debería mataros. Me habéis hecho pasar un infierno —rezongó él.

—Pero ha merecido la pena, ¿no, señor? —sonrió Giovanni.

Enzo afirmó con una sonrisa.

—*Figlio*. El funcionario está esperando —dijo su padre.

Enzo suspiró.

—E imagino que los invitados.

—Lamentablemente, debido a las circunstancias no hemos convidado a nadie. Por si tú respuesta no era satisfactoria. Pero más adelante haremos una gran fiesta —dijo Flaviana.

—No es necesario, mamá. Tengo conmigo a todos los que quiero.

Ella chaqueó la lengua.

—Hay que hacerla. El padre de Malva deberá ver cómo se casa su hija. ¿No te parece? Además. ¿No pretenderás que la señora Leone deje de pavonearse ante sus amigos de la maravillosa nuera que ha conseguido? Celebraremos una ceremonia lujosa en la catedral con cientos de invitados, un gran banquete y la fiesta más espectacular que se haya visto en la ciudad. Está decidido. Ahora ve a cambiarte.

—Como ordenes, *mamma*.

48

Enzo observó fascinado a Malva inclinada ante el folio. A pesar de que ya llevaban cinco años casados, el amor y pasión que sentía por ella no disminuyó un ápice; por el contrario, aún la amaba más. La vida sin su esposa y sus hijos ya era inconcebible.

—¿Puedo verlo?

Ella tapó con la mano el diseño.

—Este no.

—¿Por qué?

—No está terminado y quiero que te sorprenda.

—¿Y le falta mucho a la *signora* Leone para terminarlo? Porque *suo marito* está deseando relajarse tras una mañana muy ajetreada. *Amore*. Se buena y atiéndeme —dijo Enzo cerrando el despacho con llave.

Malva ladeó la cabeza y sonriendo picara, lo miró.

—Imposible. Sabes que soy perfeccionista y no me gusta apresurarme y en una hora tenemos la reunión.

—Tiempo suficiente para... —Enzo no terminó la frase. Inclinó la cabeza y le susurró sus intenciones al oído.

—Nadie en su sano juicio podría rechazar una petición tan deliciosa —dijo ella.

Una hora después entraban en la sala de juntas.

—*Figlio*. Hace tiempo que la puntualidad no es tu fuerte. ¿En qué os habéis entretenido? —dijo Flaviana observando sus rostros radiantes; imaginando lo que acababa de ocurrir.

Enzo carraspeó mientras ocupaba su silla.

—Ultimando unos pequeños detalles pendientes.

Su madre clavó sus ojos tan parecidos a los de Enzo en su nuera.

—Y veo que habéis tenido un final feliz. Me refiero a qué están solucionados.

Malva, a pesar de la confianza con su suegra, no pudo evitar sonrojarse.

—Siempre acabamos poniéndonos de acuerdo, *mamma*.

—Malva. ¿Ya has pensado en la temática de la próxima temporada? —le preguntó su suegro.

—He pensado que, tras estos años, ya es hora de mostrar nuestra identidad italiana con símbolos que nos representen. Una góndola, el Coliseo, la catedral de Milán. Es decir, joyas de nuestras ciudades. Celebraremos el lustro del nacimiento de la colección.

—*Bella idea*! —aprobó Flaviana.

Tiziano aseveró.

—Estoy de acuerdo. Comenzaremos de inmediato con el proyecto. ¿Algún asunto más? ¿No? Pues la reunión ha terminado —dijo levantándose.

Su mujer lo miró con recelo.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Qué tienes que hacer? ¿Adónde vas?

Su marido dejó escapar un sonoro bufido.

—¿En serio, Flaviana? ¿Después de tantos años sigues pensando que puedo tener malas intenciones?

—Los hombres, cuanto más viejos, más ganas tienen de rejuvenecer. Y ya sabemos el sistema. Y tú, con tanta modelo dando vueltas a tu alrededor, puedes caer como un incauto.

Él alzó las manos sobre la cabeza.

—*Madonna santa! Dammi la pazienza*! Me voy.

—Tiziano. Si te vas...

Él no la escuchó y cruzó la puerta.

—¿Habéis visto? Ese hombre me oculta algo. Lleva días comportándose muy raro. Apenas nos vemos. Pasa horas fuera de casa y cuando nos acostamos, lo único que quiere es dormir. ¿Comprendéis, no? Me está engañando. Es evidente —se lamentó con semblante abatido.

Enzo le rodeó el cuello con los brazos y le besó la mejilla.

—*Mamma*. ¿Has olvidado que en tres días cumples los sesenta y cinco?

—É vero! —exclamó ella, volviendo a sonreír.

—Flaviana. Seguramente te está preparando una fiesta sorpresa. De esas que te gustan tanto y esta será espectacular. No tengo la menor duda. Además, Tiziano sigue tan enamorado de ti cómo el primer día. No podría serte infiel. Lo sabes —dijo Malva.

Su suegra se levantó.

—*Certo*! Os dejo, queridos. Tengo que ir de compras. Quiero estar guapa en mí fiesta sorpresa. *Arrivederci!*

Enzo se despidió de Malva, se marchó a las oficinas centrales y llamó a su asistente.

—Giovanni. Ya hemos aprobado la nueva colección. Se llamará sencillamente, Italia. Prepara todo.

—Sí, señor.

Enzo suspiró.

—¿Cuántas veces te he dicho que me tutees? Más que jefe y empleado somos amigos.

—Cierto. Pero considero que en el trabajo deben existir las formalidades.

—Yo no. Y tampoco estoy de acuerdo con tú situación con

Amapola.

Su secretario juntó las cejas.

—¿A qué se...? ¿A qué te refieres?

—Digo que lleváis juntos casi seis años y no veo planes de boda; ni tampoco de hijos. ¿A qué esperas para pedirle que se case contigo?

Giovanni resopló.

—Se lo he pedido decenas de veces y no acepta. Dice que es un espíritu libre. No quiere papeleos ni compromisos legales.

—La testarudez tiene remedio, amigo mío. ¿O has olvidado la trampa que me montasteis?

—No es el mismo caso. Yo no tengo a otra mujer con la que piense casarme.

—Y ese es el problema. Pues deberías hacerle creer que si no se casa contigo la dejarás.

—Nunca lo creería. Sabe que no puedo ni mirar a otra —contradijo Giovanni.

—Todos somos conscientes de ello. Sin embargo, también sabemos que deseas formar una familia. Una gran familia, como buen italiano.

—Enzo. Soy napolitano, pero no al uso. Cierto es que lo deseo, pero con un hijo me conformo. También, al igual que Amapola, deseo vivir y viajar sin tantas obligaciones.

Enzo alzó la mano.

—Tus intenciones son lo de menos. Lo esencial es que Amapola las crea. ¿Comprendes?

—Sí. Aunque, también supongo que mi edad es otro impedimento. Me ve demasiado joven para ella.

—Jamás le importó ser tú amante hace seis años. Ese no es el problema.

—Puede. Pero Amapola es una mujer nada convencional.

—Y a pesar de ello lleva todo este tiempo a tu lado y ya lleváis tres años viviendo juntos. Si eso no es un matrimonio...

—Por eso dice que no es necesario ningún papel para demostrar nuestro amor.

—Pues le dices que tú madre morirá de tristeza si no ve a su hijo pasar por el altar o si su hijo tiene descendencia soltero para vergüenza de la familia. No sé. Piensa. Utiliza los dramas sureños. Anda. Pídele ahora mismo que se case y si no acepta, amenázala con el abandono —dijo Enzo.

—¿Y si me deja? —se asustó su asistente.

Enzo cerró el portafolio, el cajón y se levantó.

—No lo hará. Está loquita por ti. Ve. ¡Ah! Y llámame para informar de cómo ha ido. *D'accordo*?

Giovanni salió y a pesar de las dudas, decidió hacer caso a su jefe. Inspiró hondo y golpeó la puerta del despacho de Amapola.

—*Avanti*!

Enzo sonrió ante la palidez de su secretario y se fue.

Una hora después llegaba a casa junto a sus dos hijos. El niño echó a correr y le mostró un papel a su madre.

—*Mamma! Guarda il bozzetto*! —gritó.

Malva le dio un sonoro beso en la mejilla y cogió el dibujo del pequeño Bruno.

—No se le da nada mal dibujar a nuestro hijo y eso que tan sólo tiene cuatro años—dijo Enzo con orgullo, sosteniendo en brazos a la pequeña Violeta.

—De casta le viene al galgo. Anda. Dame a la pequeña.

Su marido se la entregó y la niña pataleó contenta.

—Te he echado de menos, preciosa —suspiró Malva.

Enzo besó los labios de su esposa con dulzura.

—Yo te extraño a ti a todas horas. ¿Por qué no trasladas tú despacho a las oficinas centrales? Así estaríamos siempre juntos.

Ella posó la mano en su mejilla.

—Y de este modo no me echarías de menos y nuestros encuentros serían menos emocionantes. Hay que darle salsa a la vida, *amore*.

El móvil de Enzo sonó. Era Giovanni.

—*Dimmi*.

Malva lo miró con curiosidad.

—*Perfetto! Ciao!*

—¿Qué? —inquirió ella con curiosidad.

—Animé a Giovanni a insistir en pedirle matrimonio a Amapola.

—Y no has conseguido convencerlo.

Él sonrió.

—Al contrario, *amore*. Le ha echado valor, una vez más y en dos meses iremos de boda.

—¿En serio? ¡Madre mía! ¿Cómo lo ha hecho? —se emocionó Malva.

—Con algo muy extremo: Amenaza de abandono.

El timbre sonó.

—¿Quién puede ser? ¿Tenemos invitados y no he sido informado? —preguntó Enzo.

—Ve a abrir, por favor.

Él obedeció. Era su padre.

—¡*Ciao, figlio*! Vengo a por mis nietos. Pero no te alteres. Me lo ha pedido tú mujer. No se más.

Regresaron al salón.

—¿Qué ocurre, Malva?

—Nada, cielo. Hace tiempo que no pasamos una noche a solas y me apetecía —dijo ella entregándole una maleta a su suegro.

—Aquí está lo que necesitas. Gracias.

—¿Por qué? Es un placer estar con mis dos niños preciosos. Que lo paséis bien y no os preocupéis por nada. Vamos, *i miei adorabili bambini*. *Buonanotte*.

—¿Me lo explicas? —le demandó Enzo, en cuanto su padre y los niños se fueron.

Ella le pidió que se sentara junto a él.

—He terminado mí diseño y deseaba mostrártelo a solas. Toma. Espero que te guste.

Enzo cogió el folio. Sus ojos negros parpadearon al mirar el dibujo. Ese diseño era muy especial. Malva siempre lo creó cuando deseaba anunciarle la mayor de sus alegrías. Pero este era muy distinto. Lo hizo por partida doble.

—¿Estoy entendiendo bien? ¿Es lo qué pienso? —dijo con un hilo de voz.

Ella, sonriendo feliz, asintió.

—¿Gemelos?

—Sí. Pero no es la única sorpresa. He preparado un pequeño viaje para poder estar solos. Desde que nacieron los niños no hemos podido disfrutar cómo antes y me apetecía. He pensado que sería maravilloso pasar el fin de semana en la casa de la montaña. ¿Qué dices?

Enzo la abrazó pletórico de felicidad.

—Que nunca pensé que llegaría a encontrar la felicidad completa y tú me la has regalado. *Ti amo tanto, mia bellissima fata*.

—Yo también te amo, señor Leone. Y no sabes cuanto. Nunca me cansaré de dar gracias al cielo por aquél día que otro hombre se fue sin decirme adiós y me arrastró hasta tus brazos. Hasta el hombre que me ha hecho tan feliz y ha logrado que mis sueños se hicieran realidad.